ELODIE VICE



EL ALFA DESTERRADO

Mi mate ha renacido

EL ALFA DESTERRADO

Mi mate ha renacido

LIBRO V

SERIE: LOS LOBOS DE SILVERSHADE SUMMIT

©ELODIE VICE 2024 first edition.

Original Title: EL alfa desterrado: Mi mate ha renacido (5° LIBRO DE LA SERIE: LOS LOBOS DE SILVERSHADE SUMMIT)

Author: ELODIE VICE

Cover Design: MADISON SCOTT

First Correction: MADISON SCOTT

Registered work.

All rights reserved. ©ELODIE VICE

Total or partial reproduction of this work, its incorporation into a computer system, or its transmission in any form or by any means, whether electronic, mechanical, photocopy-ing, recording, or other methods, is not allowed without the prior written permission of the author. Infringement of the mentioned rights may constitute an offense against intellectual property (Art. 270 and following of the Penal Code).

ÍNDICE

Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

DEDICATORIA

A Ethan, el mejor amigo que una persona puede tener.

Gracias por siempre estar ahí, por levantarme cada vez que me bloqueaba, por escuchar mis interminables audios contándote la trama para poner en orden mi cabeza. Por no quejarte de la infinidad de spoilers a pesar de que odiabas saber lo que iba a ocurrir con antelación. No habría terminado esta serie sin tu apoyo constante.

Gracias por prestarme tu alocada personalidad para crear a un personaje con tu nombre y por las risas, incluso cuando hubo momentos en los que reímos mientras llorábamos.

Gracias por tu amistad siempre desinteresada y convertirte en parte de mi familia.

A mi hijo, por siempre mirar por encima de mi hombro intentando ver qué escribo y decirme: «suerte, mamá, seguro será increíble».

A todas las preciosas lectoras que desde el primer libro le dieron la oportunidad a esta serie. Mil gracias por formar parte de este sueño de ser escritora.

CAPÍTULO 1



Año 1874 Silvershade Summit.

Endora se aseguró de que ningún mechón de su cabello plateado quedara visible y se lo cubrió bien con el gorro de su capa de lana. Con dificultad, se envolvió en ella para resistir el frío. Su magia la había trasportado a una zona desconocida del bosque y una enorme montaña nevada se asomaba frente a ella.

Se encontraba muy débil, tanto, que no se veía capaz de usar la magia para curarse. Si lo intentaba, estaba segura de que perdería el sentido y quedaría a merced de las criaturas del bosque.

Ser devorada por un animal sería el menor de sus problemas.

Su padre comenzaría a buscarla pronto y ella no sabía dónde refugiarse. Solo de pensar en su pobre nana las lágrimas le caían por el rostro y las sentía escarcharse y pegarse a la piel.

Estaba helada.

Quizá no moriría en las fauces de un animal salvaje, bien podría ser un vampiro, había escuchado que la sangre de las brujas les atraía mucho y ahora su magia era más fuerte que nunca.

—Es más probable que muera congelada si no encuentro un lugar dónde pasar la noche —dijo para sí misma y, al pensar en su situación, comenzó a reír de forma histérica y gimió de dolor.

Las heridas de sus labios hinchados se reabrieron y comenzaron a sangrar. El pómulo le ardía y uno de sus ojos estaba tan cerrado que si no se atendía rápido perdería la visión.

Los golpes en su rostro eran lo que menos le preocupaba.

Sabía que tenía el brazo fracturado y sus costillas no estaban mejor. Astron había dejado su cuerpo lleno de golpes y no acabó con su vida porque tenía planes para ella.

Su propio padre, el hombre que la había enseñado desde niña todo lo que sabía de magia. El mismo que siempre la miró con adoración y le repetía una y otra vez las grandes cosas que harían juntos a pesar de no ser una bruja poderosa.

Siempre se lo recordaba.

«Tu magia es débil, Endora, pero ya arreglaremos algo. Al ser mi hija solucionaré tu futuro y nadie te despreciará».

Ella amaba a su padre, al menos, lo amó con adoración desmedida y lo hizo su héroe antes de percatarse de su verdadera oscuridad.

No recordaba a su madre, en casa nunca se hablaba de ella y tampoco existía alguna pintura para que pudiera conocer su rostro. Murió de unas fiebres cuando era una niña muy pequeña, o eso era lo que siempre le dijo su padre en las pocas ocasiones que se permitió hablar de ella.

En ese instante, sabía que todo lo que creyó conocer era falso.

Su madre no murió de unas fiebres, fue asesinada.

Las fuerzas flaquearon y no pudo evitar caer de rodillas en la nieve, el resto de su cuerpo cedió ante el impulso de descansar y entregarse a la muerte cuando impactó en el suelo.

Qué triste acabar de esa forma y todo por un hombre al que no conocía y cuyo rostro solo había visto en una visión. Ni siquiera era uno de los suyos, era un licántropo.

¿La protegería de su padre si lograba encontrarlo?

Lo dudaba mucho.

Desde esa noche estaba sola.

Volvió a reír sin fuerzas, Astron siempre le decía que era demasiado soñadora y que debía dejar de hacer castillos en el aire. Nunca le hizo caso, aunque se cuidó mucho de expresar sus pensamientos frente a él, pero eso no le impidió continuar soñando con aquel hombre al que su corazón llamaba desde la distancia.

Lo evocó en su mente y cerró los ojos. Se entregaría a la Parca, permitiría que la dulce caricia de la muerte le diera alivio a su cuerpo dolorido, pero lo haría bajo sus términos, recordándolo a él.

A ese lobo sin nombre del que solo conocía su rostro por una visión que puso en peligro su vida. Solo ella podía enamorarse de un hombre al que no conocía y rechazar el matrimonio que su padre tenía para ella.

Contarle que amaba a otro hombre y pedirle tiempo para encontrarlo antes de obligarla a un matrimonio sin amor, solo consiguió que la abofeteara y la encerrara en una habitación en la que no podía usar su pobre magia. Su padre se aseguró de que no pudiera escapar, pero la alimentó, le proporcionó un entorno cálido y los criados entraban dos veces al día para asegurarse de que estuviera cuidada.

Cometió el error más grande cuando él regresó dos días después. Se veía más calmado y se sentó a su lado como si de verdad fuese ese padre comprensivo que estaba dispuesto a escucharla.

—¿Quién es ese hombre, Endora? ¿Es de nuestra clase? Si es un brujo más poderoso que Draven Blackthorn, podemos hablarlo. En realidad, Draven no es un brujo demasiado poderoso, pero su conexión con mi hermano lo hace un aliado a tener en cuenta. Sé que lo aborrece tanto como yo, ambos estamos de acuerdo en que yo debería ocupar su lugar y ser el rey. Está dispuesto a traicionarlo, pero desea asegurarse de mi lealtad. Te dije que haríamos grandes cosas juntos, hija, ¿lo ves? Vi la oportunidad de conseguirte un buen matrimonio. Siendo una bruja mediocre jamás podrías haber optado a un noble por más que seas de mi sangre, deberías estar agradecida y no rezongando.

—Papá, ¿Draven? Pero si es incluso mayor que tú, yo… No puedo, ni deseo casarme con él, amo a otro hombre.

Debió callar, ella tendría que haberse percatado de aquella máscara fría e inalterable en la que se convirtió su rostro, pero para Endora continuaba siendo su padre. El hombre que la crio solo

junto a su nana cuando se quedó viudo, quien le enseñó todo lo que sabía, la persona a la que ella le confiaría la vida.

—Tu opinión no importa, Endora. Las mujeres solo sirven para hacer matrimonios ventajosos. Ya que no tuviste la decencia de nacer un varón y continuar mi legado, tendrás que aceptar este matrimonio y resarcir todo el esfuerzo que puse en ti y en tu educación. Eres solo una herramienta la cual usar, niña, entiende de una vez, a no ser que ese hombre al que amas me consiga más poder, tus sentimientos no valen nada.

Jadeó al escucharlo, aquel que tenía frente a ella no podía ser su padre. Astron no le hablaría de esa forma tan cruel. Él sabía que puso todo su empeño en aprender sus lecciones, no tenía culpa de no tener tanto poder. Jamás la hizo sentir un desecho, no como lo hacía en ese instante.

—¡Tú no eres mi padre! —gritó fuera de sí y tiró la silla con rabia—. ¡¿Quién eres y qué has hecho con él?! Mi padre jamás me hablaría de esa forma.

Se atrevió a enfrentarlo a pesar de que en aquella habitación no podía usar su magia, aunque de poco le serviría en su contra. Al menos, mientras estuvieran dentro de esa habitación ese desconocido con el rostro de Astron tampoco la podría usar y podría tener una mínima posibilidad de huir.

Lo escuchó carcajearse y, antes de que pudiera hacer algo, la agarró del cuello y la levantó como si no pesara nada.

—Por desgracia para mí, soy tu padre. Siempre obedeciste y te comportaste, pero si ahora decides usar esa vena rebelde que heredaste de la ramera e inútil de tu madre, conocerás mi verdadero rostro. —La lanzó por el aire sin ningún cuidado y cayó sobre una silla, rompiéndola y fracturándose las costillas—. ¡Ahora, dime! ¿Quién es ese hombre que se atrevió a acercarse a ti y evadir mi vigilancia? ¡Más te vale que conserves tu pureza! Porque si le entregaste lo poco de valor que tienes a un don nadie, te mataré como maté a tu madre cuando se atrevió a meterse en los planes que tenía para ti.

Asustada, se hizo un ovillo en el suelo y se abrazó a sí misma para evitar el dolor lacerante que tenía en las costillas.

—Papá —lloriqueó—. Nunca estuve con él, tuve una visión, pero ¡es fuerte, te lo prometo!

Astron le dedicó una mirada apreciativa y se ganó su interés.

—Adelante, te escucho.

La esperanza renació, no sabía mucho del misterioso hombre que ocupaba sus sueños y se había adueñado de su corazón, pero si lograba que su padre viera las ventajas de una alianza de la misma forma que ella, quizá podría evitar ese matrimonio.

—No es un brujo, papá, es un licántropo. Si consigo encontrarlo, si me caso con él, tendrás de tu lado a su manada y ellos son fuertes…

No pudo terminar de hablar. Su padre enloqueció.

Al parecer, conocía muy poco a Astron y su aversión a cualquier ser sobrenatural que no fuera parte del reino mágico. A los licántropos, sobre todo, los aborrecía con todo su ser porque su tío, el rey y cuidador de la torre mágica, había decidido mantener una tregua con ellos.

Su padre nunca superó no ser elegido para ser el rey y que sus abuelos escogieran a su hermano sobre él.

Enloquecido, comenzó a golpearla.

Rogó, intentó defenderse, lloró, pero cualquier intento era recompensado con más golpes. Cuando creyó que no saldría de aquella habitación con vida, su padre escupió sobre su cuerpo torturado y la miró con desprecio.

—Vivirás aquí encerrada hasta que Draven y yo acordemos la fecha de vuestro enlace. Comerás una vez al día y, cada vez que te escuche llorar o quejarte, les prohibiré a los criados que te alimenten. Desde este momento, reniego de ti, Endora. Ya no eres mi hija y no acabo con tu miserable vida porque todavía eres de utilidad, pero cuando ya no lo seas, te aconsejo que mantengas feliz a tu esposo porque si me da alguna queja, te mataré de la misma forma en la que maté a tu madre.

Cuando la noche cayó y su padre salió a reunirse con su futuro esposo, escuchó la cerradura de la puerta girar.

Endora no tenía fuerzas para abrir los ojos, le dolía cada centímetro de su cuerpo.

El llanto de su nana la obligó a abrir el único ojo que todavía no estaba tan hinchado y la visualizó arrodillada a su lado.

—¿N-nana eres tú? —balbuceó en un susurro ahogado y sintió el sabor de la sangre en sus labios.

—¿Qué te ha hecho ese monstruo, mi pequeña niña? —Para la mujer que la cuidó desde que su madre murió, siempre sería una niña a pesar de que ya tenía veintidós años—. Tienes que escapar, tu padre no está en la casa, si no te marchas ahora no tendrás otra ocasión.

—No puedo —jadeó por el dolor que le producía respirar.

—Tienes que poder, hija. —La ayudó a levantarse y gritó cuando la sujetó del brazo.

—Creo que está roto, nana. Y mis piernas… M-me duelen mucho, no puedo.

Sintió que la mujer le echaba una capa por encima para cubrirla del frío. Si pretendía que saliera en plena ventisca de nieve y con aquel sencillo vestido, moriría de igual forma.

—No hay tiempo para curarte, mi magia es lenta y tampoco creo que tú tengas suficiente energía para hacerlo. Escuché cuando le hablabas de ese hombre, ¿sabes dónde encontrarlo? —Endora negó con la cabeza.

—Solo tengo un rostro, ni siquiera sé cómo se llama.

—Tendrá que bastar, escúchame bien. Tu padre te ha hecho creer que eres débil, pero no hay nada débil en ti. Tu madre, esa de la que nunca te habla, era una bruja de un linaje muy antiguo y poderoso. No hay nada oscuro en tu interior, mi pequeña niña, eres el vivo retrato de tu madre y posees su magia.

»Tu padre lo sabe, por eso la asesinó, para corromperte y usarte para sus horribles planes. Esa magia está en ti, pero él la ató para que no lo superaras. Te teme. —Su nana sacó de su bolsillo un anillo que brilló en cuanto lo acercó a su mano—. Él la asesinó, pero yo logré enfrascar su esencia en esta joya. En cuanto te la pongas, tu verdadero poder despertará.

—¿Por qué no me la diste antes? ¿Por qué ahora? —preguntó, dolida.

Su nana la miró con tristeza.

—Estabas demasiado ciega para creerme, tú adorabas a ese monstruo.

Cuando Endora se colocó el anillo, sintió como si un rayo la partiera en dos y algo dentro de ella se resquebrajara y diera paso a un poder desconocido.

—Nana…

—Te explicaría más cosas, te hablaría de tu madre, pero no hay tiempo, mi niña. Tienes que huir.

La arrastró hasta la salida del servicio y, cuando el viento helado le rozó el rostro, la mujer la ayudó a cubrirse con la capa, pero no sirvió de mucho. Él frío se deslizaba por sus piernas desnudas y le provocaba un dolor intenso.

—¿Hacia dónde debo ir? Tengo miedo, nana, ven conmigo.

—No puedo, no tienes fuerzas para llevarnos a ambas. Tu madre, tenía el poder de trasladarse solo con pensar en el lugar al que deseaba ir, eso se llevará la poca energía que te queda y cargar con las dos solo logrará que falles en el intento. —Su nana la instó a enfrentarse a lo desconocido con los ojos anegados por las lágrimas.

—Pero ¿si te quedas, mi padre…?

—Acepto las consecuencias, Endora —por primera vez la llamó por su nombre—. Serví a tu madre y después a ti, he vivido una larga vida y, si mi sacrificio te salva, acogeré la muerte y me abrazaré a ella.

—¡No! —gritó y su nana le cubrió la boca.

—No grites, podrían escucharnos y alertar a tu padre. Ahora vete y nunca mires atrás, te amo como a la hija que nunca tuve, si tú me quieres, aunque sea un poco, huye y no te rindas. Saber que estarás a salvo es lo único que me da paz. —Su nana le acarició el rostro golpeado con mucha suavidad—. Piensa en ese hombre, cariño, piensa en su rostro y desea que tu magia te lleve hasta él.

—Eres la única madre que conocí, sobreviviré por ti, nana, te amo con todo mi corazón.

Endora cerró los ojos e hizo lo que la mujer le indicaba porque, si se quedaba un minuto más, se negaría a dejarla. El milagro sucedió y una energía enorme la sacudió, su cuerpo se desvaneció en el aire y reapareció en aquel bosque.

Miró a su alrededor, pero estaba sola. Ese hombre de su visión y con el que soñaba, no se encontraba allí y no tenía energía para continuar.

Su cuerpo en la nieve comenzaba a congelarse, pero no era capaz de volver a levantarse.

—Lo siento, nana —susurró con los ojos cerrados—. Fracasé y ahora las dos vamos a morir.

A punto de perder el conocimiento, le pareció escuchar el sonido de un animal que corría hacia ella.

«Al final, sí moriré devorada», pensó.

Cuando el animal se detuvo a su lado, intentó abrir su único ojo y logró ver un lobo, enorme y de pelaje rojizo. Tenía los ojos tan azules que parecían un hermoso cielo soleado.

—S-si tienes hambre —balbuceó—, espera a que muera. No quiero sufrir más dolor, te lo ruego, ya no más.

Le habló al lobo como si pudiera entenderla y se rindió al sueño que la llamaba y le prometía dejar de sufrir.

El lobo se convirtió en un enorme hombre que la tomó con cuidado en sus brazos y, cuando su voz acarició sus oídos, supo que había llegado a su hogar.

Que pena que fuese demasiado tarde para ella.

—Aguanta un poco más, ¡qué alguien traiga a la sanadora! ¡Rápido!

Endora intentó visualizar el perfil de la persona que la cargaba y descubrió que era el mismo hombre de su visión. Con el brazo que aún podía mover, intentó acariciarle el rostro.

—Te encontraré en otra vida, mi amor —susurró con un hilo de voz y selló su promesa sin saber que no la necesitaría esa noche, pero sí más adelante—. La muerte me llama, pero estoy feliz por haber llegado a ti y que seas lo último que vea.

Aquellos ojos de dos colores, uno azul y otro verde, la miraron con una preocupación genuina.

—Me dejo de llamar Radolf si consiento que mi compañera muera el día en que la encontré. Estás a salvo, nunca permitiré que te ocurra nada, resiste, ya estoy contigo.

◆ ◆ ◆

Emma miró a su sobrina y cerró el grimorio de su abuela. Contuvo las lágrimas a pesar de que lo que deseaba era abrazar a la niña y llorar hasta quedarse sin fuerzas.

Cada vez que leía la historia de Endora su corazón se rompía al saber lo mucho que sufrió.

—Tía Emma. —La pequeña de once años la miró, aturdida—. Te dije que estaba grande para cuentos, pero tampoco quería escuchar una historia de terror. Tendré pesadillas.

—¿No sentiste nada? —preguntó, esperanzada.

La niña negó con la cabeza.

—¿El asco cuenta? Porque sentí mucho asco por el padre de esa mujer. Si me cuentas esa historia para que deje de hacer travesuras y me porte bien para que mi padre no se enfade, te haré caso, me portaré bien.

—Sí, tienes razón, te la conté justo por eso. Eres demasiado inteligente y una niña preciosa. Tu padre es un hombre muy bueno y no se merece que siempre lo estés preocupando. —Emma le dio un beso en la frente y la arropó—. Ahora duerme, Dana y… ¿me guardarías un secreto?

Dana asintió.

—Claro, tía, seré una tumba, pero ¿qué secreto?

—Nunca le contarás a nadie sobre este cuento, ¿de acuerdo? Piensa en ello como en una aventura que nadie puede saber.

—Prometido, seré como un muerto. ¡Yo quiero aventuras, tía!

Si su hermano o Tala se enteraba de que ella seguía con esa absurda idea de que Dana era la reencarnación de Endora, le prohibirían volver a verla.

Lo había intentado, creyó que si comenzaba a contarle la historia la pequeña recordaría, pero no fue así.

Ethan le dijo que si en realidad era su abuela, ¿de qué le servía recordar? Aquellos recuerdos deberían quedar guardados bajo llave donde nadie los encontrara y menos su hija.

Tal vez él tenía razón, pero Emma no dejaba de pensar en que si esa pequeña era Endora, Radolf quizá también había regresado. La vida no podía ser tan cruel. ¿Cómo lo reconocería si

no lo recordaba?

Tenía que hacerse a la idea, por primera vez una de sus visiones no fue certera y erró. Su abuela descansaba en paz desde que acabó con Astron y allá donde estuviera deseaba que fuese feliz.

Movió su mano sobre la frente de la niña, le borró los recuerdos de la historia y le dio otros de un cuento mucho más agradable. No podía fiarse de la promesa de una jovencita, así que la selló con su magia para que siempre la cumpliera. Nunca podría mencionarlo.

Tampoco podía arriesgarse a tener problemas con su hermano y que le negara volver a ver a su sobrina.

Dana suspiró y parpadeó, somnolienta.

—Gracias por el cuento, tía, no volveré a decir que soy mayor para esas historias, me gustó mucho.

—De nada, mi princesa, ahora descansa.

Emma la miró por última vez antes de salir de la habitación.

Dana, su pequeña sobrina no era Endora, pero amaba a esa niña con todo su corazón.

Salió de la habitación y le dijo adiós. De la misma forma en que se despidió de ella, también se despidió de aquella semilla de esperanza que siempre quería germinar por más que luchaba por aplastarla.

—Descansa en paz, abuela —susurró y miró al cielo cuando salió de la casa—. Estés donde estés, mereces que tu final sea feliz.

Una estrella fugaz cruzó el cielo y Emma sonrió al pensar que era una señal de Endora.

—Algún día nos volveremos a encontrar, cuida de mi madre hasta que llegue a vuestro lado.

Se repuso de la tristeza que le provocó comprender que nunca volvería a verla y evocó la imagen de su manada en la mente. Su magia hizo el resto. Debía regresar, Asher estaría loco buscándola.

◆ ◆ ◆

Tres años después…

Dana despertó con el corazón acelerado y una tristeza que le mantenía atenazada la garganta. No sabía a qué se debía, ni siquiera había tenido una pesadilla, pero algo que no lograba recordar la hacía sentir un vacío y le provocaba una intensa melancolía.

Se obligó a dejar de pensar en ello cuando la puerta de su habitación se abrió y por ella entraron su hermano Dorian y su hermana Kiara. Ambos era menores que ella por dos años y eran mellizos como su padre y su tía Emma.

—¡Dana! —gritó Kiara y saltó a la cama terminándola de despertar—. Mamá dice que te levantes.

—Mamá no dijo eso —se entrometió Dorian—. Ella dijo: ¡id a despertar a vuestra hermana que se le pegaron las sábanas! Decidle que venga a desayunar y nada de escaparse a hacer travesuras porque pronto llegarán los alfas. ¡Que se ponga el vestido que arreglé para ella porque debe verse bonita!

Su hermano hizo una magnífica actuación de su madre, incluso imitó su mirada amenazadora y la postura de su dedo índice cuando comenzaba a señalarlos en mitad de un regaño.

—Lo que yo dije, Dorian, mamá quiere que se levante, no hacía falta repetirlo todo.

Dana miró a sus hermanos, se abrazó las rodillas y no pudo evitar que los labios comenzaran a temblarle por contener las lágrimas. ¿Por qué estaba tan triste?

—Dile que ahora voy —balbuceó y escondió el rostro entre ambas rodillas para que no se percataran de su estado de ánimo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, Dorian, preocupado y también subió a la cama—. ¿Es porque mamá no te dejará escaparte hoy al campo de entrenamiento y no podrás ver a los machos enseñando músculos? Si te vas a poner así por eso, te enseño los míos. Incluso me está saliendo barba.

Su hermano le mostró con orgullo un par de pelos tiesos que tenía en el mentón. A sus doce años, Dorian había comenzado a desarrollarse y su primer síntoma fue una pelusilla de bigote de la que él se jactaba como si fuera la gran cosa.

Le llamó la atención el aspecto de Dorian esa mañana. Siempre solía ir con unos pantalones cortos, sin camiseta y hecho un desastre, pero ese día lucía muy arreglado y con su cabello rubio tan peinado que ni un solo mechón rebelde se le movía. Su hermana también parecía una pequeña princesa, llevaba un precioso vestido y su cabello adornado con un lazo que la hacía parecer más niña de lo que era.

Recordó que varias semanas antes, su padre le había advertido de que habría una reunión de alfas en la manada. Para él era muy importante que todo saliera bien porque desde que habían nombrado a su tío Asher rey de los lycan, era la primera vez que esa reunión se daba en su manada.

«No quiero travesuras, Dana, ni que incites a tus hermanos a hacerlas. Te portarás bien». Puede que de niña hubiera sido la culpable de muchas cosas, pero en la actualidad los mellizos se bastaban solos para meterse en líos. Líos que ella siempre solucionaba y acababa cargando con la culpa.

—Yo no voy al campo de entrenamiento a ver machos —masculló cortando de raíz las lágrimas y dando paso a la vergüenza por verse descubierta.

Puede que sí se escabullera todos los días para ver al hijo de Irvin entrenar, pero es que era muy guapo y a ella le gustaba admirar la belleza.

Los ojos se habían hecho para ver y Dana tenía una excelente vista.

—Deja de molestarla —la defendió su hermana—. Ella no va para ver machos, el otro día me dijo que va a los entrenamientos para completar sus clases de *mamatomía*.

—¡Dije anatomía y ya dejen de seguirme a todas partes! —gritó y salió de la cama dispuesta a sacarlos de su habitación para que no continuaran avergonzándola.

Se dio un manotazo en el cabello para apartárselo del rostro y los mellizos se quedaron viéndola con la boca entreabierta. Dana colocó los brazos en jarra para retarlos a que dijeran algo más y los reprendió con la mirada.

Dorian y Kiara tenían el cabello dorado como su madre, eran tan rubios y adorables que muchas veces la hacían sentir que no pertenecía a su familia. Su aspecto los hacía parecer un par de angelitos, pero si sus padres no fueran tan estrictos, serían capaces de prender fuego a la

manada.

Su padre era incluso más rubio, tanto que cuando el sol le daba sobre el cabello se veía casi blanco, en cambio ella, era la única pelirroja de la familia. Siempre le decían que era porque se parecía a su abuela paterna y por eso llevaba su mismo nombre.

—Ya me dieron el mensaje, ahora salgan porque voy a vestirme. Tenían que hacer esa reunión el día de mi cumpleaños —murmuró para sí misma.

Por culpa de esos alfas ella tendría que pasar varios días comportándose como la digna hija primogénita. Era la primera vez que sería obligada a asistir y solo era porque se hacía en su manada.

Acababa de cumplir catorce años, le faltaba solo uno para que su transformación se diera y pudiera ser una lycan completa. Cuando eso ocurriera, podría reconocer a su compañero de vida, mientras tanto, no tenía ningún interés en reuniones de manada porque, aunque tuviera frente a ella a su mate, no lo reconocería.

Tampoco era la sucesora de su padre, ni tampoco los mellizos. Ninguno de ellos tenían el carácter de un alfa y eso preocupaba demasiado a Ethan por más que no lo dijera en voz alta.

Durante el embarazo de los mellizos, su madre tuvo complicaciones y tanto la compañera de su tío Alaric como su tía Emma, le advirtieron de que, si volvía a quedar embarazada, su vida correría peligro.

Emma…

La imagen de su tía visitándola una noche hacía ya unos años pasó por su mente y de nuevo la tristeza la invadió provocando que los mellizos volvieran a mirarla con curiosidad. Emma solía usar su magia para visitarlos, pero, dejó de meterse en su habitación para contarle cuentos cuando Dana le explicó que ya era demasiado mayor para eso.

No recordaba bien esa última noche, pero por algún motivo su cabeza no dejaba de insistirle en que había olvidado algo. Tal vez se comportó demasiado tosca y por eso su tía decidió ceñirse a visitas oficiales.

—¡Ah, por eso está triste! —comentó Dorian de la nada y se acercó a ella para tocarle el cabello—. Es que hoy se hace más vieja y ya hasta le salen canas.

—¡Es verdad, Dana! —comenzó a carcajearse Kiara.

—Por eso papá estaba hablando con Kailen sobre emparejarte con un alfa, ya estás vieja, hermanita.

—¡¿Qué?! Pero si acabo de cumplir catorce años, deja de decir mentiras, Dorian. Papá no va a emparejarte con nadie. ¡Ni siquiera conocí a mi compañero!

—Pero ya estás vieja —insistió su hermano y le señaló el cabello—. Tienes canas y yo los escuché hablar esta mañana. Supongo que por eso la reunión la hicieron aquí, para que puedas conocerlo.

—Le diré a papá que andas escuchando sus conversaciones a escondidas y que mientes —lo amonestó y su hermano retuvo el oxígeno.

—Si te vas de la lengua le diré que fuiste tú la que estuviste escuchando. ¿A quién van a creer a ti o a mí?

—¡Se acabó! Más vale que hoy se comporten porque si hacen algo no pienso cargar con las

culpas como siempre hago. ¡Salgan de mi habitación!

—¿Ves, Kiara? Vieja y cascarrabias como el tío, Alaric. Vámonos antes de que nos contagie su ancianidad. —Sus hermanos salieron corriendo de la habitación y Dana se quedó mirando la puerta abierta.

Negó con la cabeza, la cerró y se frotó el rostro con ambas manos.

¿Por qué se sentía tan angustiada? Era su cumpleaños, debería estar feliz.

Decidida a no continuar con esos pensamientos, abrió su armario y se fijó en que su madre le había dejado preparado un vestido.

—Lo que me faltaba, ni que tuviera cinco años —se quejó al verlo.

Bufó y lo miró con una mueca de asco. Lo hizo a un lado y comenzó a vestirse con pantalones y camiseta, era su cumpleaños y no pensaba ser la burla de nadie ese día. Su madre seguía empeñada en verla como a una niña. ¡Por la diosa, si ya tenía pechos!

Con una sonrisa traviesa se acercó al espejo para sujetarse el cabello en una coleta y, cuando se vio en el reflejo, ahogó un grito.

Sujetó un mechón que destacaba entre tantas hebras pelirrojas. Era casi blanco, al igual que el de su padre. Estaba por salir corriendo y buscar a su madre para mostrárselo, cuando escuchó en su mente:

«Te encontraré en otra vida, mi amor». Aturdida, miró a su alrededor buscando de dónde procedía esa voz, pero antes de que pudiera averiguarlo, los ojos se le cerraron y se precipitó hacia el suelo al perder el conocimiento.

CAPÍTULO 2



Jarek observó a su padre, el hombre estaba nervioso, pero no lo reconocería frente a su hijo.

—Padre, aún podemos echarnos atrás, hay tiempo para que Garrick entre en razón.

Garrick era su gemelo, ambos eran idénticos en la apariencia física, pero en forma de ser eran muy diferentes. Jarek era muy calmado y responsable, desde niño mostró dotes de liderazgo y su carácter honorable y leal hicieron que su padre se decantara por él para elegirlo su sucesor.

Que el alfa Kael los hubiera informado de su decisión el mismo día en que tenían que asistir a la reunión anual de las manadas provocó el problema en el que se encontraban en ese momento.

—Ya le envié al alfa Ethan mi propuesta, pensé que lo mejor era ir allanando el camino y, una vez que nos viéramos cara a cara, podría convencerlo de que es lo mejor para ambas manadas y cerrar el trato. Ahora no puedo echarme atrás y decirle que Garrick me ha desobedecido. ¿En qué lugar me dejaría eso? Un alfa que no puede controlar a su propio hijo.

Nadie conocía a su gemelo mejor que él, su hermano era problemático y demasiado inmaduro. Garrick se cuidaba mucho de mostrar su verdadero rostro frente a sus padres o frente a la manada, pero Jarek sabía que era impredecible.

Enterarse de que su padre no se había decantado por él para hacerlo su heredero lo molestó y lo tomó como una traición, pero su gemelo no estaba preparado para esa responsabilidad. Al menos, no por el momento.

Si lo estuviera, Jarek se quitaría de su camino y declinaría la oferta de su padre. No era ambicioso y anteponía el bien de su manada a su propio bienestar. Garrick no era así, él era demasiado impulsivo e irascible. Daba por hecho que al ser el primogénito la elección recaería sobre él. Que no saliera como esperaba, provocó una fuerte discusión en la familia. Ojalá su padre escuchara más a su madre, ella era la única que no estaba ciega con su hijo y sabía bien que su gemelo podía llegar a ser peligroso cuando se enfadaba.

En cambio, su padre, desestimaba todos sus consejos y la acusaba de tener favoritismos entre sus hijos.

Jarek no podría hacer nada para convencerlo de lo contrario, solo le quedaba vigilar de cerca a su hermano porque, cuando estaba furioso, era impredecible.

—Tomaré su lugar, padre —decidió—. Garrick siempre ha pensado que sería tu sucesor y no ha tomado bien que me eligieras a mí. En cambio yo, siempre supe que debía quedar bajo sus órdenes. Si el alfa Ethan acepta, tendré mi propia manada y es mucho más de lo que habría esperado. Agradezco tu confianza en mí, pero aún falta mucho tiempo para que decidas retirarte, cuando eso ocurra, mi hermano…

—¡Ni hablar! —bramó su padre—. ¿Crees que he estado ciego todos estos años? Si alguien se merece ese puesto no eres otro que tú. —El hombre se acercó más a él como si quisiera hacerle una confidencia y bajó el tono de voz—. Esto que voy a decirte, espero que no salga de aquí.

»El alfa Ethan es joven, bastante más que yo, le quedan muchos años para liderar su manada y tengo la esperanza de que, para cuando decida dejar su cargo en manos más jóvenes, tu hermano haya cambiado. Solo porque es mi hijo no está desterrado.

—¿Desterrado? —Sabía bien que su hermano podría merecerse ese castigo, pero no esperaba que su padre también lo pensara—. ¿Qué pudo hacer para que pienses que merece algo así? Desterrarlo es casi una condena a muerte.

Su padre apretó la mandíbula y pudo ver la rabia que bullía en sus ojos. Jarek no sabía que había hecho Garrick para provocarlo de esa forma. Él nunca tomaba decisiones precipitadas y era conocido por ser un hombre muy justo, si creía que su propio hijo merecía ese castigo, debía ser algo muy fuerte.

Algo tan fuerte como lo que él evitó hace años atrás. ¿Acaso volvió a repetirlo?

—Desterrarlo sería tener misericordia con él, si no fuera mi hijo le habría desgarrado la garganta con mis propias manos. Puede dar gracias que intento conseguirle un puesto que no merece y solo lo hago porque, a pesar de todo, continúa siendo mi hijo.

—¿Qué hizo, padre? —insistió y el alfa negó con la cabeza.

—Es mejor que lo hablemos después, de lo único que tienes que preocuparte ahora es de hacerte pasar por tu hermano. Excusaré tu falta diciendo que quedaste a cargo de la manada en mi ausencia. Si aceptas, me quedaré más tranquilo. No quiero meterte en esto, pero prefiero que te ocupes tú a que lo haga tu hermano. ¿Puedo confiar en que cumplirás con ello?

No le gustaba lo que le estaba pidiendo. Hacerse pasar por su hermano, si bien de niños habían jugado a intercambiarse, ya eran adultos y no lo creía correcto. No conocía a la hija del alfa Ethan, pero lo poco que sabía de ella, era que aún era una niña y la idea de engañarla a ella y a sus padres le desagradaba demasiado.

Aunque más le desagradaba que Garrick tuviera el papel de acercarse a la jovencita. Conocía bien los gustos enfermos de su hermano y sus pocos escrúpulos. Por conseguir que la chica lo aceptara sería capaz de ponerla en una situación complicada.

Y con ello, a toda su manada.

—Lo haré, pero solo por hoy y lo hago porque lo veo desesperado, no porque desee participar en algo así.

La expresión de su padre fue de alivió.

—Sabía que podía contar contigo. Ahora vamos, el alfa Ethan nos está esperando.

◆ ◆ ◆

Dana escuchó la voz de su madre en la lejanía y después un murmullo de voces que acallaban el llanto de Tala.

Sintió que la alzaban y la soltaban sobre un colchón mullido y suave. En contraste con el suelo duro en el que se había caído, era un cambio bastante agradable.

«¿Me caí?», pensó e intentó abrir los ojos.

Lo primero que vio fue la mirada grisácea de su tío Alaric, a su lado estaba su tía Libby que lo empujó y se colocó frente a ella para agarrarle el rostro y mirarla con atención.

Aturdida y con un fuerte dolor de cabeza, miró a su alrededor.

Su madre no dejaba de llorar y su tío Asher intentaba consolarla con torpeza. Su tía Emma se metió se metió en medio y le quitó la visión de su madre.

—¿Qué ocurrió, Dana? —preguntó, Libby.

Esa era una buena pregunta, no recordaba qué había sucedido. Lo último que se le venía a la memoria era que estaba hablando con sus hermanos y después comenzó a vestirse para ir a desayunar… Y lo siguiente era verse rodeada de casi toda su familia.

—¿Dónde está papá? —Dana se sentó en la cama y gimió cuando sintió un fuerte dolor en la frente—. Auch.

Se llevó la mano al golpe y se manchó los dedos de sangre.

—Tranquila —susurró Emma para calmarla, pero podía ver la preocupación en sus rasgos—. Tu padre está recibiendo a los alfas y ya está lo suficiente nervioso para agregarle más preocupaciones. —Su tía colocó su mano sobre la frente y un agradable calor la envolvió. Cuando finalizó, el dolor había desaparecido y también la herida—. Ya está. Parece que todo fue un susto.

—Pero ¿qué ocurrió? —insistió Libby—. ¿Te sentiste mareada? ¿Tropezaste?

Su madre se sentó en la cama y la envolvió en sus brazos, aún estaba llorando.

—Tranquila, mamá, ni que estuviera muerta. —Dana miró a su alrededor de nuevo y sintió un escalofrío—. Aunque con tanta gente aquí dentro parece que estuvieran velando mi cuerpo. Estoy bien, creo que me tropecé.

—¿Y ese mechón? —Emma le sostuvo el cabello blanquecino y fue en ese momento en el que recordó lo que su hermano le había dicho.

—¡¿Qué es eso de que mi padre me quiere emparejar?! —saltó de la cama, dispuesta a enfrentar a Ethan, pero su madre la detuvo.

—Creo que es mejor que descanses un rato, te traeré el desayuno a la cama y descansarás.

—No estoy cansada, mamá y solo intentas distraerme. ¿Qué es eso de que papá quiere emparejarme?

—Sí, ¿qué es eso de que Ethan quiere emparejarla? A Asher y a mí nos interesa mucho saberlo. —Su tío Alaric fijó la vista en el rey de los lycan y ambos se dirigieron una mirada que no auguraba nada bueno para su padre.

—No es lo que piensas, hija, además, ¿cómo lo sabes? Me consta que tu padre no habló contigo.

—Eso díselo a las orejas de Dorian, en esta manada no hay secretos mientras mi hermanito esté por los alrededores para enterarse. —Cuando vio la culpabilidad en el rostro de su madre, supo que lo que le dijo su hermano era cierto—. ¿Entonces es verdad?

—Les agradezco a todos por ayudar a Dana —dijo su madre y se dirigió a sus tíos—, pero ¿podrían dejarnos un momento a solas?

—De poder, podemos, pero otra cosa sería querer, yo prefiero quedarme —murmuró, Emma.

—Pequeña, parece que madre e hija tienen algo de que hablar. Si es importante, después tu hermano nos pondrá al día. —Emma miró a su compañero sin estar muy convencida de dejarla, pero acabó por ceder.

Todos salieron de la habitación y la dejaron a solas con su madre. Como si no quisiera comenzar a hablar, le tocó ese maldito mechón blanquecino.

—Qué extraño —murmuró—. ¿No ocurrió nada más? ¿Solo te caíste?

Por más que Dana también quisiera indagar sobre ese mechón blanco que le había salido de la nada, no quería que le cambiaran de tema. No recordaba mucho antes de perder el conocimiento, pero estaba segura de que se accidentó por querer buscar a su padre para qué le explicara sobre ese emparejamiento.

—Mamá, habla, por favor —insistió y la escuchó suspirar.

—No hay mucho de lo que hablar, Dana. Ni siquiera deberías estar enterada de ello, pero ya que tu hermano ha sido indiscreto, como siempre, te lo contaré. Hace unas semanas el alfa Kael de la manada Moon le hizo llegar una propuesta a tu padre, propuesta que no ha aceptado y que no aceptará sin tu consentimiento. Así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Me preocuparé si no me cuentas qué tipo de propuesta. —Su madre frunció el ceño y se dio por vencida.

—Eso es chantaje, Dana, pero está bien. Te lo diré. El alfa Kael tiene dos hijos, ambos son alfas y hasta el momento en nuestra manada no ha nacido ninguno. Él solo puede cederle su puesto a uno de sus hijos y pensó que si te emparejabas con uno de ellos tu padre tendría un sucesor y su hijo una manada.

—¡Pues dile a ese alfa que no pienso emparejarme con su hijo ni con nadie! Esperaré a mi compañero… Cuando lo encuentre, si es que lo hago. —De pronto, la tristeza la invadió de nuevo.

Era como si añorara a alguien a quien no recordaba, pero que le dolía demasiado su falta.

Tala la abrazó para calmarla y sin poder controlarse comenzó a llorar.

—Tranquila, ni tu padre ni yo te obligaríamos a nada que no quisieras. En este momento, debe estar rechazando esa loca propuesta. No es necesario llorar, todo estará bien, te lo prometo.

Cuando estuvo más calmada, su madre insistió en que se quedara en la habitación descansando, pero Dana ya se sentía mucho mejor y no pensaba quedarse encerrada el día de su cumpleaños.

Después de que le trajeran el desayuno a la habitación y recompusiera su aspecto, Dana intentó esconder el mechón blanquecino y salió de su cuarto.

La casa tenía un ambiente frenético. Todas las empleadas correteaban por los pasillos acomodando las habitaciones para los alfas que se quedarían en la manada. Era costumbre que el anfitrión de esas reuniones les ofreciera su hospitalidad.

«Tenía que ocurrir en mi cumpleaños», pensó de nuevo y en lugar de dirigirse hacia la salida de la casa, un impulso la llevó hasta el pasillo que llevaba a la sala de reuniones.

No sabía por qué había acabado allí si lo único que deseaba era irse al punto más apartado de la manada y no tener que ser presentada ante de nadie, pero había algo en aquel lugar que la atraía sin remedio.

Se detuvo cuando estuvo frente a la puerta cerrada de la sala de reuniones y una voz grave

resonó.

—Ya me parezco a Dorian —murmuró para sí misma cuando se acercó a la puerta y pegó su oreja a la madera.

—Alfa Ethan, entiendo que no quieras aceptar sin hablar con tu hija. También comprendo que es demasiado joven. Lo único que le pido es que no descarte mi propuesta y le permita a mi hijo conocerla. Garrick no cuestiona mis decisiones, él está dispuesto porque sabe que lo que te ofrezco en lo mejor para ambas manadas, mi hijo será una buena pareja para su hija.

—¡Mi hija solo tiene catorce años! —escuchó que gritaba su padre y Dana estuvo a punto de apartarse y salir corriendo, pero la curiosidad pudo con ella—. Aún no ha llegado su primera transformación ni ha tenido síntomas de que vaya a ocurrir pronto. Cuando eso suceda, ella podrá escoger lo que desea hacer. No voy a atraparla en una unión con alguien que no es su compañero y negarle el derecho a elegir.

—¡Mi hijo tampoco tiene derecho a elegir! Ha aceptado porque es mi voluntad y sé lo que es mejor para ellos. —Dana olisqueó el aire para ver si podía captar el aroma de ese hombre que gritaba y que sin conocerlo ya le caía muy mal, pero solo pudo captar un olor sutil, algo que tensó cada músculo de su cuerpo.

Estaba deseando de que su loba despertara, si la tuviera, podría reconocer el olor de ese hombre y esquivarlo mientras estuviera en su manada.

—¿Está cuestionando mis decisiones, alfa Kael? —gruñó su padre y, por su tono de voz, estaba furioso—. En su manada puede hacer lo que desee, pero en la mía, mando yo. Y le acabo de decir que no pienso comprometer el futuro de mi hija. ¿Qué ocurriría si su hijo encuentra a su compañera? Cuando lo haga, desechará a Dana y si mi pequeña sufre, juro que devolveré cada lágrima que derrame. Si queremos tener una alianza en paz, me niego a esta horrible idea.

«Así se habla, papá», pensó y aguantó la risa. Le gustaría ver el rostro del alfa Kael ante la negativa de su padre. Sabía que Ethan nunca le haría algo así, fue muy tonta por angustiarse.

—Alfa —interrumpió una nueva voz que le provocó un escalofrío a lo largo de la columna vertebral—. Lo que mi padre quiere decir es que no hace falta que acepte nada ahora, solo que me permita conocer a su hija y pasar tiempo con ella, nada más. No se estaría comprometiendo a nada y nos daría la oportunidad de tratarnos y ver si congeniamos.

«Por la diosa, ¡qué voz!». Se ruborizó solo con escucharlo y quiso abofetearse. Ella no era ningún intercambio político.

Se escuchó el sonoro gruñido de su padre. A Ethan no le gustaba que insistieran cuando ya había dicho que no.

Un silencio cargado de tensión continuó a su gruñido y de nuevo se oyó la voz de su padre.

—Hablaré con mi hija y de ella dependerá la decisión. Si acepta conocerlo, no me opondré a que pasen tiempo juntos, siempre y cuando vayan acompañados de mi hombre de confianza.

Dana percibió que se arrastraba una de las sillas y supo que su padre dio la reunión por finalizada.

Se apartó de la puerta y corrió por el pasillo antes de ser agarrada escuchando a escondidas. Salió de la casa tan rápido, que no se dio cuenta de que Emma se metía en su camino y chocó con ella.

—¡Auch! —se quejó su tía cuando le dio un cabezazo en el pecho—. Ahora que vuelven a ser

mías y me las quieres destrozar. —Emma se frotó el pecho y no le pasó desapercibida la mirada hambrienta de su tío Asher.

—¿Tuyas? Por fin vuelven a ser mías. —Su tío se acercó a su compañera y la abrazó por la cintura.

Que su tío hubiera sido nombrado el rey de los lycan no lo había hecho cambiar demasiado. A pesar de que su padre siempre decía que con aquel título se volvería insoportable.

Emma se ruborizó, le dio con la palma abierta en el torso y lo regañó.

—Tu sobrina está escuchando —susurró su tía, avergonzada—. ¿Dónde ibas tan rápido, Dana? ¿Tu madre nos dijo que te quedarías descansando? ¿Te encuentras mejor?

Dana quiso decirle que sí, que ya no le dolía nada y que no tenían de qué preocuparse, pero vio a su padre salir de la casa junto a dos hombres que lo acompañaban.

Uno de ellos, el que se veía mayor, debía ser el alfa Kael. A su lado se encontraba un joven que quizá debía tener unos veinte años. Al verlo, no pudo evitar que se le entrecortara la respiración y todo a su alrededor pasara a un segundo plano.

El muchacho, como si sintiera su mirada, buscó entre la gente y sus ojos acabaron colisionando con los de ella. Dana no pudo evitar suspirar y sonreír. Sintió sus piernas aflojarse y un calor desconocido recorrió su cuerpo.

El corazón le latía como un desquiciado y no podía apartar la vista por más que estaba siendo demasiado descarada.

¡Y pensar que le parecía guapo el hijo de Irvin! Ahora ya no lo veía tan atractivo. En comparación con ese desconocido perdía y por mucho. Era enorme y a ella siempre le habían llamado la atención… Ni siquiera recordaba cómo le habían gustado los hombres antes de él. Si tenía un gusto en específico, debían ser una copia de ese lycan.

No es que tuviera mucha experiencia, apenas comenzaba a explorar sus hormonas adolescentes y lo hacía investigando *mamatomía* como decía su hermana Kiara.

Escaparse a ver a los machos de la manada luchar en el campo de entrenamiento ya no le parecía tan divertido.

¡Por la diosa, qué brazos! Había tatuajes en ellos y acababa de descubrir que, su futuro compañero, también debería tenerlos. Y ese rostro tan apuesto.

No tenía la menor idea de qué tenía ese lycan, pero ella estaba perdiendo litros de babas con solo verlo. Cuando él le sonrió, sintió que las piernas le temblaban tanto que tuvo que sujetarse del brazo de su tía. Quizá eso de emparejarse no era tan mala idea, si era con él, estaba dispuesta a sacrificar a su compañero donde quiera que estuviera.

Además, quizá no lo encontraba nunca.

Emma la observó y siguió la dirección de su mirada. Intentó volver en sí y dejar de comérselo con los ojos, pero era una tarea demasiado titánica.

No fue hasta que su tía le clavó las uñas en la mano que logró apartar la mirada y fijarse en ella. La mujer miró a Asher por unos segundos y después susurró:

—Por la diosa, esta fue la visión que tuve el día en que mi abuela falleció.

CAPÍTULO 3



—Dana, pero ¿qué vas a hacer? ¿Es cierto lo que dice Dorian? —Kiara corrió detrás de ella en cuanto su padre le permitió marcharse después de que hablaran.

Ethan la llamó cuando su madre le informó de que se había desmayado. Su padre quería saber cómo se encontraba, pero ¿quién se acordaba del golpe cuando había otros asuntos a tener en cuenta?

Un asunto en particular.

El famoso asunto era alto, fuerte y muy hermoso. ¿Qué se sentiría al estar abrazada de esos enormes brazos? Era el alfa más impresionante que había visto en su corta vida.

—¿Es que Dorian no puede meterse en sus propios asuntos por una vez? —se quejó—. ¿Qué se supone que ha dicho ahora? Al final mamá tiene razón, mi hermano es idéntico a la tía Emma, siempre quiere tener metida su naricilla en todo.

Kiara ignoró su creciente mal humor por verse cuestionada y continuó.

—Que te vas a emparejar con el hijo del alfa Kael. ¿Es cierto?

¿Emparejarse? No, claro que no, ella solo quería conocerlo. Tal vez tocarlo un poco para comprobar si esos músculos eran tan duros como parecían. Si bien, antes de verlo se habría negado, después de que sus miradas se cruzaran por aquellos pocos segundos, algo en ella había cambiado.

Tal vez debía dejar de cegarse con la belleza de los hombres, pero con aquel era imposible mantener sus neuronas en su lugar.

—¡¿Qué?! ¡No!, ¡sí! No lo sé. Solo le dije a papá que puedo hablar con él y conocerlo, nada más. —Hacer eso no la comprometía a nada por más que una parte de ella, una que en el fondo la aterraba, quería verse comprometida.

Puede que sus padres la mantuvieran ajena a todos los asuntos de la manada, pero sabía el problema que traería a futuro que ninguno de sus hijos hubieran nacido como alfas. Si con su decisión ella podía darles un poco de paz, no podía ser egoísta. Lo hacía solo por eso.

Ajá, nada más por eso, por ser una buena samaritana y una excelente hija. Como primogénita… ¿A quién quería engañar?

A sí misma, por supuesto. También al resto de alcahuetes como lo era su hermana que no dejaba de meterse en sus asuntos.

¿Por qué le tembló el cuerpo en cuanto lo vio y sintió un flechazo de reconocimiento? A Dana siempre le había gustado regalarse la visión, que la avergonzara decirlo en voz alta era una cosa,

pero mirar no le hacía daño a nadie y ella tenía demasiada curiosidad por el sexo masculino.

Aunque lo que le ocurrió al ver a ese lycan era muy diferente a curiosidad. Estaba casi segura de que el día en que su loba despertara le mostraría lo que ya sabía. Garrick era su compañero y no podía ser más feliz por tener tanta suerte.

Sabía que encontrar a la pareja predestinada no era fácil y menos hacerlo antes de la transformación, pero encontrarla y solucionar los problemas de su familia en un mismo día, era una bendición de la diosa a la que no se pensaba negar.

—Dicen que tiene un hermano gemelo —susurró, kiara—. ¿Será igual de guapo o tendrás diferencias como Dorian y yo? Me faltan tres años para mi transformación, tal vez yo podría ser su Luna.

Dana entrecerró los ojos al mirar a su hermana. Quizá debía dejar de llevarla a sus incursiones al campo de entrenamiento. Era demasiado joven para pensar en esas cosas y, si sus padres se enteraban de que ella era la culpable de eso, tendría problemas.

—¿Quién te contó? Ah, no me lo digas, Dorian. Ese niño es el centro informativo de la manada, no hay nada que no sepa. Es como una de esas antenas que trajo la tía Libby, siempre dispuesto a captar cualquier señal.

—Ya sabes cómo es, pero no negarás que es de mucha utilidad porque siempre nos mantiene informadas. Ahora dime y no te calles lo que sabes. ¿Será igual de guapo ese gemelo? —insistió su hermana.

De pronto, el aire pareció dejar de circular y todos sus músculos se pusieron en tensión.

—Todos dicen que somos idénticos, pero me cuesta ver a mi hermano atractivo —pronunció una voz masculina a sus espaldas.

Kiara dio un brinco al asustarse y se quedó mirando a Garrick con la boca abierta. Dana alzó la mano y se la colocó debajo de la barbilla para empujarla y cerrársela. Por inercia, se llevó la otra mano a la suya para comprobar si tenía la misma expresión de incredulidad.

—De cerca es más guapo aún —murmuró antes de poder tragarse las palabras y, cuando vio la sonrisa del lycan, se dio cuenta de que él también la había escuchado.

—Y sus ojos, ¿lo has visto, Dana? Tiene uno de cada color —Kiara, que no se daba cuenta de lo avergonzaba que estaba, continuaba hablando como si él no estuviera presente—. Si mi hermana te rechaza no me importa ser la segunda opción.

—¡Kiara! —se quejó y sintió la presencia de Kailen, el hombre de confianza de su padre, a su lado.

—Kiara, tu madre te está buscando —dijo y Dana supo que solo era una excusa para apartar a su hermana del camino.

—¿Por qué mamá siempre es tan aguafiestas? —Enfadada, se despidió, no sin antes echarle una mirada exhaustiva a Garrick y alzar el pulgar para darle su visto bueno.

◆ ◆ ◆

A Jarek la petición de su padre le estaba costando mucho más de lo que pensaba. Ahora la joven lycan a la que tenía que engañar tenía un rostro, un nombre y se ruborizaba al mirarlo.

Se podía ver el interés que Dana tenía por él, no había que ser muy inteligente para percatarse

de ello. Con su juventud y su inocencia, era incapaz de enmascarar sus emociones y las mostraba en su rostro.

Sería muy fácil hacer lo que su padre quería, solo tendría que mostrarse amable. El problema radicaba en que Garrick era muchas cosas, pero amable y buena persona no. Le había ocultado demasiadas cosas a su familia sobre su gemelo con la esperanza de que cambiara, pero nunca lo hizo. No sabía lo que su padre descubrió ese día, aunque podía imaginarlo y eso solo significaba que había vuelto a hacer de las suyas.

Miró de nuevo a Dana y el estómago se le contrajo. ¿Cómo podía ser partícipe del engaño y dejar a esa chiquilla en manos de su gemelo? La destruiría, era un sádico.

—¿C-caminamos? —la voz entrecortada de Dana lo sacó de sus cavilaciones y se percató de que todo el tiempo la había estado mirando con fijeza.

El lycan que los seguía carraspeó como si quisiera darle una advertencia. ¿Por quién lo tomaba? Él no se aprovecharía de una chiquilla, ni que fuera su hermano.

—Sí, por supuesto, vamos. No conozco la manada, si quieres mostrármela me gustaría verla.

En aquel momento, poco le importaba lo que había a su alrededor. Su mente estaba en otra parte, justo en cómo podría hacer cambiar de opinión a su padre.

—Entonces, tu nombre es…

«Jarek», pronunció en su mente y se quedó callado por demasiado tiempo. Dana lo miró con una mezcla entre cautela y curiosidad.

—Garrick —masculló entre dientes, si no templaba sus emociones descubrirían su mentira antes de que cayera la noche—. Aunque supongo que ya lo sabes, te escuché hablar con tu hermana.

Sus palabras fueron demasiado cortantes. Dana enrojeció y un jadeo abrumado escapó de su garganta. Sus mejillas comenzaron a ponerse tan granates que casi podían competir con el color de su cabello.

Sus ojos verdes se clavaron en él y sintió una presión en el pecho cuando lo observó con angustia.

La culpa, se dijo a sí mismo. Eso era lo que le provocaba ese dolor sordo en el corazón. Era una niña bonita, con una mirada bastante intensa y, a pesar de que estaba avergonzada, no dejaba de sonreír. Se veía feliz, después de la conversación con el alfa Ethan podía ver que era una jovencita muy amada por su familia.

Cualquier otro padre habría tomado la oportunidad que le ofrecían para salir de ese problema y afianzar el poder con su gente, pero el alfa Ethan se había negado en rotundo y puso en primer lugar la opinión de su hija.

También se daba cuenta de que la jovencita era muy amada por su manada.

Solo había que echar un vistazo a su alrededor para percatarse de cómo, en cada paso que daban, todos lo miraban y no con curiosidad. Lo observaban a él y se podía leer las amenazas silenciosas. Estaba seguro de que si se atrevía a dar un paso en falso hacia ella, se le lanzarían encima sin importarles que pudiera vencerlos.

Casi se echó a reír. Jarek no tenía intención de hacerle daño, pero lo que estaba propiciando sí podía causarle mucho dolor.

—Yo me llamo Dana, aunque supongo que también lo sabes —aquella voz lo trajo de vuelta y se sorprendió por la reacción de su lobo al escucharla.

A su lobo le gustaba escucharla, pero no era algo anormal. Ella tenía una voz dulce y a él se le daba bien tratar con los cachorros más jóvenes, sobre todo cuando se trataba de alejar a su hermano de ellos.

—Entonces, cuéntame algo que no sepa. —Dana se encogió de hombros y miró a Kailen que los seguía de cerca. La presencia del hombre la intimidaba.

Jarek señaló a un lugar más alejado, había unos bancos donde sentarse y parecía estar tranquilo sin tanta gente alrededor. Estaba cansado de fingir que le importaba conocer la manada, solo quería acabar con aquello cuanto antes.

—Podríamos detenernos allí, estamos a la vista y tu guardián podría quedarse aquí —sugirió, al verla tan nerviosa.

La idea pareció agradarle porque asintió con demasiada rapidez, pero a Kailen no se veía muy dispuesto.

—No me importa de lo que hablen. Haré que no escucho nada mientras no sea algo inapropiado, así que no pienso separarme de Dana ni un segundo, olvida la idea, alfa —escupió el guardia.

Si fuera por otro motivo, Jarek le habría hecho tragarse sus palabras por la forma tan despectiva como las pronunció, pero vio que solo se preocupaba por la niña y eso lo respetaba.

Él también se preocupaba. No sabía por qué.

No la conocía de nada, pero la sola idea de que acabara en manos de su hermano le erizaba lo vellos y le provocaba un vacío que no sabía de dónde provenía.

—Por favor, Kailen —dijo con un tono dulce que incluso a él lo cautivó—. Estaremos a la vista y podrás vigilarme. Estamos dentro de la manada, además, ¿qué podría hacerme? Solo vamos a hablar para poder conocernos.

Muchas cosas, pensó Jarek y apretó los dientes. Era demasiado confiada.

Él no haría nada para dañarla, pero Garrick no lo dudaría. Todavía tenía muy presente la ocasión en que agarró a su hermano a punto de abusar de una de las mujeres de la manada. Apenas era una adolescente recién convertida.

No era mucho mayor que Dana y ese día dejó de ver a su gemelo de la misma forma.

Antes de eso, se percató de que su hermano tenía maldad, que en ocasiones abusaba del puesto que ocupaba como el hijo del alfa, pero ver con sus propios ojos de lo que era capaz… Ese día la relación entre ellos terminó de romperse.

Salvó a la joven de las garras de Garrick y lo amenazó. Desde entonces, siempre lo mantuvo vigilado y, aunque no le contó lo ocurrido a su padre, algo le decía que el alfa no estaba tan ciego.

¿En qué estaba pensando su padre al intentar unir a su hermano con esta niña?

—Está bien, pero no me moveré de aquí y si la veo incómoda tendrás problemas —gruñó, Kailen.

—Si lo hace, yo mismo me marcharé, no tienes que advertírmelo —pronunció e intentó no mostrar que era él quien se sentía cada vez más incómodo con la situación.

Siguió a Dana hasta los bancos y se sentó lo más alejado que pudo de ella. Antes de que ella bajara la vista hacia sus pies, pudo notar la desilusión en su mirada.

«Muy bien, Jarek, lo estás haciendo fantástico», se increpó a sí mismo, pero sabía que era lo mejor. Lo ideal era que la chiquilla lo rechazara así evitarían problemas. Además, ¿qué esperaba que hiciera él? ¿Qué se sentara a su lado y le dijera palabras de amor? ¡Por la diosa, era solo una chiquilla!

Cuando Dana volvió a mirarlo y se fijó en que de verdad ella esperaba algo de él que no pensaba darle, llegó a la conclusión de que esa era la forma de mantenerla a salvo.

¿Cómo no lo había pensado antes? Ninguna promesa hecha a su padre debía pesar más que su propia conciencia. Se mostraría como un imbécil y ella echaría a correr.

Aprovecharía que Kailen ya no los escuchaba para comenzar con su plan. Después le diría a su padre que la jovencita era una inmadura, caprichosa, insoportable y que no creía que su hermano la aceptara nunca, pero cuando ella volvió a alzar la vista y lo miró como si le leyera el alma, se olvidó de sus intenciones.

—Es mejor que no me acerque demasiado, no es por ti —aclaró, como si le debiera una explicación—. Eres una niña muy agradable, pero es mejor que mantengamos la distancia.

—¡No soy una niña, hoy cumplo catorce años! —gritó, muy ofendida—. En un año tendré mi transformación y mi loba sabrá quién es mi compañero. Después, cuando él también los sepa, me esperará para que podamos estar juntos. Mi padre dice que podré emparejarme cuando tenga cincuenta años. Si me quiere sabrá esperar.

Jarek no pudo evitar que una carcajada se formara en su garganta. No sabía si reírse o llorar por lo que les esperaba. Si el alfa Ethan se enteraba del engaño de su padre no iban a salir con vida de allí, estaba más que claro que adoraba a su hija. Para colmo, era cuñado del rey, ¿podría ser peor?

Dana lo miró como si su risa la ofendiera y se apresuró a aclarar el motivo de que su comentario le hubiera hecho tanta gracia.

—Perdón, no me estoy burlando, lo prometo.

—Pues lo parece, ¿sabes? Ya no me gustas tanto, que lo sepas —murmuró y lo miró con el ceño fruncido.

Debería alegrarle de que hubiera dejado de mirarlo como si viera a su futura pareja, pero, en lugar de hacerlo, le provocó malestar.

—No me reía de ti, lo prometo. ¿Te das cuenta de que tus planes no encajan con lo que nuestros padres planean? Además, das por hecho que conocerás a tu compañero con tu primera transformación. La mía fue hace quince años y sigo sin encontrarla, no es tan fácil como parece.

—Por supuesto que estoy segura de que así será, yo ya sé quién es mi compañero, solo necesito la confirmación de mi loba y que él se entere también… Un momento, ¿quince años? Pero ¿cuántos años tienes? —indagó y Jarek se encogió de hombros.

—El doble que tú y no, no pienso aprovecharme de una niña con ilusiones de encontrar a su compañero. Ni siquiera obtener una manada vale lo suficiente como para sacar provecho a costa de un engaño. Así que podemos dar esto por terminado. Si quieres puedes decirle a tu padre. —Dana se levantó de un salto y colocó sus brazos en jarra.

Su cabello rojizo se movió con el aire y un agradable aroma inundó sus fosas nasales.

—¡Ya te he dicho que no soy una niña!

Jarek alzó ambas palmas en señal de rendición, intentaba no reírse, pero la actitud desafiante de la chiquilla no se lo ponía fácil. No le tenía ningún miedo y eso era extraño. Como alfa, era más alto que la mayoría de los lycan, pero tanto su hermano como él eran incluso más fuertes que su padre.

Eso solía provocar que nadie se atreviera a alzarles la voz y menos a retarlos. Que Kailen lo hiciera sin ningún temor le había hecho ver el cariño que profesaba por la niña, pero, que lo hiciera ella, sí lo agarró por sorpresa.

—Está bien, me retracto. Entonces diré que eres casi una mujercita, ¿te parece? Aunque eso no cambia las cosas, Dana. —La escuchó suspirar cuando pronunció su nombre y volvió a sentarse para mirarlo con esa intensidad que parecía ser propia de ella—. Tú tienes esperanzas de encontrar a tu compañero y eso no es compatible con los planes que tienen para nosotros. Por eso mismo te libero de este trato, yo regresaré a mi manada y si alguna vez regreso… No dejes que me acerque a ti, por favor.

Estaba decidido, él no pensaba continuar con aquella farsa. Esa chiquilla tenía algo que le tocaba el corazón y no pensaba permitir que Garrick le hiciera daño. La protegería a como diera lugar. Si para ello tenía que amenazar a su hermano, lo haría.

—Pero tú eres mi compañero —susurró ella y bajó la mirada de nuevo. Jarek observó a su alrededor y vio a Kailen con las manos empuñadas y la vista fija en ellos, le dio un asentimiento con la cabeza para darle a entender que todo estaba bien.

—Mírame, Dana —pronunció con la voz más suave.

Quería borrarle esa idea de la mente, ella no podía creer algo así. Estaba confundida, ni siquiera tenía a su loba como para tener esa certeza y él lo habría notado. Por más que su instinto de protección saliera con solo pensar en que pudieran dañarla, eso no significaba que esa niña fuera su compañera.

Actuaría de la misma forma con cualquier hembra indefensa.

Ella obedeció y, de nuevo, aquellos ojos verdes se clavaron en él con tanta intensidad que el aire dejó de circular por sus pulmones.

¿Por qué le provoca esa reacción?

—Eres mi compañero, lo sé. No me preguntes cómo, pero en cuanto vi tus ojos sentí que te conozco desde siempre.

—¿Mis ojos? —balbuceó al escuchar la certeza con la que ella pronunciaba sus palabras—. Ya sé, ¿lo dices porque son de diferentes colores? —intentó quitarle importancia y solo consiguió que aquella niña lo pusiera nervioso—. Mi hermano… Jarek, los tiene iguales. ¿Has coincidido con él antes? —La idea de que Garrick se hubiera cruzado con ella en otra de las reuniones de las manadas lo tensó.

Dana negó.

—No, no he conocido a tu hermano y a ti es la primera vez que te veo. Nunca salí de la manada, solo viajo a la manada de mis tíos y mi tía Emma es la que siempre me lleva con su magia.

Ah, sí, la reina. La bruja que unió a todos los clanes y que en ese instante se encontraba allí, preparada para destruirlo si su amada sobrina salía llorando de esa especie de cita.

¿En qué estaba pensando su padre? Volvió a preguntarse, ¿acaso estaba tan desesperado por desembarazarse de su hermano como para ponerlos a todos en peligro? En cuanto llegaran a la manada hablaría con él, tenía que contarle todo lo que sabía de Garrick. Si su gemelo ponía las manos sobre esa niña, la desgracia caería sobre ellos.

Sin pensar en lo que hacía, tomó el rostro de Dana con ambas manos y la obligó a mirarlo.

Cuando sus manos tocaron su piel un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no la soltó.

—Si alguna vez conoces a Garrick aléjate de él, por favor. Hablaré con mi padre y nos marcharemos ahora mismo. —Iba a apartar sus manos del rostro de la niña cuando ella se las sujetó y las apretó contra sus mejillas.

Su mirada estaba vidriosa y le temblaban los labios. Era como si su vista estuviera dirigida a él, pero no lo viera en realidad.

—Pero tú… tú eres Garrick —balbuceó—. Tú eres mi compañero y yo…

No pudo continuar hablando, Dana se desvaneció y solo su cercanía evitó que se golpeara en el suelo.

Kailen llegó corriendo e intentó quitarle a la niña cuando la alzó en sus brazos.

—¡Yo la llevaré! —gruñó y Jarek se negó a dársela.

No podía, sus brazos se negaban a soltarla y la apretaba con fuerzas contra su pecho.

—Dime, ¿dónde está la sanadora? —ordenó con su voz de alfa y Kailen gruñó con más fuerza cuando no pudo negarse.

—Si le has hecho algo…

—¡Tú estabas viéndolo todo! No hice nada, ahora deja de quejarte y dime de una vez hacia dónde ir.

Jarek corrió detrás de Kailen con Dana entre sus brazos. El lycan debía haberse comunicado con su alfa por el enlace mental porque salieron a su encuentro.

Ethan miró a su guardia buscando respuestas, pero, aunque no escuchó lo que le decía, supo que acababa de exculparlo porque habían dejado de mirarlo con rabia y se centraban solo en la niña.

La niña… La preocupación que sentía por ella no era normal.

¿Qué le ocurría?

Cuando intentaron alejarla de él, sus colmillos descendieron por el impulso de protección. La mano de su padre en su hombro lo hizo entrar en razón y cedérsela al alfa.

«Entrégasela a su familia», le ordenó su padre a través del enlace mental y accedió a regañadientes.

Cuando se la llevaron corriendo al interior de la casa, estuvo a punto de seguirlos, pero Kailen le puso la mano en el torso y lo detuvo.

—No me toques —gruñó.

—Y tú no te comportes como si fuera tuya, alfa —lo retó el lobo—. Tienes suerte de que estuviera presente y que ella hubiera amanecido enferma, si no fuera por eso, tú y yo íbamos a tener más que palabras.

—¿Me amenazas?

Su padre volvió a llamar su atención. ¿Acaso él no era el prudente de la familia? ¿Por qué parecía querer despellejar vivo a todos con tal de colarse en el interior de la casa?

—Tranquilo, solo están preocupados, es normal y tú… Te estás comportando muy extraño —susurró sus últimas palabras y, cuando Kailen se alejó, volvió a hablarle—. Recuerda que no eres Garrick y esa chiquilla se unirá a tu hermano no a ti. ¿En qué estás pensando?

—Por encima de mi cadáver —masculló—. Los seguiré, tengo que asegurarme de que Dana está bien.

—Tú no vas a seguirlos, nos disculparemos con el alfa Ethan en cuanto salga y nos marcharemos. Te estás tomando tu representación demasiado en serio, Jarek.

—No puedes dejar a esa niña en manos de mi hermano, padre y no pienso marcharme de aquí hasta que no sepa lo que le ocurre. —Su padre negó y él insistió—. Usted me metió en esto, no se vería bien que nos marcháramos cuando ella está enferma. Si de verdad quiere que haya una unión entre ellos, ¿en qué lugar lo dejaría si se va sin interesarse por su futura nuera?

Esa unión nunca se daría si él podía impedirla, aún faltaba mucho tiempo para que sucediera y mientras el tiempo pasaba podría pensar en algo. Cuando llegara el momento, se ocuparía de impedirlo.

Su padre accedió a quedarse. Su argumento pareció convencerlo, pero no se veía muy contento con ello.

Dana no volvió a salir de su habitación. Les informaron de que la niña estaba descansando y que solo había sido un susto, aunque él no lo creía. Algo en su interior no paraba de gritarle que algo estaba mal.

Esperaría a la noche y, cuando todos estuvieran dormidos, se colaría en su habitación. Tenía que asegurarse de que estaba bien, solo así podría regresar a su manada y olvidarse de aquella pesadilla.

CAPÍTULO 4



Año 1874 Silvershade Summit.

Endora sentía su cuerpo cansado y dolorido. Respiró con dificultad cuando el ardor en las costillas le recordó que estaba muy malherida.

Tal vez eso era una buena señal, si era capaz de sentir era posible que hubiera sobrevivido.

La imagen de su padre golpeándola una y otra vez, le provocó un estremecimiento y que las lágrimas le humedecieran las mejillas. Después de la golpiza y durante la huida, había estado tan asustada que ni siquiera se detuvo a pensar en su situación.

Astron, el hombre que debía amarla y cuidarla estuvo a punto de matarla. Comprender lo ocurrido le dolía mucho más que las heridas que recorrían su cuerpo.

—Estás despierta —escuchó una voz profunda a su lado, una voz masculina y que acariciaba cada terminación nerviosa—. No necesitas seguir fingiendo que duermes, tesoro.

Se tensó al creer que podría ser su padre. No recordaba nada de lo que ocurrió después de perder el conocimiento en la nieve. Si no estaba muerta, era posible que Astron la hubiera encontrado.

Aunque esa voz no se parecía a la de él.

—P-por f-favor, papá —sollozó sin abrir los ojos, aún podía notar su rostro inflamado y uno de sus ojos le palpitaba—. No me hagas más daño, no podré soportarlo.

Un fuerte rugido resonó y, espantada, intentó arrastrarse para escapar, pero solo consiguió verse recluida en la cama por un par de fuertes brazos.

Cuando logró que sus párpados se despegaran y miró a la persona que la tenía capturada, reconoció el rostro del hombre con el que soñaba. Quiso hablar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Aquellos ojos, uno de cada color, la miraban con furia. Endora sintió tanto miedo que intentó apartarlo, pero uno de sus brazos estaba inmovilizado. Intentó usar el otro y el fuerte tirón de sus músculos unido al de sus costillas le hizo dar un grito.

Enseguida, él la agarró para que no se moviera, aunque no lo hizo con la suficiente fuerza para dañarla. Parecía que solo intentaba que dejara de luchar.

—Mujer, no voy a hacerte daño —esa voz… por fin pudo ponerle rostro—. Estás a salvo, nadie se atreverá a tocarte mientras estés bajo mi cuidado.

Endora miró a su alrededor, se encontraba en una habitación que no era la suya. Tampoco

correspondía a ninguna estancia de la casa de su padre.

—El lobo —susurró al recordar la imagen del enorme animal de pelaje rojizo acercándose a ella. El recuerdo la hizo tensarse y un nuevo gemido de dolor desgarró su garganta.

—No te esfuerces —lo escuchó pronunciar con preocupación—. La sanadora ha hecho lo que estuvo en su mano para ayudarte, pero al parecer las brujas no se curan con tanta rapidez como nosotros. Tardarás un tiempo en volver a ponerte en pie.

Se tensó al escucharlo llamarla bruja. ¿Sabía quién era ella? ¿La devolvería a su padre?

No podía permitirlo. Lo negaría hasta el cansancio.

—Y-yo no soy una bruja —balbuceó, demasiado nerviosa como para que su respuesta fuera creíble.

Cuando planeó contarle a su padre sobre el lycan que había visto en sus sueños no pensaba con claridad. Los brujos y los lobos no tenían una buena relación, al menos, no hasta que su tío, el rey, decidió pactar con ellos una tregua.

Aquel pacto era muy reciente y esa decisión había provocado algunas fricciones entre los clanes de los brujos. No todos apoyaban las ideas revolucionarias de su tío, entre ellos, su padre.

Si eso ocurría con su gente, lo mismo podría ocurrir con los licántropos. Una bruja no era bien recibida entre ellos.

No pensó con claridad cuando se escapó en mitad de la noche y se lanzó a los brazos de aquel… hermoso hombre. Eso debía reconocérselo. Nunca había visto un hombre más guapo, pero su belleza podía ocultar un interior tan oscuro como el de su padre.

No, ella debía pensar con frialdad y no dejarse llevar por el indudable atractivo del lobo que tenía a su lado. Los sueños que tuvo con él podían haber sido un engaño.

El licántropo sonrió a escucharla negar su ascendencia, pero fue una sonrisa juguetona que indicaba que no la creía. Aquella mueca, suavizó sus facciones y, por unos segundos, dejó de parecer tan peligroso.

¿En qué estuvo pensando cuándo escogió buscar a ese hombre solo por una visión? Peor aún, ¿en qué pensaba al creerse enamorada de la imagen de un sueño? Su visión no le había permitido ver mucho más y teniéndolo de frente, ese lobo era demasiado grande, demasiado peligroso, demasiado apuesto. ¡¿En qué estaba pensando?! No era apuesto, podía partirla en dos con esas grandes manos sin necesidad de convertirse en ese animal salvaje.

Todo él era bestial y ella no se veía capaz de defenderse si decidía atacarla.

—Querida mía —pronunció con un pequeño toque burlón que a ella le pasó desapercibido. ¿Querida suya? Por supuesto, a ella no le importaba ser suya. ¡¿Qué?! Endora cerró los párpados con fuerza para dejar de verlo y no le importó el dolor que eso le provocó. Quizá si no se dejaba engañar por su aspecto, su mente aguda e inteligente volvería a tomar el control—. Tu aroma a bruja me atrajo mucho antes de verte… herida y en el suelo.

La forma en que gruñó que la había encontrado herida la obligó a abrir los ojos y mirarlo. La leve sonrisa que antes lo hizo parecer un niño travieso, desapareció para mostrar aquella mirada cargada de ira contenida.

¡Iba a matarla! Lo que su padre no terminó lo terminaría él. No podía dejarse engañar por su falsa amabilidad, ese hombre la miraba lleno de odio. De pronto, parte de sus palabras resonaron

en su aturdida mente y clavó las uñas en la cama.

¿Acababa de decirle algo sobre su aroma a bruja? Ella olía bien, se bañaba con frecuencia. Era muy pulcra, no tenía ni idea de a qué se refería con eso.

Acercó su rostro a su axila y respiró. La bofetada que le dio su propio cuerpo la hizo contener una arcada. Apestaba y no era de extrañar, no sabía desde cuando llevaba inconsciente, pero no era de caballeros mencionarlo.

Aunque, el aspecto rudo de ese licántropo no irradiaba caballerosidad por ningún lado.

—No está bien que un hombre señale esas cosas frente a una dama —se quejó y, si no le dolieran tanto los labios por los golpes, se los hubiera mordido con tal de contener las lágrimas —. Las damas no apestamos.

¡¿Qué importaba lo que él pensara?! Estaba cansada, dolorida y no sabía si se había salvado de la muerte para ir a parar a manos de alguien peor que su padre.

Que él dijera que ella olía mal era lo de menos, Astron le había dicho cosas peores y continuaba en pie. Bueno, respiraba, porque dudaba mucho que lograra ponerse en pie con tanto dolor.

El desconocido ladeó el rostro de esa forma que hacían los cachorros cuando intentaban prestar atención y el brillo de la diversión se asomó a sus ojos. Endora dio gracias al dolor de su cuerpo, si no fuera por eso, quizá habría cometido el error de estirar la manos y acariciarle esa poblada barba rojiza.

¿Por qué sentía tantos deseos de tocarlo?

—¿Qué pude decir que ofendió a sus delicados oídos, mi señora?

Y ahí estaba de nuevo, *querida mía, mi señora*, tanta posesividad en aquellas palabras. Su padre debió golpearle la cabeza con demasiada fuerza porque no era normal que quisiera a ponerse a ronronear como un gatito cada vez que ese hombre abría la boca.

Lo mejor era no pensar en su boca. Era carnosa, bien delineada, tenía unos dientes blancos y unos colmillos más alargados de lo que ella estaba acostumbrada a ver, pero ¿qué sentiría con un beso suyo? Por algún motivo, esos pensamientos, debían ser algún efecto secundario de los golpes. Quería la mordiera, que deslizara esos afilados colmillos por su piel y la marcara.

El calor emergió a su rostro y apretó la mandíbula.

«Supervivencia», se dijo a sí misma y evitó mirarlo de nuevo porque, cada vez que lo hacía, su mente se perdía en pensamientos que no eran normales.

¿Es que no aprendió nada de lo ocurrido? Su propio padre la había traicionado. La persona que debía protegerla estuvo a punto de matarla. Confió en él y eso la llevó a la guarida de un desconocido.

¡A la de un lobo!

Aquella falsa sensación de estar a salvo se la daba su poco sentido común porque deseaba ser protegida. Tenía que recordar que desde que escapó estaba sola y su vida ya solo dependía de ella.

No volvería a poner su seguridad en manos de ningún hombre. Se lo debía a su nana que dio su vida por mantenerla a salvo.

Pensar en que la pobre mujer habría pagado las consecuencias de su huida, le formó un nudo en

la garganta y no pudo evitar que un sollozo escapara de forma ruidosa.

«Tal vez está con vida», intentó engañarse a pesar de saber que era imposible. En cuanto su padre descubriera que había escapado sabría que la única que se atrevería desafiarlo sería su nana.

El hombre, que había permanecido sentado junto a la cama, se deslizó con una habilidad felina y se subió a la cama, justo a su lado.

El aire se le atoró en la garganta cuando su imponente presencia hundió el colchón e invadió todo su espacio personal.

—¿Por qué lloras, tesoro? —Cuando su enorme mano cayó sobre su mejilla y le secó las lágrimas con torpeza, tuvo que recordarse que su padre también le hablaba con cariño cuando quería obtener algo de ella.

Endora quería volcar cada sentimiento, ponerlos en palabras y contarle todo lo que provocaba que su pecho se resquebrajara. El dolor interno era tan grande que opacaba al físico. Necesitaba gritar y expulsar esa opresión que la ahogaba.

Necesitaba confiar en alguien, creyó que podía hacerlo cuando su nana la aconsejó que buscara al hombre con el que soñaba, pero eso había sido una locura. En ese momento, a ella le pareció correcto porque era eso o morir. Tras comprender lo sucedido y no estar bajo el yugo de su carcelero, el peso de la traición de su padre y el peligro que corría si la entregaban de nuevo a él, la hizo comprender que no podía sincerarse.

Si su propia familia la dañó de esa forma, ¿qué podía esperar de un desconocido?

En lugar de dejar que la verdad saliera de sus labios, se buscó la excusa más tonta que pudo encontrar para que ese hombre dejara de mirarla y de esperar una respuesta.

—¡¿Cómo quieres que no llore, señor?! Me dijo que apestaba. Si fuera un caballero no diría eso en voz alta y más cuando no tuve ocasión de asearme en… ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —El hombre se tensó a su lado con su cambio de actitud, pero no se movió ni un milímetro. ¿Es que no se daba cuenta de que su cercanía provocaba que su mente no pensara con claridad?—. ¡Además, salga de mi cama, bestia!

Endora se habría cosido la boca si hubiera tenido cerca aguja e hilo. Lo habría hecho ella misma con tal de mantenerse callada. Tal vez cortarse la lengua sería una mejor opción.

Los enormes brazos del hombre se colocaron a ambos lados de su cuerpo sin tocarla y sus piernas también la rodearon. Si se convertía en lobo en ese momento, podría arrancarle la cabeza sin que ella opusiera resistencia.

Había estado tan cegada y asustada, que se había limitado a observar su apuesto rostro y su intimidante aspecto, pero no se percató de que solo llevaba puesto unos pantalones y llevaba el torso al descubierto.

Gimió en voz alta y debió ser por el terror al verlo sobre ella. A pesar de que no la rozaba, su presencia era aterradora. Si era sincera consigo misma, puede que lo que sintiera no fuera terror, no estaba segura de si el calor que la envolvía provenía del cuerpo del hombre o del suyo.

Quizá tenía fiebre.

Se le aceleró la respiración y de nuevo dio gracias a las heridas. Tenía un brazo entablillado y el otro, por más que no estuviera roto, no estaba mucho mejor. Si no fuera por eso, se avergonzaría a sí misma acercando las manos a ese pecho descubierto que brillaba bajo la tímida

luz de las velas y lo recorrería con curiosidad.

¿Qué le estaba pasando?

—No sé por qué creí que tú, bruja, serías diferente al resto de los de tu clase —la forma en que lo pronunció, tan cerca de su rostro y enfurecido, la hizo arrepentirse de sus palabras—. ¿Esto te lo hizo algún lobo? —siseó y señaló las heridas de su cuerpo.

Habría sido más fácil decir que sí. Eso le evitaría tener que contar la verdad y lo alejaría de descubrir de quién era hija, pero, cuando lo miró a los ojos, no fue capaz de mentir.

—No —susurró y bajó la mirada.

No pudo ocultarse de su vista por mucho tiempo, porque él le alzó la barbilla con mucho cuidado, casi con reverencia.

La tocaba con tanta suavidad y cariño, pero no podía dejarse engañar. ¿Acaso su padre no la trató con amor durante años?

—¿Entonces? Si no me lo cuentas, asumo que esto lo ha hecho tu propio clan. —No le hizo falta contestar porque, el recuerdo de su padre golpeándola, provocó que los ojos se le llenaran de lágrimas—. Y, aun así, te atreves a llamarme bestia a mí que te salvé la vida, te abrí las puertas de mi casa y me he asegurado de que estés a salvo.

—L-lo lo siento —tartamudeó y, con la misma rapidez que se colocó sobre ella, se levantó sin rozarla. A pesar de que la ponía muy nerviosa, enseguida notó su falta—. No quise decir algo así.

El hombre se encogió de hombros como si no le diera mayor importancia y se dirigió a la puerta.

—¡Me dejarás sola! —gritó sin saber por qué.

Era mucho mejor que se marchara, su presencia le hacía cosas a su mente y a su cuerpo en las que no podía permitirse pensar. Si se marchaba, podría concentrarse en su próximo paso a seguir.

Él se detuvo antes de salir y la miró con una enigmática sonrisa que le provocó un dolor en el estómago.

Debía ser delito ser así de guapo. Con ese aspecto, alguien como ella, que había sido educada en la más estricta soledad y alejada del mal de mundo, sería capaz de caer como una tonta en cualquier cosa que le dijera.

—No te librarás tan fácil de mí, tesoro —dijo y sintió que el cuerpo le temblaba ante aquellas palabras que sonaron a promesa—. Voy a buscar a la sanadora para que te dé más láudano, estás dolorida y ni siquiera te has quejado. Soy una bestia, mi querida bruja, pero soy tu bestia y no voy a permitir que mi compañera sufra.

El hombre salió de la habitación y cerró la puerta sin darle opción a réplica.

Tampoco tenía nada que decir. Cualquier réplica se le habría quedado atorada en la garganta.

Endora se quedó mirando el lugar por donde había desaparecido hasta que los ojos le escocieron por no parpadear. ¿Qué acababa de decir? ¿Su compañera? ¿Acaso él también había soñado con ella?

CAPÍTULO 5



Jarek tuvo que esperar hasta casi la madrugada para poder salir de la habitación que le habían dado. La reunión de los alfas de las manadas no se canceló, pero la celebración que iba a darse en la noche sí se pospuso.

Eso solo significaba que la pequeña Dana no estaba bien.

Se dijo a sí mismo que su preocupación estaba justificada, que era normal que quisiera asegurarse de que la niña se estaba recuperando porque se enfermó estando bajo su cuidado, pero, lo que no era justificable, fue que estuviera intentando colarse a escondidas en su habitación en mitad de la madrugada.

Debía esperar a la mañana, lo más probable sería que, para ese momento, ya tuvieran alguna noticia que darle y podría marcharse tranquilo.

Era lo correcto.

Aunque lo que era correcto o no, pasó a un segundo plano, incluso dejó de importar. Sin medir las consecuencias, Jarek salió de su habitación en cuanto la casa se quedó en silencio. Era como si no pudiera detenerse y una voz lo llamara en su cabeza obligándolo a acercarse.

Guiado por su olfato, intentó localizar el olor de Dana para orientarse. Cuando lo logró, descubrió que era demasiado tenue desde la posición en la que se encontraba. El ala de la casa donde se alojaba la familia estaba más alejado de lo que creyó en un principio, tendría que recorrer gran parte de los pasillos sin hacer un solo ruido.

Rogó por no encontrarse con nadie o estaría en problemas.

Estuvo a punto de darse la vuelta y regresar a su habitación, si alguien lo pillaba husmeando y a oscuras no sabría qué responder, pero el impulso de continuar fue más fuerte que su sentido común.

Cuando llegó frente a la puerta donde estaba casi seguro de que ella se encontraba, las dudas comenzaron a corroerle de nuevo. ¿Y si se ponía a gritar al verlo? ¿Y si había alguien cuidándola?

Jarek le dio la espalda a la puerta dispuesto a marcharse cuando el sonido del llanto de la niña lo hizo olvidarse de la prudencia. Entró sin llamar y se quedó estático cuando descubrió a la reina de los lycan sentada a un lado de la cama. La mujer le acariciaba el cabello a Dana con ternura.

—Joder —masculló, de todos los escenarios posibles, aquel sin duda era el peor.

La bruja lo miró con aquellos ojos plateados y tuvo que sujetarse del marco de la puerta para soportar la presión que lo envolvía.

—Dime, ¿qué haces aquí? —exigió con calma y regresó su atención a Dana que continuaba llorando en sueños.

Jarek no sabía qué decir, miró a su alrededor como si no supiera dónde se encontraba y se disculpó.

—Creo que me confundí de habitación, su majestad, estaba buscando la mía y me perdí. Si me disculpa, seguiré buscando.

—Dije que me dijeras qué haces aquí y, cuando lo pedí, esperaba la verdad —murmuró en el mismo tono y sin dejar de acariciar el cabello a la niña—. Si aprecias tu vida, será mejor que me digas qué haces en la habitación de mi sobrina y esta vez no quiero excusas.

Se frotó el cabello y suspiró, ya no podía cambiar la situación. Lo mejor sería decir la verdad y afrontar las consecuencias de su estupidez.

—Está bien, se lo diré, pero quiero que sepa que no es nada malo. Mañana mi padre y yo regresaremos a la manada y no quería marcharme sin saber cómo se encuentra.

La bruja le hizo una señal para que entrara y, cuando lo hizo, ella cerró la puerta de la habitación sin moverse de su lugar. Solo con un movimiento de su mano.

La diosa quería verlo muerto, si el compañero de la reina venía a buscarla y lo encontraba encerrado en una habitación con ella, la muerte sería lo mejor que podría pasarle. Estaba condenando a su manada por su preocupación hacia una niña que ni siquiera conocía.

Dana jadeó como si no soportara el dolor y cuando dio un paso hacia ella, se detuvo y respiró como si buscara un olor en el aire, el suyo. Las lágrimas y el movimiento entrecortado de su respiración comenzaron a calmarse, aunque aún lloraba, se mostraba más tranquila.

—Una verdad a medias, lobo —susurró la bruja sin dejar de mirar a Dana con preocupación—, pero vas mejorando. Ahora dime, ¿qué te trae a la habitación de mi sobrina en mitad de la madrugada? No quiero repetirlo más. Podrías haber esperado a la mañana y preguntar por su salud en ese momento. Si no me das un argumento válido, tendré que informar de ello y no será bueno para ti.

—Tiene razón, podía hacer eso.

—Pero no lo hiciste, así que ya que estás aquí, acércate —ordenó y, antes de que pudiera poner sus piernas en movimiento, ella lo arrastró hacia la cama con su magia. Dana volvió a respirar de forma sonora en cuanto se acortó la distancia y en esa ocasión una sonrisa se dibujó en su rostro. Continuaba dormida—. Interesante. Durante todo el día no ha despertado, los único signo de estar viva ha sido ese llanto continuo. He tenido que dormir a toda mi familia porque no querían marcharse y tener tanta gente en la habitación la alteraba más. En cambio, ahora entras tú…

La bruja no terminó de hablar, se levantó y le pidió que ocupara su lugar con un gesto de su cabeza.

Jarek sintió la necesidad de explicarse, de contarle que no estaba allí para hacerle daño a su sobrina, pero ella, con esa mirada intensa, solo arqueó una ceja y lo detuvo.

¿Cómo una mujer tan pequeña podía irradiar tanto poder?

—Si sigues respirando es porque sé que no venías con intención de hacerle daño. Te preocupas, ¿por qué?

¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. Quizá porque estaba en sus genes, siempre había sido protector

y saber lo que su padre planeaba lo hacía sentir mucha culpa.

Era eso, culpa por lo que le esperaba a Dana junto a su hermano. Aunque contarle ese detalle a la reina tampoco estaba en sus planes.

—Se enfermó estando a mi cuidado, quería asegurarme de que estaba bien. ¿Lo está? —preguntó y se sintió muy estúpido.

Estaba muy claro que no lo estaba.

—Míralo tú mismo, no ha recuperado la consciencia y estuvo llorando todo el día… hasta ahora. Hasta que llegaste tú. —Jarek dejó de mirar a la bruja y centró su atención en la niña.

Dana tenía los párpados hinchados y la nariz congestionada, pero su expresión se veía tranquila.

—Parece que ya se siente mejor —susurró y se tensó al sentir a la bruja a su lado.

—Algo cambió en ella cuando entraste, lo sentí. —La mirada de la bruja iba de la niña a él y no le gustó en lo más mínimo su expresión—. Tócala.

—¡¿Qué?! —alzó la voz y se llevó una mirada acusatoria de la reina.

—¿Qué piensas que te estoy pidiendo, lobo? —dijo, molesta—. Acércate y sostenle la mano, solo eso. Si tocas un cabello de más, te arrancaré las manos. Eso no está a discusión.

Jarek se olvidó de que estaba hablando con la reina y no pudo evitar gruñir en protesta, pero aun así ocupó el lugar que le indicaba y buscó la mano de la niña.

—¿Segura? La última vez que la toque, hum, bueno. —Se calló antes de pronunciar que la última vez que la tocó ella se había desmayado.

La bruja no contestó, estaba demasiado ocupada mirando a su sobrina y, por la forma en que lo hacía, no estaba tan tranquila como quería aparentar.

Al ver que la reina no pensaba decir nada más, acercó su mano a la de la joven y sintió que su cuerpo se tensaba. Cuando sus dedos rozaron los de Dana, la niña comenzó a moverse en la cama sin abrir los ojos. Jarek apartó la mano con rapidez.

—No creo que sea buena idea.

—Hazlo —volvió a ordenar—. Creo que eres el único que la puedes ayudarla a regresar. —La bruja colocó una mano sobre su hombro y en esa ocasión lo miró con una súplica—. Hice todo lo que estaba en mi poder, su cuerpo está aquí, pero su mente parece haberse marchado. No logro devolverla a la realidad, por favor, es la primera vez que está tranquila desde que se desmayó. Y parece que es por tu presencia aquí.

—Está bien, lo haré, pero no creo que funcione.

◆ ◆ ◆

«¡Dana, Dana, Dana! ¡Por la diosa, despierta!».

En su mente no dejaban de repetirse esas palabras una y otra vez, pero las escuchaba lejanas. ¿Quién era Dana? Ella no recordaba ninguna mujer llamada así, su nombre era Endora y tenía que huir de su padre.

Sentía tanto dolor y miedo. Había voces por todas partes, algunas irreales que se mezclaban en su cabeza, enloqueciéndola.

Le pedían que despertara, lloraban, pero ella era incapaz de hacerlo. Los escuchaba sufrir por ella y eso le dolía casi tanto como los golpes que tenía en su cuerpo. No sabía quiénes eran, aunque podía sentir el amor que le profesaban.

De pronto, las voces dejaron de escucharse y pudo despertar en una cama desconocida junto al hombre de su visión. Tenía miedo, estaba confundida, podía verse acostada y herida, pero era como si pudiera observar todo desde el exterior de su cuerpo.

Reconocía su cuerpo en esa cama, pero no sentía que estuviera allí, era como ver en un espejo, ¿podría ser una visión del futuro?

Cuando vio al hombre que parecía cuidarla, su corazón comenzó a bombear tan fuerte que temió que la escucharan y descubrieran su presencia. ¿Podrían verla de la misma forma que ella los miraba a ellos?

Se calmó en cuanto se percató de que era como un fantasma en esa realidad. Una espectadora.

Entonces, escuchó la voz del hombre y un amor tan intenso y doloroso explotó en su interior. No podía explicarlo, lo único que sabía era que lo reconocía y que no quería marcharse de su lado.

Las voces en su cabeza se marcharon y solo quedó la de una mujer que continuaba pidiéndole que regresara, pero ella no deseaba hacerlo. No podía abandonar a su compañero, sentía que ya lo hizo una vez y se arrepintió toda su vida. Necesitaba estar ahí, viéndolo en la distancia.

La fuerza de esa mujer que le hablaba, intentaba atraerla, separarla de Radolf y ella luchó y lloró para que no lo consiguiera. ¿Por qué le hacían tanto daño? Lo único que quería era quedarse allí, junto a él.

De pronto, algo cambió y una nueva presencia se unió a la de la mujer. Apenas llegó, la imagen de aquella habitación y el dolor de Endora quedaron en un segundo plano. Ya no los veía, solo podía escuchar esa voz masculina.

«Dana, Dana, Dana», escuchó de nuevo ese nombre y supo que se referían a ella.

La voz del hombre continuó retumbando en sus oídos y atraía de vuelta. En esa ocasión, no tuvo fuerzas para negarse, quería seguirla y dejarse envolver por ese arrullo.

No entendía qué estaba diciendo, pero cada vez estaba más cerca, podía sentirlo. Cada parte de su cuerpo le pedía regresar, abrir los ojos y mirarlo, pero cuando sintió que la tocaba y que podría seguirlo, se detuvo.

Comenzó a tener miedo, estaba sola, no veía nada a su alrededor, solo oscuridad. Estaba a punto de ponerse a gritar cuando volvió a sentir que la sujetaban. En mitad de aquel espacio frío y vacío apareció una silueta y reconoció esa mirada… Esos ojos de diferentes colores iguales a los de Radolf la llamaban, pero no era él, eran los de Garrick.

«Vuelve a mí, Dana», escuchó de nuevo en su mente y su cuerpo que hasta ese instante se encontraba inmóvil y atrapado, siguió esa sombra que la llamaba.

Cuando abrió los ojos, Dana sintió como si cayera de un golpe sobre un colchón y su alma regresara a su cuerpo, su visión continuaba borrosa y no lograba ver a su alrededor. Se sentía dolorida, le faltaba el aire y, si no fuese imposible, podría jurar que se había desprendido de su cuerpo y vagado a una época anterior.

Escuchó el sonido de una voz masculina que le decía: «Vamos, niña, no me hagas esto, despierta».

Deseó gritar que no era una niña y supo que no era la primera vez que pensaba eso. Unas manos cálidas y que provocaban en su cuerpo sensaciones extrañas, se aferraron a su rostro y sintió sus párpados aletear para aclararse la visión.

—¡Está despertando! —escuchó la voz de su tía Emma y después su llanto.

Quiso decirle que no llorara, que estaba bien, pero cuando su vista se aclaró vio frente a ella a Garrick. Estaba confusa, pero pudo recordar que en aquel lugar oscuro él llegó a buscarla. La había salvado de sus propios monstruos. La miraba con emoción contenida y no tuvo ninguna duda de que él estuvo con ella en esa oscuridad.

Si ya estaba segura de que era su compañero, no le quedaron dudas después de ese momento. Ese amor tan grande que sintió por Radolf y que no la había dejado escapar, regresó, pero en esta ocasión iba dirigido hacía el hombre que la miraba como si ella fuera alguien demasiado importante.

Era la misma forma que Radolf miraba a Endora.

—Eras tú —logró pronunciar, antes de alzar el torso y chocar su cabeza contra la de él.

Garrick gruñó y se frotó la frente.

—Si no me matan tus padres por colarme en tu habitación lo harás tú, chiquilla —lo escuchó murmurar, enfadado, pero su sonrisa indicaba que estaba feliz de verla despierta—. ¿Estás bien? Me alegro de que lo estés. —Se levantó y se alejó de ella como si tuviera mucha prisa por dejarla.

En cuanto él retiró su mano y dejó de tocarla, Dana se hundió en el colchón y sintió un vacío doloroso. Sentía tanta tristeza por Radolf, por Endora, por sí misma y por la frialdad que se respiraba en aquella habitación.

—¿T-te vas? —su voz sonó entrecortada y demasiado necesitada.

—Debo hacerlo, no está bien que esté en tu habitación. Solo vine porque quería asegurarme de que te habías recuperado. —La mirada que vio en la oscuridad, tan llena amor, había sido sustituida por una expresión fría.

—Te agradezco mucho —escuchó que le decía su tía a la vez que se limpiaba las lágrimas—. Si un día necesitas mi ayuda o la de mi compañero, quiero que sepas que estoy en deuda contigo. Aunque siento que acabaremos siendo familia pronto y nos veremos a menudo.

Cuando Dana asimiló las palabras de su tía, sintió que el calor emergía por su cuerpo y subía hacia sus mejillas. Ella también lo creía, no necesitaba a su loba para saber que ese hombre era su compañero, tenía los mismos ojos de Radolf y algo en su interior lo reconocía.

Por primera vez, se sintió feliz desde que había despertado de ese extraño sueño.

—No hice nada —contestó Garrick con demasiada sequedad—. Creo que, guardando el secreto de mi visita, estaríamos en paz.

—¿Y por qué siento que en realidad sí quieres pedirme algo? —murmuró su tía y Garrick, nervioso, miró a Dana y apartó la vista con culpa.

—Tiene razón, sí me gustaría pedirle algo, pero no aquí, no frente a ella.

—No soy una niña a la que tengan que ocultarle las cosas —se quejó—. Lo que tengas que pedir, hazlo, sé guardar un secreto.

A Dana no le gustó la forma en que él la miró y el modo en que empuñó las manos. Se veía

molesto y muy incómodo.

—Supongo que no tiene sentido ocultarle algo que tarde o temprano sabrá. Lo que quisiera pedirle es que convenza a mi padre de que esta unión entre Garrick y la niña es un error. —Dana se levantó de la cama, furiosa y dispuesta a dejarle claro de una vez que no era ninguna niña, pero una mirada de su tía la detuvo.

—Según escuché, esa unión no ocurrirá ahora. No hay ninguna prisa para hacerlo, mi hermano es joven y no necesita un heredero por el momento. ¿Por qué me pides que lo anule? Te vi muy preocupado por ella, pensé que te importaba.

—El que quiere esa unión es mi padre no yo, como mi alfa estoy obligado a obedecerlo, pero no estoy interesado. Ya tengo una compañera y unirme a otra mujer solo causaría dolor. —Garrick la miró y la calidez que vio en sus ojos cuando despertó, había desaparecido. La miraba como si la aborreciera—. No soy tu compañero, Dana, así que espero que respetes mi decisión y no nos hagas infelices a ambos. Me preocupé por ti como pude preocuparme por cualquier jovencita de mi manada, nada más. Y accedí a conocerte porque me lo pidió mi alfa y no tenía otra opción.

Dana volvió a sentarse en la cama al sentir que sus piernas perdían las fuerzas. Sintió la mirada de tristeza de su tía sobre ella y quiso correr a sus brazos para que la abrazara. No podía comenzar a llorar por más que era lo que deseaba. Todas las emociones se arremolinaban en su pecho, Radolf, Endora, Garrick… ¿Por qué le dolía de esa forma su rechazo si lo acababa de conocer?

Se contuvo sin saber muy bien cómo lo logró, si quería demostrar que no era una niña no iba a comportarse como tal. Soportaría el rechazo y seguiría adelante.

—No necesito que te preocupes por mí —logró pronunciar y agradeció que la voz escapara firme y segura—. Tampoco necesitas a mi tía para eso, seré yo la que me niegue, puedes estar tranquilo.

Decir aquellas palabras se sintieron como una traición a sí misma y deseó que él se retractara porque estaba muy segura de que no existía esa compañera de la que hablaba. Era imposible, en cuanto su loba apareciera ella podría corroborar que tenía razón, él era su mate. En lugar de retractarse, Garrick sonrió, agradecido y feliz.

¿Cómo era posible que ella sintiera un vacío tan enorme y él estuviera como si nada?

—Eso será lo correcto, Dana, encontrarás a alguien mucho mejor que Garrick, te lo aseguro. —¿Por qué hablaba de sí mismo como si fuera otra persona?—. Yo solo te haría infeliz, como ya dije, tengo compañera. Si ya no me necesitan para nada más, me gustaría descansar, mañana temprano quiero regresar a mi manada.

Sin esperar respuesta y como si le urgiera demasiado perderla de vista, lo vio salir de la habitación y desaparecer.

No lloró, tampoco saltó a los brazos de su tía para que la consolara. Aceptó lo que ocurría y le pidió a Emma que la dejara sola. Algo había cambiado ese día, pero no supo cuánto hasta que la Dana risueña que todos conocían desapareció y en ella solo quedó la tristeza.

CAPÍTULO 6

Dana siempre pensó que el día de su primera transformación cambiaría su vida para siempre, pero no pudo estar más equivocada porque, su apacible existencia, fue maldita mucho antes. El día en que su vida cambió de verdad, fue cuando cumplió catorce años y aquellos sueños llegaron con el propósito de quedarse.

La mañana siguiente a su cumpleaños, su tía se hizo cargo de hablar con su padre y cumplir con el favor que Garrick le pidió. Lo agradecía, aún no era capaz de encontrarse cómoda en su propia realidad y no quería mantener esa conversación.

Había prometido hacerse a un lado, pero algo en su interior se lo impedía. Si hablaba con su padre, lo más probable sería que se pusiera a llorar como una infante caprichosa. Era hora de demostrarles a todos, incluido a Garrick, que ya no era una niña.

Nadie volvió a mencionarle al alfa desde ese día y, cuando él regresó a su manada, ni siquiera se despidió de ella. Estaba muy claro, aquel sentimiento que se arraigó en su pecho apenas lo vio, había sido unilateral. Puede que fuese una niña consentida a la que le habían permitido demasiadas cosas y nunca le negaron nada y, por ese motivo, que la rechazara el que ya consideraba su primer y único amor, le dolía.

Emma quiso hablar con ella cuando intentó salir de la cama para despedirse de él. Sabía que era una tontería, que lo peor que podía hacer era mostrarse obstinada, pero si sus caminos ya no se cruzarían nunca más, deseaba verlo por última vez y asegurarse… ¿De qué? ¿De que continuaba viéndola como una piedra en su zapato?, tal vez solo necesitaba tenerlo de frente otra vez y quitarse esa idea de que él era su compañero.

—Ya hablé con tu padre y con el alfa Kael, es mejor que te quedes en la cama y sigas descansando. Hasta que no sepamos qué te ocurrió, evitaremos las impresiones fuertes.

—Solo quiero que me dé el aire, necesito salir de la cama, me duele todo el cuerpo. —No era una mentira, le dolía como si hubiera recibido una golpiza y hubiera sido rescatada por un lycan con el mismo extraño color de ojos de Garrick.

Su tía Emma la miró con condescendencia y la obligó a meterse de nuevo en la cama.

—Podrás engañar a tus padres, pero no a mí, princesa.

—No me llames así, ya no soy una niña —murmuró, molesta.

Ese día más que nunca habría deseado ser una adulta, tener a su loba y demostrarle a Garrick que ella tenía razón.

Cuando la reconociera como su compañera ya no podría continuar negándola.

—Está bien, Dana, seguro que solo quieres tomar el fresco —pronunció su nombre con un toque de ironía—. Solo quieres salir porque sabes que él ya se va y eso solo te provocará dolor. —Su tía se sentó a un lado de la cama y terminó acostada a su lado—. Te comprendo, aunque ahora pienses que no lo hago.

»Puede que mi infancia fuera muy diferente a la tuya, no crecí rodeada de tantas personas como tú, tampoco tuve las mismas oportunidades, pero cuando por fin salí al mundo y me encontré con tu tío…

—Sí, ya todos sabemos esa historia. Ahora estás con tu compañero, eres una increíble bruja a la que todos respetan y también eres la primera reina de los Lycan. No sé cómo podrías comprenderme, a ti nadie te rechazó.

Emma suspiró y la miró con cariño.

—No siempre fue así, tu tío aborrecía a las brujas y, aunque me reconoció como su compañera, no todo el camino fue fácil. La manada me odiaba, él me odiaba, hasta tu padre llegó a odiarme. Sé el dolor que se siente cuando tu compañero te rechaza. —Dana miró a su tía con atención.

—¿Tú me crees? ¿Crees que él es mi compañero? —Tal vez si su tía hablaba con él le daría la oportunidad de seguir conociéndola.

No pedía nada más, sabía que no era el momento, que aún era muy joven, pero quería que se quedara a su lado mientras crecía.

—Mi magia no tiene ese alcance, cariño, no puedo saber si es tu compañero o no lo es, pero lo que sí sé es que anoche ocurrió algo extraño. Ninguno de nosotros, que somos tu familia y tu vínculo más fuerte, logró traerte de vuelta y, cuando él apareció, solo con acercarse a ti recuperaste la consciencia. Si eso no es algo a tener en cuenta, no sé qué lo será.

Dana saltó de la cama antes de que Emma pudiera negarse y comenzó a buscar su ropa con rapidez.

—Vamos, tía, acompáñame, tenemos que detenerlo. Tienes que decirle lo que me acabas de contar, eso es una prueba, no puede negarlo.

Emma se levantó tras ella y la detuvo, la agarró de los brazos para que dejara de buscar entre la ropa y la miró a los ojos.

—Él lo sabe, estuvo aquí, ¿recuerdas? Y, aun así, tomó su decisión.

—Pero… —Su tía negó con la cabeza y la miró con tristeza.

—Hay que respetarlo, Dana. Hablé con tu padre y gané tiempo para ti porque también creo que hay algo en esta situación que es extraño, pero si sales corriendo detrás de Garrick solo conseguirás que su padre lo obligue a mantener ese compromiso y puede que te odie si lo atas a ti.

Dana se tensó al escucharla y volvió a caer sentada en la cama.

—No quiero obligarlo, quiero que me dé la oportunidad y eso no ocurrirá si no me da tiempo para que mi transformación ocurra y podamos comprobar que es cierto lo que digo.

La sonrisa pícara de su tía llamó su atención.

—Puede que yo rompiera mi promesa y no le dijera a tu padre que tú no estabas interesada. Tal vez lo que dije fue que aún es demasiado pronto y que no hay prisa para acelerar algo así. Que ahora mismo no estás bien de salud y eso es lo único importante en este momento. —El corazón

se le aceleró al escucharlo—. Garrick no estaba durante la conversación y le pedí a su padre que la mantuviera en secreto, pero aún no está todo perdido.

—¿Eso quiere decir que puedo tener esperanza? —Su tía se encogió de hombros.

—Eso quiere decir que Garrick estará muy molesto porque no cumplí con mi palabra. Le dije a su padre que los mandaríamos a llamar el día en que tu transformación se diera y que si en ese momento se reconocían como compañeros volveríamos a hablar del tema.

Dana se lanzó a los brazos de su tía y ambas cayeron al suelo.

—¡Eres la mejor! —gritó y comenzó a darle besos por todo el rostro mientras Emma no paraba de reír debajo de ella.

—Lo sé, pero no está mal que me lo repitan de vez en cuando. Soy la mejor tía del mundo.

—Cada vez te pareces más a papá —se carcajeó, pero se detuvo en cuanto vio la expresión adusta que había adoptado su tía—. ¿Qué? He agarrado más de una vez a mi padre hablando frente al espejo y diciendo lo maravilloso que es.

Emma la alzó en el aire con su magia y la colocó en la cama de nuevo. Por inercia, por costumbre o por imitación, Dana movió la mano de la misma forma en que lo hizo Emma como un acto reflejo. Por unos segundos, fue como si su memoria intentara recordar algo, como si antes ella hubiera tenido ese mismo poder.

Su tía no dijo nada, se sentó de nuevo a su lado y la miró con preocupación.

—Ahora que ya te encuentras mejor y que estamos solas, me gustaría que me contaras lo que ocurrió en realidad. —Cuando Emma le preguntó, sintió que se desconectaba del mundo y volvía a estar tirada en la nieve, malherida y en los brazos de Radolf.

Su mente voló a ese lugar que le resultaba tan real como aterrador y dejó de pensar en que no estaba sola y su tía escuchaba todo lo que decía.

—Lo vi y solo pensé que era el hombre más apuesto que había visto nunca y, cuando sus ojos me miraron, supe que era mi compañero porque era el mismo rostro de mi visión. Fue como si todos los golpes desaparecieran y solo quedara él. —Dana emitió un suspiro exagerado y soñador. Después, miró a la pared como si allí estuviera el argumento de todas sus fantasías—. Nunca imaginé que los lobos fuesen tan apuestos, nunca tuve contacto con ellos hasta ese día, pero él es hermoso. Y huele de maravilla, podría perderme en su olor toda mi vida.

—¡¿Qué acabas de decir?! —el alarido atormentado de su tía la sacó de sus pensamientos.

Dana escapó de su ensoñación al escucharla.

—No dije nada, tía.

Emma tembló, como si un escalofrío la recorriera y sacudió las manos provocando que varios muebles se arrastraran.

—Perdón, los nervios y la magia no suelen llevarse bien. Tú acabas de decir que era el lobo más apuesto que habías visto nunca. Jamás te escuché hablar así, no es normal en ti. ¿Necesitas contarme algo? Hasta tu voz se escuchó diferente. —Se mantuvo en silencio sin comprender de qué hablaba, negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Estás muy rara, tía.

—Ayer, cuando perdiste el conocimiento, pasé mucho miedo —comenzó a decir—. Todos estábamos muy preocupados, pero yo tuve que ocultar el terror que sentía porque todos

confiaban en mí para arreglar lo que sea que estuviera sucediendo y yo no sabía cómo hacerlo. Necesito que me cuentes si recuerdas algo, cariño, por favor. Tú…

—¿Yo? —Dana no quería hablar, sí, recordaba con total nitidez, como si lo hubiera vivido de forma reciente, pero sentía que si lo contaba en voz alta todos se reirían de ella.

Su tía mantuvo el silencio por unos minutos. Ella parecía no poder afrontar la pregunta que quería hacerle. Cuando se decidió, los ojos le brillaban y se veía muy emocionada.

—Hace un tiempo —comenzó a decir—, puede que no lo recuerdes. Te conté una historia. Era sobre mi tatarabuela, sé que la pregunta puede ser extraña y no la comprendas, pero… —Emma cerró los ojos, colocó la palma de la mano hacia arriba y en ella apareció un pequeño retrato de una mujer. Cuando Dana lo vio, intentó que su expresión se mantuviera neutra. La mujer que aparecía en la pintura era la misma que vio en aquella cama, la misma que sentía que era ella—. ¿Te provoca algo al verla?

Dana intentó hablar, quería contarle cada recuerdo que permanecía en su memoria y que le provocaba un intenso vacío, pero la garganta se le cerró. Cuando ni una sola palabra escapó de su boca, quiso asentir con la cabeza, gritar, hacer cualquier cosa para que Emma la entendiera, pero se encontraba atada.

«Nunca le contarás a nadie sobre este cuento, ¿de acuerdo? Piensa en ello como en una aventura que nadie puede saber», aquella palabras resonaron en su mente y, aunque no lograba saber cuándo o cómo ocurrió, supo que aquella promesa estaba sellada con magia.

—No —jadeó recuperando el aire—. No me provoca nada, tía. ¿Quién es? Se parece mucho a ti.

El retrato desapareció de las manos de Emma de la misma forma en la que llegó.

—No importa, cariño, de nuevo vi cosas donde no las había. Te dejaré descansar, iré a ver en qué líos anda metido Asher. Seguro está volviendo loco a tu padre junto a tu tío Alaric y no queremos eso, ¿verdad?

Desde ese día, Dana la niña risueña, la que le gustaba escaparse al campo de entrenamiento para sus estudios de anatomía, la que siempre cuidaba de sus hermanos y soñaba con su transformación para encontrar a su compañero, cambió para convertirse en una adolescente seria, triste y que casi no salía de su habitación.

Nadie consiguió dar con el motivo de su tristeza y la gran mayoría culpó de su estado de ánimo a la visita de alfa Kael y de su hijo Garrick. Dana siempre lo negó y se aseguró de repetir una y otra vez que ellos no tenían nada que ver con su cambio de comportamiento, pero su padre creía que ella callaba para no causar problemas entre las manadas.

No era así, aquel dolor que le provocó su primer rechazo no fue nada en comparación con lo que le sucedería después. Cuando él no volvió a interesarse por ella o por su salud, comprendió que se había imaginado todo e intentó sacar de su mente a Garrick. Debía aceptar que no era su compañero y que solo lo confundió porque tenía el mismo color de ojos que el hombre de sus sueños. Ese que la cuidaba y la miraba como si ella fuese todo su mundo.

Su compañero estaba en alguna parte, pero ¿dónde? Quería preguntar, estaba segura de que su tía debía saber algo porque su tatarabuela era idéntica a la mujer en la que se convertía cuando soñaba, pero era incapaz de hablar.

Aquel hermoso rostro del que vivía enamorada fue acrecentando su presencia conforme

maduraba y cada vez los sueños se hacían más intensos. No volvió a perder el conocimiento como el día de su cumpleaños ni a quedarse inmersa en una visión sin poder escapar de ella, pero eso no significó que dejaran de revelarse.

Los meses pasaron sin descanso y con ellos también los años, conforme ella languidecía cada vez más, también lo hizo su cabello que perdió su tono rojizo para tornarse plateado.

Si a alguien le extrañó, nadie dijo nada, al final, ¿qué podían decir? Cada vez era más parecida a su padre y a su tía, eso no era algo de lo que asustarse.

Su magia despertó cuando su cabello perdió la última hebra pelirroja, justo a sus veinte años. Aquello le trajo un poco de felicidad, pasaba mucho tiempo en Silvershade aprendiendo a dominar su magia junto a su tía. Esa era su excusa para pasar tiempo en aquel lugar, ya que había descubierto que, muchos de los espacios que veía en sus sueños, formaban parte de esa manada.

No eran iguales, habían cambiado con el paso del tiempo, pero estar allí la hacía sentirse más cerca del hombre que amaba.

Emma la llevaba a la cabaña y le mostraba los grimorios que Dana sentía que ella misma había escrito. En las primeras visitas, desde que sus visiones se hicieron cada vez más intensas, buscó a Radolf en cada lycan de la manada sin tener éxito.

Su tía solo le contaba sobre Endora y su magia, pero evitaba hablar sobre su vida. Cuando intentaba entablar una conversación sobre Radolf, su garganta volvía a cerrarse como si tuviera prohibido mencionarlo.

La adolescencia fue una etapa dura, aquella imagen difuminada en su memoria se hizo cada vez más certera, más real. Ya no era alguien sin nombre. Era su compañero y cada noche se adentraba en su mente para bombardearla con unos recuerdos que no comprendía del todo.

Aquel hombre le resultaba más suyo que su propia familia; era tan fuerte el sentimiento que prefería dormir a estar despierta, estar encerrada en la habitación era mejor que convivir con su familia o sus amistades. Al final, incluso sus hermanos se fueron alejando de ella porque no soportaban ese aura de tristeza que siempre parecía envolverla.

¿Cómo podían esperar que fuera feliz? Lo más cercano que estuvo de creerse enamorada fue cuando vio a Garrick por primera vez y eso poco tenía que ver con lo que sentía por el hombre de sus sueños. Tenía el amor de su familia, pero su corazón estaba desgarrado por un amor no correspondido. Un amor que la hacía sentirse cada vez más cerca de la locura porque, por más que rozara ese dulce sentimiento en sueños, Radolf no la amaba a ella, amaba a Endora. Una mujer que quería odiar y no podía hacerlo porque la sentía parte de sí misma.

Al menos tenía el consuelo de que, mientras dormía, podía creer que ese hombre era suyo y lo sería para siempre. Que aquella sonrisa que siempre le regalaba iba dirigida a ella y todas las promesas de amor también.

Dana lloraba más de lo que comía y, con cada sueño y cada revelación nueva, llegó a comprender que ese amor solo viviría en su mente hasta el día en que falleciera.

El golpe más duro fue cuando comprendió que de la misma forma en que Endora estaba muerta, él también lo estaba. Radolf no se encontraba en el mismo plano, su compañero no existía y ella cada vez tenía menos ganas de continuar. ¿De qué servía aquella existencia? Estaba rodeada de gente, pero siempre se sentía sola.

Sus padres intentaron todo para arreglarla como si fuese un juguete roto, desde llevarla a vivir

con sus tíos para que Emma intentara solucionarlo con su magia. Hasta romper las reglas y visitar el mundo humano para pasar por cada doctor, cada hospital y cada psiquiatra por consejo de la pareja de Alaric. Nada funcionó, Dana no estaba enferma, su salud física era excelente y, de la mental, poco pudieron averiguar porque aquella promesa que no recordaba haber hecho, le cerraba la garganta cada vez que intentaba desahogarse.

Si alguna vez creyó que su vida no podía empeorar, lo hizo cuando le faltaban dos meses para cumplir sus veintidós años. La transformación que ya nadie esperaba llegó provocándole unos dolores intensos y unas fiebres tan altas que la dejaron en cama de nuevo. La transformación tardó una semana en completarse y la noche en que la luna llena coronó el cielo, su loba apareció para recordarle a ella y a todos, lo rara y diferente que era frente a los demás. Una híbrida, mitad bruja y mitad loba.

Un ser extraño, porque ni los hijos de Emma con Asher eran como ella.

El nacimiento de su loba fue doloroso, como también lo fue comprender que su animal interno también sufría la falta de su compañero. Su loba aulló a la luna llena toda la noche, llamaba al hombre que nunca aparecería porque estaba muerto, desgarrada de dolor y terminándola de destrozar a ella. Cuando el sol mostró sus primeros rayos en el horizonte, Dana quedó tendida en el suelo, exhausta y sin poder dejar de llorar.

Cuando las últimas lágrimas cayeron, todo a su alrededor se tornó negro y cayó en un sueño profundo del que no fue capaz de despertar.

CAPÍTULO 7



Año 1874 Silvershade Summit.

Para Endora, huir de su padre fue la mejor decisión de su vida, pero sabía que su tiempo con Radolf estaba por llegar a su fin. Puede que sus actos conllevaran consecuencias y no quería pensar en ello porque, cada vez que recordaba a su nana, sabía que ella ya no estaría entre los vivos y eso le partía el corazón. Le debía a ella vivir, pero lo que sentía por el hombre que la rescató iba más allá de la lógica y no quería que su pasado lo dañara.

A las dos semanas de estar bajo el cuidado de la sanadora de la manada y siempre vigilada por Radolf, comenzó a perder el miedo. Tal como él le había prometido el día en que la agarró intentando escapar de la cama sin mucho éxito, nadie entró a aquella a habitación a dañarla y tampoco la hicieron sentir incómoda.

Estaba a salvo, pero ¿hasta cuándo? Era cuestión de tiempo para que Astron la encontrara y no podía cargar con más muertes en su conciencia.

El hombre de sus sueños y que en ese instante se había convertido en una realidad muy certera, sabía que ella guardaba secretos, aunque nunca insistió para que se los contara por más que estaba a su merced y podía obligarla.

Endora no había hecho uso de su magia pese a que se encontraba con la suficiente fuerza para usarla y terminar de curar sus costillas y el brazo que tenía fracturado. Deseaba levantarse de aquella cama, conocer el lugar en el que se encontraba y quizá comenzar a conocer a la gente de la manada de la que tanto le hablaba Radolf en las horas que pasaban juntos, pero, si lo hacía, ya no tendría una excusa que darse a sí misma para quedarse en aquella habitación y a su lado.

Tampoco podía permitirse encariñarse con más personas, suficiente le dolería dejar atrás a ese lobo que poco a poco se iba metiendo en lo más profundo de su corazón.

Era tan maravilloso que siempre rellenaba los silencios que ella se empeñaba en crear. A veces, él dejaba caer preguntas para indagar sobre su vida, pero ella fingía cansancio y cerraba los ojos. Por más que podía notar que Radolf quería saber quién la había golpeado y por qué acabó tan malherida, no insistía y le daba su tiempo.

Jamás la presionó para hablar y eso solo lograba que cada día se le hiciera más complicado guardar la distancia.

No sabía si alguna vez estaría preparada para contar la verdad. El miedo a la traición estaba demasiado arraigado y no era capaz de apartarlo. Mientras fuera una bruja sin nombre, sin grandes dones para la magia, nadie se fijaría en ella como para devolverla con su padre por miedo a que su presencia allí provocara un enfrentamiento.

Tras dos semanas de silencios por su parte y largas charlas por las de él, Endora despertó en la mañana y esperaba encontrarse sola como siempre. En algún punto de la noche el láudano que la sanadora le daba la dejaba tan relajada que no podía hacer otra cosa más que dejarse vencer por el sueño. Cuando despertaba tras muchas horas de descanso, él ya no se encontraba en la habitación, pero su presencia parecía mantenerse a su lado. Su olor se quedaba a su alrededor y esa seguridad que le proporcionaba la hacía sentir feliz.

Esa mañana fue distinta, cuando abrió los ojos, Radolf se encontraba a su lado, dormido en la misma cama y la abrazaba de forma protectora, como si no quisiera que ella desapareciera de su lado.

Debió asustarse, era la primera vez que dormía en la misma cama con un hombre. ¿Lo haría cada noche sin que ella se enterara? Pensar que era así le provocaba un estremecimiento que poco tenía que ver con el miedo.

No se movió y menos pensó en usar su magia para marcharse de allí. Miró su rostro dormido y supo que, si fuese decisión de ella, se quedaría allí por el resto de su vida. Quería confiar, pero tenía miedo. Se había enamorado del hombre de sus sueños mucho antes de conocerlo, aunque, en ese instante, la atracción que sentía por él era tan grande que si la traicionaba no quedaría más que el polvo de un corazón destrozado.

Nunca se recuperaría de eso.

Había tantos motivos por los que era mejor guardar silencio, que aceptar que por más que deseaba quedarse a su lado, era imposible. No podía construir una relación a base de mentiras, él había sido demasiado bueno con ella y no lo merecía.

Su padre la estaría buscando y, conociendo su odio hacia los licántropos, no dudaría en atacarlos si se corría la voz de que ella estaba allí. Se dijo a sí misma que por más que doliera, ocultar su pasado era lo correcto para protegerlo y para protegerse.

Endora no pudo evitar mirar de nuevo su rostro dormido y sintió unas ganas de acariciarle casi imposibles de contener. De nuevo, agradeció a su brazo roto e inmovilizado, o cometería la tontería de jugar con sus dedos entre su barba o soñar con la idea de acercarse y besarlo.

Radolf se movió como si sintiera su mirada, pero en lugar de alejarse, se aferró más a ella. Su mano mantenía sujeta su cadera y comenzó a acariciarla. Su respiración se tornó entrecortada cuando él buscó su olor y escondió el rostro en la curva de su cuello. Estaba dormido, ni siquiera de daba cuenta de lo que hacía y ella sentía que cada parte de su cuerpo se deshacía sobre la cama.

Ya le había entregado el corazón, si continuaba tan cerca de ella cometería una locura y terminaría por entregarle también su cuerpo.

Endora carraspeó provocando que las costillas le dolieran. Su exagerada tos surtió el efecto deseado y él abrió esos hermosos ojos. En cuanto se fijó en ella, la soltó como si tocarla le quemara.

Podía entenderlo a la perfección, sentía sus mejillas ardiendo y otras partes del cuerpo también. Y eso que solo la había acariciado por encima de su pulcro camisón. La noche anterior, la sanadora la ayudó a asearse y le dio aquella prenda que no dejaba casi nada de piel al descubierto.

En cuanto se apartó, sintió su falta y deseó no haber sido tan tonta. ¿Qué daño le habría hecho quedarse bajo su abrazo un poco más?

—Lo siento —lo escuchó decir con la voz enronquecida por el sueño—. Siempre despierto antes de que tú lo hagas para no asustarte, pero hoy no sé qué me ocurrió. ¿Te hice daño?

Radolf estaba sentado en la cama y ella solo podía mirarlo desde esa incómoda posición que la mantenía acostada e inmóvil. Él la recorrió con la mirada al ver que no contestaba y un jadeo involuntario escapó de su garganta.

—¿Me está diciendo que no es la primera vez que duerme conmigo? —Le habría gustado que su voz se escuchara más segura, incluso amenazante, pero en realidad se escuchó ahogada y temblorosa.

La sonrisa que se formó en el rostro de Radolf no dio lugar a dudas de que su respuesta era un sí, pero, aun así, él decidió dejárselo claro.

—¿Dónde más dormiría, tesoro? Esta es mi habitación, mi cama y tú eres mi compañera.

—No lo sé, pensé que usted… que yo… que dormiría en otra habitación… ¡No sabía que esta era su cama! —terminó por gritar y llevarse la mano a las costillas por el dolor.

La sonrisa de Radolf se borró y solo quedó un gesto de preocupación cuando colocó su enorme mano sobre la de ella.

—No deberías alterarte de esa forma, tesoro. ¿Te molestó que durmiera a tu lado? No pensé que tuviera importancia, eres mi compañera, he tardado demasiado tiempo en encontrarte y cuando lo hice pensé que morirías. Si algo me quedó claro es que no voy a desperdiciar el tiempo que tengo contigo, en cuanto te recuperes te haré la Luna de esta manada y…

—¡¿Qué?! —No quiso gritar de nuevo, pero lo hizo y el dolor la obligó a apretar la mandíbula.

¿Quería lo que él le ofrecía? La respuesta era un sí, un enorme y brillante sí. Ella había soportado el dolor con tal de mantenerse más tiempo en aquella habitación y a su lado. Cuando él le ofrecía mantenerse en ese lugar de forma indefinida se sentía muy tentada a aceptarlo.

Deseaba decirle que sí a todo porque ella también sentía que era su compañero y porque se había enamorado de él, pero no podía aceptarlo bajo mentiras y, si era sincera consigo misma, solo eso tenía para darle.

Engaños.

—Creí que también lo sentías —susurró y su mirada, aquella que había aprendido a amar y añorar cuando no estaba con ella en la habitación, se tornó cargada de tristeza.

—Esto no es posible —murmuró y, sin pensar en las consecuencias, comenzó a usar su magia sobre las costillas—. Te agradezco mucho que me salvaras —continuó hablando e intentó no sorprenderse cuando su poder estalló con fuerza y la hizo jadear por la sensación que le provocaba.

—Endora, ¿qué estás haciendo? —Radolf intentó apartar su mano y, cuando la tocó, una corriente eléctrica se adueñó de su cuerpo provocando que su magia fuera mucho más intensa. El dolor de sus costillas desapareció y lo primero que hizo fue llenar de aire sus pulmones para disfrutar esa sensación de sentirse viva sin tener que sufrir—. ¿Tienes el don de la sanación? —lo escuchó preguntar y no hubo reproche en su voz, él parecía sorprendido.

La miró con tanto orgullo que, después de recibir tantos rechazos de su padre por culpa de su vergonzosa y débil magia, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Deseaba tanto contarle la verdad y poder quedarse a su lado.

—Sí, mi madre era una curandera y yo heredé su don. —Era lo máximo que podía decirle, en realidad poco sabía sobre la mujer que la trajo al mundo o de los dotes mágicos que poseía.

Ojalá su nana le hubiera confesado la verdad mucho antes. La habría llenado de preguntas sobre su madre.

Radolf le acarició el rostro con tanta suavidad que sintió que la desarmaba. Tenía que alejarse de su tacto o acabaría por sucumbir.

—Es un don maravilloso, como tú, tesoro, pero si tenías la capacidad de curarte, ¿por qué no lo hiciste? —Esa era una excelente pregunta que ella no podía contestar o tendría que descubrir sus sentimientos.

Endora se encogió de hombros intentando quitarle importancia y, para no hablar de más, continuó curando el brazo que tenía roto. Él de nuevo no la forzó, solo se quedó en silencio, a su lado, apartándole el cabello del rostro de vez en cuando y sin exigirle respuestas.

Cuando terminó con el brazo, en un acto de vanidad, comenzó a curar los rastros de hematomas que aún quedaban en su rostro por la golpiza de su padre.

Radolf la sorprendió cuando le sostuvo las mejillas con ambas manos y la obligó a mirarlo. Había tanta emoción contenida en aquellos ojos bicolor y tanto amor que ella deseaba tomar.

Si todo fuera diferente, si pudiera quedarse a su lado, tomaría todo lo que le ofrecía porque lo amaba tanto que dolía no tenerlo.

—Pensé que la diosa me castigaba al no darme una compañera y hacerme tan larga la espera, pero ahora que te tengo a aquí, solo puedo agradecerle. Eres todo lo que esperaba y mucho más.

Su mirada bajó a sus labios y Endora los entreabrió a la espera de sentirlos contra los suyos. Deseaba tanto ser besada por él, saber qué se sentiría al ser adorada por un hombre como Radolf. En el momento en el que él bajó su rostro y le dio el tiempo para apartarse antes de besarla, supo que lo amaría para siempre, pero que no podía ponerlo en peligro.

Lo prefería vivo y con otra mujer, a que la luz tan hermosa de su mirada se apagara por la muerte.

Se apartó con agilidad y salió de la cama.

—¡Espera! Esto no está bien, yo no soy tu compañera. De verdad te agradezco que me salvaras, pero ahora ya estoy sana y puedo continuar mi camino.

Él la observó por un momento, aturdido. ¿La dejaría ir? Su corazón rogaba para que la sometiera a su voluntad y la obligara a quedarse.

—No puedo dejarte ir —balbuceó y ella dio un paso atrás intentando ocultar lo feliz que eso la hacía—. Eres mi compañera. ¿Tienes alguien que te espera? ¿Hay otro hombre? ¿Es eso?

Habría sido muy fácil decirle que sí, que había alguien más, pero la sola idea de provocarle dolor con esa mentira le aprisionaba el pecho. No hubo necesidad de responder, como siempre, ese hombre parecía escuchar a través de sus silencios y ver más allá de lo que ella mostraba. Ocultar los pensamientos ante él era imposible. Radolf parecía poder ver a través de su alma. Le bastaba una sola mirada para saber su estado de ánimo o si algo la afligía.

Sus ojos se oscurecieron cuando se levantó de la cama y se colocó frente a ella. Su mirada acarició su cuerpo y, por primera vez, se sintió indefensa frente a un depredador.

—Puede que no estemos unidos todavía frente a la diosa —aclaró antes de proseguir—, pero

no necesito una ceremonia para decirte aquí y ahora que no voy a permitir que te marches de mi lado. Eres mía y yo soy tuyo.

Antes de poder protestar se encontró cercada por sus brazos, segura y custodiada junto a su torso. Su maravilloso olor la envolvió haciéndola olvidar su deseo de ser fuerte para protegerlo de su padre. Él olía a bosque, a libertad y a algo primitivo que la acariciaba y dejaba su mente incapaz de pensar con claridad.

Endora enredó los brazos en su cuello y se dejó llevar por él sin apartar la vista de esos ojos que la observaban, posesivos, como si ella fuera un preciado tesoro y él temiera perderlo.

«Tesoro», así la llamaba siempre y, cada vez que lo hacía, deseaba creer que de verdad ella era de un valor incalculable para él.

En aquel momento, se olvidó del peligro de ser la hija de Astron, del miedo a que la traicionara y la devolviera junto a su padre y de que todo aquel amor no fuese más que una mentira. En lo único que pensó fue en el deseo que tenía por ser besada por él, aunque solo fuera una vez. Por un simple instante soñó con ser feliz.

¿Qué daño le haría tomar lo que deseaba?

Sentía el calor acumularse en su vientre bajo aquella mirada y, cuando la dejó sobre la cama, Endora se sentó en el borde y él se mantuvo de pie, frente a ella, sin apartar la mirada y en silencio.

—Radolf… —intentó hacer fluir sus pensamientos y formar palabras, pero solo logró pronunciar su nombre con anhelo.

Era tan apuesto, tan alto, tan fuerte. Él era todo lo que ella añoraba. Siempre se mostró amable, dulce y jamás se impuso a pesar de tener la fuerza. No era como su padre que se imponía sin importar su opinión.

Antes de poder expresarse y explicar sus miedos, se abrazó a sí misma y comenzó a sollozar. No quería perderlo y obligarlo a unirse a ella era un acto egoísta porque cuando supiera la verdad ya sería tarde, pero podía rozar el cielo una sola vez para después morir con lentitud el resto de su vida.

«Solo una vez», se dijo en un intento de convencerse. Podía permitirse ser amada ese día y revivirlo durante el resto de lo mucho o poco que le quedara de una existencia que se tornaría agónica sin él.

La cama se hundió cuando Radolf se sentó a su lado y la obligó a quedar recostada sobre su torso. La sostuvo entre sus brazos, le colocó la palma de la mano sobre su vientre a la vez que le besaba la sien y comenzó a bajar hasta sus párpados. Endora cerró los ojos y se permitió recibir esa dosis de cariño. Siempre recordaría ese momento como el único instante real y feliz de su vida.

—Tesoro, no voy a hacer nada que tú no desees. —Le sostuvo el mentón y levantó el rostro—. Mírame, mi amor, solo dime qué quieres e intentaré dártelo. Cuéntame qué te aflige y haré cualquier cosa por ayudarte. Te prometo que nadie volverá a dañarte, sé que no quieres contarme quién te golpeó, pero cuando confíes en mí lo suficiente, quiero que sepas que acabaré con su vida porque nadie daña a mi compañera y vive para contarlo.

—No… No puedes, no debes —balbuceó—. No deseo venganza.

Su único deseo era que él quisiera luchar por mantenerla a su lado y que nunca se arrepintiera

de su decisión. Necesitaba creer que la amaba, que cada vez que esas palabras resonaran en el aire ella las saboreara reales. Lo quería a él, con su sonrisa cínica cuando hacía una broma, a él en cada anochecer mientras la acariciaba y le hacía querer ver más allá de todos los prejuicios que su padre intentó inculcar en su mente. Necesitaba sus besos, sus caricias, su amor, pero ¿cómo exigirle aquello cuando no podía decirle la verdad de quién era?

—Sé que tienes miedo y que no confías en mí. —Al escucharlo las lágrimas quedaron atrapadas en sus pestañas, congeladas de la misma forma en que quedó su corazón que, por unos segundos, cesó su latido y regresó a la vida con un estruendoso palpitar—. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que seas feliz.

—Radolf, escúchame. —Endora consiguió escapar de sopor que la mantenía incapaz de explicarse, pero él continuó.

—No, escúchame tú, por favor —su voz era fuerte. Aunque había algo en su mirada que hablaba de miedo a la pérdida—. Sé que quizás no sientes nuestro vínculo de la misma forma porque no eres una lycan, también sé que hay mucho rechazo entre brujos y lobos, pero no voy a permitir que nadie en la manada te haga sentir que no eres bienvenida. Eres la compañera que la diosa me dio y para mí eres perfecta. La manada te aceptará, tesoro y, si no lo hacen, no me importa porque no pienso renunciar a ti.

Negó con la cabeza, impaciente, sin ser capaz de explicarle que sus miedos iban más allá del rechazo que pudiera sentir su manada porque una bruja viviera en su territorio.

—No sabes quién soy, si lo supieras no me dirías esas cosas.

—Sé quién eres —dijo con seguridad—, eres mi compañera y la mujer que amaré hasta que la muerte decida llevarme. Lo demás, puedo ir descubriéndolo poco a poco.

Si hubiese una forma de encerrar la felicidad, Endora estaría cautiva en esos recuerdos. Estaba tan nerviosa que nunca podía expresar con palabras lo que sus sentimientos imploraban gritar.

Se incorporó y separó las rodillas de Radolf con sus piernas para quedar entre ellas. Él la miró, confuso y mantuvo las manos sobre el colchón sin apartar la vista de cada uno de sus movimientos.

Con toda la sensualidad de una virgen sin experiencia, forcejeó con los pequeños botones del camisón que llevaba para intentar quitárselo. Puede que pareciera torpe, despeinada, temblorosa y una loca que intentaba arrancarse aquella tela del cuerpo, pero por la forma en que él la observaba supo que a Radolf no le importaba otra cosa que ella.

Las manos comenzaron a temblarle al no ser capaz de quitar ni uno solo de los pequeños botones. ¿quién había hecho aquel camisón tan complicado? Estaba abotonado hasta su cuello y le llegaba hasta los pies. Parecía una cárcel de tela para impedirle caer en sus más bajos deseos.

—Por favor, ayúdame —murmuró y le ofreció un mohín dándose por vencida.

Su lobo le dedicó una sonrisa que ella guardaría para siempre en la memoria y acudió a su rescate acariciándole la cintura con la palma de la mano. El calor de su mano la hizo jadear. Lento, preciso y quemándole la piel incluso cuando el suave tacto fue sobre la tela.

Desabrochó uno a uno los botones y, conforme lo hacía, besó sus hombros que iban quedando al descubierto poco a poco. A veces en un roce, otras entreabriendo los labios y saboreando con la lengua la textura de su piel. Si aquello era lo único que podría obtener antes de que Astron la cazara como a un animal y la destruyera, lo tomaría hasta saciarse.

Se dejó caer sobre su torso cuando su boca alcanzó el cuello, deslizó sus labios hacia el lóbulo de la oreja y comenzó a susurrarle al oído.

—No te arrepentirás de darme la oportunidad, tesoro. —Cuando ella se estremeció al sentir su cálido aliento sobre la piel, él le acarició los brazos—. Tranquila, ¿tienes frío? —la pregunta le hizo parpadear e intentó salir del erótico trance en que la recluyeron sus caricias.

Su camisón se encontraba en el suelo, esparcido a sus pies y un estremecimiento de anticipación la hizo temblar al verse desnuda.

—No, todo lo contrario —emitió en voz tan baja que pudo ser inaudible, pero él logró escucharla.

Radolf comenzó a reír con suavidad. Fue un tintineo suave y ronco a la vez, pero que se expandió por su pecho y le hizo bombear el corazón con fuerza.

Antes de que pudiera arrepentirse de su decisión, su lengua jugó de nuevo con ella, recorrió la curva de su mandíbula mientras la obligaba a darse la vuelta y exponer su desnudez. Quiso cerrar los ojos para no ver su expresión, le daba miedo que la mirara con asco.

Conocía su imagen frente al espejo. Era tan delgada y frágil que sus curvas se perdían. No tenía grandes atributos, su padre se lo repetía una y otra vez, solo su linaje la salvaba de ser repudiada de la sociedad de brujos.

—Eres lo más precioso que vi en mi vida. —Quiso negar aquella palabras, aunque deseaba creerlas, no quería que le mintiera. Ella sabía que su belleza era bastante mediocre, al igual que su magia, pero cuando sus ojos se abrieron para enfrentarlo, pudo ver en su expresión que decía la verdad.

Como también supo que la deseaba de la misma forma que ella lo deseaba a él. Aquella certeza apartó todas sus inhibiciones. Con una resolución que no sabía que poseía, le acarició el abdomen. Él había dormido con el pantalón puesto y ella quería desnudarlo, sentir en las yemas de los dedos el suave vello que recubría el pecho. Besarlo de la misma forma y obligarlo a sentir ese calor que provocaba que sus pezones se contrajeran y clamaran por ser acariciados.

Radolf siempre veía a través de ella, sabía cómo se sentía y el deseo que la mantenía allí sin ser capaz de escaparse. Como también podía leer cada uno de los sucios pensamientos que devoraban su mente. En otro momento, se avergonzaría de ellos, pero no sería ese día. No estaban casados y recordaba muy bien la amenaza de su padre cuando le dijo que no perdiera lo único que le daba valor.

Ya no le importaba, quería darle lo poco que poseía a él. Viviría el momento porque era lo que deseaba y porque no imaginaba estar con otro que no fuera ese hombre. Si su virginidad era el único regalo que poseía para darle, sería suyo.

Se acercó más a su cuerpo y le acarició el torso dejando atrás todos los pensamientos fatalistas. Primero con movimientos pausados, sin saber muy bien cómo proseguir, hasta que encontró en su camino el primer botón del pantalón y comenzó a desabrocharlo. Radolf contuvo la respiración y se quedó rígido, sin mover un solo músculo, pero sin apartar la mirada de ella.

Le permitió explorar mientras lo despojaba de la poca ropa que llevaba y tocaba indecisa cada centímetro que quedaba expuesto. Era hermoso y en aquel momento era todo suyo.

Se sintió poderosa, provocadora y digna de ser su compañera. Pudo notar la forma en que la respiración de su lobo se hacía cada vez más acelerada, la suya no estaba mejor, pero él no pudo

contenerse y perdió el control con un gruñido.

Cuando quedó desnudo frente a ella, vio su miembro alzado y endurecido, pero no se atrevió a ir más allá. Deseaba tocarlo, pero en lugar de hacerlo, regresó a la cintura y tanteó con la yema de los dedos alrededor de su ombligo. Las manos le temblaban y no sabía cómo continuar, pero él la detuvo y buscó su boca para besarla hasta dejarla sin resuello. Sus fuertes brazos la rodearon y la apresaron contra su cuerpo.

Si hubo un momento para huir o para arrepentimientos, quedaron apartados en algún lugar de su mente al que no podía acceder. Aunque eso era lo que menos deseaba, quería quedarse allí junto a él, para siempre. Sentir sus manos vagar por cada rincón de su cuerpo mientras la hacía arder y gemir en el interior de su boca.

Se dijeron en aquel beso todo lo que no podían poner en palabras. Endora se aferró a sus hombros, le acarició la nunca y terminó por enredar las manos en el interior del cabello para obligarlo a permanecer pegado a ella.

Antes de que pudiera ver sus intenciones, Radolf la llevó hacia la cama sin disminuir la intensidad del beso, parecía tan ansioso como ella y no protestaría por eso. Cada parte de su ser quemaba allí donde él ponía sus manos.

En cuanto la tuvo recostada, detuvo las caricias y se quedó de rodillas sobre el colchón. La miraba con los ojos nublados por lo que debía ser deseo, o eso esperaba, porque si se arrepentía, la destrozaría.

—¿Por qué me miras de esa forma? —aquella voz no parecía salir de su propia garganta.

Se escuchaba entrecortada por los nervios, pero había algo más. Un miedo atroz a que la abandonara allí, que todas sus imperfecciones quedaran al descubierto y él se percatara de que no merecía la pena el riesgo por alguien como ella.

—Porque no puedo creer que por fin estés conmigo, tesoro.

Sin darle tiempo a procesarlo, regresó a enloquecerla con sus besos, ávidos, húmedos, ardientes y cargados de una intensidad que la hizo descontrolarse y gemir en cuanto sintió su lengua juguetear sobre sus pechos. Dirigía sus atenciones a ambos como si no pudiera escoger con cuál deleitarse y, a la vez que lo hacía, repetía en una dulce letanía su nombre: «Endora, mi preciosa Endora».

El dios del tiempo debía estar carcajeándose de ellos custodiando cada segundo de aquellos recuerdos y ella no podía más que agradecerlo. No quería olvidarse del roce de sus manos, ni de las caricias que ejercían sus cuerpos frotándose uno contra el otro. Tampoco podría olvidar la forma en que rogó para que acabara con aquel dulce tormento y clamó por llegar a un lugar que parecía inalcanzable y que se tornó factible cuando sus cuerpos se unieron por primera vez.

Lo sintió abrirse paso en su humedad con la delicadeza que solo podría tener un hombre que amaba de verdad, sin dejar de murmurarle palabras de amor junto a su oído para calmarla. Pudo detenerlo cuando sintió sus colmillos clavarse en su piel para marcarla y atarla a él para siempre, pero estaba tan perdida en sus caricias que no pudo protestar.

Debía de estar muerta porque, en cada acometida, en cada vaivén que Radolf ejercía contra su cuerpo y en cada intento de ella por acunarlo, sintió sus manos tocar el cielo para después caer al vacío hacia un abismo que, para ella, sería eterno.

Poco sabía del dolor al que debería enfrentarse después y poco le importó porque, mientras

estuviera entre sus brazos, soportaría lo que el destino le tuviera deparado.

CAPÍTULO 8



Habían pasado casi siete años desde la única y última vez que Jarek vio a Dana. Marcharse de aquella manada sin despedirse resultó más difícil de lo que pensó. No sabía por qué se sentía tan preocupado por la niña o por qué en los meses que siguieron a esa visita no logró sacársela de la mente.

Una parte de él se culpaba por lo ocurrido, aunque en realidad no fuera culpable. Solo habló unos minutos con ella, no le hizo nada para que cayera enferma y menos tenía la responsabilidad de cuidarla. Pese a saber eso, la niña siempre estaba en su mente y solo la certeza de que Garrick no pondría sus manos sobre ella lo dejaba tranquilo.

El tiempo transcurrió y no volvieron a tener noticias de Dana ni de la manada Valley of Shadows. Su padre tampoco volvió a mencionar el tema de la unión ni le contó con detalles la reunión que tuvo con el alfa Ethan y la reina antes de que se marcharan.

Dio por hecho que la reina cumplió su palabra y dejó a su hermano libre de cualquier compromiso con su sobrina. Tampoco volvieron a tocar el tema sobre cuál de los hermanos sucedería a su padre como alfa de la manada. Las aguas volvieron a su cauce y podía decir que habían sido unos años tranquilos si no fuera por su continúa preocupación por la niña.

Algo en su interior le decía que ella no estaba bien y algunas veces tuvo la tentación de buscar una excusa para visitar su manada. En cuanto lo pensaba, acababa por rechazar la idea. Ella estaba con su familia y estaría segura siempre y cuando no se acercara a su hermano.

Intentó no pensar más en ella, pero de una u otra forma, la joven Dana se había hecho presente en su vida. Su recuerdo siempre llegaba a él cuando menos lo esperaba y lo acosaba incluso en sueños. El tiempo habría pasado también para ella, ya no sería una niña y dudaba que se acordara de él.

Jarek se dijo a sí mismo que esa obsesión que parecía asediarlo, era porque aún se preocupaba de que su padre volviera a mencionar el tema del compromiso. Le resultaba muy extraño que se diera por vencido con tanta facilidad.

Se quedaría tranquilo cuando llegaran noticias de que Dana se había emparejado con otro lycan. De esa forma pondría fin a sus preocupaciones y él… La sola idea de pensar en ella con otro hombre lo ponía furioso. Seguro le ocurriría lo mismo si tuviera una hermana, eso era, siempre había sido demasiado sobreprotector y esa niña tocó esa fibra sensible en él.

Las noticias sobre Dana llegaron siete años después, pero no eran las que esperaba. Fue en ese momento en el que comprendió que todas esas preocupaciones y presentimientos que tuvo a lo largo de los años, estaban justificados y no solo era su obsesión por ella.

Su padre no se había rendido.

—Garrick, Jarek, pueden sentarse y dejar de mirarme como si uno de los dos vaya a hacer explosión en cualquier momento —les ordenó su padre con gesto irritado.

Con los años, la relación con su gemelo no había mejorado. Al contrario, era casi inexistente. Cuando regresaron a la manada después de la reunión de alfas, lo primero que hizo su hermano fue preguntar si había seducido a la niña y ya la tenía comiendo en la palma de su mano. Para después agregar, que las próximas visitas se ocuparía él mismo de tratar con su futura Luna.

Mientras su padre y Jarek estuvieron fuera, su madre había hablado con su gemelo y le explicó las ventajas que esa unión traería para él. No solo tendría una manada propia, también quedaría emparentado con los reyes lycan. Al parecer, la joven no le importaba en lo absoluto y estaba muy decidido a hacerla infeliz, pero el poder sí lo atrajo lo suficiente como para tomar en cuenta la propuesta de su padre.

Jarek no pudo evitar jactarse de que esa unión nunca se daría y que él ya se había asegurado de que fuese así. Tal vez, tuvo que dejarle creer que todo había salido bien y que más adelante el alfa Ethan lo rechazara, pero no pudo evitar aplastar todas las pretensiones de su gemelo cuando habló de Dana como un pedazo de carne al que usar.

Su gemelo enloqueció y ambos hermanos lucharon hasta que Jarek logró derribarlo, pero Garrick susurró en su oído para que nadie más lo escuchara: «llegará el día en que me vengue y no podrás hacer nada por evitarlo».

Desde ese día, su relación, si es que podía llamarse así, era tensa. Y, con el tiempo, Jarek olvidó la amenaza de Garrick al ver que todo volvió a la normalidad. Habían pasado siete años y todo continuaba de la misma forma. Su gemelo no había dado señales de querer vengarse y, por más que lo tuvo vigilado en todo momento, nada indicaba que estuviera tramando algún plan.

Dana estaba segura y eso era lo único que le importaba.

Su gemelo dejó caer la espalda en la silla y abrió las piernas con demasiada comodidad, como si la oficina de su padre fuese suya y ellos sus invitados.

—Se preguntarán por qué los mandé a llamar. En realidad, con quien tengo que hablar es con Garrick, pero quería que tú estuvieras presente, Jarek. Me gustaría que ayudaras a tu hermano. —No pudo evitar hacer una mueca de asco que borró en cuanto su padre lo miró con severidad.

—¿Y qué podría querer de mí el gran alfa Kael? —preguntó su hermano sin ocultar su sarcasmo.

Su padre emitió un suspiro cansado y cerró los por unos segundos.

—Hoy he recibido un mensaje urgente de la manada Valley of Shadows, la primogénita del alfa Ethan ha tenido su primera transformación y, tal como acordé con él, cuando eso ocurriera volverían a encontrarse para cerrar el tema de la unión entre ambos. —Jarek se quedó sin palabras, congelado en su asiento sin poder apartar la mirada de su padre—. En la última reunión que tuve con el alfa Ethan, dejó muy claro que no permitiría un nuevo acercamiento después de lo sucedido, pero la reina habló a nuestro favor y le pidió que lo reconsiderara.

—¿Qué quieres decir? —logró pronunciar, la reina debía haber anulado cualquier acuerdo de esa unión, le había dado su palabra.

Su padre lo ignoró y prosiguió como si Jarek no hubiera hablado.

—Accedí porque, después de lo ocurrido, temía que fuesen a culparte del estado de salud de su

hija, aunque no estaba de acuerdo con que el acuerdo se cerrara después de su transformación. Si antes de que se cerrara el trato la jovencita conocía a su compañero, todos nuestros planes podrían verse en peligro. Para nuestra suerte, la reina me dio su palabra de que cuando se diera la transformación nos avisarían.

—La palabra de la reina no vale nada —gruñó ante la consternación de su padre.

—¡Jarek! —gritó y su gemelo lo miró con burla. Su hermano estaba demasiado callado y eso no era buena señal—. No vuelvas a mencionar algo así. Sé que no estabas de acuerdo con hacerte pasar por tu hermano, pero eso ya se acabó, Garrick accedió a unirse a la hija del alfa Ethan y para lo único que te mandé a llamar es para que lo pongas al día con lo que hablaste con esa niña. No quiero errores en esto.

—¡Por encima de mi cadáver! Garrick no se acercará a ella. —Jarek se levantó fuera de sí y tiró la silla en la que estaba sentado—. La reina me aseguró que no habría ninguna unión.

—¿Qué ocurre, hermanito? Cualquiera que te vea pensará que estás celoso. ¿Tan bonita es? Esto se pone cada vez más interesante, estoy deseando conocerla por fin.

—¡Nunca! —bramó y enfrentó a su gemelo—. No vas a poner tus sucias manos sobre una mujer inocente. Es solo una niña y si continúas con esos planes te juro que hablaré y contaré los motivos que tengo para reaccionar de esta forma.

Garrick ni siquiera se inmutó ante su amenaza y, cuando miró a su padre, solo pudo ver tristeza en sus ojos. El alfa Kael lo sabía, era consciente de la clase de ser sin escrúpulos que era su hijo y, aun así, condenaría a una mujer inocente a ese castigo.

—Ya no es una niña, Jarek. Tiene veintidós años y tu hermano ha enderezado su camino en este tiempo. ¿Cierto, Garrick?

La sonrisa ladina de su gemelo fue suficiente respuesta para él. No había cambiado nada.

—Por supuesto, padre. Comprendí que lo que me ofrecías es mucho más beneficioso que ser el alfa de esta manada. Tener como Luna a una lycan que es familia directa de la reina me haría incluso más poderoso que mi hermanito. Siempre supe que tus intenciones para mí eran buenas.

—Claro que sí. No entiendo cómo pudiste dudar de eso, eres mi hijo —prosiguió su padre cada vez más ilusionado—. Además, en estos años has demostrado que has madurado y sabrás comportarte a la altura.

Jarek no podía creer lo que escuchaba. Tenía que impedir esa unión sin importar cómo lo hiciera.

—Entonces, no se diga más. ¿Cuándo conoceré a mi futura Luna? —Garrick sonrió con arrogancia y se inclinó hacia adelante—. Parece que al final tendré mi propia manada y me emparejaré con la princesita lycan. ¿No es maravilloso, hermanito?

Jarek empuñó las manos y contuvo su rabia porque sabía que de otra forma el alfa no lo escucharía.

—Padre, ¿estás seguro de esto? Han pasado años. ¿No crees que sería injusto para Dana forzarla a una unión que ella no ha elegido? La última vez que la vi me dejó muy claro su rechazo, ella espera encontrar a su compañero.

—¡Silencio, Jarek! No sé por qué insistes tanto en contra de esta unión. El alfa Ethan sabe que necesita un heredero y hasta el momento no tiene ni tendrá uno si no une a su hija a un alfa. Dana tendrá que aceptar la decisión de su padre, además, no tendrá queja alguna con tu hermano.

Cuando te vio a ti se mostró muy agradecida por la propuesta, ambos son iguales, no notará la diferencia. —Cuando lo comparó con su hermano estuvo a punto de perder los nervios y retar a su padre. Se contuvo a tiempo—. No te corresponde cuestionar mis decisiones. Garrick viajará a Valley of Shadows para encontrarse con Dana y formalizar la unión y tú le informarás de lo que necesita saber para que no haya errores.

Garrick se levantó de su asiento con una sonrisa triunfal.

—Bueno, hermanito, parece que tendré un pequeño viaje para ver a mi futura Luna. Será divertido ver la cara de la princesita cuando sepa que será mía… hasta el día en que muera. Escuché que es algo enfermiza.

Con una mirada de determinación, Jarek se puso de pie.

—Como ordenes, padre. Si esa es tu decisión, acompañaré a Garrick a Valley of Shadows.

Ya buscaría la forma de hablar con el alfa Ethan sin perjudicar a su manada. Si contaba la verdad, pondría en riesgo a su gente, pero si callaba, Dana sufriría las consecuencias. No debería poner el bienestar de su gente frente al de una desconocida, pero algo debía hacer, no podía permitirlo.

El alfa Kael entrecerró los ojos ante su desafío y negó.

—No toleraré ninguna insubordinación de tu parte. He dado una orden clara, tu hermano irá y tú te quedarás aquí.

—Hermanito, te ves muy tenso, ¿estás seguro de que estás bien? —se burló Garrick y sintió como su lobo quería salir y atacarlo.

Ni siquiera cuando vio a su gemelo intentando abusar de aquella niña, sintió ese deseo tan insano de despellejarlo vivo y después aplastar su cabeza.

Cuando pudo controlar su voz, reguló su respiración y volvió a enfrentar al alfa.

—Padre, ¿puedo hablar contigo? A solas —aclaró.

Su padre accedió con un gruñido y con un gesto de su mano le pidió a Garrick que saliera.

—Por supuesto —dijo su hermano sin borrar la sonrisa—. Iré a prepararme para el viaje. Casi no puedo controlar las ganas de conocer a mi futura Luna.

—Me parece bien —masculló su padre—. Me alegra que estés tan comprometido con esto. Ahora, ve a prepararte y déjanos solos.

A Jarek no le gustó la forma en que se comportaba su gemelo. Algo le decía que el alfa ya había hablado antes con él sobre ese tema y que tenía algún plan en mente. Lo pensaría más tarde, en ese momento debía convencer a su padre de que cambiara de opinión.

—Soy todo oídos, Jarek, pero, si es algo referente a la alianza que haremos con la manada Valley of Shadows, pierdes tu tiempo. La reina me advirtió que no te hablara sobre la conversación que mantuvimos ya que te vio muy renuente. No te entiendo, hijo, no eres tú el que te unirás con esa mujer es tu…

—¡Lo haré! Yo lo haré, papá. Deja a Garrick fuera de esto. Si tanto necesitas esa alianza, tomaré su lugar. —Su padre se sorprendió al escucharlo, aunque estaba seguro de que no se sentía la mitad de sorprendido que él.

No sabía de dónde habían salido esas palabras. No era su plan, ¡por la diosa! Ni siquiera tenía planeado quedar unido a ninguna mujer, al menos no por el momento. ¿De dónde salió esa idea?

Por unos segundos, su padre lo miró con tristeza, pero cuando negó con la cabeza, dejó de ser el hombre que lo vio crecer para convertirse en el alfa.

—Eso no es posible —dijo con calma y voz de mando—. Tengo dos hijos y tú eres mi heredero. Conoces a tu hermano, necesita una manada que liderar o acabará por causarte problemas cuando yo ya no esté al frente. Ha sido una suerte que el alfa Ethan no haya tenido un hijo alfa y no puedo desaprovechar esta oportunidad. Con el tiempo, comprenderás que solo quiero lo mejor para ti.

Conocía demasiado bien a su padre para saber que cuando hablaba en ese tono no había forma de hacerlo cambiar de opinión. Aun así, lo intentó. Solo de pensar en Garrick unido a Dana le hacía sentir la bilis trepar por la garganta.

¿Ocurriría lo mismo si fuera otro lycan? ¿Eran celos o solo su instinto de protección? Sin importar lo que fuera, no iba a rendirse.

—Entonces renuncio, no quiero ser tu heredero. Si tanto quieres una manada para Garrick, aquí tienes una, no lo necesito.

—¿Por qué? —la pregunta lo agarró desprevenido. No tenía la menor idea. Antes incluso de saber que sería el sucesor de su padre, la manada había sido todo para él—. Solo la viste una vez, ni siquiera tenía a su loba así que no salgas con la mentira de que es tu compañera porque no lo creeré.

—No, no es mi compañera, pero no puedes dejarla en manos de Garrick. No sabes cómo es en realidad, sé que es tu hijo, pero él…

—Sé bien cómo es —lo interrumpió—. También sé que no ha cambiado en estos años por más que deseé que así fuera. Si hiciera lo correcto debería desterrarlo o condenarlo a muerte, pero es mi hijo y no puedo hacerlo.

—¡¿Sabes cómo es y aun así serás cómplice de lo que le hará en cuanto sea suya?! —Jarek golpeó el escritorio con ambas palmas y el mueble tembló.

—¿Sabes lo que hará tu hermano con nuestra manada si lo dejo a cargo? No puedo permitirlo.

—Pero ¿sí puedes permitir que se lo haga a otra manada? —siseó.

Su padre negó con la cabeza, se veía cansado, como si las preocupaciones lo hubieran hecho envejecer de forma prematura.

—Lo tengo todo pensado. Todavía faltan años para que el alfa Ethan deje su puesto. Quizá Garrick cambie, todavía es joven. Tú siempre fuiste el más maduro de los dos.

—No lo ha hecho en este tiempo y dudo mucho que lo haga, padre.

—Si no lo hace, no importa, Dana es sobrina de los reyes. Ellos se ocuparán de que tu hermano se comporte. No tengo más que decir, es una decisión tomada, acéptala y ni se te ocurra desobedecerme. Es una orden, Jarek, pondré a varios guardias a vigilarte para asegurarme de que no sales de la manada. No estropearás mis planes.

—Garrick no la tendrá —murmuró antes de darse la vuelta y salir del despacho de su padre.

No esperó encontrarse con el dueño de sus pesadillas frente a él. Su hermano estaba al otro lado de la puerta, con una sonrisa de oreja a oreja y apoyado en la pared.

—¿No deberías estar preparándote para tu viaje en lugar de escuchar conversaciones ajenas? —gruñó.

Le importaba muy poco lo que hubiera escuchado. No pensaba ocultar su rechazo hacia esa unión y tampoco ocultaría que haría lo necesario para impedirlo.

Su gemelo se encogió de hombros y lo siguió por el pasillo. Varios guardias de su padre caminaban hacia ellos, al parecer el alfa cumplió su amenaza. Pensaba obligarlo a permanecer en la manada.

¿Tan notorio había sido con sus pensamientos? Él sabía que no iba a permitir que Garrick viajara para ver a Dana, pero no lo dijo en voz alta. Podía atacar a los guardias, no sería difícil reducirlos, pero no era capaz de dañar a su propia gente, debía haber otra salida.

—Si me sigues el juego, te permitiré despedirte de mi futura Luna, solo no hagas con ella nada que yo no haría. —Sus colmillos se asomaron entre sus labios con aquella sonrisa que ocultaba toda su crueldad—. Será más fácil para todos si llega a mí cooperativa, aunque no tendré problema en domarla si se pone difícil. Será un placer, siempre me ha gustado reducir un espíritu fogoso.

Jarek lo habría golpeado si en ese momento los guardias no hubieran llegado frente a ellos.

—Alfa Jarek, el alfa Kael ha pedido que nos acompañe. —Antes de que pudiera responder, su hermano dio un paso al frente.

—Lo que sea necesario, Albert —pronunció su gemelo imitando su mismo tono de voz y con la misma actitud seria—. Garrick, buen viaje. Te veo a tu regreso.

Su gemelo se alejó con los guardias haciéndose pasar por él.

Su intuición le decía que lo detuviera, que dijera la verdad, pero si lo hacía no podría salir de la manada y anular esa unión de una vez y para siempre.

Su gemelo estaba tramando algo, había escuchado la conversación con su padre. Tal vez… Un pensamiento llegó a su mente y lo hizo sonreír. Quizá su hermano quería que renunciara a la manada tal como le dijo al alfa. Por eso lo estaba ayudando a escapar de allí.

Garrick no le pondría la mano encima a su gente y tampoco a Dana, los protegería a ambos, pero en ese momento, se ocuparía de la joven lycan. Iba a quitarle las ganas de ese compromiso, haría una perfecta imitación de su hermano. Sería igual de detestable.

CAPÍTULO 9



Año 1874 Silvershade Summit.

Convencer a Radolf de que lo ocurrido entre ellos no había sido algo de importancia, fue más complicado de lo que esperó y más después de que Endora se entregara a él. Decirle que aquello tan hermoso solo fue una aventura era una de las decisiones más dolorosas que le tocó tomar, pero él tenía que alejarse de su lado y no veía otra forma.

Estaba segura de que si le dijera la verdad, si le contara que estaba tan enamorada de él que la sola idea de marcharse la sentía como un puñal retorciéndose en su interior, no habría forma de apartarlo de su camino.

Como siempre, ese lobo se adelantaba a sus necesidades y a sus pensamientos incluso antes de que ella supiera qué necesitaba. No insistió para que se quedara en su casa, ni en su cama, aceptó su decisión de no contarle a la manada sobre ellos y solo le puso una condición. Él quería que se quedara en Silvershade para que estuviera bajo su protección.

—Acabo de decirte que lo que ocurrió solo fue producto de un momento de debilidad, Radolf. Entre nosotros no puede haber nada, tú eres un licántropo y yo una bruja, es antinatural.

Él esbozó aquella sonrisa prepotente que tanto había comenzado amar. Sin importar lo que ella dijera, era como si él pudiera leer en sus expresiones lo que de verdad gritaba su corazón.

—Tesoro —ronroneó y le erizó la piel con aquella mirada profunda—. Yo no vi nada antinatural en ti, de hecho, encajamos muy bien o ¿ya no lo recuerdas? —Endora se ruborizó al recordarlo. ¿Cómo podía hacerle esa pregunta tan impropia? Por supuesto que se acordaba. La sonrisa de Radolf se hizo más grande al ver su sonrojo—. Creo que lo recuerdas tan bien como yo. Si no me equivoco, en este mismo instante tu mente está muy entretenida pensando en ello, pero estoy a tu disposición para refrescarte la memoria si lo necesitas.

—Eso… Eso no será necesario. —Endora intentó que su voz no se escuchara tan inquieta, aunque no tuvo demasiado éxito. Era muy difícil negar que él la afectaba y que solo con su presencia le provocaba sensaciones en su cuerpo que era incapaz de controlar—. No deberías llamarme tesoro, al menos que así llames a todos los miembros de tu manada. Ya te dije que entre los dos no puede haber nada y tampoco puedo quedarme bajo tu protección. No es correcto ya que tú y yo no somos nada.

Radolf se acercó a ella y la dejó sin espacio personal. Sus piernas fornidas se rozaron con las suyas y solo el acto de respirar, provocaba que su pecho se rozara con su torso. Él olía tan bien, cuando lo tenía tan cerca toda su resolución flaqueaba y quería lanzarse a sus brazos para que la hiciera sentir de nuevo que ella era mucho más que un medio para un fin.

Cuando sujetó su barbilla y la obligó a mirarlo, quiso negarle su mirada para que no pudiera ver en su interior todo lo que sentía, aunque, algo le decía, que no podía ocultarlo por más que lo intentara. Él día en que se entregó a él y la mordió formando un vínculo, algo cambió en su interior y pudo sentir tantas emociones. Eran la mezcla de las suyas con las de él, pudo sentir su soledad, lo que sintió al encontrarla, el miedo a perderla. Le permitió conocer lo que no mostraba a nadie, pero, en ese instante, Radolf era como un lienzo en blanco. Era incapaz de saber qué pensaba y algo le decía que intentaba ocultarle sus sentimientos. En cambio, ella no sabía cómo hacerlo. No tenía la menor idea de cómo negarle la entrada a su corazón y tampoco estaba segura de si quería.

Tal vez esa guerra interna que vivía consigo misma provocaba su inutilidad para ocultar lo que sentía ante él.

—Todos los que viven en esta manada están bajo mi protección, no te estoy pidiendo otra cosa, Endora, solo que te quedes aquí para que pueda protegerte como a un miembro más de mi manada. —Cuando la llamó por su nombre en lugar de tesoro, algo apretó su corazón. Su voz ya no era tan suave como una caricia y la sonrisa arrogante había mutado a una expresión indefinible, sin sentimientos.

—Un miembro más de tu manada —susurró.

¿Acaso no era eso lo que quería? ¿Alejarlo? Lo acababa de conseguir, pero dolía.

Radolf se encogió de hombros como si lo que dijera no tuviera la menor importancia.

—Míralo como un trato ventajoso para ambos. Ya habrás notado que la sanadora de la manada es algo mayor y necesita ayuda. Tus habilidades para sanar son extraordinarias, podría acondicionar una cabaña para ti, lleva vacía mucho tiempo. Allí nadie te molestará y estarás segura.

—¿Te refieres a usar mi magia con tu gente?

—Con nuestra gente —aclaró—, si vas a vivir aquí, serás una más de la manada.

—¿Me permitirías quedarme sin hacer más preguntas? ¿Y si soy peligrosa? —La sonrisa que tanto amaba volvió a aparecer en su rostro y sintió que se le doblaban las rodillas.

Ese hombre era capaz de ponerla a sus pies sin hacer otra cosa que sonreír.

—Eres peligrosa, tesoro —susurró demasiado cerca de sus labios y los entreabrió por inercia. Su corazón quería que la besara y su mente le gritaba que tomara distancia. Hizo caso al corazón y no se movió ni un milímetro—. Aunque solo lo eres para mí porque cada vez que intentas negar que somos compañeros me destruyes, pero sabré esperar. Cuando estés preparada para contarme tus secretos, aquí estaré para ti.

Aceptó su propuesta porque hacer otra cosa era imposible. Él no exigía nada por más que podía hacerlo y tenía el poder para llevarlo a cabo. Radolf daba y daba sin descanso y ella se lo pagaba con secretos.

Por más que su conciencia no estaba tranquila con ello, se quedó en la manada y se mudó a una cabaña alejada del resto de los licántropos. No supo cuánto necesitaba esa soledad para sobreponerse y para aprender de esa nueva parte de ella que comenzaba a emerger hasta que no estuvo allí, pero él parecía saberlo incluso antes que ella. Como siempre, anticipándose a todo, sabiendo sus necesidades sin que tuviera que ponerlas en palabras.

Radolf le dio tiempo, espacio, libertad, protección y algo que tras los golpes de su padre pensó

que no volvería a recuperar, la confianza. Sí, día a día y con una paciencia inquebrantable, él la visitaba en la cabaña con cualquier excusa, pero no había vuelto a tocarla o besarla y eso la estaba enloqueciendo.

Las semanas pasaron y Endora hizo de aquella cabaña su hogar, aunque poco a poco se animó a salir de ella y socializar con el resto de la manada. Puede que algunos, las primeras veces, la miraran con reticencia. No los culpaba, ella era una desconocida para todos y, para colmo, podían saber que era una bruja por su olor, pero ninguno de ellos se atrevió a decir algo en voz alta. Supuso que eso era obra de Radolf, aunque, que los obligara a aceptarla, no la dejaba más tranquila.

En sus tiempos a solas, Endora comenzó a practicar las lecciones que su padre le había dado desde niña, pero desde que se puso aquel anillo de su madre, su magia era mucho más poderosa. Ya no fracasaba en sus intentos y, cada vez que lo conseguía, quería gritar de rabia por todas las veces que Astron la humilló por no ser suficiente.

En una de esas ocasiones, una llamada a la puerta de su cabaña la sacó del mar de llanto en el que se había convertido. El corazón se le aceleró al pensar en que podría ser Radolf, pero al abrir se encontró a una mujer frente a ella.

No era tan despampanante como el resto de las mujeres lycan. Tan solo era un poco más alta que ella, delgada y con una rostro bastante común. Miraba al suelo y era incapaz de alzar la mirada para verla a los ojos.

—Ho-Hola —pronunció con la voz entrecortada por el llanto de hacía unos minutos e intentó apartar los recuerdos de su padre del pensamiento—. ¿Te puedo ayudar?

La mujer asintió. No se veía mucho mayor que ella y su timidez la hizo sentir deseos de ayudarla sin importar lo que pidiera.

—Hola, no quise interrumpirte —habló tan bajo que le costó escucharla.

—No interrumpes, tranquila. Puedes pasar si quieres, no recibo muchas visitas. —A decir verdad no recibía ninguna, solo las de Radolf y cada vez se le hacía más complicado resistirse a él.

—Gracias, me gustaría —murmuró y entró con la misma actitud sumisa. Con sus manos estaban entrelazadas frente a su cuerpo y su mirada observaba el suelo.

Un silencio incómodo se hizo entre ellas cuando la mujer alzó la vista y la miró con una expresión extraña. La piel se le erizó con una sensación de peligro, pero lo apartó. Su padre la había roto tanto que ya desconfiaba de todo el mundo.

Se podía sentir la tensión en el pequeño cuerpo de la mujer, como si quisiera convertirse y saltar sobre ella. Una llamada a la puerta la sacó de esos pensamientos turbulentos.

Antes de que abriera, Radolf entró como si aquella fuera su casa. Siempre lo hacía y ella no hacía nada para evitarlo. Le gustaba tanto verlo y tenerlo cerca que era incapaz de recordarle que aquel era su espacio y él no debía invadirlo.

Quería que lo invadiera, a su espacio y a su cuerpo. Era tenerlo cerca y sentía que cada parte ella ardía por el deseo contenido de acariciarlo de nuevo y recordar lo que era estar entre sus brazos.

Solo habían pasado unas semanas desde que se entregó a él, pero parecían años. Cada día era más difícil ignorar sus acercamientos y fingir que no le dolía alejarlo.

—Tesoro —pronunció antes de ver a la invitada que tenía—, espero que no estés muy ocupada. Me gustaría pasar un tiempo… ¿Isobel? —Radolf se detuvo a mitad de su frase cuando vio a la lycan.

La mujer, al verlo, enseguida alzó el rostro y se acarició el cabello con nerviosismo. Ya no se veía tan tímida, ni tan sumisa, hasta su cabello negro como el ala de un cuervo parecía resplandecer más.

Algo se apretó en su interior al pensar que ellos pudieran tener algo, pero alejó el pensamiento al notar que Radolf no la miraba de la misma forma que a ella.

—Alfa, disculpe, no quise molestar —pronunció en un tono de voz mucho más alto y sugerente —. Vine a darle la bienvenida a la manada a Endora, escuché que ella usa magia para sanar y quiero aprender. Se lo pedí a Margot, pero la sanadora no quiso enseñarme, dice que no sirvo. — Isobel hizo un mohín de disgusto dirigido solo a él.

Si las palabras de Isobel no hubieran penetrado en su cerebro con tanta rapidez y ese dolor que siempre cargaba por los ataques que su padre le dedicaba no estuvieran tan reciente, tal vez se habría percatado de la extraña actitud de la mujer. Pero en ese instante, lo único que pudo ver en ella era a un alma afín, alguien a quien de la misma forma que a ella la habían hecho menos.

—Estaré encantada de enseñarte —dijo y recibió como premio que Isobel la mirara y le sonriera—. Si quieres, podemos comenzar hoy mismo. Claro, si no tienes nada más que hacer. — Cuando Endora miró a Radolf, notó que su expresión se volvía más seria. Como si estuviera desilusionado—. Si Rado… Si el alfa quiere —se corrigió para no dejar entrever que entre ellos había algo más.

—Si eso te hace feliz. —La miró—. Por supuesto, Isobel, tienes mi permiso para aprender con Endora. No encontrarás mejor maestra que ella. De todas formas, hablaré con Margot, no es normal que ella rechazara la ayuda cuando siempre se queja de que es demasiado mayor para tanta responsabilidad.

—¡Por favor, alfa! —Isobel se alteró y negó con la cabeza—. Le ruego que no le diga nada, no quiero que Margot se enfade conmigo por hablar de más. Prefiero aprender con ella, creo que somos de la misma edad y me sentiría más cómoda con Endora. Tal vez podamos ser amigas.

—Eso me gustaría mucho. —No pudo evitar sonreír y le pareció mentira sentirse tan feliz cuando momentos antes había pasado horas llorando por culpa de su padre.

Tener una amiga era más de lo que se había atrevido a pedir. Lo más cercano que tuvo fue su nana, su padre siempre la mantenía encerrada en aquella torre llena de lujos porque se avergonzaba de ella, pero no dejaba de ser una cárcel de oro.

Quizá, con el tiempo, se ganaría la confianza del resto de la manada y ella podría volver a sentirse en casa.

—Entonces, ya que está todo aclarado, pueden ponerse de acuerdo entre ustedes —en cuanto lo dijo, la miró y pareció dudar, pero enseguida habló de nuevo—. Endora, ¿podríamos hablar un momento?

Había comenzado a odiar su nombre cuando era él quien lo pronunciaba. Cuando lo hacía, siempre era porque intentaba mantener las distancias. Quería volver a escuchar que la llamara tesoro y que le sonriera de esa forma que parecía solo dirigida a ella.

Era una locura, él solo hacía lo que ella le pidió, pero cuando Radolf estaba cerca su mente no

funcionaba de forma correcta.

Salieron de la cabaña para hablar e Isobel se quedó en el interior. La mujer se veía decidida a comenzar ese mismo día y debía reconocer que estaba nerviosa. Aún no confiaba en su magia, menos se sentía capaz de enseñar a otros.

Cuando ambos estuvieron en el exterior y lejos de oídos curiosos, el alfa la miró de reojo, pero sin mostrar su característica sonrisa.

«El alfa», se repitió. Así debía llamarlo, como el resto de la manada hacía y no por su nombre.

La marca que llevaba en su clavícula y que él le explicó que era su vínculo de compañeros, comenzó a calentarse con su cercanía y tuvo que contenerse para no acariciarla. La respiración se le aceleró cuando los sentimientos de Radolf la invadieron, eran una mezcla de amor, desesperación y preocupación.

—¿Estás bien? —preguntó mientras caminaban sin un destino fijo.

Su respuesta no fue la que esperaba, pero sí la que llevaba deseando mucho tiempo. Radolf tiró de ella y la ocultó entre los árboles. Su espalda chocó contra el tronco y la cercanía de su cuerpo la hizo temblar.

—¿Cómo quieres que esté bien? —su voz se escuchó ronca, necesitada y su cálido aliento rozó sus labios.

Endora no pudo evitar acariciar sus brazos y subir hasta sus bíceps. Podía controlarse mientras estuvieran alejados, pero de esa forma, todos los sentimientos que guardaba se escapaban sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

—No lo sé, no entiendo qué te ha molestado. ¿Es porque no crees que esté capacitada para enseñar a Isobel?

—Te creo capacitada para muchas cosas, incluso para tenerme a tus pies y rechazarme una y otra vez. Tesoro, ¿de qué tienes miedo?

«De que te hagan daño por mi culpa», quiso pronunciar.

—No… No te veo a mis pies, Radolf. Estás de pie y demasiado cerca, podrías, hum, ¿podrías dejarme respirar?

«O quitarme la respiración con tus besos».

Aquellos ojos tan extraños y hermosos se oscurecieron y la sonrisa volvió a aparecer en sus labios.

—Tesoro, si me quieres de rodillas ante ti solo tienes que pedirlo —susurró con la voz enronquecida y acercó su boca a la curva de su mandíbula, muy cerca del lóbulo de su oreja. La besó con suavidad y su cuerpo se estremeció—. Pero si lo hago, no podré hablar contigo porque te desgarraré la ropa y te probaré de nuevo. No puedo olvidar tu sabor y daría todo por volver a probarlo.

—No puedes decirme esas cosas —jadeó y sintió su rostro arder ante el recuerdo de la ultima vez que ese hombre decidió poner su boca entre sus piernas.

—Entonces, quizá no deba decírtelo y mejor sea que lo haga para que te convenzas de una vez por todas de que eres mía y que no pienso dejarte ir. Olvídate de esa idea de enseñar a Isobel para después marcharte con la excusa de que ya no eres necesaria.

Endora se mordió el labio inferior, nerviosa. Ni siquiera se le había pasado por la mente, pero

lo que él le decía era un plan mucho más elaborado del que ella podría tener.

Si al final lograba ganarse a la manada y sustituir a Margot, le costaría mucho dejarlos sin una sanadora y se vería atada a ese lugar, pero si enseñaba a Isobel ya no tendría que sentirse culpable por marcharse.

El impedimento era ella misma, no deseaba abandonar la manada, no deseaba dejarlo a él por más que no pudiera tenerlo.

—Yo no planeé nada —se defendió—. ¿Por eso estás molesto?

Radolf asintió y sus manos se apropiaron de su cintura.

—No puedo dormir, no puedo comer, no puedo dirigir la manada porque todo el día estoy pensando en qué estarás haciendo o en si habrás decidido abandonarme. Por favor, tesoro, danos una oportunidad.

—No puedo.

Endora soportó el dolor que aquellas palabras provocaron en su interior y, cuando él se apartó de ella y la miró con tanta tristeza, creyó que las lágrimas la delatarían.

—No voy a negar que te ofrecí quedarte en la cabaña porque no quería que te marcharas. Deseo unirme a ti, que vivas conmigo, que formemos una familia, que seas mi Luna, pero no voy a obligarte. Perdóname por seguir intentándolo, soy incapaz de resistirme sabiendo que estás tan cerca de mí, pero, si quieres tu libertad, te la daré, aunque eso me mate. Aceptaré tu rechazo si es lo que deseas.

Radolf le dio la espalda e iba a alejarse, abatido, cuando ella no pudo soportarlo más.

Lo amaba, no quería su rechazo, quería todo de él, solo no estaba preparada para contarle quién era en realidad. Odiaba que aún sin estar presa de su padre, él continuara arruinándole la vida.

—Ven esta noche —sus palabras la sorprendieron tanto a ella como a él. Radolf se dio la vuelta para enfrentarla y sus hermosos ojos estaban abiertos con expectación—. Si quieres, no estás obligado, pero podemos cenar juntos y después… quedarte a dormir conmigo.

Lo había dicho, lo que tantas veces pronunció en su mente cuando él se marchaba y no se veía capaz de aceptar, salió de sus labios como si no pudiera contenerlo. Él se quedó en silencio, mirándola, como si no lograra procesar sus palabras.

—¿Qué me quieres decir, Endora?

Bufó y se frotó el rostro para ocultar su vergüenza. ¿Acaso debía explicárselo? Lo estaba invitando a cenar y a su cama. Ni siquiera sabía de dónde salió esa audacia, ella no era así, pero su cuerpo se negaba a dejarlo marchar cuando lo necesitaba tanto.

—¡¿Es que acaso todos los lobos son tan apuestos como tontos?! —se quejó y lo señaló con el dedo—. Te espero esta noche para cenar y no faltes, no me gusta que me dejen la comida plantada.

Con todo el orgullo que pudo reunir, se dio la vuelta para marcharse y ahogar su humillación una vez que él no estuviera presente, pero Radolf fue más rápido y la atrapó entre sus brazos.

Antes de que pudiera protestar, sus labios estaban sobre los de ella robándole el sentido y cualquier capacidad de racionamiento.

—Allí estaré, tesoro, te prometo que no vas a arrepentirte.

Temblorosa y demasiado agitada para sostenerse en pie por sí misma, se mantuvo abrazada a él.

—Solo respeta mis tiempos, por favor, aún no estoy preparada para hablar. Lo único que te puedo decir es que no quiero alejarme de ti, ya no.

—Eso es lo único que necesito, tesoro, mientras sientas lo mismo que yo, lo demás tendrá solución.

Ese día comenzó su relación clandestina y no porque Radolf quisiera ocultarla. A él le molestaba no poder gritarlo a toda la manada y también fuera de ella. Sabía que si se unía a él, no sería un secreto para nadie y tarde o temprano, ser la Luna de la manada jugaría en su contra.

Desde que su tío intentó hacer un tratado de paz con los licántropos, viajaba a las manadas para hablar con los alfas y sus compañeras en caso de que las tuvieran. No podía arriesgarse, puede que su tío no fuese igual a su padre, pero estaría enterado de su desaparición y podía delatarla.

Si Radolf solo fuese un lycan más, ella no lo pensaría ni un instante. Con el paso de los meses, no estar a su lado como su compañera de vida la estaba destruyendo. Por más que él durmiera con ella cada noche, mucho antes del amanecer escapaba de sus brazos para cumplir con lo que le había pedido y se encontraba en una cama fría y sola.

A pesar de sus miedos, aquel fue el tiempo más feliz de su vida. Incluso Isobel se convirtió en una gran amiga y acabó por confesarle la realidad de su relación con el alfa. Necesitaba a alguien con quién desahogarse y la loba siempre estaba a su lado.

También, con el paso del tiempo, sus visitas a la manada se hacían cada vez más recurrentes. Margot, la sanadora, se había tomado su merecido descanso después de una vida de trabajo y ella se ocupaba de todo. Se fue ganando el agradecimiento de la gente y, aunque a veces algunos de los lobos tenían reticencia con los métodos que utilizaba, la hacían sentir parte de la manada.

Todo cambió el día en que se dio cuenta de que algo estaba cambiando en su interior y eso afectaba a su magia. Su poder había crecido con demasiada rapidez y en ocasiones no era capaz de controlarse. Aquello la asustó, sobre todo cuando, sin proponérselo, prendió fuego a un árbol.

Isobel corrió a su lado al escucharla gritar y se quedó mirando las llamas sin comprender qué estaba ocurriendo.

—Tenemos que apagarlo antes de que se expanda, vamos, busquemos agua —dijo y Endora salió de su estupefacción.

—Yo lo haré. —Detuvo el fuego de la misma forma en que lo comenzó y miró a su amiga, consternada—. Mi magia ha aumentado y me cuesta controlarla. Yo no tenía el poder del convocar el fuego, mi poder es controlar la tierra. Una bruja no aumenta su magia así sin un motivo. Todo es tan extraño.

El fuego era la magia que mejor dominaba su padre.

—¿No me contaste que cuando una bruja está embarazada aumenta su poder? —Endora se quedó sin aire y no se percató de la rabia que Isobel intentaba ocultar.

«Embarazada», un hijo de Radolf. Había estado tan preocupada por vivir oculta que nunca se paró a pensar que todas esas visitas nocturnas podrían tener consecuencias.

—Tienes razón, cómo no lo pensé. —Se cubrió la boca con la mano para ocultar la sonrisa que comenzaba a formarse, no podía evitar ser feliz por llevar en su vientre el fruto de su amor—. No cuentes nada, por favor. Aún no estoy preparada para informar a Radolf, antes debo contarle la

verdad.

—No diré nada —siseó Isobel sin ocultar que estaba molesta, aunque ella creyó que su disgusto provenía porque se empeñara en mantener al margen a Radolf. Su amiga deseaba que pronto se convirtiera en la Luna de la manada—. ¿De qué verdad hablas? Puedes confiar en mí.

—Lo sé, pero no quiero que mi compañero sea el último en enterarse. Cuando hable con él, te lo contaré.

No estaba segura de que estuviera embarazada, aún era pronto para saberlo, pero si era así solo tenía dos opciones. Marcharse con su hijo o hija sin decir nada, o contar la verdad sobre ella. La primera ya no era válida, no podía alejarse de él y menos ocultarle a su cachorro.

Endora tomó la decisión de sincerarse y ese momento llegó antes de lo esperado. Ese día, su compañero llegó cuando todavía se encontraba en compañía de Isobel. Radolf cada vez tomaba menos precauciones y parecía desear que todos se enteraran de una buena vez de lo que había entre ellos.

—Tesoro —se anunció apenas cruzó la puerta y poco le importó la presencia de la lycan.

—Radolf —jadeó su nombre y su corazón se aceleró como siempre ocurría cuando lo tenía de frente—. Llegaste pronto, aún no terminé de enseñar a Isobel, pero podemos seguir mañana, amiga mía. —Le lanzó a una mirada que esperaba que la mujer entendiera—. Es bueno que llegaras pronto, me gustaría hablar algo importante contigo.

—¡¿Estás segura?! —bramó la lycan y apretó su mandíbula—. Creí que no querías anunciarlo todavía.

—Estoy segura, nos vemos mañana, ¿de acuerdo? —Endora tomó de la mano a su compañero que las miraba a ambas con inquietud y lo llevó a su habitación.

Isobel sabía que debía cerrar la puerta al salir, además, era de su confianza. Podía quedarse sola mientras recogía sus pertenencias.

—¿Qué ocurre, tesoro? Me estás asustando.

Y con aquella pregunta y la preocupación que tenía en la mirada, bajó sus defensas y le contó lo que llevaba meses escondiendo. Le explicó quién era su padre, también que su familia pertenecía a la realeza de los brujos, la forma en que Astron la golpeó y los planes que tenía para ella. Le explicó punto por punto lo ocurrido la noche en que la encontró y revivió la traición de su padre.

Cuando terminó su relato, no podía hacer otra cosa que llorar entre los brazos de su compañero y rogar que la perdonara por habérselo ocultado. Él se mantuvo en silencio mientras lo hacía y, solo la forma en que se le formaba un tic nervioso en la mandíbula y mantenía las manos hechas puños, mostraba lo mucho que le afectaba todo lo que ella le estaba contando.

—Podrías decir algo, por favor —rogó sin tener la fuerza para mirarlo a los ojos y enfrentar su rechazo.

—¿Qué puedo decir, tesoro? Ya sabía de quién eras hija porque vi tus recuerdos cuando nos vinculamos, pero escucharlo de tus labios y sentir tu dolor… Solo mi preocupación por dejarte desprotegida impide que salga ahora mismo a buscar a tu padre y acabe con él.

—¿Lo sabías? —preguntó con incredulidad.

Él asintió y la envolvió con más fuerza entre sus brazos. Cuando estaba ahí, a su lado, el miedo

se desvanecía.

—Sí, mi hermosa bruja, lo sabía, pero quería que fueses tú la que confiaras en mí cuando estuvieras preparada. Ahora que lo has hecho, quiero que sepas que no me importa quién sea tu padre. Si para protegerte tengo que provocar una guerra entre licántropos y brujos, quiero que sepas que quemaría el mundo para mantenerte a salvo.

—No quiero que te ocurra nada —susurró y se abrazó a él como si la vida le fuese en ello.

—Nada me ocurrirá ni permitiré que nadie te separe de mi lado. No vivirás escondiéndote, tesoro, anunciaremos a la manada que serás mi Luna y estarás siempre bajo mi protección. Tu padre no podrá hacer nada y, si lo intenta, lo detendremos.

Quizá ese habría sido un buen momento para decirle que creía que estaba embarazada, pero aún no estaba segura del todo y no deseaba apresurarse. Así que solo asintió y aceptó todo lo que él le ofrecía.

Radolf le tendió su mano y Endora aceptó gustosa sostenerla. Todo lo relacionado a su vida dejó de importar, no lograba recordar a nadie ni por qué había tenido tanto miedo. En ese instante, solo estaban ellos y esa felicidad que la engullía. Quería quedarse allí para siempre envuelta en la calidez de su presencia, mirándolo a sus hermosos ojos mientras sentía la caricia de sus dedos en el dorso de la mano.

Cuando él sonrió y apresó su cintura, algo más intenso que la pasión de la que siempre disfrutaban emergió. Se observaron en silencio porque en aquel momento sobraban las palabras. Ella había aceptado ser suya para siempre y enfrentaría sus miedos.

Su compañero bajó el rostro y selló el acuerdo con un beso. Uno con el que supo que quedarían unidos por siempre.

—Si un día me separan de ti…

—*Shh*, no digas nada, tesoro, eso no ocurrirá. —Quiso silenciarla, pero ella necesitaba que supiera lo que sentía por él.

—Cuando me rescataste y pensé que moriría, te reconocí como el hombre de mi visión y supe que si no podía amarte en esta vida mi alma te buscaría para reencontrarme contigo. Si mi padre me encuentra, si no sobrevivo, quiero que continúes y tengas una larga vida. Necesito que seas feliz, no soportaría ser la culpable de tu sufrimiento. Prométemelo, solo así aceptaré ser tu Luna. Te mantendrás a salvo y no harás nada que te ponga en peligro.

Radolf negó con la cabeza y volvió a besarla.

—Lo único que puedo prometerte es que te amaré en esta vida y en todas las que estén por venir. No importa cuánto te escondas de mí, no importa lo diferente que te veas, voy a encontrarte y nada ni nadie me separará de ti.

◆ ◆ ◆

Dana revivió todos los recuerdos como una espectadora muda de una historia que no le pertenecía y deseó que la promesa de Radolf fuese real y que el desenlace de aquel amor fuese diferente.

No importaba que hubieran pasado casi dos siglos desde lo ocurrido, la herida continuaba abierta como el primer día, como si formara parte de ella. Hubo ocasiones en los que deseó no

haber recordado, revivir los únicos momentos en los que fue feliz era doloroso, pero era lo único que le quedaba para soportar su existencia sin él.

No había esperanzas para ella, Radolf estaba muerto y lo que vivieron pertenecía a una cacofonía de fantasmas. Endora había regresado por más que su nombre y su aspecto ya no fuesen los mismos, pero él no cumplió su promesa. Su compañero no regresó a buscarla.

Dana se quedó en ese limbo de recuerdos después de su transformación, sin ser capaz de regresar a la realidad. Antes de que su loba apareciera todo era confuso, pero en cuanto se sintió completa, los recuerdos la golpearon con tanta fuerza que no se vio capaz de soportarlo. El dolor por su amor perdido era tan cruel y ella se sentía tan débil y desdichada que solo respirar era una agonía.

De nuevo escuchó el llanto de su familia, ellos luchaban por colarse en su mente y sacarla de aquel lugar, pero continuó aferrándose a los recuerdos como una fiera a la que intentaban quitarle a su presa. Deseaba morir y reencontrarse con él.

De pronto, una fuerte opresión en el pecho la hizo llevarse las manos al cuello. Sintió como si su cuerpo se desvaneciera y volviera a esa oscuridad que era tan aterradora porque él no estaba allí. Se le cerraron los pulmones y la necesidad de respirar se hizo tan apremiante que luchó por el oxígeno que necesitaba para sobrevivir.

Odiaba a su cuerpo por obligarla a respirar, por presionarla para seguir en una vida que la hacía tan infeliz y le provocaba tanto daño.

—Vuelve a mí, tesoro. No te marches ahora, no cuando por fin te he encontrado.

Aquella voz fue lo último que logró escuchar antes de perderse a sí misma. Sin importar al lugar a dónde fuera, sabía que aquel sonido permanecería guardado en un recuerdo eterno. Radolf, su compañero, por fin había vuelto a buscarla.

Era él, podría reconocer su voz en cualquier parte.

Cerró los ojos y se dejó llevar sin importar si el camino que recorrería tuviese como fin el olvido. Tal vez todo era una mentira, quizá estaba loca como a veces escuchaba a los lobos de su manada susurrar cuando pasaba por su lado. No merecía la pena continuar luchando, ya no soportaba más el dolor.

CAPÍTULO 10



Jarek escapó de su manada haciéndose pasar por su gemelo y rechazando la escolta de los guardias que su padre había dispuesto para Garrick. No quería arriesgarse a que lo descubrieran y él podría enfrentarse solo a cualquier eventualidad que tuviera en el camino.

Apenas perdió de vista la manada, se convirtió en lobo y comenzó una carrera desenfrenada para llegar lo antes posible a Valley of shadow. No se detendría, debía sacar toda la ventaja posible porque no sabía si su gemelo tenía planes de delatarlo. Cuanto más distancia pusiera entre ellos, mejor.

Para su suerte, nadie lo siguió y pudo llegar a la manada cuando estaba anocheciendo.

Los guardias no se sorprendieron al verlo, lo esperaban y le permitieron adentrarse en su territorio sin hostilidad en cuanto volvió a su forma humana y se vistió.

Todo iba bien, nadie parecía sospechar nada, pero eso no calmaba la incertidumbre que sentía. Era como si su lobo le alertara de que algo no estaba correcto.

Mientras viajaba hasta allí, tuvo tiempo de pensar en un plan a seguir. Lo primero, sería comportarse como lo haría Garrick y hacer que esa niña lo aborreciera tanto que no quisiera volver a verlo. Si eso no funcionaba, hablaría con el alfa Ethan y le contaría una verdad edulcorada para que su gente no sufriera las consecuencias.

Apenas entró, le sorprendió que el ambiente de la manada no era el mismo de la última vez que estuvo allí. Tal vez se debía a que no estaba llena de invitados por la reunión de alfas, pero en ese momento, incluso el aire parecía haberse detenido, era lúgubre. Como un mal presagio.

Lo desechó enseguida, estaba seguro de que todo se debía al nerviosismo de hacerse pasar por su hermano y estaba haciéndose ideas extrañas. Acompañado de Kailen y, en absoluto silencio, se dirigieron a la casa del alfa. Si hacía siete años atrás ese hombre le había parecido tosco y demasiado serio, ese día estaba más gruñón que de costumbre.

Cuando estaban por llegar, una joven de poco más de veinte años le cortó el paso. Su cabello dorado y sus ojos del mismo color, le cortaron la respiración por lo mucho que se parecía a Dana. Si hubiera sido pelirroja, la similitud entre ellas sería aún más notoria.

—Kiara, ¿qué ocurre? —preguntó Kailen y se puso en guardia al verla llorando—. Te hicieron algo, ¿dónde está tu hermano?

La joven señaló a unos metros, allí se encontraba un muchacho de la misma edad, en cuanto lo vio, supo que eran los mellizos del alfa Ethan. La ultima vez que estuvo allí eran unos niños y en ese momento… Dana también habría crecido, ya nada quedaría de la niña que recordaba. Le vinieron a la mente las palabras de su padre.

«Ya no es una niña, es una mujer».

Él no quería verla como una mujer, solo de pensarlo se sentía incómodo.

—Es por Dana —musitó Kiara y apartó la atención de Kailen para ponerla en él—. Mi tía dice que la última vez que mi hermana estuvo en este estado tú la devolviste con nosotros, has venido ayudarla, ¿cierto? Vas a curar a mi hermana.

Confuso, no supo qué responder y tampoco hizo falta porque Kailen lo salvó.

—Tu hermana estará bien, en ocasiones la primera transformación no es fácil, pero no debes preocuparte, ella es fuerte. Regresa con tu hermano y no gastes tantas lágrimas, Dana se recuperará. —El hombre le revolvió el cabello como si lo hiciera con una hija y Kiara lo miró con afecto antes de asentir y marcharse.

La sonrisa de Kailen se desvaneció en cuanto ella le dio la espalda y volvió a colocar esa máscara fría.

—A qué se refería —indagó—. ¿Dana está bien?

Su respuesta inicial fue un gruñido.

—Lo sabrás en su momento.

—El momento es ahora, estoy aquí, ¡dime la verdad! —Si el alfa y su Luna no hubieran aparecido en ese instante, Jarek habría perdido el control y atacado a Kailen solo por negarle la información.

¿Qué pasaba con él? ¿Por qué estaba tan tenso y sentía esa necesidad de buscar a la niña por cada rincón para asegurarse de que estaba bien?

«Ya no es una niña», se repitió.

—Nos alegra mucho tenerte aquí —la voz de la Luna de la manada lo interrumpió y antes de dirigirse a ella, el lycan y él se retaron con la mirada—. Gracias por traerlo, Kailen, ahora puedes dejarnos.

El alfa Ethan se acercó y estrechó su mano con fuerza. En esa ocasión, poco quedaba del hombre seguro de sí mismo que los recibió siete años atrás. Se veía demacrado, como si llevara días sin dormir y la preocupación endureciera sus rasgos.

Lo mismo ocurría con su compañera. La última vez que vio a Tala le pareció una mujer con mucha fuerza y vivaz, aunque era más pequeña que otras mujeres lycan, su manada la respetaba y, no solo eso, también parecían adorarla. En el poco tiempo que estuvo allí, pudo ver que la pareja se había ganado la lealtad de su gente y eso era algo que él admiraba.

—Por desgracia, no te mandamos a llamar con buenas noticias —comenzó a decir Ethan—. Pero entremos, debes estar cansado del viaje. ¿Tienes hambre? Pediré que te sirvan la cena.

No había comido en todo el día y hasta hacía unos minutos se moría de hambre, pero conforme ataba cabos y comprendía que algo le había ocurrido a Dana, el estómago se le cerró.

—Eso no será necesario, alfa. Preferiría que me cuente qué está ocurriendo.

Ethan asintió con un gesto cansado y le indicó que entrara.

Jarek no tardó demasiado en saber el verdadero motivo de haber sido convocado con tanto apuro. El alfa ni siquiera le pidió que lo acompañara a su despacho, lo atendió allí, en la sala, como si fuera un miembro más de la familia. Si la preocupación no le hubiera estado provocando

un nudo en el estómago y un deseo insano de dejarlos con la palabra en la boca y salir a buscar a Dana para asegurarse de que estaba bien, habría pensado más en ese detalle.

¿Por qué ya no lo trataban como el extraño que quería robarles a su hija?

—Voy a confiarte esta información porque mi hermana me confesó que la última vez que Dana… —Ethan se detuvo y lo observó tragar con esfuerzo el nudo que tenía en la garganta. ¿Tan grave era?—. Emma dice que tú la visitaste en la madrugada y que mi hija reaccionó a ti y despertó. No diré que me gustó saber que decidiste aprovecharte de mi confianza y vagabundear por mi casa.

—Amor —lo interrumpió Tala—. Creo que no es momento de regaños. Si es como dice Emma, es normal que él se preocupara y quisiera saber cómo se encontraba Dana. ¿Acaso no harías lo mismo por mí?

—Yo daría mi vida por ti, pero el punto es…

—¿De qué están hablando? —Jarek forzó una respuesta, necesitaba saber lo que ocurría—. ¿Dónde está Dana? Avisaron a mi padre de que su transformación se había completado y querían que viniera para hablar de la unión entre nosotros. ¿Acaso es mentira y es una trampa para castigarme por no seguir las reglas de su casa? Si es así, adelante, nos olvidamos de la unión ahora mismo y lucharemos. No creas que me quedaré de brazos cruzados solo por estar en tu manada o porque seas familia de los reyes. No le temo a nadie y menos a ti.

Ethan esbozó la primera sonrisa desde que llegó y miró a su compañera de reojo.

—No podemos decir que el compañero de mi hija no tiene agallas, será bueno para la manada y más le vale que lo sea para ella, o le quitaré las ganas de luchar para el resto de su vida.

—¡Cálmense! —bramó Tala y se puso de pie para enfrentar a los dos alfas. No había miedo en ella, la pequeña mujer los miraba como si pudiera vencerlos a ambos—. Aquí nadie va a luchar, tampoco te vamos a castigar por lo ocurrido hace años, no es por eso que te pedimos que vinieras. Al final, gracias a ti es que nuestra hija reaccionó. Te llamamos para que hicieras lo mismo, por favor, ella lleva una semana sin despertar.

—¿Qué? —jadeó al escucharla y se puso en pie dispuesto a ir corriendo a la habitación de Dana.

No entendía por qué reaccionaba de esa forma tan visceral, pero necesitaba verla y nadie iba a impedírselo. Ethan lo sujetó del brazo con fuerza y Jarek gruñó en señal de advertencia.

—¿Es cierto? ¿Se reconocieron como compañeros? Ella ni siquiera tenía a su loba cuando la conociste. —Jarek no fue capaz de contestar. ¿De qué hablaban?

Él no había conocido a su compañera y estaba muy seguro de que no era la pequeña Dana.

—Nuestra hija es diferente —murmuró Tala en un tono enigmático, como si ocultara un secreto—. Ella no necesitó a su loba para reconocerlo, se lo contó a Emma cuando despertó. Él es su compañero.

—¿De qué hablan? —preguntó cada vez más molesto.

¿A qué se debía tanto secretismo?

—Por favor, vamos a calmarnos —dijo Ethan y todos volvieron a sentarse—. Lo que más deseo ahora mismo es que mi hija vuelva a reaccionar al tenerte cerca, pero no puedo dejarte verla hasta que me des tu palabra de honor de que lo que voy a contarte no saldrá de aquí.

Jarek observó a Ethan por unos instantes y se dio cuenta de lo importante que era para él que le diera su palabra.

—Está bien, no diré nada.

Aquello parecía mucho más serio de lo que aparentaba y se alegró de nuevo de que no fuera su hermano el que se encontraba allí. La palabra de Garrick valía bastante poco.

La pareja comenzó a contarles que se acababan de enterar que Dana lo había reconocido como su compañero siete años atrás, pero que solo se lo confesó a su tía y no a ellos. Eso era algo que Jarek dudaba y lo hizo a un lado. Si ella fuese su compañera, su olor lo habría alertado nada más entrar en la casa y eso no sucedió. A no ser, que ella no se encontrara allí.

Le explicaron que Dana ya no era la misma niña que conoció y que después de que él regresara a su manada comenzó a cambiar. Al principio, creyeron que se trataba de la adolescencia, pero con el tiempo, la niña alegre que vivía en ella desapareció. Tenía problemas para dormir bien, despertaba llorando, alejaba a todos los que la amaban y casi siempre permanecía sola.

Por más que intentaron hablar con ella, Dana nunca les explicó lo que le ocurría. Con el tiempo, en lugar de que su loba despertara, lo que despertó fue su magia. Era una bruja como su tía y creyeron que sus cambios se debían a eso.

—Eso no es posible —murmuró—. Si hubiera sido una bruja yo lo habría sabido, ella estuvo cerca de mí, Dana es lycan. Además, dijeron que se transformó hace una semana.

El alfa suspiró y se frotó la mandíbula como si lo que iba a decir le costara más de lo debido.

—Y lo hizo —pronunció Ethan con cautela—. Su transformación tardó un poco más de lo normal, como le ocurrió a su madre y como también me ocurrió a mí. Llegó cuando ya no lo esperábamos. Habíamos asumido que ella solo heredó la magia, pero no fue así. Dana es un híbrido, tiene a su loba y además tiene magia. Antes de su transformación, el poder que tenía era bastante común. Podía sanar, no tan bien como su tía, pero lo intentaba. También poseía algunas habilidades como la de mover objetos, pero nada sorprendente. Eso ha cambiado desde su transformación, en cuanto su loba se liberó, el poder que desprende es igual de fuerte que el de mi hermana, incluso más porque no solo es una bruja, también es una lycan. ¿Comprendes lo delicado que es esto y por qué no debe salir de aquí? Nuestra gente es leal, pero aun así hemos intentado que solo mis hombres de confianza sepan sobre esto. El deseo de poder suele corromper a las personas y mi hija, al ser sobrina de los reyes ya era una loba codiciada, pero siendo una híbrida…

—Lo que mi compañero quiere decir es que todos los alfas saben el poder que tiene mi cuñada y como eso hizo de Silvershade una de las manadas más fuertes. Sin que el verdadero poder de mi hija saliera a la luz, varios alfas han hecho propuestas para unirse a ella. —Jarek se tensó al escucharlo y Tala lo miró con suspicacia—. Propuestas que hemos rechazado porque ella no ha mostrado interés alguno y porque dimos nuestra palabra a tu padre, pero, hasta que no haya una unión formalizada, si su verdadero poder sale a la luz mientras está en ese estado, tememos que intenten atacarnos para llevársela. Dana no puede defenderse ni ha tenido ocasión de explorar su nuevo poder debido a su estado.

»Nosotros tenemos la fuerza para defendernos de ataques y ella está segura en estos momentos, pero queremos evitar disputas que rompan la paz que se ha logrado entre las manadas. La mejor solución es que se una a su compañero cuanto antes y ese eres tú. Sé que me traerás a mi hija de vuelta. —Tala le sostuvo la mano y se la apretó. Intentaba reprimir las lágrimas y lo miraba,

esperanzada—. Emma dice que lo harás y ella nunca se equivoca. Sus visiones son muy certeras.

Jarek comprendía bien lo que ellos le explicaban. Silvershade había desaparecido del mapa siglos atrás y resurgió con mucho poder gracias a la unión del alfa Asher con su compañera bruja. La forma en que llevaron a cabo la unión de los licántropos en un solo reino, fortaleciéndolos frente a las demás especies sobrenaturales y obligando a los cazadores a hacer un tratado de paz les hizo ganar la lealtad de la mayor parte de las manadas, pero también se ganaron la envidia de los que deseaban el mismo poder.

Que Dana hubiera tenido más propuestas a parte de la que su padre les hizo no debería molestarlo, él no era quién iba a unirse a ella, pero le molestaba y mucho. Creyó que solo quería protegerla de Garrick porque él no era lo que aparentaba, pero en ese instante ya no estaba seguro de nada. El cuerpo le ardía por la rabia y tuvo que usar todo su autocontrol para no golpear la mesa con el puño.

Dana no podía unirse a nadie más… a nadie más que a él.

Intentó ocultarlo, pero no tuvo que ser muy eficiente porque Ethan lo miró como si supiera con exactitud lo que pasaba por su mente.

—Mantenemos nuestra palabra con tu padre, Garrick. El alfa Kael fue el primero en proponer esa unión y, si eres el compañero de mi hija, nunca haríamos nada para separarlos. Queremos que ella sea feliz, pero, para que eso ocurra, tiene que despertar y debemos realizar la unión cuanto antes. Solo de esa forma Dana estará protegida.

Por algún motivo incomprensible para él, la idea de ser el compañero de Dana lo ponía eufórico, pero cuando recordó que ellos pensaban que él era Garrick, la bilis le trepó por la garganta.

—Quiero verla —pronunció con la voz enronquecida.

Su lobo cada vez estaba más furioso. Si ella era su compañera, nada ni nadie la separaría de él. Hablaría con su padre y tendría que entrar en razón. Su hermano nunca la tendría.

La pareja se miró y, por primera vez desde que había llegado, notó que una pequeña chispa de esperanza resurgía en ellos.

—Está en su habitación —dijo Ethan mientras se dirigían hacia allí—. Mi hermana a hechizado la casa para que el olor de Dana no sea tan notorio. Confiamos en nuestra gente, pero desde que se convirtió, el extraño aroma que desprende es demasiado poderoso y en el estado en el que está no queremos arriesgarnos. Comprenderás de lo que hablo en cuanto entremos a su habitación. A pesar de estar inconsciente, desprender poder.

—¿No te preocupa que yo lo sepa? —preguntó y eso tensó a Ethan.

—Confío en mi hermana, ella dice que no le harás daño y que eres la clave para que Dana despierte.

Cuando llegaron a la puerta y Ethan colocó la mano en el pomo, Jarek lo detuvo.

—Si sabes que no le haré daño, me gustaría que me dejes a solas con ella. —Él necesitaba saber si era cierto, si ella era su compañera no quería testigos cuando esa realidad le golpeara.

No quería volver a ver a su compañera después de siete años, con sus padres vigilándolo y más cuando su lobo estaba tan inquieto.

—La confianza que tengo en mi hermana no llega hasta esos extremos, alfa —siseó Ethan y

borró cualquier expresión de amabilidad.

—No ocurrirá nada, estaremos cerca —dijo Tala intercediendo a su favor—. Es su compañero, nunca la dañaría y si el precio a pagar para que ella despierte es que… se besen un poco cuando se vean de nuevo, lo pagaré con gusto.

—¡Nadie besará a mi hija! Es una niña, ¡es mi niña!

—Ya es una mujer, Ethan.

Tala se acercó a su pareja y Jarek aprovechó la distracción para entrar en la habitación y cerrar la puerta tras él. La aseguró con el pestillo y se preparó para verla.

Cuando el olor de Dana lo envolvió comprendió lo que Ethan decía. Olía a bruja, a lycan y a un poder que muchos quisieran para su manada, pero apartando todo eso, ella olía a canela mezclada con hierbas frescas, olía a su compañera. Su aroma era extraño y a la vez embriagador. Dana no podía negar que poseía magia, cualquier lycan que se le acercara lo sabría. Aunque eso pasó a un segundo plano para él.

Poco le importaba el poder que desprendía o lo que significaba tenerla como Luna, lo que sentía en ese instante iba más allá de cualquier cosa racional. Con pasos torpes se dirigió hacia la cama y sintió que se transportaba fuera de aquella habitación. En la cama ya no se encontraba la niña que una vez conoció, era una mujer y una muy hermosa.

La respiración se le entrecortó y su lobo rugió un «mía». Dana, su pequeña Dana, la que todos esos años se había mantenido en su cabeza era su compañera.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos sin entender por qué de pronto sentía tanta tristeza cuando debía estar feliz. Dana se movió en la cama sin abrir los ojos y lo hizo como si sintiera su presencia. Nada quedaba ya de su cabello pelirrojo, lo tenía tan plateado como su padre y añoró volver a acariciárselo.

Confuso, miró su propia mano, era como si un recuerdo quisiera emerger y no lo lograra. Sentía que no sería la primera vez que él deslizaría sus dedos entre las hebras de su cabello o que enterraría su rostro en él para llenarse de su aroma. De golpe, sintió que no solo habían siete años de separación. Era como si llevara siglos añorándola.

Su hermano jamás la tendría, por encima de su cadáver.

Cuando salió de la fuerte impresión, se acercó a la cama, se arrodilló a su lado y buscó su mano como la última vez que ella estuvo en ese estado.

—Tesoro —susurró y sintió que una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

Dana tembló al sentir su cercanía y, cuando acarició su mano, ese mismo temblor lo sintió vibrar en él. Un mareo demasiado fuerte le sobrevino desestabilizándolo y una fuerte opresión en la cabeza lo hizo gemir de dolor.

—Radolf —susurró ella sin abrir los ojos.

Al escuchar ese nombre, Jarek se desvaneció.

CAPÍTULO 11



Año 1874 Silvershade Summit.

Radolf comenzó a sospechar que había un traidor en la manada desde la noche en que Endora despertó sobresaltada y lo alertó de que habría un ataque.

Si no llega a ser por su compañera, el resultado habría sido una masacre porque no estaban preparados para ser atacados por varias manadas, aunque ella no lo veía de la misma forma. Endora se sentía culpable porque ese ataque no habría ocurrido si se hubiera marchado.

Endora consideraba que su estancia allí era un peligro para toda la manada. Tal vez tenía razón, pero no dejaría a su compañera a su suerte. Sus aliados los habían traicionado y su ataque iba dirigido en contra de la mujer que amaba. La buscaban a ella para matarla y eso no lo iba a permitir. Como tampoco permitiría que se marchara de su lado.

Se habían acabado las excusas, la haría su Luna y no consentiría que nadie la separara de su lado, pero primero tenía que encontrar al traidor para mantenerla a salvo.

Alguien tuvo que alertar a las otras manadas sobre su compañera. Hasta el ataque, nadie sabía su verdadero poder, para su gente solo era una bruja de categoría baja a la que su mismo clan había expulsado por su debilidad. Eso era algo común entre ellos, muchos brujos de menor poder se trasladaban a ciudades humanas o vivían como ermitaños alejados de todos.

Endora descubrió su fuerza real en el momento del ataque. Incluso a él, que ya conocía su pasado, le sorprendió el aura de poder que desprendía. Su compañera decidió desenmascararse ante todos por proteger a la manada y su gente, que ya comenzaba a verla como parte de ellos mucho antes del ataque, comenzaron a adorarla. Y no solo lo hacían por la gran ayuda que supuso su poder para equilibrar la balanza a su favor. La amaban porque su compañera se ganó la lealtad de todos con su comportamiento.

Después de la batalla, no descansó a pesar de estar agotada por el esfuerzo que supuso manejar tanto poder y se quedó junto a los heridos. Hubo momentos en los que se desvaneció, pero apenas descansaba un par de horas salía de la cama y corría junto a los heridos para ayudarlos.

Radolf habló con el consejo, no solo porque estaba claro que había un traidor entre ellos y debían descubrirlo, también porque quería informarles de que tomaría a Endora como su Luna y no aceptaría un no como respuesta.

Nadie se negó, todos aceptaron y él no podía estar más feliz. Lo único que enturbiaba su felicidad era no saber quién lo había traicionado.

Por unos momentos, la imagen de Isobel siempre tras Endora llegó a su mente. Era la más cercana a su compañera, pero, ¿estaría enterada de su pasado? Ella nunca le contó la verdad

acerca de su procedencia y no fue fácil que se desahogara con él. Dudaba mucho que la lycan estuviera al tanto de la verdad.

Tampoco creía a Isobel capaz de algo así, no tenía motivos para ello, pero no perdía nada por hablar con ella e interrogarla.

Como si la hubiera invocado, la lycan apareció ante él cortándole el paso.

—Alfa, ¿podría hablar con usted? Es sobre algo importante, algo que le interesa mucho, una mujer.

Radolf se tensó y miró a su alrededor buscando a Endora. Ella a esas horas solía estar en la cabaña.

—¿Le ocurrió algo a mi compañera? —No se molestó en ocultar lo que Endora significaba para él porque pronto todos lo sabrían de forma oficial, aunque ya muchos lo sospechaban.

Isobel sonrió, pero había algo en aquella mueca que parecía falsa.

—No, alfa, no le ha ocurrido nada a Endora —pronunció, dejando claro que sabía lo que había entre ellos—. Aunque de ella quería hablarle, pero me gustaría que fuera en privado.

Frunció el ceño, algo en el comportamiento de la lycan alertaba a su intuición, pero decidió no escucharla y le pidió que lo siguiera hasta su despacho.

Cuando estuvieron allí y la invitó a pasar, la mujer comenzó a caminar por la habitación con demasiada confianza. Ya no miraba al suelo ni pretendía ser tímida, más bien, se contoneaba a su lado como si quisiera llamar su atención.

Radolf no era ajeno a ese comportamiento, muchas mujeres en su manada habían intentado seducirlo y no diría que en alguna ocasión no cedió a la tentación. Pero solo fueron intercambios carnales sin sentimientos de por medio. Nada parecido a lo que tenía con Endora.

Isobel se acercó al mueble donde guardaba la bebida como si fuera la dueña y señora del lugar y tomó una botella de whisky.

—¿Le importa si me sirvo? Estoy algo nerviosa y creo que esto me ayudará a relajarme. —Después, agarró dos vasos y se lo mostró—. Pero no me gusta beber sola, ¿me acompaña, alfa?

Sin esperar respuesta, Isobel le dio la espalda y comenzó a servir la bebida. Se sentía incómodo, no sabía por qué, pero todos sus instintos le gritaban que esa mujer le daría problemas con Endora. Le dio la espalda y comenzó a mirar por la ventana para que el aire de la calle le diera en el rostro. El mal presentimiento cada vez era peor y se sentía ansioso, necesitaba ver a Endora cuanto antes.

—No quiero ser maleducado, Isobel, pero ¿podrías contarme eso tan importante de una vez? —Ella lo miró de reojo y apretó la mandíbula por unos segundos. Se había tomado a mal su respuesta, pero no podía evitarlo. No deseaba estar a solas con ella, algo había cambiado en la mujer y no conseguía descifrar qué era.

Estaba preocupado por su compañera y no sabía por qué, si ella estuviera mal lo sentiría a través del vínculo. En cambio, todo era normal, incluso la sentía feliz.

Radolf se frotó el rostro y le dio la espalda de nuevo a Isobel para centrarse en las vistas que se veían a través de la ventana. No se dio la vuelta hasta que escuchó los pasos de la lycan dirigirse hacia donde él estaba. Ella le ofreció uno de los vasos y lo agarró por compromiso. No le apetecía beber a esas horas.

La mujer se lo llevó con lentitud a los labios sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿No beberá, alfa?

Frustrado porque Isobel no dejaba de hacerlo perder el tiempo, agarró el vaso y se lo bebió de un solo trago.

—Ya bebí, ahora, ¿me puedes decir qué es tan importante para que exijas hablar en privado?

La sonrisa de la lycan al verlo beber no le pasó desapercibida, era como si hubiera conseguido un propósito.

—Solo necesito que haga efecto, alfa —susurró en un tono burlón y de pronto se sintió mareado.

Isobel lo ayudó a llegar a la silla y, cuando lo consiguió, miró a la mujer. Ella parecía orgullosa de sí misma, ¿lo habría envenenado?

Quería avisar a sus guardias, enviarles una orden por el enlace mental, pero su cabeza parecía estar drogada. Era incapaz de hablar y su voluntad solo estaba puesta en escuchar lo que la lycan tenía que decirle.

—No habrá otra realidad que la que salga de mis labios, alfa. ¿Entendido? —Él asintió sin ser capaz de hacer otra cosa—. Te han engañado, Radolf. Esa bruja se ha burlado de ti, antes de que ella llegara tú y yo nos reconocimos como compañeros. —Intentó luchar, quería negar lo que ella decía. Isobel jamás fue su compañera, pero la información parecía ingresar en su cabeza y la asimilaba como una certeza—. Tu verdadera compañera soy yo, no esa bruja. Ella te ha hechizado, está aliada con su padre para destruir a los licántropos. Incluso planeó el ataque para hacer que toda la manada la aceptara como tu Luna, pero todo es una mentira. No te ama, todo es una farsa, sólo quiere acabar contigo y nos puso en peligro a todos. Yo soy la única mujer que te ama de verdad y a la que tú amas. Debes matar a la bruja antes de que sea tarde.

Las palabras de Isobel se colaron en la mente de Radolf y nublaron sus pensamientos. Todos los recuerdos que tenía con Endora se fueron difuminando y lo único que podía ver era la traición.

—Tengo que matar a la bruja antes de que sea tarde —repitió como si no fuera capaz de hacer otra cosa que seguir las órdenes de Isobel.

—Oh, esto es fantástico, no puedo creer que funcionara —susurró—. Eso es, Radolf, la matarás y después anunciarás a la manada que soy tu compañera y que nos uniremos esta misma noche. No puedes permitir que ella nos robe nuestra felicidad. Mátala, hazlo para que podamos ser felices.

Una ira ciega lo invadió. Se sentía traicionado, usado.

Sin mediar palabra, salió del despacho y se dirigió a la cabaña para enfrentar a Endora. Isobel lo siguió, pero él no se percató de su presencia. Estaba demasiado cegado por el engaño de esa mujer.

No necesitó entrar a la cabaña, encontró a la bruja trabajando en su huerto.

Sentir la magia que emanaba de aquel lugar le revolvió las tripas. Esa misma magia lo había embrujado para confundirlo y poner en peligro a su gente, pero eso terminaría en ese mismo instante.

La bruja lo sintió mucho antes de que pudiera acercarse y la muy ingrata lo recibió con una

sonrisa.

—¡Radolf, mi amor! Llegaste pronto. —Endora corrió hacia él para abrazarlo, pero se detuvo al ver a la lycan detrás de él—. Isobel, te esperé todo el día, ¿estás bien? Llevas días sin aparecer por tus clases.

—Mejor que nunca, bruja. —La sonrisa de Endora se borró y miró a ambos como si no comprendiera la hostilidad que se formaba a su alrededor.

Si no supiera la clase de víbora que se escondía bajo toda esa aparente inocencia, caería en su engaño de nuevo. ¡Quería caer en él! Su lobo se retorcía en agonía por el odio que crecía en el interior de Radolf.

—¿Ocurre algo? —preguntó, nerviosa.

—No sé, dímelo tú, traidora —siseó y Endora dio un paso atrás como si le hubiera dado un golpe.

—¿P-por qué dices eso? —balbuceó y fingió estar consternada.

Actuaba tan bien, parecía tan real, que su lobo continuaba luchando en su contra conforme el deseo de matarla se acrecentaba en su interior.

—¿Necesitas que te explique? ¡Debería haberte dejado morir cuando te encontré!

Endora se llevó las manos a su vientre de forma protectora y negó con la cabeza como si no pudiera creer lo que escuchaba.

—No… Tú no puedes decir eso de verdad —susurró y tuvo el descaro de fingir que le dolían sus palabras.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, todas falsas.

—¿No puedo? ¿Acaso tú me dirás lo que puedo o no puedo hacer? Eso te gustaría, ¿verdad? —se burló—. Tus lágrimas ya no me engañan, bruja. Cometí el error de salvarte la vida cuando debí matarte en ese mismo instante, pero no volverá a suceder porque pienso solucionar ese pequeño problema ahora mismo.

Radolf intentó convertirse, pero su lobo se negó a completar la transformación. Con su cambio a mitad del proceso, se lanzó sobre la bruja con las garras extendidas y se las clavó en el costado, desgarrándole la tela del vestido y la piel.

La bruja gritó de dolor y miró la sangre que brotaba de su cuerpo sin creer lo que ocurría.

—Tú dijiste que me amabas, te creí —jadeó sin defenderse y sin poder apartar la visión de la sangre.

El dolor de la bruja golpeó su cuerpo y lo hizo aullar y arremeter de nuevo contra ella, pero lo hizo con demasiada torpeza porque su lobo continuaba negándose a atacarla. Endora logró esquivarlo lo suficiente rápido para que no le hiciera una herida mortal.

Sus garras se deslizaron a través de su espalda y ella emitió un alarido.

La bruja cayó al suelo, la nieve se llenó de manchas rojas y los sentimientos de traición y dolor se hicieron cada vez más intensos. Ella debía estar usando su magia en su contra porque se sentía dividido entre el deseo de matarla y el de rogarle que lo perdonara por lo que estaba haciendo.

—¡Defiéndete, bruja! —gritó sin poder detener la rabia—. Deja de fingir, eres una maldita víbora traicionera. Pusiste en peligro a mi manada y me engañaste para separarme de mi

verdadera compañera.

—¡Yo soy tu compañera! ¡¿Por qué me haces esto?! —gritó y lo miró desde el suelo, suplicante—. Estoy embarazada, íbamos a ser felices. ¿Cómo esperas que te ataque? Yo no podría hacerle daño al padre de mi hijo —sollozó y se cubrió el vientre cuando Radolf, al escuchar aquella mentira, no pudo soportarlo más y saltó sobre ella y comenzó a estrangularla.

Las garras se clavaron en su delicado cuello y ella luchó en busca de oxígeno.

—Mientes, bruja, la única mujer que llevará a mis hijos será mi compañera y no un engendro como tú.

—P-por favor —boqueó su súplica y le clavó las uñas en los antebrazos. Por unos momentos, su lobo tomó el control y logró soltar un poco el agarre que tenía en su cuello.

—Vete, aléjate de mí, ¡huye, Endora! No quiero matarte —su orden se escuchó como una súplica. Su lobo quería protegerla y una parte de él, la que permanecía casi inconsciente, también lo deseaba.

Al parecer, su magia era tan poderosa que aún sabiendo la verdad, lo hacía creer que si ella moría él no podría soportarlo.

La bruja no obedeció, aprovechó su momento de debilidad para arrodillarse en la nieve y sujetarle el rostro con sus manos ensangrentadas.

—Radolf, mi amor, ¿qué está pasando? Este no eres tú, jamás me dañarías y menos lo harías sabiendo que llevo a tu hijo dentro de mí.

Que repitiera que estaba embarazada nubló su juicio.

—¡Mientes! —bramó y tomó el control de su cuerpo dejando a su lobo incapacitado. La ira hacia ella era superior a todos los intentos que hacía su parte animal para salvarla. Sin pensarlo, dirigió sus garras al vientre de la bruja—. ¡Si eso es cierto primero mataré a ese engendro y después a ti!

Sus garras consiguieron clavarse en su carne provocándole una herida muy profunda. Habría sido mortal si Endora no hubiese reaccionado. La bruja lanzó su magia en su contra y lo hizo volar por el aire.

—Eres igual que mi padre —sollozó.

Su vestido estaba hecho jirones y la sangre cubría gran parte de su cuerpo. Cualquier humana común ya se habría desmayado, pero ella continuaba en pie.

Radolf no quiso continuar escuchándola, por algún motivo que no comprendía, sus palabras le causaban un dolor tan grande que lo inutilizaban.

—¡Ojalá tu padre te hubiera matado! Él tenía razón, no vales nada, Endora, eres lo peor que le ocurrió a esta manada. —Intentó atacarla de nuevo, pero la bruja volvió a empujarlo con su magia para alejarlo.

—¡¿Me quieres muerta?! —gritó y de los árboles salieron lianas que lo ataron impidiéndole moverse.

—Con todo mi ser —siseó—, los dos no podemos vivir en el mismo mundo. Mátame, porque si no lo haces, no me detendré hasta acabar contigo y con ese engendro que llevas en el vientre.

Endora alzó ambos brazos al cielo y una potente energía escapó de sus manos. El aire comenzó a moverse con fuerza huracanada y un silbido tétrico se deslizó entre los árboles. Las ramas se

movían y se acariciaban unas con las otras provocando una sensación de que el bosque tenía vida. Una luz blanca rodeó todo el terreno donde se encontraba la cabaña y una protección a su alrededor brilló por unos segundos hasta que se hizo invisible.

—N-nunca t-te mataré —cada palabra parecía provocarle mucho dolor y esfuerzo. Solo la fuerza de voluntad la hacía mantenerse en pie, cada vez perdía más sangre—. Al contrario de ti, yo sí te amé de verdad. Tu castigo será recordarme cada día por el resto de tu vida.

Radolf luchó contra el agarre de las lianas, pero no logró romperlas. El deseo de matarla era insoportable, era como si la orden de acabar con ella se repitiera en su mente una y otra vez y no podía hacer nada por evitarlo.

—¡Suéltame, bruja! ¡Te mataré! —gritó y las lianas cayeron al suelo con un movimiento de la mano de Endora.

Ella no hizo nada para defenderse cuando él comenzó a correr hacia ella. Continuó con las manos alzadas hacia el cielo. El cabello le ondeaba en el aire y sus ojos plateados brillaban como si tuviera fuego en su interior. Aun herida y llena de sangre, se veía poderosa. No podía ocultar su procedencia porque incluso con la ropa destrozada y malherida, se veía la pureza de su linaje.

Un leve rastro de cordura llegó a él. Ella tenía tanto poder como para haberlo matado cuando su transformación falló. Con su lobo en su contra, estaba en clara desventaja, aún así, Endora se negó a dañarlo.

Por más que intentó asimilar ese pensamiento, la ira era más profunda. La bruja había dañado a su manada, lo engañó y lo separó de su verdadera compañera.

Radolf intentó atacarla de nuevo, pero chocó con una barrera invisible y cayó de espaldas al intentarse acercar a Endora.

—¡No podrás usar tu magia por siempre, bruja! —le dijo cuando la vio flaquear por la pérdida de sangre—. Y cuando eso ocurra, terminaré lo que comencé.

De pronto, Endora gritó de dolor, sorprendiéndolo y se llevó las manos a la cabeza como si no pudiera soportarlo. Su ojos se mostraron sin vida durante unos segundos y él aprovechó para arremeter de nuevo contra ella, pero la barrera de protección continuaba en pie.

—¡Mátala! —escuchó que le ordenaba Isobel.

La lycan se había escondido entre los árboles cuando comenzaron a luchar. Su orden lo obligó a lanzarse una y otra vez contra la barrera sin lograr penetrarla.

Cuando la bruja volvió en sí, se tambaleó. Le costaba mantenerse en pie, pero eso no le impidió crear un círculo de fuego a su alrededor y volver a alzar las manos al cielo. La energía que brotó a su alrededor se hizo mucho más poderosa y el cielo se llenó de nubes negras.

Un rayo brilló iluminando el cielo y se estrelló sobre Endora sin provocarle ningún daño.

—¡Por la fuerza de la luna y las sombras que en ella se ocultan! —comenzó a gritar—. Por las estrellas que me dan la fuerza y el viento que me susurra el futuro. Hoy convoco al poder de las mujeres de mi linaje y a la diosa suprema que nos bendice con su magia —conforme Endora recitaba su conjuro, las llamas se elevaban con más fuerza y el viento se hizo tan intenso que tuvo que clavar sus garras en el suelo para no deslizarse por él—. ¡Todos pagarán por tu traición, Radolf! Que la manada sea atrapada, que nadie pueda entrar ni salir. Que sus corazones no encuentren a sus almas afines y vaguen perdidas sin rumbo. Y que el nombre de esta bruja resuene en sus oídos cada día por el resto de sus vidas. Pronunciado por siempre, de padres a

hijos, generación tras generación.

—¡No te atrevas, bruja! —Colérico, luchó contra el viento e intentó cruzar la barrera de nuevo —. Esto es entre tú y yo, la manada no tiene culpa.

Endora lo miró, pero en esa ocasión no estaba su sonrisa y sus ojos carecían del amor con el que siempre lo observaba. Ella parecía vacía, sin vida.

—Tranquilo, lobo —escupió llena de rabia—. En sus manos estará la redención, no soy tan malvada como tú. —Endora lo señaló con el dedo y escuchó sus palabras como si estuviera a su lado y las susurrara en su oído—. Solo cuando una bruja de nuestro linaje llegue a la manada y un verdadero alfa le otorgue su amor incondicional, el yugo de esta maldición se romperá. Hasta que el momento llegue, Silvershade será una manada fantasma y con el tiempo nadie se acordará de que existieron, de la misma forma que tú olvidaste el amor que tenías hacia mí. Que mi maldición caiga sobre este territorio y se mantenga por los siglos incluso hasta después de tu muerte.

Una luz cubrió la manada y se deslizó por el aire hasta estallar cuando rozó el suelo.

—¡No te atreverás! ¡Te odio con todo mi ser, maldita bruja!

—Ya me atreví, mi amor —pronunció con un tono de tristeza que no era propio de alguien que acababa de lanzar una maldición tan nefasta.

—Te perseguiré, Endora, no descansaré hasta que no acabe contigo y con ese hijo que llevas en el vientre.

La bruja se acercó hasta el límite de la barrera. Sus pasos se hacían cada vez más pesados y sus zapatos dejaban huellas de sangre tras ella. Su piel estaba pálida y el desgaste por el uso de su magia se hacía evidente.

Ella se detuvo al alcance de su mano, solo la barrera de protección le impedía apresarla entre sus brazos.

¿Por qué deseaba abrazarla cuando lo que debía hacer era desgarrarle el cuello y poner fin a su vida?

Intentó tocarla, pero la barrera permanecía en medio de ellos, separándolos.

—No gastes tus fuerzas, Radolf. Mi cuerpo no morirá hoy en tus manos, pero si eso te hace feliz, te diré que hoy mataste mi alma. La muerte de mi cuerpo sería un regalo para mí después de tu traición, pero ahora sé que no puedo rendirme y que me tocará vivir con este dolor el resto de lo que me quede de vida. Nuestros hijos, sí, mi amor, nuestros hijos. Son dos, los acabo de ver y ellos tendrán una descendencia que me necesitarán para guiarlos y protegerlos de una verdadera amenaza. Aunque te pese, el fruto de mi amor por ti vivirá. Adiós, mi lobo. —Endora se dio la vuelta y, dándole la espalda, miró al cielo—. Diosa, protégelos ahora que ya no estaré para hacerlo. No permitas que mi padre los dañe, no lo soportaría. Dame la fuerza para seguir cuidándolos en la distancia, dame la vida que necesito para cumplir con mi visión.

Tras decirlo, desapareció y nunca más volvió a verla.

Ese día su alma también murió.

CAPÍTULO 12



Dana sintió la presencia de Garrick en la casa mucho antes de abrir los ojos, pero no estaba preparada para despertar y enfrentarlo.

No quería enfrentar a nadie, ni a su familia ni a él. Por más que su loba hubiera enloquecido en cuanto notó el olor de su compañero. Era extraño sentirla, pero de algún modo, aquella parte animal también era tan parte de ella como lo era la magia. Eso la diferenciaba de Endora y, después de revivir esa pesadilla sin poder escapar, agradecía sentirse diferente.

Había repetido el ataque de Radolf una y otra vez en aquel limbo, en tantas ocasiones que pensó que acabaría por volverse loca. Sabía que ya no estaba ahí porque el aroma de su compañero inundó su olfato mucho antes de que llegara a su puerta y entrara a su habitación. Su loba la trajo de vuelta porque lo sintió de la misma forma que lo hizo ella.

Tal vez ambas eran un poco masoquistas. Sufrían por hombres que las habían rechazado. Dana no conocía a Garrick en realidad, era ese vínculo de los lycan lo que la obliga a orbitar a su alrededor sin remedio. Podría haberlo conocido si él no la hubiese rechazado. Tal vez su vida habría sido diferente.

Esa parte animal que acababa de descubrir y que con los años pensó que no existía, se sentía demasiado feliz porque su compañero había regresado a buscarla. En cambio ella, solo deseaba quedarse en la cama y fingir que continuaba dormida. Era increíble que Garrick, solo con su presencia, consiguiera devolverla al presente y al sufrimiento.

No quería dejarse llevar por el rencor, pero era tan difícil no hacerlo. Tras creer que acabaría por volverse loca y desear dormir para siempre, le resultaba muy complicado no hacerlo. Con el tiempo aprendió a diferenciar el pasado del presente, aunque eso no hacía la diferencia. Toda su vida se había arruinado.

No dejaba de preguntarse si todo habría sido diferente si Garrick no hubiera negado que compartían ese vínculo. Tal vez, si él la hubiese aceptado, ella no se habría dejado desgarrar por aquellos recuerdos. Lo habría tenido a él para apoyarse, o quizá no. Al final, nunca fue capaz de contárselo a nadie, no tenía que ser distinto con él.

Comprendía que Endora era parte de un pasado, de otra vida, de unos recuerdos que quedaron suspendidos en el tiempo y que ya no formaban parte de la realidad. Quería pensar que tenía una nueva oportunidad como Dana y que estaba dañando su futuro sintiéndose miserable por algo que ya no tenía razón de ser.

Por más que se lo repetía, eso no cambiaba que aún sentía las heridas sobre su cuerpo, las mismas laceraciones que él le provocó con sus garras. La forma en que le desgarró el vientre

para asesinarla a ella y a sus hijos después de gritarle que no era su compañera. El desprecio y el odio que brillaba en su mirada todavía se clavaba en su corazón como si lo hicieran con una daga de plata. Ni tener la certeza de que sus bebés sobrevivieron a aquel ataque, le daba paz. Su tía Emma no estaría en este mundo si ella… si Endora no hubiera luchado por mantenerse con vida.

Tenía que recordárselo. Endora sobrevivió por sus hijos no ella. Dana sentía que ya no tenía a nadie por más que toda su familia se preocupaba por su salud. Si supieran que cada día se sentía más enloquecida, tal vez la rechazarían.

Sentía en su vientre unos bebés que nunca serían suyos y sufría por un amor que nunca fue de ella.

Ese día tuvo que usar la poca fuerza que le quedaba para transportarse a las afueras de la manada donde sabía que ya nadie podría seguirla y, de la misma forma en que llegó a aquel lugar la noche que escapó de Astron, se tiró sobre la nieve y lloró, con gritos desgarradores, todo el dolor que sentía.

Radolf la había traicionado, aún así, lo amaba tanto que le hizo creer que lo maldecía cuando en realidad solo estaba levantando una protección sobre su territorio. Estaba muy segura de que Astron ya sabía dónde se encontraba, esos lobos llegaron buscándola a ella y si ellos lo sabían, era cuestión de tiempo de que su padre también la buscara.

Con el corazón roto y las últimas energías que le quedaban, sanó las heridas que ponían en peligro su vida y dejó el resto para cuando lograra reponerse. No tenía hacia dónde ir, pero buscaría la manera. La visión del futuro de su linaje era muy clara, ese día ella sobreviviría y sus hijos también.

Dana intentó no llorar. Su cuerpo sobrevivió a ese día, pero su alma murió.

¿Por qué si la diosa le había dado otra oportunidad de vivir la obligaba a tener esos recuerdos? Incluso le dio otro compañero y su castigo fue que tuviera los mismos ojos bicolores de Radolf. Como si quisiera que nunca lo olvidara.

¿Cómo podría hacerlo? Sus sentimientos estaban tan vivos como el día en que la expulsó de su vida. Para colmo, Garrick no era mejor que él, también la rechazó sin darle una oportunidad, diciéndole lo mismo, que tenía otra compañera. Quizá era mejor así, era peor saber lo que se sentía siendo amada para después descubrir que todo era una mentira.

No podía confiar en su pasado y tampoco en su futuro.

Se le aprisionaba el pecho al recordar la forma en que acabó de nuevo sobre la nieve, herida y con el corazón destrozado. Se marchó de Silvershade de la misma forma en la que llegó, sola y herida. La diferencia era que, en ese instante, había perdido todas las esperanzas y por más que no quisiera, tenía mucho por lo que luchar.

Escuchó el pomo de la puerta moverse y cerró los ojos fingiendo que seguía dormida. Le pareció escuchar discutir a sus padres al otro lado antes de que la puerta se cerrara y resonara el clásico clic que indicaba que su visita y ella estaban solos.

No tenía necesidad de abrir los ojos, lo reconoció por su olor y su loba estuvo a punto de tomar el control de su cuerpo. Incluso se escuchó a sí misma emitir unos sonidos entrecortados por la lucha que sufría en su interior.

No pudo evitar que una parte de ella reaccionara ante su olor y deseara que él se acercara a su lado. ¿Por qué cuando él estaba cerca sentía paz? No tenía sentido cuando también la había

dañado. En cambio, su presencia era una caricia a su corazón herido.

Escuchó la respiración acelerada de Garrick y la forma en que los latidos de su corazón se enloquecieron.

Su compañero se acercó con lentitud, quería abrir los ojos y mirarlo, pero cuando eso ocurriera, su familia entraría en la habitación e intentarían hacerle preguntas. Dana deseaba hablar, quería contarles lo que le ocurría, odiaba hacerlos sufrir de esa forma, pero cada vez que lo intentaba se le oprimía la garganta y el susurro de aquella voz regresaba haciéndole prometer que guardaría silencio.

Supo que su compañero se había arrodillado junto a la cama mucho antes de que buscara su mano para acariciarla.

Su toque fue tan suave, tan cargado de amor, que después de toda aquella pesadilla la esperanza a la que tanto se negaba renació en su mente. ¿Podría amar a otro hombre que no fuese Radolf? Debía creer que la diosa no le entregó a otro compañero para dañarla, tal vez él sanaría todas sus heridas. Quizá si dejaba de tener miedo y se permitía una oportunidad todo mejoraría. Garrick habría regresado por algún motivo, no estaría en su habitación si no fuera así. Tal vez ese motivo era ella.

Puede que se hubiera arrepentido de rechazarla y ella no debería guardarle rencor, al final, ella había pasado esos años de separación añorando a un hombre muerto y no a él.

El hubiera no existía, debía recordarlo. Se sentía una mujer de doscientos años, amargada y herida en lugar de una joven de veintidós.

—Tesoro —escuchó como pronunciaba aquella palabra tan simple y su cuerpo se tensó.

¿Cómo la había llamado? ¡¿Qué clase de broma macabra y retorcida era aquella?!

Dana se llenó de rabia y lo habría atacado con su magia si él no se hubiera desplomado en el suelo.

◆ ◆ ◆

Jarek jadeó en busca de aire cuando logró volver en sí.

El dolor se extendía por su cuerpo como si lo hubieran desgarrado por dentro. Se vio a sí mismo en otra vida y dañando a la mujer que más amaba. Todo encajó en ese momento, cada recuerdo llegó en tropel sin que pudiera detenerlo.

Cuando abrió los ojos, se encontró arrodillado frente a la cama de Dana. Ella había despertado y lo miraba como si él fuese… el enemigo. Aquellos orbes no tenían el color verde de la niña que conoció unos años atrás, los ojos que lo miraban como si estuvieran perdidos en la ira, eran plateados y podía reconocer a su loba tras ellos.

Viéndola así, después de haber perdido sus hebras rojizas y que todo su cabello se tornara plateado, era casi la viva imagen de Endora.

No entendía cómo su mente había aceptado aquellos recuerdos como propios. Era la primera vez que escuchaba ese nombre y en ese momento lo sentía demasiado cercano. Incluso podía recordar su olor tan parecido al de Dana, su sonrisa y todo el amor que le dio. En cambio él, la traicionó y no luchó por evitarlo.

—Tesoro —repitió.

¿Ella también lo recordaría?

Agradecía no haber aceptado nada de comer cuando llegó, o pensaría que le habrían dado algún brebaje que provocaba aquel ataque de locura.

Él era Jarek, bastante tenía con tener que hacerse pasar por su gemelo como para agregar a su mente esos recuerdos y sentirse otra persona.

—No me llames de esa forma —pronunció ella con demasiada calma para la mirada envenenada que le dedicaba—. ¿Qué haces aquí, Garrick?

Cuando escuchó el nombre de su hermano escapar de sus labios sintió malestar. Al menos, no lo había llamado Radolf. Quizá sí se estaba volviendo loco y aquello tenía una explicación razonable.

Dana intentó levantarse de la cama, pero apenas sus pies desnudos tocaron el suelo y se puso en pie, su cuerpo se resintió por el tiempo inconsciente y perdió la fuerza.

Con rapidez, la tomó entre sus brazos y pudo sentir como una descarga los recorría a ambos.

Por unos instantes, Dana se sintió suave entre sus brazos, dócil y receptiva, pero solo duró unos segundos y ella se recuperó e intentó soltarse. Jarek la abrazó con más fuerzas contra su torso. No quería soltarla, no deseaba dejar de sentirla cerca.

Todavía no podía superar haberla visto ensangrentada y sufriendo. Tenerla así, frente a él y viva, era algo que no podía perder. Al menos, no tan pronto.

—Tus padres me llamaron —se atrevió a decir y, al ver que ella no lo repelía, se animó a acariciarle la mejilla y apartarle el cabello despeinado del rostro.

Dana alzó la vista y lo miró con intensidad, casi como si pudiera espiar su mente. En esa ocasión, sus ojos verdes lo recibieron y seguían igual de hostiles. Ya no eran los plateados de su loba, pero él continuaba viendo a Endora bajo su nuevo aspecto. Su alma, la misma que su lobo reconocía como su compañera, sabía quién era ella y lo mucho que significaba para él.

Aunque también sabía el daño tan terrible que le había hecho.

Daba gracias a la diosa de que le hubiera dado una oportunidad de redimirse y estuviera de nuevo frente a la mujer que amaba.

Se sentía tan confuso, una parte de él estaba feliz porque la tenía en sus brazos y en esa ocasión podría hacer las cosas bien por más que ella no lo recordara, pero por otro lado, debía contarle la verdad sobre su hermano y pedirle que confiara en él para solucionarlo.

Contarle lo de Radolf no estaba a discusión, por el momento, ese sería su secreto, pero lo de su gemelo era necesario y temía que no le perdonara.

—Deberías soltarme, mi padres vendrán en cualquier momento y no les gustará que te tomes tantas confianzas conmigo. No entiendo cómo te dejaron entrar aquí, además, no me gusta que me toques. No sé qué estás haciendo en mi casa, pero quiero que te marches.

Por un momento, volvió a retroceder en el tiempo para encontrarse en aquella cabaña, junto a Endora mientras ella le contaba cómo había progresado con su magia y él la escuchaba sin comprender nada de lo que decía, pero feliz de estar a su lado.

Seguía sin comprender qué ocurrió ese día para que sus sentimientos cambiaran de esa forma y, de jurar protegerla, pasara a querer acabar con ella. Al parecer, lo había estropeado dos veces porque nada quedaba de la niña que conoció siete años atrás. La mujer que tenía frente a él tenía

una tristeza en sus ojos que hablaban de muchos años de vida y de sufrimiento.

Sabía que debía sentir su vínculo de compañeros, pero no había amor en su mirada solo rencor.

—Creo que a tus padres no les importará mucho que estemos un rato a solas, somos compañeros y me llamaron para acordar nuestra unión, Dana. Al final, siempre tuviste razón, perdóname por no haberte creído. Estoy aquí para cambiar eso, nunca me alejaré de tu lado. —Puede que le estuviera ocultando parte de la información, pero esa era la versión oficial que Ethan le contó a su padre. Por el momento, ella no tenía que saber que había estado inconsciente ni los verdaderos motivos para que esa unión se hiciese rápido. Además, tenía que lograr que confiara en él para poder contarle lo de su hermano—. Ellos me dejaron pasar. Entienden que necesitábamos un tiempo a solas después de tanto tiempo sin vernos.

Eso también era otra mentira. Solo Tala entendía esa parte y debía estar haciendo un buen trabajo reteniendo a su compañero o Ethan ya habría arrancado la puerta para entrar.

Dana escapó del shock que le provocaron sus palabras y lo empujó con fuerza. En cuanto la soltó, sintió el vació que su cuerpo dejó entre sus brazos.

—Eso no es posible, tú dejaste claro que yo no era tu compañera porque ya tenías una. Así que márchate. Ahora soy yo la que no lo deseo, te recha… —Jarek cubrió sus labios con los suyos antes de que pudiera terminar su frase.

Su compañera no le respondió enseguida, pero cuando sus bocas se acariciaron supo que no podía permitir que ella se alejara y decidiera rechazarlo. Se había comportado como un imbécil siete años atrás, pero tenía una explicación para darle y esperaba que Dana lo comprendiera.

Lo que comenzó con un beso tierno cuando ella suspiró sobre sus labios, se convirtió en un beso desenfrenado en cuanto entreabrió su boca y le permitió tomarla. Su lengua sintió su sabor y todos aquellos recuerdos que nunca vivió con Dana, pero sí con Endora, estallaron en su interior. Su lobo enloqueció de deseo al tenerla de nuevo entre sus brazos y supo que a ella le ocurría lo mismo por la forma en la que respondía a su beso.

Hizo un leve intento de distanciarse, como si quisiera luchar contra lo que ambos sentían, pero Jarek la sostuvo de la nuca y embistió de nuevo con su lengua en el interior de su boca. Cuando Dana le correspondió de forma torpe e indecisa, la atrajo con más fuerza hacia su cuerpo haciéndola sentir la lujuria desenfrenada que había despertado en él.

Sintió una explosión de emociones cuando todos esos recuerdos retenidos se avivaron en su mente. Ella intentando quitarse los botones del camisón y pidiéndole ayuda, ella entregándose a él a pesar del miedo que sentía de su padre, ella pidiéndole que se quedara a dormir en la cabaña y aceptándolo como su compañero.

La perdió una vez, pero no pensaba volver a hacerlo.

Sintió los brazos de Dana ascender por su cuerpo y enredarse en su cuello. Los montículos de sus pechos se rozaron con su torso y maldijo llevar ropa. La deseaba y la necesitaba en ese momento.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que la tuvo así. Una vida entera.

El sabor de su boca era dulce y tentador y no podía evitar tomar más de lo que ella le ofrecía. Dana gimió sobre sus labios y no pudo evitar deslizar sus manos por la curva de sus caderas y apretarla más contra su miembro endurecido.

Tenía que entrar en razón, no podía permitirse tumbarla en la cama y hacer lo que deseaba

porque dudaba mucho que Tala pudiera retener por mucho tiempo a Ethan.

—Tenemos que parar —murmuró sobre sus labios y sintió el dolor que decir aquellas palabras le provocaban—. No quiero que tu padre intente matarme antes de tiempo.

Dana lo miró con los labios hinchados y la boca entreabierta. Sus ojos brillaban plateados y no se veía rencor en ellos, solo la misma necesidad que sentía en él.

Su compañera negó con la cabeza y tiró de su ropa para atraerlo hacia ella. No necesitó usar mucha fuerza porque él no era capaz de rechazarla. Siempre pensó que se sentía incompleto porque no era capaz de percibir la conexión que debían tener dos hermanos gemelos. En ese instante, supo que ese vacío que experimentó toda su vida y que se convirtió en un instinto de protección en cuanto la vio la primera vez, era porque le faltaba ella y su memoria.

Por fin tenía sus recuerdos y a Dana entre sus brazos, que la diosa se apiadara de él y le guiara para no estropearlo de nuevo porque no podía perderla. Si lo hacía no lo soportaría.

Cuando la lengua de su compañera se dio paso entre sus labios y su pequeña mano se enredó en su cabello, rugió como un animal y la tumbó en la cama. Se notaba su inexperiencia, pero ni la más experimentada de las mujeres habría provocado que perdiera el control de esa forma.

—Tesoro —susurró sin poder evitarlo y ella se tensó. Jarek aplacó su lujuria para mirarla y averiguar qué la había molestado—. ¿Estoy yendo demasiado rápido? —preguntó e intentó apartarse. Si no lo hacía, no creía poder detenerse por más tiempo.

El cuerpo de Dana desprendía ese olor que lo atraía sin remedio, pero también estaba esa mezcla dulce y picante de su excitación que le nublaba los sentidos y provocaba que su lobo no dejara de aullar.

—¿Por qué me llamas de esa forma? —preguntó su compañera y Jarek se maldijo por no haber podido callarse. Cuando intentó apartar el rostro para no ocultarle la verdad mirándola a los ojos, ella le acarició la mejilla y lo obligó a enfrentarse a su mirada—. La diosa se burla de mí, hasta los ojos de tu lobo son igual a los suyos.

El aire se quedó a medio camino entre sus pulmones y su garganta. ¿Acaso ella lo recordaba?

—¿Qué quieres decir? —Jarek había tenido miedo muy pocas veces, pero ese día lo tenía.

Temía su respuesta y más temía su rechazo. Por más que aquel beso hubiera logrado un cambio en la actitud de su compañera, continuaba mirándolo como si no se fiara de él.

—Nada, olvídalo. —Dana lo empujó y se dio cuenta de que estaba sobre ella, aplastándola.

Jarek se quitó a regañadientes y se sentó en la cama. Su compañera hizo lo mismo y suspiró con cansancio. Después, se quedó mirando a la pared vacía como si estuviera perdida en sus pensamientos.

Estuvieron en silencio por varios minutos. Quería decirle tantas cosas, pero no sabía cómo comenzar. Al final, ella se lo facilitó.

—Dime la verdad, Garrick. —Otra vez el nombre de su hermano salió de sus labios y en esa ocasión no pudo evitar el gruñido que escapó de su pecho.

—No me llames así, por favor.

—¿Cómo debería llamarte? Es tu nombre. —Su compañera esbozó una media sonrisa burlona y, por unos instantes, fue como si volviera a ser la misma mujer de sus recuerdos—. No me digas que piensas que llegarás de la nada, después de siete años de ausencia y que por unos cuantos

besos estaré a tus pies y llamándote mi amor. Siento el vínculo, de eso no hay duda, pero no soy aquella niña inocente que conociste.

—Que me llamaras así no estaría mal, no me importaría que lo hicieras, pero me conformo con que me llames por mi nombre verdadero y no por el de mi hermano. —La sonrisa desapareció del rostro de Dana y en su lugar apareció un ceño fruncido.

—¿Tu hermano? ¡¿Qué tiene que ver tu hermano con todo esto?!

Ya lo había dicho y no podía echarse atrás. Puede que sus intenciones hubieran cambiado en cuanto sintió que era su compañera y que ya no tuviera ningún interés en estropear los planes que su padre tenía, solo que sería él quién se uniría a ella no su gemelo.

—Mi nombre es Jarek, Garrick es mi hermano gemelo, hace siete años…

—¿Hace siete años no eras tú, era tu gemelo? —lo interrumpió—. ¿Por eso me rechazó? No eras tú —la voz de Dana se tornó esperanzada y le rompió el corazón tener que contarle la verdad.

Ella tenía que entender que siempre fue él incluso cuando sus reticencias lo estropearon todo.

—No, siempre fui yo. Mi hermano ni siquiera te conoce, pero mi padre me hizo su sucesor y sabía que Garrick sería un problema para mí una vez que tomara el control de la manada. A mi gemelo no le pareció bien que lo forzaran a una unión con alguien que ni siquiera conocía y más porque sabía que tu padre aún es joven y no podrá liderar la manada hasta dentro de muchos años.

Los hombros de Dana se hundieron y la esperanza que había visto en sus ojos se evaporó. Pudo notar lo herida que se sentía y lo valiente que fue intentando ocultarlo. Sonrió de nuevo, pero en esa ocasión no había burla ni alegría en esa mueca, era una máscara superficial para ocultar lo que pasaba por su mente.

Debía decir que era muy buena en ello. Si no hubiera visto segundos antes su dolor, pensaría que no le importaba ni lo más mínimo.

—Vaya, esto sí que no lo esperaba —el susurro de Dana lo interrumpió—. Al parecer ambos hermanos se divirtieron mucho burlándose de mí. ¿Por qué me cuentas esto? ¿Es para que sepa que no solo tú me rechazaste, también tu hermano? No sé qué ganan con dañarme, pero te diré algo, hace mucho tiempo que estoy por encima del dolor. Ahora ya puedes marcharte.

Dana se levantó con la intención de abrir la puerta de la habitación y echarlo, pero en un impulso la acorraló entre la pared y su cuerpo.

—Qu… Qué haces —pronunció con la voz entrecortada y sus pequeñas manos ascendieron por su torso para colocarse sobre sus hombros. Supo que fue un movimiento involuntario porque en cuanto se dio cuenta, las apartó—. Será mejor que te alejes y no vuelvas a besarme, porque la próxima vez usaré mi magia contra ti y no te gustará el resultado. Ya sabes quién es mi tía, ella me enseñó…

—Si eso es lo que necesitas, acepto tu castigo. —Dana entreabrió sus labios por la sorpresa y no pudo evitar mirarlos. Cuando su lengua rosada salió para humedecerlos, gruñó de necesidad —. No hagas eso si no quieres que vuelva a besarte.

—N-no me beses si no quieres que te haga daño.

—En este punto, me haría más daño no besarte, tesoro. —La expresión de Dana pasó de la confusión a estar aterrorizada. Atrapó su mano antes de que usara la magia en su contra y la

detuvo—. Hace siete años, mi padre me pidió que me hiciera pasar por mi hermano para conseguir la alianza entre nuestras manadas. Yo no estaba de acuerdo, pero decir la verdad podía provocar un enfrentamiento. —Jarek no pudo evitar acercar su rostro a la curva de su cuello y dejar un casto beso junto a su oreja antes de susurrar—. En ese momento eras una niña, pero en cuanto te vi supe que jamás iba a permitir que mi hermano te tuviera.

Dana se estremeció ante su contacto y toda la tensión de su cuerpo se suavizó. Sin poder contenerse, recorrió con su boca la curva de su mandíbula hasta llegar a la comisura de sus labios.

La respiración de su compañera era acelerada y los montículos de sus pechos se alzaban tentadores cada vez que intentaba hacer llegar el oxígeno a sus pulmones.

—Puede que mi lobo no pudiera reconocerte porque aún no tenías a tu loba, o estaba demasiado concentrado en evitar que acabaras unida a Garrick que lo único que se me ocurrió fue decir que no eras mi compañera, pero te aseguro una cosa, mi intención siempre fue protegerte de mi hermano.

—¿Por eso estás aquí? —Cuando estuvo seguro de que no le atacaría con su magia, le soltó la mano y la dirigió hacia su cintura.

No podía dejar de tocarla y que ella no se quejara de ello lo hacía incluso mejor.

—Creí que esa noche había logrado romper el acuerdo, pero al parecer tu tía no mantuvo su promesa. —Jarek sonrió—. Recuérdame que le agradezca por eso la próxima vez que la vea. No voy a mentirte, Dana, vine con la idea de comportarme como lo haría el imbécil de mi hermano y quitarte las ganas de unirte a él. Si eso no funcionaba le contaría la verdad a tu padre por más que eso provocara un conflicto entre ambas manadas, pero no podía dejarte en sus manos. Supongo que siempre supe que eras mía y no lo quise reconocer.

Los ojos plateados de su loba lo miraron, humedecidos y con una pasión contenida que provocó que su erección volviera a latir furiosa.

—¿Habrías puesto a tu manada en peligro por mí?

—No hay nada que no haría por ti. —Jarek se apropió de su boca de nuevo y en esa ocasión no hubo resistencia de parte de su compañera.

Se entregó a él como si lo necesitara para respirar, pero la magia se perdió cuando unos golpes resonaron en la puerta.

«Tú tiempo se acabó, abre esa puerta antes de que la tumbe».

La voz de Ethan resonó, alta, clara y muy furiosa.

Jarek suspiró, el tiempo a solas se había acabado, pero al menos ella ya no lo miraba con rencor.

Rendido, fue a separarse de Dana cuando ella habló.

—Papá, danos unos minutos más, aún no hemos terminado de hablar. —Su compañera se mordió el labio inferior y ocultó una sonrisa.

Hablar era lo que menos querían ambos.

«¡Dana, oh, hija. ¿Estás despierta? Por supuesto que está despierta si está hablando, ¡Tala! Ese desgraciado lo consiguió, mi hermana tenía razón».

—No tenemos mucho tiempo —dijo cuando escuchó que la compañera del alfa se unió a su

pareja y ambos comenzaron a hablar tras la puerta—. Antes de que nos obliguen a salir, necesito que sepas que lo arreglaré. Iré a mi manada y hablaré con mi padre, le explicaré que eres mi compañera y que puede olvidarse de que te unas a mi hermano. Si es necesario renunciar a mi manada lo haré. ¿Me crees?

Jarek vio una sombra de duda en ella, pero cerró los ojos y, como si pusiera todo su esfuerzo en que sus pensamientos no enturbiaran su decisión, asintió con la cabeza.

—Confiaré en ti, quiero confiar en ti.

—Eso es todo lo que necesito. —Le dio un corto beso en los labios. Deseaba más, mucho más, pero si volvía a estrecharla entre sus brazos no podría separarse de ella—. Me iré ahora mismo, sacaré a mi padre de la cama si es necesario. Te amo, tesoro, no lo olvides.

Agarró el pomo para quitar el pestillo, pero ella lo agarró del codo.

—Jarek —su nombre en sus labios lo hizo sentir escalofríos. Había deseado tanto que lo llamara así.

—Dime, tesoro. —Dana sacudió la cabeza y, por unos segundos, la ira refulgió en su mirada, empuñó sus manos y se calmó antes de hablar.

—Nada, vuelve pronto, por favor.

—Si no fuera necesario hablar con mi padre, no me marcharía. Regresaré cuanto antes, te lo prometo. Solo te pido que me guardes el secreto hasta que encuentre la forma de evitar que Ethan se sienta engañado y tome represalias contra mi manada.

No esperó su respuesta, abrió la puerta y fue empujado por el alfa y su Luna. Los padres de Dana acorralaron a su compañera y comenzaron a abrazarla. No dejaban de decirle lo preocupados que habían estado por ella.

Se quedó viendo la escena hasta que su mirada se cruzó con la de Dana. Fue en ese momento en el que los padres de su compañera se percataron de que él seguía allí.

—No tenemos cómo agradecerte lo que has hecho por nosotros, pídenos lo que quieras y te lo daremos —dijo Tala y su compañero se colocó a su lado, asintiendo.

—Lo único que quiero es que tengan preparado todo para cuando regrese, me uniré a su hija dentro de dos días. —En rostro de Dana enrojeció y bajó la mirada al suelo.

—¿Es lo que quieres, hija? —preguntó Ethan. Se notaba que al alfa era muy posesivo con su familia.

Jarek aguantó la respiración a la espera de su respuesta, pero cuando ella alzó el rostro y lo miró, no pudo evitar que una sonrisa se mostrara en su rostro.

—Si, papá, es lo que quiero. Es hora de que deje atrás el pasado y sea feliz.

Aquellas palabras resonaron en su mente, ¿se refería a hace siete años? Esperaba que sí. Ya tendría tiempo de contarle todo más adelante, o quizá nunca. Tal vez esos recuerdos estaban mejor enterrados, tenían una nueva oportunidad y él ya no era el mismo hombre.

—Sí, el pasado ya no importa —murmuró—. Será mejor que me marche, quiero llegar a la manada y explicarle a mi padre que todo quedó solucionado.

—Ve, tendremos todo preparado como acordamos.

Jarek asintió con la cabeza y salió de la habitación con un nudo atorado en la garganta. ¿Y si

algo salía mal? ¿Y si su padre se negaba?

Despejó su mente de esas ideas y corrió al exterior. Si su padre se negaba renunciaría a la manada tal como le dijo a su compañera.

Corrió fuera de la casa y, cuando estaba por llegar al portón que le daría la salida, escuchó los pasos acelerados de Dana tras él.

—¡Jar…! —Se detuvo antes de pronunciar su nombre y miró a los guardias que custodiaban la entrada—. Mi amor —pronunció entre dientes.

—Creí que habías dicho que no ibas a llamarme así. ¿Ya me extrañas, mi compañera?

Dana se había puesto una bata sobre su pijama, pero continuaba despeinaba y se notaba que había salido con prisas. Se acercó a él y le golpeó el torso con la mano.

—No te burles, sabes que no puedo llamarte… Me dijiste que te guardara el secreto. —La atrajo hacia su cuerpo y escuchó el gruñido de Ethan a unos metros.

—¡Dos días, mientras tanto, mantén tus manos alejadas!

Su compañera puso los ojos en blanco, lo agarró de la mano y tiró de él hacia la puerta para alejarlos de su padre.

—Antes de que te marches, hay algo que debo decirte. Yo… En este tiempo… Hum, es una locura que no creerás, pero, había un… —Dana se llevó la mano a la garganta y se la frotó, nerviosa—. No puedo.

Sus ojos se humedecieron y notó la desesperación en su mirada.

—¿Lo que intentas decirme tiene algo que ver con nosotros? ¿Ya no deseas estar conmigo? —Esperaba que no fuera eso porque no pensaba rendirse.

—No, no tiene nada que ver con nosotros. Y sí, quiero estar contigo, cuando estas cerca los fantasmas no me torturan. Quiero ser feliz, quiero serlo contigo. A partir de ahora solo existirás tú para mí.

Dana tenía un secreto, de eso no había dudas, pero ya tendrían tiempo de saber todo uno del otro. Toda una vida.

—Te protegeré de todos los fantasmas, te lo prometo. Pero ahora, debo solucionar esto para poder regresar a tiempo. No me lo pongas más difícil, me cuesta mucho dejarte aquí y si me miras de esa forma acabaré raptándote y llevándote conmigo. —Le besó la frente en lugar de los labios para evitar que Ethan, que se mantenía vigilante custodiando la castidad de su hija, se echara sobre él—. Me voy antes de que tu padre cambie de opinión y me niegue la entrada.

Apenas había dado unos pasos fuera de la manada, cuando ella asomó el rostro antes de que se cerrara la puerta.

—¡Vuelve a mí!

—¡Siempre! —gritó antes de perderse en la oscuridad, quitarse la ropa y convertirse en lobo.

Dana no sabía lo real que era su promesa. Siempre volvería a ella, la muerte se interpuso en su camino antes, pero tenía una nueva oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

CAPÍTULO 13

Jarek llegó a su manada agotado tras la noche sin dormir y correr hasta la extenuación para llegar cuanto antes. Faltaba menos de una hora para amanecer cuando entró a su manada y los guardias que estaban haciendo su ruta lo saludaron como si él fuese Garrick. Al menos, ya tenía al certeza de que su gemelo no había hablado y que todavía era un secreto entre ellos el intercambio que hicieron.

Todo estaba silencioso y, por primera vez, esa paz que se respiraba justo antes del amanecer y que desaparecía poco a poco cuando su gente comenzaba con sus labores diarias, le resultó engañosa. Tenía un mal presentimiento.

Lo más probable era que fueran imaginaciones suyas, debía hablar con su padre y también con su hermano. Garrick no reaccionaría bien, su gemelo no quería a Dana, pero en cuanto se enterara de que él sí la quería pondría el grito en el cielo. Para él, Jarek estaría robándole algo que le correspondía por derecho, aunque en realidad no fuese así.

«Ella nunca fue suya», gruñó en su interior.

Su gemelo nunca ocultó sus celos hacia él. Sobre todo desde que se hicieron adultos y Jarek comenzó a pasar más tiempo con su padre para aprender todo sobre el liderazgo de la manada. Tampoco ayudó que se alejara de su hermano al descubrir lo enfermo que estaba y la maldad que había en él. Quizá tuvo que acercarse más, hacerle entender que de esa forma no llegaría a nada, pero dudaba mucho que con su apoyo Garrick hubiera cambiado. Él no tenía la misma confianza de su padre, su hermano no cambiaría y solo se volvería peor con los años. Había demasiado odio en su interior.

Desde que lo descubrió ese día intentando abusar de aquella niña, su gemelo se empeñó en querer obtener todo lo que era suyo. Por ese motivo, su padre quería que se uniera a Dana, para evitarle problemas. Le daría la bienvenida a todas las dificultades porque no perdería a su compañera solo porque Garrick no soportaba que lo hubieran elegido por encima de él. Si su gemelo hubiera sido diferente, ambos podrían haber liderado la manada.

Estaba seguro de que tendría complicaciones con él en cuanto supiera que Dana era su compañera, por ese motivo, debía concluir esa conversación e ir cuanto antes a buscarla. Una vez que estuvieran unidos nadie se interpondría entre ellos.

Todo saldría bien. Tenía que salir bien.

Se acercó a la casa del alfa y lo recibió el silencio. Era normal, aún no había amanecido y debían estar descansando en la habitación.

Se sentía agotado, no había comido ni dormido y, en cuanto pasó junto a su habitación, el

cansancio comenzó a recordárselo. Dormir un poco lo tentaba, pero no creía que pudiera hacerlo hasta que no aclarara la situación con su padre.

Lo sacaría de la cama y, después de soltar la bomba, se daría el lujo de dormir unas horas antes de regresar junto a Dana. Le pediría que le guardara el secreto hasta que todo se hubiera solucionado.

Llegó frente a la puerta de la habitación de sus padres y llamó con suavidad, pero no hubo respuesta. Insistió de nuevo y ocurrió lo mismo. Su instinto lo alertó de una presencia en el pasillo y se dio la vuelta para enfrentar a su gemelo. Estaba vestido con su ropa. Fue como verse en un espejo.

—Llegaste pronto, hermano —pronunció, Garrick—. ¿Tan poco interesante es mi futura compañera que no logró atrapar tu atención por más tiempo? Creí que estarías unas horas más, pero me alegro de que ya estés aquí, comenzaba a preocuparme.

—Ni se te ocurra hablar de ella —gruñó—. Nunca será tuya.

Se maldijo a sí mismo por no poder controlar su temperamento. No le interesaba que su hermano supiera lo que sentía por Dana, no hasta que estuvieran vinculados.

Una sonrisa más siniestra de lo acostumbrado adornó el rostro de su gemelo. Jarek se tensó y su lobo con él.

—Por supuesto que no será mía, *Garrick* —se burló de nuevo haciéndose pasar por él—. Será tu compañera, no la mía, yo soy Jarek.

—¿De qué estás habla…? —No pudo terminar su frase porque la puerta de la habitación de sus padres se abrió.

Jarek no miró a su espalda, ojalá lo hubiera hecho. Se quedó aturdido cuando un intenso olor a sangre abofeteó sus fosas nasales.

Se dio cuenta tarde de que quién se encontraba tras él no era el alfa si no uno de los inseparables amigos de su hermano. El puñal de plata se le incrustó en la espalda antes de que pudiera reaccionar y el dolor casi lo tumbó en el suelo.

La plata comenzó a debilitarlo a una rapidez asombrosa. El dolor se esparció por su cuerpo, pero luchó contra él para saltar encima de su atacante y defenderse. Consiguió derribarlo justo cuando su gemelo, que llevaba guantes en las manos y una cadena de plata en ella, comenzó a ahorcarlo por la espalda.

El metal frotó su piel provocándole laceraciones y unas heridas cada vez más profundas.

—No te resistas, hermanito —gruñó junto a su oído sin dejar de apretarle el cuello con la cadena.

Le quemaba la piel, el dolor era insoportable y lo fue más cuando un par de argollas del mismo material se ajustaron sus muñecas para inmovilizarlo. Había estado cansado del viaje, preocupado y con la guardia baja. Tanto que, cuando su gemelo encendió la luz y tiró de la cadena para obligarle a mirarlo, pudo ver su ropa llena de sangre.

Ni siquiera olió la sangre en él. No lo hizo hasta que la puerta de la habitación de sus padres se abrió y el olor fue evidente.

Jarek intentó tirar de la cadena y solo consiguió más quemaduras en sus manos. Sintió cómo le rasgaban la ropa y la dejaban echa tiras en el suelo. Después, le sacaron el puñal de la espalda y

provocándole un breve alivio, pero no le dio tiempo a acostumbrarse porque el amigo de su hermano se lo clavó en el estómago.

Luchó, pero el ardor de la plata y la debilidad que le provocaba mantenían a su lobo sufriendo.

Su gemelo comenzó a desvestirse también, había desgarros en la ropa como si hubiera luchado con alguien.

—¿Q-qué has hecho, Garrick? —su voz se escuchó torturada, los licántropos y la plata no se llevaban bien. Envenenaba su sangre y más cuando mantenían el puñal en su interior.

—¿Yo? Yo no hice nada. ¿Ya te olvidaste? El pobre Garrick salió de viaje para conocer a su futura compañera. Cuando regresó, descubrió que su gemelo había enloquecido y asesinado a su padre y a su madre a sangre fría. Ninguno lo esperó, es tan triste. ¿Quieres ver lo que hiciste? Te agradará, es un espectáculo tan sangriento.

—No —jadeó y, sin importar el dolor, intentó zafarse del agarre de las cadenas, pero no sirvió de nada.

Su hermano terminó de desnudarse, agarró la ropa ensangrentada y la destruyó con sus garras.

—Ahora sí, vuelvo a ser yo. Estaba deseando recuperar mi encantadora personalidad, hermanito. Déjame decirte que no fue agradable hacerme pasar por ti. Ahora, deja de estropear mi gran día. Estoy deseando mostrarte lo que hiciste, fuiste un alfa muy malo.

La risa de su hermano le dio escalofríos. Luchó por liberarse, pero tiraron de él y lo arrastraron hasta la habitación de sus padres. El espectáculo era desolador. Había sangre por todas partes. Su madre permanecía en la cama, como si no hubiera esperado el ataque. Le arrancaron el corazón cuando aún estaba dormida.

El único consuelo que le quedaba era pensar que al menos no sufrió. Con suerte, no vio a su agresor y no murió pensando que él había sido capaz de hacer algo así.

Su padre intentó defenderse, había signos de lucha a su alrededor, pero no lo consiguió. Su cuerpo estaba tirado a un lado de la cama, al menos, lo que quedaba de él. Le faltaban varios miembros, estaban esparcidos por la habitación y su cabeza la habían colocado sobre la almohada. Aún tenía los ojos abiertos y el horror en sus facciones.

No podía creerlo, estaban muertos. Si no hubiera hecho ese viaje, si hubiese aceptado que Dana no era para él, podría haberlos salvado, pero quién la salvaría a ella.

Recordó sus ojos, lo indefensa que parecía entre sus brazos. No podía pensar en eso, no en ese instante en el que el futuro que le esperaba se veía muy oscuro. Su hermano estaba loco y si él no sobrevivía a ese día ella debería ser fuerte. Tendría que luchar.

Jarek ni siquiera sintió las lágrimas caer por sus rostro, pero salían sin control. El dolor de las cadenas no se comparaba con aquella escena. Le desgarraba el alma.

La última vez que habló con su padre fue para discutir y ni siquiera se había despedido de su madre. Cargaría con ese peso en su conciencia lo poco o mucho que le restara de vida.

Lanzó un aullido que le quebró la garganta y la rabia le dio un nuevo impulso de energía. Ya sabía que no saldría vivo de allí, pero no se iría sin luchar.

La plata le impedía convertirse en lobo, pero no le impidió tirar de la cadena que sujetaba el amigo de su hermano. Se la arrancó de las manos antes de que pudiera atacarlo y la usó para estrangularlo.

Garrick ni siquiera se inmutó. Tampoco ayudó a su amigo. Se mantuvo en pie, admirando la escena.

Enloquecido, ni siquiera sentía el dolor que la plata provocaba en sus manos cuando la apretó contra el cuello del lycan.

—Te mataré —rugió y la cadena comenzó a desgarrar su garganta.

Cuanto más fuerte la apretaba, más se despedazaba la carne. A sus manos le ocurría lo mismo, pero nada importaba. Lo que había visto era dolor suficiente para sentir el de las heridas.

Esperó un ataque de su gemelo mientras le arrancaba la cabeza a su mejor amigo, pero Garrick solo miraba el espectáculo demasiado complacido. Incluso, comenzó a aplaudir cuando, después de acabar con el lobo, Jarek se levantó, tambaleante por el dolor, pero decidido a acabar también con él.

—Muchas gracias, hermanito, él era un cabo suelto, me ahorraste tener que hacerlo yo. No quiero testigos.

—¡¿Por qué lo hiciste?! —bramó y dio un paso al frente con demasiada lentitud.

A pesar de que su intención fue saltar sobre su gemelo y arrancarle la cabeza como hizo con su padre, había agotado las fuerzas que le quedaban.

Su hermano lo alcanzó con destreza, le arrancó el puñal del vientre y se lo clavó en el brazo. Un grito desgarrador escapó de su garganta cuando la nueva herida continuó envenenando su sangre.

—¿Por qué te apuñalé? ¿Por qué te até? ¿No está claro, hermanito? Aprovechaste que estaba de viaje y asesinaste a nuestros padres. El castigo para eso es la muerte, nadie podrá culparme si no espero a la decisión del consejo. ¿Has visto lo que has hecho? ¿Quién no enloquecería? Estoy tan afectado que torturarte antes de matarte es lo único que me dará un poco de paz.

—¡Nadie te creerá! Todos saben que yo nunca haría algo así. ¡Me conocen y también saben la basura que eres tú!

Garrick le dio un rodillazo en el estómago que lo hizo doblarse y caer de rodillas. Cada vez estaba más débil. Estaba perdiendo mucha sangre.

—¿No? ¿Eso crees? Yo creo que sí me creerán porque desde que me fui de viaje no disimulaste mucho lo poco que te agradaba que me uniera a esa chica. Dejé muy claro que la querías para ti. Estabas enloquecido, siempre quisiste lo que yo tenía. Papá se negó y tú hiciste esto. —Garrick señaló a la habitación—. Como es natural enloquecí de dolor al llegar a la manada y encontrarme con que mi gemelo es un asesino. Puede que también lleve un tiempo haciendo correr el rumor de que no estabas conforme con el liderazgo de nuestro padre y que estabas algo desesperado por ser el alfa.

Sacó el puñal de su brazo y lo clavó en su cuerpo una y otra vez. No se detuvo hasta que Jarek estuvo en el suelo, en un charco de sangre y agonizante.

—Dana —susurró sin poder evitarlo.

Sabía que iba a morir y quería que su último pensamiento fuese ella.

No podría cumplir su promesa, no podría protegerla de su hermano, no pudo proteger a sus padres. Lo único que le quedaba era marcharse con la diosa con la imagen de su compañera en su mente. Quizá le daba una nueva oportunidad. No sería en esa vida, pero necesitaba regresar a ella

como se lo prometió.

—Eres tan patético, hermanito. Si hay algo que odio más que a ti, es tener que ver mi rostro cada día en tu cara. Pero eso lo solucionaré ahora mismo, te irás de este mundo desfigurado, no te mereces este rostro, eres débil. —El puñal se deslizó desde su frente, por encima de su ojo y recorrió su mejilla hasta la mandíbula.

El dolor fue abrasivo, sintió como le quemaba el rostro y le destrozaba el ojo, pero ni siquiera pudo gritar. Solo un gorgoreo ahogado escapó de su garganta.

—Yo gano, hermanito. Soy el nuevo alfa y puede que, si me aburro mucho, vaya a buscar a esa mujercita que tanto protegías de mí. Aunque si era de tu gusto, seguro que no merece la pena.

—D-déjala e-en paz —susurró y una carcajada resonó en el aire.

—Eres tan predecible, Jarek. Siempre supe ver a través de ti. Desde que volviste de aquella manada hiciste todo lo posible para que esa unión no se diera, papá también se dio cuenta, por eso solo me contó a mí lo que acordó con ellos. Esperé mucho tiempo a que esto ocurriera, esa inútil loba tardó demasiado en hacer su primera transformación, pero el día llegó y todo es mío. Es hora de informar a la manada.

Cuando su hermano terminó de hablar, no se conformó con lo que ya había hecho. Continuó golpeándolo y cortándolo con el puñal de plata por todas partes hasta que deseó perder el conocimiento y dejar de sentir.

Logró escuchar cuando los guardias llegaron. Hubo conmoción al ver la escena junto con los pasos apresurados para llegar a él. Escuchó su nombre ser pronunciado varias veces. Algunos entre susurros, otros horrorizados por lo que él había hecho. Nadie lo dudó, todos creyeron la historia que su hermano contaba y Jarek no se veía capaz de defenderse.

Ese día, él moriría y todos pensarían que era el asesino de sus padres. Incluso su compañera lo sabría en cuanto las noticias llegaran a ella.

No tenía fuerzas para hablar y menos para seguir luchando. Lo único que lo mantenía con vida era su deseo de regresar con Dana para protegerla, pero sabía que eso no sería posible.

Lo último que escuchó, después de que lo arrastraron como un animal y lo lanzaran como un trozo de carne inservible fuera de la manada, fue a su hermano susurrando junto a su oído.

—No mereces un entierro digno, hermanito. Te dejaré a merced de las alimañas, ellos se darán un festín con tu cuerpo. Yo gano.

Le soltaron las cadenas de plata, pero eso no hizo diferencia alguna. La muerte llegaría pronto. Garrick tenía razón, había ganado.

En algún punto dejó de sentir dolor, de ver, de escuchar y solo se quedó ahí a la espera de que todo acabara. Ni siquiera sintió nada cuando lo hicieron rodar por una ladera y las piedras se clavaron en su cuerpo. Era el fin, nunca podría cumplir su promesa, no lograría regresar junto a ella.

CAPÍTULO 14

Dana vio marcharse a Jarek de la manada y, por primera vez desde que aquella pesadilla comenzara, se sintió feliz. Su madre la sorprendió abrazándola por la espalda mientras observaba a la oscuridad por la que su compañero se había marchado. Los guardias la esperaban para cerrar las puertas, pero ella era incapaz de regresar al interior.

Sentía que si dejaba de hacerlo, esa felicidad se desvanecería y estaría de nuevo envuelta en la pesadilla. Por primera vez, desde hacía siete años, se sentía Dana y no Endora. No quería volver a perderse a sí misma.

—Me cuesta creer que estés de vuelta, hija —murmuró, su madre. Su voz se escuchaba enronquecida, como si hubiera llorado durante demasiado tiempo—. Creímos que te habíamos perdido para siempre.

—¿Qué ocurre, mamá? —dijo sin mirarla, continuaba con su vista perdida entre los árboles—. Estoy aquí, no tienes que llorar.

Ya casi no podía sentir el olor de su compañero y, cuanto más se alejaba, más tensión sentía en su interior.

Tenía miedo, durante el poco tiempo que Jarek estuvo con ella, no existió Radolf, no existió Endora y no existió un pasado que la atormentara día con día. Por una vez, se sintió alguien común, alguien con el derecho a ser feliz.

Se sintió ella.

—¿De verdad me lo preguntas? No despertabas, hija, estábamos desesperados. Pero no hablemos aquí, entremos. —Dana dejó de prestar atención a la oscuridad y miró a su madre con el ceño fruncido.

—¿De qué hablas, mamá? Anoche hice mi primera transformación, estaba cansada. Tal vez tengo el sueño un poco pesado, pero no es para que te pongas así.

Por las expresión de su madre supo que había algo de información que le faltaba.

—¿Sueño pesado? Estuviste inconsciente una semana. Ni siquiera tu tía pudo despertarte, por eso le pedimos a Garrick que viniera.

Estuvo a punto de corregirla, pero recordó que Jarek le había pedido que no contara nada. Él se ocuparía cuando llegara el momento y ella no iba a traicionarlo.

—¿Una semana? ¿Estás segura? —Su madre asintió y la agarró de la mano para llevarla al interior de la manada.

—¿No te acuerdas de nada? —No se acordaba de haber dormido tanto tiempo, pero sí

recordaba a la perfección lo que la mantuvo retenida sin poder escapar hasta que él llegó.

Una sonrisa adornó su rostro y Tala jadeó al verla. Dana carraspeó e intentó esquivar la mirada especulativa de su madre. Después de tanto tiempo sin mostrar una felicidad sincera, no era de extrañar que su madre reaccionaba de esa forma.

—Hace años que no te veo sonreír. —Se llevó la mano a los labios y sintió cómo le temblaban. Los ojos de su madre brillaron con lágrimas contenidas y, antes de que pudiera decir nada, acabó envuelta entre sus brazos—. Ahora mismo, tu padre quiere arrancarle la cabeza a tu compañero y colgarla en la entrada de la manada por haberse encerrado contigo en la habitación, pero sea lo que sea que pasara allí, le estaré agradecida el resto de mi vida.

Su padre se acercó como si mencionarlo fuera suficiente para invocar su presencia y las cubrió a ambas con sus brazos. Detrás de él, los mellizos llegaron corriendo y también se lanzaron sobre ella.

—¿Estás despierta? —gritó su hermana, como si no fuera obvio al verla allí.

—A veces me sorprende tu inteligencia, Kiara. ¿Tú qué crees? ¿Acaso no la ves? —agregó, Dorian. Su hermano negó con la cabeza y dejó de prestar atención a su melliza para centrarse en ella. Le olisqueó el cabello y su expresión se tornó asqueada—. *Uagh*, Dana, apestas a ese lobo. Dormiré también una semana, quizá así nuestro padre me traiga una hermosa loba para revolcarme con ella en mi habitación.

El gruñido de Ethan resonó en el aire y Dana se separó del abrazo, indignada.

—¡Métete en tus asuntos, Dorian! Yo no estuve revolcándome con nadie.

Solo habían sido unos besos, los primeros que recibía como Dana y fueron más perfectos de lo que alguna vez soñó.

—Eres mi hermana, así que también eres mi asunto. —Dorian se encogió de hombros como si eso fuese suficiente explicación para él.

—En cuanto ese lobo regrese voy a castrarlo —amenazó su padre—. No me importa que por él haya despertado. ¡Se encerró en la habitación con mi hija!

—No vas a castrar a nadie, Ethan —se quejó su madre.

—¡Tocó a mi hija! —Su padre se acercó a ella y comenzó a olisquearla de la misma forma que hizo su hermano. Dana intentó apartarse, ruborizada—. ¡No lo mato porque consiguió despertarte! Pero le pegaré una paliza en cuanto lo tenga delante de mí.

—Lo que yo daría para que me despertaran de esa forma —susurró Kiara y la agarró del brazo antes de que pudiera salir a correr—. Cuéntame todo. Con papá siempre vigilando ni siquiera conseguí que me dieran un beso.

—¡Tu madre me conoció cuando tenía más de cincuenta años y continuaba virgen! —gritó su padre y señaló a su hermana—. Ni siquiera había besado a nadie hasta que yo llegué.

—Oh, por favor, deja de mentirle a tus hijas. ¡Ya no son niñas, han crecido! Ni Asher es tan posesivo con sus hijos y es el rey.

—Porque tuvieron la mala suerte de parecerse a él y no son tan agraciados. Solo mi hermana tiene tan mal gusto de fijarse en semejante troll.

Dana suspiró y aprovechó la discusión de sus padres para alejarse y regresar a su casa. Nadie en su sano juicio podría llamar troll a su tío Asher. Incluso con el miedo que imponía la magia de

su tía, muchas de las lobas no podían evitar suspirar cuando él pasaba a su lado.

En dos días se uniría a Jarek y ya no tendría que preocuparse de los celos de su padre.

Por primera vez en años, caminó por la manada con una sonrisa en el rostro y sin miedo de volver a sufrir pesadillas.

◆ ◆ ◆

Los dos días que su compañero pidió de plazo pasaron con demasiada rapidez. No había tenido noticias suyas desde que se marchó de la manada y, aunque esperó que mandara a algún mensajero para informarle, eso no sucedió. Dana confiaba en su palabra, él le prometió que volvería y debía creerle.

Toda la manada era un hervidero de actividad. A pesar del poco tiempo que tenían para preparar la celebración, toda su gente se volcó en ayudar para que todo estuviera perfecto. Incluso los cachorros apoyaron buscando flores para adornar el lugar donde se haría la ceremonia.

Sus tíos y sus primos también viajaron para acompañarla. Todo era perfecto, incluso esa noche logró dormir sin que las pesadillas la atacaran de nuevo. Desde la aparición de Jarek, su mente parecía vacía de recuerdos. Se sentía liberada y solo por eso sabía que podría ser muy feliz junto a él.

En esos dos días sonrió más de lo que lo hizo en años. Todos se veían felices, incluso su padre, a pesar de que le había costado un poco más asimilarlo, se mostraba animado. Después de tanto sufrimiento y de descubrir que Jarek era esa luz al final de un túnel, se alegraba de que todo sucediera tan rápido. No quería esperar más, no importaba que no lo conociera lo suficiente, tenían toda una vida para ello. Él era su compañero y la diosa no se lo hubiera dado para hacerla infeliz, ¿cierto?

Ya una vez le dio un compañero y la destrozó.

Dana negó e intentó impedir que los recuerdos le enturbiaran el día.

No quería darse tiempo a pensar o a cuestionar lo que sentía. Sabía que era el vínculo de compañeros lo que la atraía hacia él sin remedio, pero esperaba que esa atracción pronto pudiera convertirse en amor.

Sería así, ¿cierto? El rostro de Radolf invadió su mente y tuvo que apoyarse en la pared para evitar que el temblor de su cuerpo no le hiciera perder la fuerza y acabara en el suelo.

Su tía Emma, que estaba a su lado colocando más flores para la decoración, se preocupó al verla.

Estaba segura de que había perdido el color de sus mejillas y su tez se encontraría cetrina y sin vida. Se sentía a punto de desmayarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó, preocupada.

—Nada, tía, todo está bien —mintió—. Solo necesito un poco de aire.

Emma miró a su alrededor, los árboles estaban nevados, el viento helado hacía tiritar a su tía y la pobre mujer llevaba tantas capas de ropa que le costaba hasta moverse.

Aire era lo que sobraba y supo que había descubierto su excusa antes de poder escaparse de ella y de sus preguntas.

—¿Aire? ¿Acaso no tienes suficiente con este airecito congelado? Si no amara tanto ser bruja, habría deseado nacer licántropo para no sufrir de esta forma con las inclemencias de este clima. Si vas a mentir, al menos hazlo de forma coherente.

—Yo soy bruja y no lo noto —Dana dijo lo primero que se le vino a la mente con tal de que no siguiera haciendo preguntas.

Su tía arqueó una ceja de forma muy expresiva, sus ojos eran lo único que se veían bajo aquella enorme bufanda que le cubría todo el rostro. Casi agradecía que fuese así vestida porque su parecido con Endora era tan grande que a veces verla era como observarse en un espejo.

—Qué graciosita está mi sobrina. No todas tenemos la suerte de llevar lo mejor de ambos mundos, pero ahora deja de cambiar de tema y dime qué es lo que te ocurre. No creas que mi estado de congelación ha apagado mi cerebro. Te ocurre algo y me lo dirás en este mismo instante.

Si había una persona con la que ella quisiera desahogarse, no era otra que su tía. Amaba a su familia, pero desde niña la conexión que sintió con Emma siempre fue más fuerte. Quizá era porque ambas llevaban la magia en los genes o porque esa parte de sus recuerdos, que aún no habían despertado, la incluían a ella. La vida de Endora después de huir de la manada era en su mayoría un misterio. Todas aquellas memorias se centraban en Radolf y en lo que vivió con él.

Lo que ocurrió después se sentía borroso. Tan difuminado que lo único que tenía claro era que aquellos hijos que llevaba en su vientre, sobrevivieron. Conocía la historia de sus padres y cómo consiguieron hacerse cargo de la manada, también sabía que el padre de Endora no solo la dañó a ella, sino que atacó a su padre, a su tía y a Alaric, pero lograron vencerlo, pero ese espacio de tiempo entre la traición de Radolf y la muerte de Endora, era un vacío en su mente.

Ya no importaba, debía dejarlo ir. Si quería comenzar de nuevo, el pasado debía quedarse atrás.

—No te mentiré, estoy nerviosa. —Dana vio acercarse a su hermana Kiara y se alegró porque esa sería su excusa para no continuar hablando.

Al final, por más que lo intentara, cada vez que quería pronunciar el nombre de Radolf su garganta se cerraba. No quería pasar de nuevo por eso. Al menos, no ese día.

Para su mala suerte, su tía, tan perspicaz como de costumbre, la agarró del brazo y comenzó a tirar de ella para apartarla de la gente. La siguió, nadie podía decirle que no a esa mujer cuando llevaba esa expresión tan decidida en el rostro.

Cuando estuvo segura de que no serían escuchadas, Emma la enfrentó de nuevo.

—Dime qué te preocupa y no quiero excusas. ¡Y ni te atrevas a volver a mentir! ¿Acaso no soy tu tía preferida?

—Eres la única tía de sangre que tengo —murmuró.

Emma hizo un aspaviento con la mano y le quitó importancia.

—También tienes a Libby, a Alaric y a tu tío Asher, puede que no corra la misma sangre por ellos, pero son familia.

Dana miró a su alrededor y comprendió que no sería rescatada por su hermana. Se habían alejado lo suficiente como para que nadie las viera y de verdad ella necesitaba poner en palabras lo que le ocurría.

—Cuando era niña siempre quise lo que tú y mi tío tienen, lo que mi padre tiene con mi madre.

Lo que el tío Alaric tiene con Libby. Deseaba encontrar a mi compañero y que él me viera de esa misma forma, como si nadie más importara.

Emma se bajó la bufanda para descubrirse el rostro y poder hablar más bajo. Su expresión se suavizó en cuanto mencionó la forma en que la miraba su compañero.

—Tendrás lo mismo, hija. —Emma siempre la llamaba de esa forma o princesa, era consciente del amor de su tía hacia sus hermanos, pero por ella siempre sintió algo más especial—. Lo encontraste y ahora solo falta que llegue para que…

—No sé lo que siento —la interrumpió—. Bueno, sí que lo sé, pero no lo puedo explicar. Es todo tan complicado, tía.

—Inténtalo, estoy aquí para escucharte, siempre estaré para ti —dijo su tía con naturalidad y dejó caer la espalda en la pared—. Puedo comenzar yo para facilitártelo. Sé que no es fácil hablar de esto con tu madre y menos con Ethan. Recuerdo muy bien cuando vi por primera vez a tu tío. A pesar de que intentó echarme de su manada, en cuanto lo vi sentí una atracción tan grande que ni su odio hacia mí logró pararla. Tengo que decir que tu compañero es muy guapo y entiendo a la perfección que te encerraras en la habitación con él. La diosa sabe que Asher y yo no podíamos estar juntos en la misma habitación sin que me temblaran las rodillas, pero si dices frente a tu tío que reconocí que tu compañero era guapo, lo negaré. Todavía no conocí un lycan que fuese feo y esa manía que tienen de desnudarse en cualquier momento es una costumbre que todavía me cuesta asimilar. Hay ocasiones en los que siento que el espíritu de Endora vive en mí y no puedo evitar mirar y decir…

—¡Son tan apuestos como tontos! —apenas terminó la frase por ella, Dana comenzó a carcajearse y agarró a su tía del brazo olvidándose de con quien hablaba—. Yo también los miraba, siempre iba al campo de entrenamiento para alegrarme la vista, pero desde que recordé a Rad-R-R. —Se llevó la mano a la garganta y comenzó a boquear en busca de aire.

Su tía, la observaba con los ojos muy abiertos y conmocionada.

—Radolf —terminó el nombre por ella y el aire volvió a entrar a sus pulmones—. ¡Eso es lo que ibas a decir! ¿Cierto? —Dana comenzó a asentir con la cabeza como si se hubiera vuelto loca, las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no eran de tristeza, eran de felicidad porque por fin Emma pudo entender—. Debes decirme todo, Dana. Esto es importante, ¿desde cuándo recuerdas? —Su tía la acorraló y la miró con intensidad.

Sentía que si no hablaba, Emma sería capaz de sacarle el cerebro y buscar los recuerdos por sí misma.

—No puedo, de verdad que quiero contarte todo, pero cada vez que lo intento se me cierra la garganta. He llegado a pensar que usaron magia sobre mí, pero la única bruja que conozco a parte de mí eres… ¡La voz de la mujer se parece a la tuya! —Si su tía ya parecía haber visto un fantasma, su rostro perdió el poco color que le quedaba.

Emma colocó una mano en la pared para sostenerse, comenzó a respirar con dificultad y cerró los ojos.

—Dime que todo lo ocurrido estos años no tiene nada que ver con eso —dijo sin mirarla.

—Todo tiene que ver con ese secreto del que me es imposible hablar. Lo intenté tantas veces, pero es como si hubieran cerrado mi garganta. Tía, dime que esto no tiene nada que ver contigo.

Dana no esperó la reacción de Emma. La mujer deslizó su espalda por la pared y se sentó en el

suelo con una expresión devastada.

—Cuando Endora murió, momentos antes de su muerte, yo tuve una visión. Te vi a ti, hace siete años, el día en que conociste a tu compañero. —Su tía no se atrevía a mirarla, tenía la vista fija en el cielo y la culpabilidad deformaba sus facciones—. Mis visiones nunca fallaron y quizá me obsesioné con la idea de que mi tatarabuela regresara. No merecía todo lo que sufrió. El día en que naciste, te reconocí como la niña de mi visión y comencé a tener esperanzas. Tu padre me pidió que abandonara esa idea, me dijo que esos recuerdos debían quedarse en el pasado porque no harían bien a nadie, pero yo no quise escucharlo. Continué insistiendo y Ethan intentaba protegerte.

»Una parte de él sabía que yo tenía razón y que tú eras ella, pero no quería reconocerlo porque hacerlo significaba que llevabas un infierno vivido a tu espalda. Él tenía razón y yo no supe verlo. Si no hubiera insistido tanto.

—¿Cuándo insististe, tía? No lo recuerdo. —Dana se sentía muy confundida, no comprendía lo que Emma quería decirle—. He estado muchas veces en tu manada para averiguar detalles y nadie ha querido mencionar nada. Lo poco que sé sobre Endora viene de mis recuerdos y de la magia que me has enseñado, pero jamás me hablaste de ella como persona.

—No recuerdas porque hice que lo olvidaras —pronunció en un tono afligido—. Antes de dormir te contaba lo que Endora dejó escrito en su grimorio, pero no dabas muestra de recordar, así que me rendí. Pensé que mi visión era errónea, por eso borré tus recuerdos y te hice prometer que nunca hablarías sobre ello. —Su tía se levantó del suelo y se acercó a ella, pero Dana dio un paso atrás—. Si tu padre descubría que burlaba la seguridad de su manada con mi magia para visitarte y contarte sobre ella, me habría prohibido visitarte.

¿Le había borrado la memoria? Se sintió traicionada y muy herida. ¡Confiaba en ella!

—¡¿Cómo pudiste hacerme eso?! ¿Por qué? ¡¿Qué más has hecho, tía?! ¡¿Qué me ocultas?!

—¡Nada! Te lo prometo. —Emma se acercó de nuevo, pero en esa ocasión no se apartó. Necesitaba ese contacto para no terminar de volverse loca—. Tu padre me dijo que si continuaba llenándote la mente de esas historias me prohibiría volver a verte. Cuando vi que no recordabas, decidí que era mejor que olvidaras esas visitas para que Ethan no se molestara conmigo.

Dana comenzó a respirar de forma entrecortada y el rubor de la rabia comenzó a emerger en sus mejillas. Antes de poder respirar y controlarse, una llama emergió del suelo y comenzó a arder rodeando a su tía. No podía detenerse y, si no la retenían en ese momento, no sabía de lo que sería capaz.

Podía sentir el gruñido de su loba deseando emerger y atacar a su tía hasta las últimas consecuencias.

Emma gritó y apagó las llamas con un movimiento de su mano. La agarró de los brazos y comenzó a usar su magia para calmarla. De toda la magia que su tía podía hacer, su poder empático era el más temido porque podía manipular los sentimientos de las personas a su antojo. Desde que la conocía, aquel fue el único momento que lo usó con ella, pero lo agradecía porque de otra forma no habría podido detenerse. Ambas se miraron, pero al no ver enfado en su tía, sintió vergüenza por lo que acababa de hacer.

—Lo siento, no quise hacerlo, pero no tienes la menor idea del daño que me hiciste. Mi vida ha sido un infierno por tu culpa, si hubiera podido hablar…

Intentó darse la vuelta para marcharse, pero Emma la detuvo.

—Espera, no te vayas así. Tienes que escucharme.

—Para qué, ¿para que me borres de nuevo la memoria? —la atacó.

Su tía negó con la cabeza y, cuando la miró con tanto pesar, se quedó a escucharla. Por más que quisiera no podía odiarla, Emma era parte de ella siendo Dana y también siendo Endora. Antes de que volviera a hablar, la mujer pasó la palma de la mano frente a su rostro y susurró: «Te libero».

De golpe, todas las conversaciones y aquellos cuentos que a veces le contaba antes de dormir regresaron uno tras otro. No se dio cuenta de que estaba temblando hasta que se vio envuelta entre los brazos de su tía.

—Me daba tanto miedo que tu padre me prohibiera verte que creí que sería lo mejor. Nunca pensé que te haría daño. Por favor, perdóname tú porque yo no podré perdonarme a mí misma.

Dana se quedó en silencio.

Por fin podía hablar y contarle todo, pero se sentía tan enfada que ya no estaba segura de si podía confiar en ella. Quería culparla de todo lo que había vivido, pero la realidad era que nadie era culpable.

Sus recuerdos no volvieron por esas historias que ella le contaba, lo hicieron el día en que conoció a Jarek. Aquello debía significar algo, pero si ponía sus pensamientos en voz alta se harían reales y no quería eso.

Una parte de ella, la parte que intentó dejar a un lado desde que él regresó, le decía que no era una coincidencia que Jarek tuviera los mismos ojos de Radolf ni que sus recuerdos volvieran cuando lo conoció. Tampoco era normal que al tenerlo cerca todo ese amor que sintió como Endora, lo volcara en él. El vínculo de compañeros les daba una atracción inmediata, pero ese sentimiento… No, no era normal que ella amara de esa forma a su compañero cuando ni siquiera lo conocía.

Se había intentado engañar y decirse que no era así, que solo era atracción, pero no era más que una mentira que se decía para no sentirse tan vulnerable. Quería hablarlo con su tía, contarle sus miedos. Por desgracia, decirlo en voz alta era hacerlo real.

Si Jarek era la misma persona que la traicionó, ¿quién le aseguraba que no volvería a dañarla? ¿Y si solo quería terminar el trabajo que comenzó?

—Dana, ¿podrás perdonarme? —insistió su tía sacándola de sus pensamientos.

Cerró los ojos unos segundos para darse fuerza y, cuando volvió a abrirlos, estaba dispuesta a marcharse sin responderle, pero la tristeza de Emma la detuvo y acabó por asentir.

—Está bien, solo tengo dos condiciones.

—Lo que sea —dijo con rapidez.

—Nunca más vuelvas a usar tu magia para manipularme.

—No puedo prometer que no usaré más magia en ti porque debo enseñarte a usarla, pero sí prometo que jamás volveré a mentirte o a ocultar nada. No más secretos entre nosotras —accedió y frunció el ceño cuando Dana esbozó una sonrisa—. ¿Y la otra condición?

—No vuelvas a llamarme tatarabuela si no quieres convertirte en una bola de fuego. Te recuerdo que ahora la vieja eres tú. —Emma entreabrió la boca con lentitud, como si no pudiera procesar lo que acababa de decirle y los ojos se le llenaron de lágrimas. Su tía intentaba que las

palabras le salieran, pero cada vez que quería emitir un sonido volvía a apretar los labios. Dana le agarró el rostro entre sus manos, se acercó y le besó la frente con delicadeza—. Gracias por liberar Endora, pero las dos tenemos que dejarla ir, tía. Los recuerdos me están matando poco a poco y no puedo continuar de esta forma. —Su tía asintió varias veces sin dejar de llorar—. Ya no soy ella, no quiero serlo. Endora solo vivió traición y dolor. Desde hoy dejaré el pasado atrás, solo quiero ser Dana. Tengo una familia que me quiere y un nuevo compañero, no me obligues a revivir el pasado. No puedes imaginar el dolor que se siente cuando tu mate te rechaza e intenta matarte, es algo por lo que no quiero volver a pasar.

—No te obligaré, solo deseaba que fueras feliz, que tuvieras otra oportunidad. —Su tía le acarició la mejilla y pudo ver la culpa en su mirada—. Tu padre siempre tuvo razón. Esos recuerdos debieron quedarse enterrados. Ahora Radolf y tú tienen una nueva…

—¡No se te ocurra decirlo! ¡Él no es Radolf! No lo es, me niego. El dolor que me provocó me ha perseguido durante dos siglos y no permitiré que me destruya de nuevo. Lo odio por lo que me hizo y lo odiaré hasta el día de mi muerte.

—Pero no fue así, hija, ¿qué tanto recuerdas?

—Pero nada, tía. Endora murió y con ella también murió ese hombre. No le dejaré tener más poder sobre mí. Hoy comenzaré una nueva vida y Radolf será parte del pasado. —Se soltó de su agarre para marcharse, no quería enfurecerse de nuevo, pero la ira era un sentimiento que la había acompañado por demasiado tiempo.

Solo se aplacó cuando Jarek apareció y mientras él estuviera a su lado ella podría ser feliz.

—Nunca te escuché hablando de él con tanto odio —susurró Emma y la obligó a apretar sus manos y clavarse las uñas en la palma—. Endora lo amó tanto, incluso…

—¡No soy Endora, nunca más, entiéndelo! Soy Dana y esta nueva parte de mí no volverá a arrastrarse por un hombre que la traicionó e intentó matarla.

Su tía jadeó al escuchar su grito cargado de frustración y corrió tras ella cuando comenzó a alejarse.

—No te marches así, debemos hablar. No fue así, él no quiso hacerte daño. —La carcajada cargada de sarcasmo escapó de su pecho de forma involuntaria.

—No quiero escuchar más. De hecho, lo mejor será que incluya una tercera condición para perdonarte. —Emma se tensó—. No volverás a hablarme de él, nunca más. Prométemelo.

—Hablemos una vez más y no volveré a mencionártelo, solo esta vez, necesitas saberlo todo.

—Sé lo suficiente, ahora prométemelo o te juro que no volveré a hablarte.

—Está bien. Lo acepto porque entrometerme solo te provocó daño. No volveré a mencionar nada sobre tus recuerdos ni a hablarte de él.

Odiaba atacar de esa forma a su tía, pero ese día se uniría a Jarek y no lo dañaría con el recuerdo de otro hombre por mucho que su corazón todavía latiera por él. Olvidaría a Radolf para siempre.

—Gracias. —Miró al cielo y vio la oscuridad cubriéndolo. Ya era de noche y aún estaba escondida discutiendo con su tía—. Debemos regresar, seguro mi compañero ya está aquí y nos estarán buscando.

Se alejó con rapidez y supo que Emma la seguía porque escuchaba su respiración acelerada al

intentar seguirle el ritmo. Dana sabía que Jarek no había llegado, si lo hubiera hecho sentiría su presencia y no era así.

Se mezcló con el resto de la manada e intentó no volver a pensar en aquella conversación. Al menos, le había servido para tomar una decisión sobre su futuro y eso la dejó más tranquila.

Las horas continuaron pasando y con el paso del tiempo llegó la madrugada. El ánimo de su manada comenzó a decaer y empezaron a retirarse a sus casas poco a poco. Todos habían llegado a la conclusión de que no habría ceremonia esa noche, por más que ella intentaba negarlo.

¡Qué se marcharan! Ella lo esperaría porque Jarek se lo había prometido. Cuando ya solo quedaba su familia a su alrededor, Dana se acercó hasta el portón que daba entrada a la manada.

El silencio era incómodo, todos evitaban hablar frente a ella y sabía lo que pensaban sin necesidad de que lo dijeran en voz alta.

—Me lo prometiste —susurró cuando pidió que abrieran la puerta y la dejaran salir para esperarlo—. Dijiste que volverías a mí y no lo hiciste.

No obtuvo respuesta, solo el sonido de la brisa nocturna la acompañó.

Dana se quedó allí, de pie, observando la oscuridad entre los árboles a la espera de verlo aparecer, pero él nunca lo hizo. Al amanecer y, evitando que las lágrimas se le derramaran por las mejillas, entró a la manada y miró a su familia que tampoco había dormido por acompañarla.

—Dime que lo mate y lo haré —gruñó su padre y ella negó con la cabeza.

—No es necesario, papá. Solo quiero que hagas algo por mí.

Ethan se acercó a ella, le colocó el pulgar bajo el mentón para que lo mirara a los ojos y dijo:

—Lo que sea que te haga sentir mejor. —Dana se mordió el labio inferior y tomó valor para explicarse.

—Deseo marcharme con mi tía Emma y mi tío Asher a vivir a Silvershade.

—Pero eso no es necesario, hija. Si temes que él regrese con alguna excusa, estará muerto antes de que ponga un pie cerca de la manada. Te lo juro por mi vida, no volverá a acercarse a ti. Puedes quedarte en casa.

—No es eso, papá y tampoco quiero que le hagas daño. Quiero marcharme para aprender más sobre mi magia y eso solo lo puedo hacer junto a mi tía.

Su tío Asher, que estaba escuchando la conversación, se acercó a su padre y le colocó una mano sobre el hombro.

—Estaremos encantados de recibirla, Ethan. Tampoco sabemos si Garrick guardará el secreto de Dana. Sabes que con la magia de Emma mi manada es infranqueable, estará más segura allí. —Su padre gruñó y las garras emergieron de sus manos, pero no atacó a su tío.

—Por una vez tengo que darte la razón. No solo tengo miedo de que la quieran usar para aumentar su poder, también me asusta de que la vean como una amenaza y se unan para hacerle daño.

—¿De qué están hablando? ¿Más secretos? —preguntó y miró a Emma que agachó la cabeza.

—Cariño —dijo su madre, apareció a su lado con tanta rapidez que estuvo a punto de dar un grito—. Sabes que tu tía logró que los licántropos se unieran y dejaran de trabajar por separado para hacerlo en conjunto. Gracias a eso disfrutamos de paz y no hay razón para pensar lo

contrario, pero queremos ser precavidos.

Dana continuaba sin comprender y su expresión debió ser muy convincente porque su tío Asher volvió a hablar.

—Un híbrido no es algo común y tú eres uno, hasta el momento eres la primera que se conoce y ninguno de nosotros sabemos el alcance de tu poder. No solo tienes tu magia para protegerte, también tienes la fuerza de un licántropo y todo sus beneficios. Sin un com… —Su tío se detuvo y miró a Emma pidiendo auxilio.

No necesitó que acabara su frase, ella entendió. Sin su compañero, cualquier licántropo sediento de poder podría intentar aprovecharse de ella para obtener el beneficio de tenerla a su lado.

Agradecía que se preocuparan por su bienestar, pero no era tan estúpida.

—Entonces, más a mi favor. Iré a vivir a Silvershade para que mi tía termine de enseñarme a usar mi magia. Nadie mejor que yo misma para protegerme porque ya quedó claro para todos, nunca tendré un compañero. Iré a recoger mis pertenencias.

Dana se alejó de ellos y sintió que las lágrimas tomaron su propio camino y se negaron a mantenerse en su lugar. Las pequeñas gotas saladas se convirtieron en sollozos apenas llegó a su habitación y cayó arrodillada en el suelo.

Dolía tanto que fue incapaz de continuar mintiéndose a sí misma.

En esa posición, alzó el rostro y miró al techo como si allí estuviera la imagen de ambos hombres y pudiera gritarles el dolor que le provocaban.

—Dos vidas, dos oportunidades y en ambas ocasiones me dañaste. —Jarek era Radolf, no podía seguir negándolo—. Pero no habrá una tercera, hoy mataré cualquier sentimiento por ti.

Colocó la mano sobre su corazón y comenzó a recitar:

«Frío eterno, envuelve mi alma y congela el dolor. Sella mi corazón para no volver a sentir. Que el hielo congele mi esencia y el dolor no me alcance. El frío me envolverá como un sudario de nieve y nadie más podrá penetrar esta barrera. Invoco el poder del hielo eterno, nunca más volveré a sentir».

Cuando terminó de recitar, solo el calor que emergía de su mano colocada sobre su corazón y el brillo de su magia, fue prueba suficiente de que el conjuro había hecho efecto, pero si necesitaba más pruebas, la única lágrima solitaria que quedó en su mejilla estaba congelada.

Ya no sentía dolor. El amor se había desvanecido y tanto Jarek como Radolf se convirtieron en un recuerdo lejano que ya no le provocaba nada. Recogió sus pertenencias más necesarias con calma y, cuando fue a encontrarse con su familia, descubrió que por ellos tampoco sentía nada.

Había perdido su capacidad de amar, pero no le importaba.

CAPÍTULO 15



Cuando Dana terminó de recoger sus pertenencias y salió de su habitación, toda su familia se encontraba en la sala. Los susurros llegaron a sus oídos, pero eran tan tenues que ni su audición de lycan la ayudó a escuchar lo que decían. Tampoco hacía falta escucharlos para saber que hablaban de ella.

En cuanto se presentó en la sala y sintieron su presencia, notó las miradas de preocupación mezcladas con lástima. Lástima deberían sentir por Jarek, si volvía a verlo, en esa ocasión, no se marcharía llorando y herida. Acabaría con su vida como él acabó con lo poco que quedaba de su alma.

—Hija —susurró su madre e intentó levantarse de la silla para acercarse a ella, pero Dana la detuvo.

—¿A qué vienen esas caras? ¿Acaso murió alguien? Si no es por eso, no veo otro motivo para que me miren así. —Todos se tensaron al escucharla y miraron al suelo como si no fueran capaz de enfrentarla. Todos, menos Emma.

Su tía la miraba con intensidad. Con esa forma de evaluar tan propia de ella que parecía leerte tan profundo que podías sentir como si te acariciara el alma. Estaba usando su don de empatía para leerla y no pudo evitar gruñir en respuesta.

Sin necesidad de hablar, vio en sus ojos que había una pregunta que flotaba en el aire. Su tía se preguntaba qué había hecho. Dana alzó una ceja y esbozó una sonrisa juguetona. Entre brujas tan cercanas como lo eran ellas, podían notar esos cambios sutiles que la magia provocaba.

No se avergonzó de lo que había hecho, al contrario. Se sentía mejor que nunca.

—Todavía no murió nadie —masculló su padre en voz baja—, pero en cuanto lo tenga de frente su cabeza colgará de una pica.

—Eso no será necesario, él me hizo un favor al no venir. —Dana apretó los dientes y se clavó los colmillos en el labio. No sentía, nada le dolía ya, incluso esas personas que estaban frente a ellas y eran su familia parecían desconocidos, pero su loba se resistía ante la idea de que su padre dañara a Jarek—. Si la loba se resiste habrá que aniquilarla —murmuró cada vez más molesta.

—¿Qué has dicho? —preguntó, su madre.

—Nada, que es hora de marcharse, ¿no?

—Hablemos —dijo Emma y se levantó de la silla con rapidez.

—¿Hablar? No creo que sea necesario, tía. ¿Nos vamos? Estoy deseando perder de vista esta manada. —El jadeo de su madre y la mirada herida que le dedicó no la hizo sentir culpa.

Al contrario, el dolor era bastante agradable cuando se provocaba en los demás. De nuevo su loba, se resistió a ese pensamiento.

Odiaba haber nacido como híbrido, si fuese solo una bruja todo sería más fácil.

Su tía y Asher se miraron y parecían mantener una conversación privada en sus mentes. Su padre, en cambio, se mostró molesto por su comentario.

Mala suerte para él, no pensaba cambiar de opinión.

—La manada no tiene culpa de lo que ha ocurrido, Dana. No sé por qué te comportas de esa forma. Tú no eres así.

—Corrección —interrumpió—. Yo no era así, pero la Dana que conocías ya no…

—¡Hagamos un intercambio! —gritó Emma antes de que pudiera continuar y expulsar más veneno. Había desterrado el amor de su corazón, pero el odio y la ira estaban más presentes que nunca. Sabía que su tía podía sentirlo. No dejaba de enviarle su magia para calmarla, pero ella la expulsaba—. Con Dana en la manada estaré muy ocupada enseñándole magia la mayor parte del día. Yo me ocupo de vuestra hija y ustedes se ocupan de los míos.

—No creo que eso sea buena idea, pequeña —susurró Asher y Emma lo ignoró.

—Es una excelente idea —dijo y se dirigió hacia ella. En cuanto estuvo a su lado murmuró para que solo Dana la escuchara—. Sé bien lo que has hecho, ¿acaso estás loca? Nos persigue un legado de oscuridad, solo el amor nos mantiene en la luz.

Dana miró a Emma desde su altura con altanería. Su tía era pequeña, después de sus embarazos su figura se había tornado más curvilínea, pero continuaba siendo menuda. Su rostro se mantenía joven, aunque su mirada mostraba otra cosa.

Ella siempre respetó y admiró esa sabiduría que daban los años. Antes del hechizo, se habría avergonzado y se disculparía por actuar por impulso, pero ya no era la misma. Tras desterrar el amor de su corazón veía todo más claro. Si alguien tenía que bajar la mirada y obedecer no era otra que su tía.

¿Reina? Ja, reina de la nada. El título se le había subido a la cabeza, pero ya le enseñaría ella a someterse a alguien superior. Tiempo al tiempo, por lo pronto, cedería. Debía obtener sus grimorios, esos malditos recuerdos se centraban en su inútil historia de amor y no en lo esencial, su magia.

Odiaba tener que aprender todo de nuevo.

—Loca estuve por soportar los recuerdos, querida tía. Después de hacerlo estoy mejor que nunca.

Emma miró a su compañero de reojo, todos estaban con la vista clavada en ellas cuando la bruja masculló una maldición, la agarró del brazo con tanta fuerza que le dejó las uñas insertadas en la carne. Antes de que pudiera soltarte, la bruja cerró los ojos invocando su magia y desaparecieron.

Cuando sintió que su cuerpo de nuevo le pertenecía, lo primero que hizo fue doblarse, sujetarse el vientre e intentar expulsar la bilis que se le atascó en la garganta. Jadeó en busca de aire y tosió hasta que sus pulmones lograron funcionar de nuevo.

—¡¿Por qué lo hiciste, bruja del demonio?! —gritó, enfurecida—. Deberías haberme avisado. No me dio tiempo ni de respirar.

Su tía se encogió de hombros y la miró sin mostrar culpa.

—Asher no me lo habría permitido, tenía que ser rápida.

Observó a su alrededor sin saber dónde se encontraban. Estaban rodeadas de abetos negros que se alzaban en columnas hacia el cielo. La niebla se cernía por el suelo y creaba un velo fantasmal que envolvía la arboleda.

Era un paisaje hermoso, aunque un poco tétrico.

Los pocos rayos de sol se filtraban a través de las ramas y las hojas le daban un aspecto más lúgubre. Dana sintió un escalofrío al ver el ceño molesto de su tía. ¿Por qué la había llevado hasta allí? En ese instante, recordó cuando Emma le pidió a su padre que se quedara al cuidado de sus hijos.

Su tía pensaba que era peligrosa y eso no le convenía.

Quizá era cierto, desde que había congelado su corazón no era capaz de sentir algo bueno. Solo el odio y la ira parecían permanecer en su interior, pero el amor, el miedo y el dolor, eran cosa del pasado.

Tal vez sí debían temerla, alguien sin nada que perder podía ser peligrosa, pero debía disimular si quería volver a recordar el uso de su magia.

No evitó que su boca se curvara en una sonrisa cínica, las ganas de dañar eran mayores a su deseo de tomarse su tiempo.

—No me digas que me trajiste aquí para luchar. ¿Quieres matarme, tía? —Abrió sus manos y de ella salieron un par de chispas. Su fuego estaba deseando emerger—. Sería más divertido si me hubieras enseñado más, pero no te confundas, no seré fácil. Recuerda que mi magia no es sanadora, yo soy una guerrera.

Sintió a su loba gruñir dándole la razón, pero no la dejaría tomar el control porque la muy incauta continuaba teniendo sentimientos. Al contrario de ella, su parte lican no se había rendido ante el hechizo.

Dio un paso hacia Emma y sus pies se enterraron en el suelo blando y húmedo. Su tía la miraba con la expresión horrorizada y los ojos plateados tan abiertos que podrían salir de sus cuencas oculares.

—¡¿De qué estás hablando?! —gritó con una voz aflautada. Dana se sorprendió cuando en lugar de extender sus manos para atacar, su tía cruzó los brazos sobre el pecho quedándose vulnerable—. ¿Piensas que te traje aquí para dañarte? ¡Estás loca, nunca te dañaría! Eres como una hija para mí.

—Tal vez sí estoy un poco loca, no sería la primera vez que lo pienso o que los demás lo piensan. La pobrecita Dana que no habla con nadie, que se desmaya y no despierta, la que se aleja de todos, la inútil y débil Dana —se burló de sí misma—. Puede que sí esté loca y te lo debo a ti, querida tía. Por tu culpa no fui capaz de hablar en todos estos años, vieja bruja y ahora me miras con ese aire de superioridad. ¡Yo te creé, eres una bruja poderosa gracias a mí!

Escuchó el momento exacto en que la respiración de Emma se entrecortó y los ojos se le humedecieron. Dana esperaba rabia, no que la tristeza de su tía la envolviera hasta darle ganas de vomitar.

—No —jadeó—, nunca quise hacerte daño, hija. Sabes que… ¡¿Cómo me has llamado?! —bramó, encolerizada.

Eso estaba mucho mejor. Rabia, ella podía lidiar con esos sentimientos, estaba llena de ellos.

Dana colocó su palma abierta hacia arriba y una bola de fuego apareció sobre ella.

Emma podía provocar fuego, pero no sabía manejarlo y no tenía la misma potencia que el suyo. También poseía el poder de la tierra y era una excelente sanadora. Su don de la empatía era incluso más temido que su facilidad para usar los recursos naturales a su favor. Con su facilidad para manipular los sentimientos de las personas podía llevarlos a hacer lo que deseara.

En cambio ella, podía sanar, pero no era su punto fuerte. El fuego fue lo primero que se manifestó en su magia y aprendió a dominarlo. Al igual que su prima, también podía manipular la electricidad y el viento, pero aún debía aprender a manejarlo sin destruirse a sí misma.

—Te llamé vieja bruja, ¿te molesta, anciana? —Lo más sensato habría sido no provocarla y esperar.

Sabía bien que su tía podía vencerla en esos momentos, pero cuando los demás sentimientos se marcharon solo quedó ese vacío que se llenaba con ira. Necesitaba dañar a alguien y la bruja entrometida era la única frente a ella.

Emma dio un paso atrás como si hubiera recibido un golpe y se llevó la mano al corazón. Dana sintió un momento de satisfacción, como una caricia amorosa que aplacaba ese tormento de furia que se había instalado en su interior. Alzó una ceja, con ironía y movió la bola de fuego entre sus dedos. Aquello se sentía bien, podía notar la magia recorrer su cuerpo y llenarla de poder, un poder destructivo.

Estaba a punto de volver a provocar a su tía, cuando la mujer dio un paso al frente y sonrió de forma fría y calculadora.

—Tata-tata-tata-tata y mil tatas más, tatarabuelita. Eso te hace mucho más vieja que yo, bruja rencorosa —gruñó—. Podrás tener un cuerpo joven, pero pasaste de ser una reliquia antigua a ser una niña mimada que se echa a llorar y tiene que congelar su corazón porque no puede soportar un poco de dolor. Endora nunca…

—¡No soy Endora, maldita seas, deja de mencionarla! —gritó y le lanzó la bola de fuego.

Su tía se la devolvió y la hizo estallar a su pies. Antes de que sintiera el calor, Emma la empujó con su magia y su cuerpo voló hacia atrás hasta chocar con el tronco de un árbol. Sin darle tiempo a reaccionar, las lianas salieron de los árboles y le ataron las manos y las piernas dejándola colgada a un metro por encima del suelo.

Emma la miró desde su posición con un aire de suficiencia. Después, chasqueó los dedos y la dejó caer sin ninguna ceremonia. Dana masculló una maldición al golpearse y la miró con odio. Acababa de humillarla.

¡Odiaba no poder recordar su aprendizaje! Pero su odiosa mente parecía solo querer perpetuar el recuerdo de Radolf y no el más importante, su magia.

—Si hubieras sido Endora me habrías dado más batalla, pero, como no lo eres, siento informarte de que todavía te queda mucho que aprender para poder enfrentarte a mí. —Su tía la levantó del suelo con su magia y la obligo a enderezarse y mirarla a los ojos—. Mi abuela jamás habría tomado una decisión tan cobarde. Ella era fuerte, sincera, de buen corazón y nunca haría un conjuro tan peligroso. ¿Es que no entiendes que lo único que nos mantiene en la luz es el amor? Si lo pierdes, serás igual que tu pad… Que el padre de Endora. Tienes mucha razón, Dana, no eres ella. Eres mi sucesora y como tal me debes respeto. Soy la matriarca de nuestra

familia y también tu reina, que no se te olvide.

—¿Algo más? ¿Te beso los pies, mi reina? ¿Tal vez un masaje? —se burló.

—No, gracias, aunque un masaje no me vendría mal. ¿Te obligo a arrodillarte, querida sobrina? —Fingió mover su mano.

—No te atreverías, ¡soy tu abuela! ¡Respétame! —La carcajada de Emma resonó en sus oídos y dejó de sentir la presión de la magia sobre ella.

La acababa de liberar.

—Recuerdas quién eres cuando te conviene, ¿verdad? Vieja bruja, siempre dando problemas. —Dana quiso recordarle que la vieja era ella, pero Emma la silenció—. ¡Ya basta! No voy a perder más tiempo. No te traje aquí para discutir y menos para hacerte daño, mira hacía allá. —Señaló a varios metros frente a ellas—. Supongo que se acabó eso de acercarnos como personas civilizadas y pedir que el alfa Kael nos reciba. Sintieron nuestra magia, espero que no nos tomen como enemigas y, si lo hacen, que no sean demasiados enemigos.

Cuando prestó atención a lo que su tía le decía, comenzó a tensarse al sentir que no estaban solas en ese bosque. Olía a lobos.

A muchos de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó y su loba la impulsó a colocarse frente a su tía.

Estúpido animal, ¿cómo se atrevía a sacrificarse para proteger a la bruja mediocre?

Puede que no lograra encontrar en su interior el amor que siempre profesó hacía ella, pero una parte a la que no lograba acceder, se sentía obligada a protegerla.

—La manada de tu compañero, te traje hasta aquí para que averiguaras por qué no apareció y si se lo merece… No me opongo a que comiences una guerra, te apoyaré. Te ayudaré a destriparlo incluso. También lo disfrutaré —tras decirlo, susurró: «Asher va a estrangularme cuando regrese, si es que regreso. No estaba en mis planes provocar una guerra».

—Comienzas a ser digna nieta mía, puede que no seas tan desechable como pensé al principio —murmuró justo antes de verse rodeadas de lobos.

—Oh, cállate —graznó en el mismo momento en que varios lycans comenzaron a emerger de entre los árboles.

Uno de ellos iba al frente, era más grande que el resto y su pelaje rojizo junto a sus ojos azules hicieron que su corazón se saltara un latido. Se sintió retroceder al pasado, a otra vida y, de la misma forma en que su mente intentó regresar a otro tiempo, su cuerpo trastrabilló varios pasos hacia atrás.

Emma la sostuvo y tiró de ella para arroparla a su lado. Su presencia y la forma en que le tocaba el brazo, impidieron que se recluyera en un mundo al que ya no pertenecía. Sacudió la cabeza como si quisiera sacar los recuerdos para siempre de su mente y permitió a su loba lanzar un gruñido amenazante.

El sonido fue profundo y peligroso. Su tía le pellizcó el brazo para detenerla y la amonestó con la mirada.

—Son demasiados, si estuvieras mejor preparada tal vez podríamos hacerles frente a todos, pero no sin daños —susurró—. Será mejor que te calmes y me dejes hablar.

Dana apretó la mandíbula con tanta fuerza que podría haberse roto un par de dientes.

—Es igual a él, pero no huele a él —murmuró, refiriéndose al alfa que se alzaba orgulloso frente a su manada.

—Se habrá puesto perfume, no seas tan quisquillosa —la escuchó murmurar.

—No te burles, sabes a lo que me refiero. ¡Céntrate, bruja! Si fueras un lobo podrías notar esas cosas.

—Habla la que se pone a gruñir como un animal salvaje. Disculpa que esté nerviosa y que quiera que todas mis partes permanezcan unidas a mi cuerpo. Amo mi cuerpo y quiero que mi compañero tenga todas mis partes unidas para que pueda continuar tocándolo. —Su tía dio un paso al frente y los lobos, que se mantenían en silencio observándolas, comenzaron a gruñir y a colocarse en posición de ataque—. Observa y aprende como se debe actuar —susurró para que solo ella lo escuchara y se dirigió a la manada—. ¡Soy vuestra rei…!

—¡Brujas! ¡¿Qué hacen en mi territorio?! —bramó el lycan que le erizaba la piel por su parecido al lobo de Radolf.

Emma se mantuvo en su lugar, pero pudo ver un imperceptible movimiento en sus manos. Estaba nerviosa y a punto de usar su magia para atacar. Los lobos comenzaron a cercarlas, ellos podían sentir la tensión en el ambiente y sus fauces abiertas y amenazantes no auguraban nada bueno.

—Santo Dios, ¿recuérdame por qué te traje hasta aquí? Yo ya me olvidé.

—Me trajiste porque te encanta entrometerte en la vida de los demás. Ahora, usa tu empatía y haz que esos lobos dejen de gruñirnos. A no ser que quieras que haga una barbacoa con ellos, tengo un poco de hambre.

—Son demasiados —masculló—. Si hago eso gastaré mucha energía y quizá no pueda llevarnos de vuelta.

—¡Dejen de hablar y contesten! ¡¿Qué hacen en mi territorio?! —Dana bufó, molesta por tanta insistencia y se colocó junto a su tía.

Solo por esa ocasión, la apoyaría. Al final, estaban en el mismo barco y ninguna quería acabar hecha trocitos. Ella también podía ser dulce y buena diplomática si se lo proponía.

—Qué pregunta tan estúpida —dijo—, hacemos turismo suicida, ¿a ti qué te parece, lobo tonto?

—¡Dana! No es momento para ser Endora. —Su tía se llenó los pulmones de aire y mostró una mueca extraña que se asemejaba a una sonrisa, pero daba escalofríos—. Lo que mi sobrina quiere decir es que buscamos al alfa Kael y a su compañero Garrick. —La señaló.

Habría dado saltos de alegría por ver a su compañero, lástima que su tía no supiera que no era Garrick sino Jarek el desgraciado al que quería incinerar.

Los lycans miraron al alfa y muchos de ellos bajaron la cabeza. El ambiente se impregnó de un sentimiento de tristeza que hizo gruñir al lobo rojizo.

—¡El alfa Garrick soy yo y no tengo ninguna compañera, bruja! Ahora hablen de una vez, ¿qué hacen en mi territorio? O pueden callar y morir.

—Por supuesto, prefiero hablar. Asher siempre me dice que soy como loro. Cuando comienzo no puedo detenerme. ¿Qué tema de conversación les gustaría? Supongo que la brujería no entra en sus temas de interés y yo soy más de hablar sentada, frente a algo de comer. La agresividad

me da hambre y aquí se siente mucha. Vamos a cambiar eso. —Emma empezó a usar sus dones empáticos y los lobos comenzaron a moverse, nerviosos. Intentaban luchar contra lo que ella les hacía sentir sin mucho éxito—. Alfa Garrick, ¿no me recuerdas? Hablamos hace siete años cuando visitaste la manada de mi hermano, nos gustaría hablar con tu padre. Quizá él me recuerde mejor.

Unas gotas de sudor resbalaban por la sien de Emma. Mantener la agresividad de los lycan bajo control le estaba costando demasiado esfuerzo y no soportaría mucho tiempo así.

Su tía pensaba que Garrick era su compañero, pero ella sabía bien que no lo era. Incluso, si Jarek no le hubiera confesado la verdad, lo sabría por su olor. Era casi idéntico, pero no enloquecía a su loba.

—También podemos ir a la parte a la parte de la muerte si continúan amenazando a su reina —pronunció Dana con demasiada calma. No sentía nada al estar rodeada de aquellos lobos que amenazaban su vida, al contrario, le encantaría provocar un poco de daño, pero sabía cuándo una batalla no era equilibrada—. ¡Estamos aquí para hablar con el alfa Kael y cualquier ataque a la reina y a la sobrina de la reina será considerado como traición! En especial a la sobrina de la reina, o sea, yo. A ella la pueden golpear…

—Dana —murmuró su tía con la mandíbula tensa.

—Ese es mi nombre —respondió con una sonrisa que pudo parecer adorable, pero no era así.

Los lycan miraron a su alfa a la espera de órdenes, pero este tenía la vista clavada en ella. Garrick parecía estar hablando por el enlace mental con el lobo que se encontraba a su lado. Cuando terminaron aquella silenciosa conversación, ambos asintieron llegando a algún tipo de acuerdo.

—¡Regresen a la manada! —ordenó a sus hombres y los dejó confundidos—. ¡Ahora!

Los lobos comenzaron a retirarse y Emma suspiró cuando por fin pudo dejar de usar su magia.

Garrick abandonó su forma de lobo y, cuando se presentó frente a ellas como un hombre, no pudo evitar que su vello se erizara. No sabía si de aprehensión o era su cuerpo reaccionando al parecido con Jarek.

Ambos eran igual de atractivos y no tuvo ocasión de desnudar a su compañero, pero si eran iguales también en el resto del cuerpo, lo que veía no estaba nada mal. Esos lobos podrían ser unos traidores, pero podía rememorar alguna imágenes excitantes de lo mucho que podía divertirse con ellos.

Renunciar al amor era una cosa, pero viendo aquel panorama tan grande y grueso, se le pasó por la mente que no tendría por qué renunciar a otras cuestiones. Garrick no estaba nada mal y no lo odiaba, eso era un punto a su favor. Sería como estar con Jarek y podría quitarse esa espinita…

Aquello la enfureció. No quería sentir nada por ese estúpido lobo, ni siquiera deseo, menos usaría a su gemelo para aplacar lo que aquellos besos le provocaron.

—Madre de Dios —rugió su tía—, sigo sin acostumbrarme a estas cosas, cosotas enormes más bien. No te faltará leña en invierno, hija, porta un buen hacha. Estarás bien alimentada. —Después, miró al cielo como si hablara con la diosa—. Perdóname, Asher, pero no puedo evitar ser nieta de mi abuela.

—¿Qué? —preguntó, Dana, fingiendo que no entendía lo que le decía. No quería que Emma se

percatara de que aún había un poco de debilidad en su corazón.

Su tía negó con la cabeza y le quitó importancia.

—Nada, locuras de una vieja bruja.

—Hasta que reconoces que eres vieja, arpía.

Se callaron en el momento en el que Garrick se plantó frente a ellas sin pudor y la miró a ella con intensidad.

Por la diosa, era igual a Jarek y si su compañero le hubiera lanzado esa mirada que prometía varias camas rotas, se habría carbonizado a sí misma. En cambio, solo sintió un leve escalofrío y repulsión.

—No las reconocí, me disculpo. No están siendo días buenos y estoy algo distraído. —Su voz, sus ojos bicolores, su cabello corto con destellos caoba, todo era igual a Jarek, menos la forma de mirarla como si ella fuese su mundo.

Su loba gimió en su interior y odió que el sufrimiento la alcanzara.

Garrick intentaba ocultar que estaba nervioso bajo aquella máscara de seriedad y aquellas miradas acaloradas, pero ella podía notarlo.

—Estuviste hace dos días en la manada de mi hermano, a no ser que te dieras un golpe en la cabeza y perdieras la memoria, deberías acordarte de tu compañera, la misma que dejaste esperando cuando acordaste que se unirían ante la diosa. —Emma estaba muy molesta y de nuevo una chispa de calor envolvió su congelado corazón.

La apartó enseguida antes de que se apoderara de ella y miró a ambos a la espera de una explicación.

—Ah, sí, lo que ocurre… —No terminó de hablar. En lugar de eso, miró al lobo que se había quedado a su lado como si buscara alguna respuesta que lo salvara.

Querían fingir calma, pero bajo esa máscara que fingía amabilidad, había hostilidad y Dana creyó saber por qué. No se marcharía de allí sin averiguarlo.

—Lo que ocurre es que él no es mi compañero, tía, mi compañero es su hermano gemelo. —Emma se sobresaltó y Dana le lanzó una mirada que le dijo sin palabras que se callara—. Estoy buscando a tu hermano Jarek. ¿Dónde está? Tenemos asuntos pendientes.

Pensó, de forma errónea, que sus palabras calmarían la tensión, pero fue todo lo contrario. Garrick engrosó su cuerpo y se veía a punto de transformarse y atacarlas. Le pareció escuchar que el lobo que lo acompañaba le decía: «No puedes hacerlo, es la reina» y el alfa masculló una maldición antes de detenerse.

—Jarek dejó de ser mi hermano el día en que asesinó a mis padres, fue desterrado por su delito y condenado a morir a manos de las alimañas. Siento si estoy a la defensiva, pero esa alianza que quisieron formar destruyó a mi familia. Mi gemelo no estaba de acuerdo con que tú y yo nos uniéramos. Él discutió con mi padre y cuando regresé… —Dana notó como las palabras parecían atragantársele, como si no le hubiera dado tiempo a creerse la mentira—… los había asesinado.

—Qué horror —susurró su tía y Garrick asintió dándole la razón. Incluso, se atrevió a parecer triste, pero todo era falso. Podía oler una mentira a kilómetros y ese lobo estaba muy cerca como para que la engañara.

Dana lo observó sin poder creer lo que escuchaba. Había verdad en su discurso al menos una

parte, pero el resto no era más que alguna excusa. Se disponía a descubrirlo cuando recordó la promesa de Jarek. Él le dijo que lo arreglaría, que solucionaría el problema… Su solución fue matar a su familia. ¿De qué se sorprendía? ¿Acaso no intentó hacer lo mismo con ella aun estando embarazada de sus cachorros?

Tal vez lo que ella creía que era una mentira era la impotencia por haber perdido a su familia.

El dolor de su loba se manifestó con fuerza al escuchar que su compañero estaba muerto, era tan fuerte que le costaba mantenerla oculta y no dar rienda suelta al rechazo que sentía ante esa información. Agradecía al hechizo que lanzó sobre sí misma, de otra forma dudaba que lograra mantenerse en pie y en aquella actitud distante y fría.

—Asunto solucionado —terminó por decir y se sacudió las manos quitándole importancia—. Ahora ya sabemos por qué no se presentó, los muertos no pueden unirse ante la diosa y yo necesito a alguien de carne y hueso, sobre todo carne. —Echó una nueva mirada al cuerpo desnudo del que iba a ser su cuñado y arrancó ese pensamiento de su mente—. Fue un placer conocerte, Garrick. —Lo miró desde la cabeza hasta los pies de nuevo y se detuvo unos segundos de más por debajo de su cintura—. Es un placer conocerlos «a ambos», un gran placer. —Carraspeó para aclararse la garganta antes de continuar hablando—. Lo sentimos mucho y todas esas cosas que se dicen en estos casos. Vámonos, tía, ya quiero llegar a la manada.

—Dana —murmuró su nombre, abochornada—. Lo siento. Mi sobrina está… Perturbada por lo que acaba de escuchar. Regresaré con mi compañero para ofrecerles nuestras condolencias y apoyo. Cualquier cosa que necesiten no dejen de informarnos.

—No será necesario —se apresuró a decir Garrick con un gruñido molesto y dio un paso al frente demasiado amenazante—. No me gustaría que lo ocurrido saliera de aquí, mi manada no ha llevado bien la pérdida de su alfa y de mi hermano. Jarek sabía ocultar muy bien sus instintos homicidas.

Ella estaba de acuerdo con esa afirmación. Al parecer Jarek había heredado la misma tendencia de matar cuando nadie lo esperaba. Tanto él como Radolf eran iguales y lo mejor que pudo pasarle fue congelar su corazón. Ya haría entender a su loba porque no pensaba quedarse otra vida rumiando el dolor de la pérdida. Ella pensaba aprender de los errores.

—Supongo que lo mejor será que nos vayamos, si mi sobrina no tiene más preguntas, o si quiere visitar su tumba…

—Eso no será posible, los traidores no tienen tumba. Su cuerpo se deja a merced de las alimañas del bosque como ya dije. No queda nada de él —sentenció Garrick y, de nuevo, una parte de ella que la magia no había logrado arrasar, se encogió de dolor.

No podía imaginar el cuerpo de Jarek despedazado, no cuando dos días antes le había hecho promesas de amor. Evitó esos pensamientos y negó con la cabeza.

—Si no puedo darme el placer de matarlo con mis propias manos no me interesa ver ninguna tumba. Siento lo de tu familia, pero tu hermano está muy bien en el infierno. —Vio un destello de algo parecido a la satisfacción en los ojos de Garrick y una sonrisa se le formó en el rostro.

—Tal vez no sea tan mala idea que retomemos los planes para celebrar nuestra unión, al final, es lo que deseaba mi padre y ahora veo que escogió muy bien. Me gusta como piensas, creo que una Luna como tú es algo que no debo dejar escapar.

Dana volvió a repasar la imagen del gemelo de su compañero y, por más que era muy atractivo, no sintió nada, ni siquiera deseo.

—Yo creo que no, pero el tiempo lo dirá.

—Auch, una mujer difícil, me acabas de poner un reto, preciosa.

Su tía carraspeó y ambos la miraron.

—Creo que será mejor que regresemos. —Emma la agarró del brazo con fuerza y en esa ocasión se preparó antes de que usara su magia y desaparecieran.

CAPÍTULO 16



Dos meses después.

Jarek se encontraba sentado sobre una roca mientras observaba el cauce de las frías aguas del río. Cualquiera que se fijara en él, pensaría que se encontraba en calma mientras disfrutaba del sol que le calentaba la piel.

Ese día el cielo estaba despejado, el astro rey brillaba más que nunca y la brisa traía los sonidos de los animales del bosque dando una sensación de paz que era engañosa. Su mente nunca más podría obtener paz, no desde aquel fatídico día en que perdió a su familia y a su compañera.

Cada vez que cerraba los ojos veía la escena desgarradora y sanguinaria que componían los cuerpos destrozados de lo que una vez fueron su familia. Le había costado casi dos meses volver a levantarse tras el intenso castigo al que lo sometió su hermano. La plata había envenenado su sangre y las heridas se convirtieron en una lenta agonía. Estuvo a punto de perder la vida, era lo que habría deseado porque lo que tenía en ese momento no podía llamarse así.

Perdió un ojo y con ello gran parte de su visión. Solo una vez fue capaz de ver su reflejo y aún lo torturaba. La mitad de su rostro estaba surcada por una cicatriz grotesca y su cuerpo no se veía distinto. Las marcas de las garras recorrían cada parte de su torso, espalda y piernas, aunque eso era lo que menos le importaba. De esa forma, todo el que lo viese podría saber lo que llevaba dentro. Su interior estaba tan destruido como lo estaba el exterior.

Jarek era poco más que una carcasa vacía. Su alma estaba muerta.

Sabía que ir cada día a ese lugar y quedarse viendo el agua turbia no solucionaba nada, pero se sentía paralizado y sin saber cómo seguir. La venganza podría haber sido un aliciente, pero ni siquiera eso conseguía darle los ánimos necesarios para continuar con vida. Antes de lo ocurrido, su manada fue todo para él, su único pensamiento iba dirigido a su gente. Al menos, fue así hasta que reconoció en Dana a su compañera y aquellos recuerdos regresaron.

No tenía suficiente con lo ocurrido a sus padres que también debía flagelarse con un pasado que no podía cambiar. Si no recordara, si no supiera el daño que había hecho, puede que intentara reponerse y luchar a pesar de que todo estaba en su contra, pero, después de saber el daño que le hizo a su compañera, tenía muy claro que cualquier cosa que ocurriera con él lo tenía merecido.

Aquello era un castigo por sus errores y debía aceptarlo. La gente como él no tenían finales felices.

La traicionó como Radolf y la traicionó como Jarek rompiendo su promesa. Puede que no tuviera culpa de no haber regresado a ella para su unión, pero podría haberla buscado, enviar a

alguien para explicarle su situación, en cambio, la dejó pensar que la había abandonado. Ella merecía más, no un hombre desfigurado y sin nada que ofrecerle. Había perdido todo y ese era su castigo por todo el daño que cometió.

Ni siquiera merecía esa segunda oportunidad. La diosa debería estar furiosa con él por desaprovecharla y por eso la vida lo trataba de esa forma.

Escuchó unas ramas romperse a su espalda y reconoció el aroma de Vega. Ella era la joven que años atrás salvó de las garras de su gemelo y que le devolvió el favor salvándole la vida ese día.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Si estuviera muerto se habría mantenido al margen de todo lo que descubrió tras lo ocurrido. Se sentía un despojo, inútil, incapaz de mantener a salvo a su manada.

Quiso odiar a su padre por todas las injusticias que cometió con su gente mientras fue el alfa. Su padre mintió y desterró a miembros de su manada y todo por ocultar las andanzas de Garrick. Deseaba aborrecerlo con todas sus fuerzas, pero se aborrecía más a sí mismo por no haberse dado cuenta antes y haber estado tan ciego.

Vega escapó la noche del ataque y lo encontró casi muerto. Tenía un vago recuerdo de la mujer hablándole. Le decía que iría por ayuda y que aguantara.

Para su mala suerte, parecía negarse a morir. Nadie habría soportado aquella tortura, por eso tampoco se molestaron en verificar si continuaba con vida. Que siguiera respirando era un milagro, uno que no deseaba. Esa noche perdió el conocimiento y, cuando volvió a despertar, se encontraba en un campamento que habían formado los lobos desterrados de su manada. El primo de Vega era uno de ellos.

Esa era otra injusticia perpetrada por su padre y por él. Cuando Vega le contó a su primo el intento de violación de Garrick y que él lo había impedido, esperaron algún tipo de castigo hacia su gemelo, pero nada ocurrió. Todo ese tiempo, creyó que el alfa Kael no tenía la menor idea de la verdadera personalidad de su hijo, ¡qué equivocado estaba! Su padre conocía a su hijo mejor que nadie.

Jarek ocultó ese secreto con la idea errónea de que su gemelo no volvería a intentar algo así y que su padre era ajeno a todo y solo le haría daño si hablaba. El que vivió ajeno a la verdad no era otro que él. El primo de Vega enfrentó a Garrick y llegó a oídos de su padre. Este, en lugar de castigar a su gemelo, desterró al muchacho y amenazó a Vega con hacerle lo mismo si se atrevía a volver a mencionarlo.

Lo peor era que no fue el único caso. Aquella pequeña manada de desterrados no eran más que lobos a los que habían destruido por el único motivo de saber la basura que era su gemelo. Un grupo de más de veinte licántropos expulsados de forma injusta para ocultar los actos deplorables de su hermano. Si hubiera sido un mejor alfa se habría percatado de lo que ocurría, pero era más fácil vivir en la mentira.

Cada día tenía que alejarse y pasar horas junto al río porque no soportaba la forma en que lo miraban, como si él fuera su esperanza de regresar a la manada. Lo llamaban alfa con respeto y podía notar lo esperanzados que se sentían conforme sus heridas se curaban.

Era insoportable, él se había rendido. El bien no siempre ganaba y en ocasiones dudaba de ser el bueno en esa historia.

—Deberías volver a la manada —le dijo mucho antes de que Vega se mostrara—. Si continuas

escapando de esa forma llegará el momento en que te sigan y provoques que descubran nuestro paradero.

La joven que salvó del abuso de su hermano ya era una mujer, una que parecía ver bajo todas las cicatrices y aún lo miraba como si fuera su héroe. Menudo héroe estaba hecho, se sentía poco más que basura.

Vega rodeó la roca y se sentó junto a él. Cada vez se portaba más audaz en su compañía y no disimulaba su interés. Sintió el calor que desprendía el cuerpo de la mujer a su lado y su descarado intento de tocarlo. Eso lo incomodó y se apartó lo suficiente para que no se rozaran. Ella hizo un mohín de disgusto, pero lo ocultó con rapidez.

—Quería saber cómo te encontrabas, nuestra manada está muy feliz por tu recuperación y yo también. No habría soportado perderte, Jarek. Quiero decir, ninguno de nosotros lo habríamos soportado —se corrigió—. Los hombres están haciendo planes para recuperar tu puesto como alfa. Desde que están aquí han recuperado la fe, piensan que ahora que sabes la verdad vas a protegerlos.

—Detente. —La calló—. No somos una manada, Vega. Esto no es nada más que un grupo de desterrados a los que nadie creerá y yo no soy el alfa, no voy a llevarlos a una muerte segura. No hay nada que me gustaría más que esos hombres pudieran retornar a sus casas, pero yo no soy el indicado para dirigirlos. No tenemos pruebas, es la palabra de mi hermano contra la nuestra y para la manada no somos más que basura, sobre todo yo. Soy el asesino de mis padres, ¿recuerdas?

Vega bufó, molesta y le dio un empujón que no lo movió ni un milímetro.

—Ninguno de esos hombres necesita haber estado presente ese día para saber que tú no lo hiciste, Jarek. Lo saben ellos y lo sé yo, tú no serías capaz de algo así. Estamos de tu lado y todos creen que, ahora que te encuentras mejor, podrás ayudarlos. Sé que todavía te estás recuperando, pero podemos trazar un plan.

¿Ayudarlos? No podía ni ayudarse a sí mismo.

Estaba destruido y no solo su cuerpo, también su mente.

Los recuerdos de su familia muerta lo torturaban durante el día y a lo largo de la noche, sufría unas interminables pesadillas siendo Radolf e intentando asesinar a Endora. A su dulce e inocente compañera que no hizo más que confiar en él.

Durante su larga recuperación, entre las fiebres y los dolores, revivió cada momento y la tortura que significó perderla. Cuando ella se marchó, herida y traicionada, se unió a Isobel como si ella fuese su compañera predestinada. Al día siguiente de lo ocurrido, no recordaba nada de lo sucedido y tuvo que creer la versión que le daba su nueva compañera. No comprendía por qué esa información llegó a él en esos momentos, pero merecía el castigo.

Isobel le explicó que había sido engañado por la bruja y que cuando Endora descubrió que ella era su verdadera pareja, intentó matarla y Radolf la defendió. En venganza, maldijo a toda la manada.

En lugar de dudar, aceptó aquella realidad con una facilidad aplastante, como si su mente hubiera dejado de funcionar de forma correcta y solo pudiera creer en las palabras de Isobel. ¿Cómo pudo hacerle eso a Endora? Incluso reviviendo aquellos recuerdos, podía sentir que algo estaba mal, que él jamás le habría hecho daño. Nunca fue capaz de tocar a Isobel, su lobo la rechazaba y él no podía dejar de pensar en la mujer que lo traicionó. Fue infeliz sin ella y se

sintió muerto en vida de la misma forma que lo estaba en ese momento.

Murió un tiempo después a manos de otra familia de alfas que impugnaron su lugar con una lucha. No se molestó en defenderse, se sentía muerto desde que ella le faltaba y la culpa de haberla dañado nunca lo abandonó. La amó tanto, que había regresado por ella y de nuevo le tocaría vivir lo que le restaba de vida añorándola. Cada vez tenía más claro que Endora era inocente de lo que la acusó y no se merecía más sufrimiento.

No la ataría a una vida de destierro con un hombre que para todos estaba muerto y era considerado un traidor y un asesino.

Tras un largo rato de silencio y perdido en sus pensamientos, Vega carraspeó buscando su atención. ¿Por qué no se había marchado? ¿Es que no se daba cuenta de que quería estar solo? Lo mejor sería terminar con esas ilusiones de una vez y comenzaría en ese instante.

—Lo siento, Vega, no soy la persona correcta para ayudarlos. No puedo recuperar la manada, destruyo todo lo que toco. Lo mejor para todos es que me mantenga al margen, me marcharé en cuanto termine de recuperarme.

La mujer empuñó las manos como si quisiera reprimir sus emociones y, cuando logró contenerse, hizo algo que no esperaba. Se alzó y se sentó a horcajadas sobre él. Jarek se envaró e intentó retirarla, pero ella se aferró a su cuello.

—Te amo, te he amado desde el día en que me salvaste de tu hermano. No soporto verte así, no estás muerto, Jarek y te empeñas en creer que no hay futuro para ti. Mírame, estoy aquí y no pienso marcharme.

Puede que después de lo ocurrido se hubiese convertido en alguien huraño que rara vez hablaba y que rehuía a la gente. Estaba enfadado con él y con el mundo. Buscaba cualquier ocasión para escapar en cuanto alguien se le acercaba, pero no quería ser así con Vega. Ella no tenía la culpa de su desdicha.

Reprimió sus ganas de empujarla y la apartó con toda la delicadeza que pudo reunir, que, a decir verdad, no era demasiada. La dejó de pie frente a él y negó con la cabeza.

—Eso que quieres, no ocurrirá, quítatelo de la mente. Eres joven, encontrarás a tu compañero y te olvidarás de ese tonto encaprichamiento que tienes. —Los ojos de Vega se llenaron de lágrimas y otro nuevo sentimiento de culpabilidad lo invadió. Al parecer, destruir era su especialidad—. No llores, por favor. Eres preciosa y con el tiempo te darás cuenta de que yo no era una buena elección, solo soy un hombre desfigurado y destruido. No siempre se puede recomponer lo que se rompe y yo soy el vivo ejemplo.

—¡No me mientas! —gritó e intentó abofetearlo, pero logró apartarse a tiempo—. Es por esa mujer, Dana, ¿verdad?

Jarek se tensó al escuchar el nombre de su compañera y su intento de ser amable con Vega se esfumó. Agarró a la mujer por ambos brazos y se alzó en toda su altura de forma amenazante.

—¿Cómo sabes sobre mi compañera? —siseó.

Vega parpadeó varias veces como si no pudiera creer su cambio de actitud hacia ella.

—¡Entonces es cierto! Mientras estuviste con fiebre no dejabas de mencionarla. ¿Es por esa mujer? ¡¿Dónde estaba ella cuando casi mueres?! ¡Yo te salvé! Yo… ¡Oh, no puedo creerlo! Garrick no mentía, mataste a tus padres por esa bruja —escupió con odio.

Jarek la soltó, asqueado y la miró sin poder ocultar su expresión de rechazo.

—Pensé que no me creías capaz de hacer algo así, ya veo que tu lealtad cambia a favor de lo que te convenga. —Vega tuvo el descaro de ruborizarse y dar un paso atrás.

—Lo siento, no quise decir algo tan cruel, pero me duele ver tu sufrimiento día tras día cuando ella ni siquiera se acuerda de ti. Yo estoy aquí, frente a ti y no me ves.

—No la conoces, no hables de mi compañera como si lo hicieras. No tienes la menor idea de si sufre de la misma forma o no. —Ojalá no lo hiciera, Dana no merecía más sufrimiento y menos por su culpa. Ya la destruyó en una vida, no quería volver a hacerlo.

Su compañera conocería a otro hombre, uno que sí podría hacerla feliz. Se lo repetía una y otra vez cuando las ganas de salir a buscarla lo invadían y no soportaba continuar separado de ella. Después recordaba lo que era su vida y su nuevo aspecto y sentía el miedo invadirlo. No tenía miedo a morir, pero sí a su rechazo. No soportaría ver su mirada de asco y de desprecio al presentarse frente a ella.

No le importaba cuando el resto de los desterrados hablaban a su espalda o le dedicaban miradas de reojo. Los comentarios sobre su aspecto no le afectaban, pero recibir lo mismo de su compañera terminaría por destruirlo.

—¿No la conozco? ¿Eso crees? —lo retó—. Niégame que la mujer que tanto añoras no es la sobrina de la reina. —Vega no esperó respuesta y continuó—. Es bonita, debo reconocerlo y se ve que ambos hermanos tienen debilidad por el mismo tipo de mujer. Hermosa por fuera y podrida por dentro. Su mirada es igual de vacía que la de Garrick, harán una excelente pareja.

Jarek se tensó al escucharla y, cuando logró unir toda la información, su lobo gruñó con tanta rabia que no pudo evitar transformarse. Vega cayó arrodillada y bajó el rostro en lo que habría sido una señal de respeto a su alfa si no estuviera temblando y aterrada.

—Repite lo que acababas de decir —pronunció con la voz gutural de su lobo.

—Yo… Lo siento, alfa, no quise decir algo así. Tampoco quise faltarle el respeto a su compañera.

—¡He dicho que repitas lo que acabas de decir! —redundó cada vez más iracundo—. ¡¿A qué te refieres con que Garrick y Dana harán buena pareja?! Mi hermano nunca se acercará a ella, sobre mi cadáver.

Vega continuó sin mirarlo y, cuando se acercó con las fauces abiertas y rozó los colmillos sobre su mejilla, la mujer comenzó a sollozar.

—E-Ella llegó con la reina poco después de que te encontrara casi muerto, buscaban al alfa Kael y a su compañero, yo no estuve presente, estaba aquí cuidando de ti —dijo con un leve tono de reproche—. Mi madre me lo contó cuando regresé, dijo que el alfa sintió magia en las inmediaciones de la manada y salieron a investigar. Cuando llegaron, descubrieron a la reina y a su sobrina. Después, tu hermano los despidió a todos y solo el beta y él se quedaron a solas con ellas.

Su Dana lo había buscado. Se mentiría si dijera que saber eso no le aceleraba el corazón y le hacía revivir lo que estaba muerto en su interior. No podía permitirse esa esperanza, ella buscaba un hombre que ya no existía.

—Me buscó —susurró para sí mismo, pero Vega lo escuchó y alzó el rostro, indignada.

—¡No te buscó! Por eso no entiendo por qué sigues sufriendo por esa mujer. Ella buscaba a su compañero, el alfa Garrick. Tu hermano se jactó de eso todo el tiempo. No ha dejado de decir

que incluso después de muerto podrá continuar vengándose del asesino de sus padres porque se unirá a la mujer por la que destruiste a tu familia.

Su aullido de rabia fue tan brutal, que varios de los lobos desterrados corrieron hacia ellos pensando que alguien los atacaba. Ni siquiera los miró cuando llegaron, estaba demasiado preocupado para pensar con claridad y solo quería obtener toda la información.

—¡Dana no se uniría a mi hermano! Yo le dije la verdad, se lo conté, le advertí… —Se detuvo intentando recordar. ¿Le advirtió? Sí, le dijo la verdad. Le explicó que en realidad siempre fue él y no Garrick, pero no le contó lo peligroso que era su gemelo.

—No puedo saber lo que hablaste con esa mujer, alfa —masculló en un tono que decía lo mucho que aborrecía a su compañera, había celos y odio en ella—, lo que sí sé es que el alfa Garrick ha viajado dos veces para verla y siempre regresa diciendo que conseguirá una alianza tan fuerte que hará que nuestra manada sea más importante que la de los reyes.

Había estado tan enfrascado en su autodesprecio, que nunca pensó en que Dana pudo buscar explicaciones. Ella sabía la verdad sobre el intercambio que hicieron, si su hermano se daba cuenta, podría querer asesinarla para no dejar cabos sueltos. Tal vez por eso deseaba unirse a su compañera, o su sed de poder era tan grande que en cuanto la vio se percató de que era una híbrida.

La imagen de su dulce Dana en manos de su hermano le provocó una intensa rabia.

—Eso no puede ser verdad, ¡mientes! —gritó y Vega se arrastró en el suelo para intentar apartarse de él.

Los lycans desterrados se acercaron cada vez más confusos. Se debatían entre ayudar a Vega o respetar al que consideraban su alfa. Si hubieran estado en su manada, nadie habría osado dudar, pero ellos llevaban demasiado tiempo sin un líder y él no hizo demasiado para imponer su autoridad.

Si lo atacaban en el estado en el que aún se encontraba, sería una presa fácil. No podría con todos ellos y en ese momento no podía permitirse morir, debía advertir a Dana del peligro que corría.

—No miento, nunca lo hice y no comenzaré ahora. Sabes bien que estoy diciendo la verdad. —Era cierto, Vega no olía a mentira, olía a celos y al dolor de un corazón roto, pero no a falsedad.

—Entonces debiste escuchar mal, es Garrick el que miente. Mi compañera no se uniría a mi hermano, ella debe pensar que estoy muerto, pero aún así no lo haría.

¿Acaso no le había pedido a la diosa que ella no sufriera? ¿Qué encontrara a alguien más que pudiera hacerla feliz y le diera todo lo que él ya no podía darle? ¿Por qué le dolía que sucediera justo lo que pidió?

¡Porque era su maldito hermano! Ese miserable asesino que no era capaz de otra cosa que de infringir dolor. Nunca permitiría que eso sucediera.

—Hace dos días la vi, recorrió la manada junto con el alfa Garrick. La presentó como su futura Luna y ella nos miró a todos como si no fuéramos más que insectos. No entiendo qué puedes ver en una mujer así, alfa. Está tan vacía como tu hermano. ¡¿Qué mujer que ha conocido a su compañero se uniría a otro lycan dos meses después de que su supuesta pareja destinada falleciera?!

Jarek se apartó de Vega y, con la mirada perdida, se alejó varios pasos.

—Su padre la debe estar obligando para formalizar esa maldita alianza. —Cualquier excusa sería la verdad para él con tal de no aceptar de que ella lo hiciera por voluntad propia.

Sin pensarlo más, comenzó a correr.

Iba a matar a Ethan por obligarla. Buscaría la forma de entrar en la manada sin ser detectado y lo enfrentaría. Dana no tenía que verlo ni saber de su existencia, hablaría con su padre y si no entraba en razón lucharía con él. No pensaba permitir esa unión, no lo consintió siete años atrás cuando no sabía que era su compañera, menos lo consentiría en ese instante que amaba a esa mujer más que a nada.

Su recuerdo era lo único que lo hacía respirar y si se alejó fue por su bien, no para que terminara peor.

Escuchó las voces de los lobos llamándolo, pero no se detuvo. Le dolía el cuerpo por las lesiones que aún permanecían debilitándolo y le costaba respirar por el esfuerzo, pero no aflojó su impulso de continuar. Corrió sin descanso hasta que unas lianas salieron de entre los árboles y le ataron las patas haciéndolo caer al suelo.

Gimió de dolor e intentó soltarse, pero era inútil.

—¡Alto ahí, lobito! —Un olor familiar hizo que su corazón se acelerara.

Había estado tan rabioso que ni siquiera se percató de la amenaza.

Olía a magia y a un aroma parecido al de su compañera, pero no era Dana. Cuando alzó el rostro, la mujer que vio frente a él no era el de la mujer que amaba sino la reina. Estaba en mitad del bosque, con sus brazos extendidos y mirándolo con una expresión amarga y triste.

Junto a ella, en el suelo, había dibujado una especie de símbolo mágico, rodeado de un círculo protector.

Luchó con todas sus fuerzas para soltarse de las lianas y huir de ella. No podía permitir que lo reconociera. No sabía qué estaba haciendo allí, pero la reina no podía saber que continuaba con vida o Dana también acabaría por enterarse.

—No lo intentes, Jarek, mi magia tiene el mismo efecto que la plata. No podrás romper mis lianas y tampoco te permitiré llegar a mi hermano. Tenemos cinco minutos y dos caminos posibles. El primero acabo de impedirlo, así que solo queda la segunda opción.

Al escuchar su nombre, supo que de nada había servido ocultarse. Si la reina lo sabía, Dana también y no le quedaría otro remedio que enfrentarse a su rechazo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó tras perder su forma de lobo y quedarse desnudo sentado en el suelo.

La bruja lo miró y él mantuvo la frente en alto soportando su escrutinio y esperando su expresión asqueada por las cicatrices. No ocurrió.

Ella lo observó con tristeza en lugar de asco. De esa mujer habría preferido lo primero, no estaba acostumbrado a dar lástima.

—Ayudarte, ¿qué más podría hacer? Aunque estoy segura de que mi sobrina diría que estoy aquí por alcahueta y para meterme en la vida de los demás. Tal vez un poco de razón tendría, no voy a negar que es un gusto culposo eso de interferir, pero siempre lo hago por una buena razón. —Jarek alzó una ceja y ella se ruborizó—. No me mires así, tengo motivos fundados para hacerlo. Tu compañera se dedicó a meterse en la vida de cinco generaciones por casi doscientos

años, si alguien tiene el título de la alcahueta de la familia es ella. Así que deja de juzgarme.

—No te miro de ninguna forma —dijo—. Solo me pregunto cómo me has encontrado y si se lo contarás a Dana.

—Eso no será necesario, ella estará aquí en cuatro minutos exactos. Mientras me volvía loca intentando controlarla y buscando una solución, tuve una visión de ti llegando a la manada de mi hermano y también supe que la podía evitar, así que aquí estoy. Dana me seguirá porque es incapaz de saber que alguien guarda un secreto y no querer averiguarlo. Y debo decir que le dejé muchas pistas. Su hubiera querido ocultarlo nunca lo habría averiguado, pero como me cree inferior, caerá justo en mi trampa. Con más exactitud ahí. —Señaló el extraño símbolo pintado en el suelo—. Así que déjate de charla que ya tendremos tiempo de eso y entra por las buenas, antes de que lo haga por las malas.

La bruja movió sus dedos como si aquel gesto tuviera que aterrorizarlo. Tal vez debía ser así, pero no se asustaría de una pequeña mujer que le llegaba por encima de la cintura. Lo que sí lo aterrorizaba era que Dana lo viera desfigurado y sintiera rechazo.

—¡Suéltame! —exigió—. Debo marcharme.

—Sí, sí, debes marcharte, por eso tienes que colocarte donde te digo. Ya veo que no lo harás por las buenas. —La bruja elevó su mano y con ella su cuerpo hizo lo mismo. Por más que luchó contra ello, lo llevó hacia el símbolo y ató con más fuerza las lianas—. Muy bien, tres minutos.

—¡¿Tres minutos para qué?! —gritó, fuera de sí—. Debes soltarme, tengo que impedir que Dana cometa un error que le destruirá la vida.

—Eso es justo lo que estamos evitando, lobito. ¿O debería llamarte Radolf?

Jarek se tensó y dejó de luchar contra las lianas.

—¿Cómo sabes eso? —siseó.

—De la misma forma que sé que te dirigías hacia la manada de mi hermano y eso no saldría bien. Dana no está allí y Ethan en cuanto te vea te arrancará la cabeza. Bueno, él no lo hará, aunque sí te golpearía tanto que quedarás mucho peor de lo que estás ahora. Lo siento por decir eso, fue un comentario desafortunado. —Tuvo el descaro de avergonzarse por referirse a su físico, como si no fuera consciente de lo mal que estaba—. La que sí te matará será tu compañera y hará todo un espectáculo sangriento de ello. Nadie quiere ver eso, después se volvería loca… Más si es posible y toda la manada de mi hermano pagaría el precio, incluido mis hijos que se encuentran allí por su protección.

—¿De qué estás hablando? ¡Ella nunca me haría daño! Soy su compañero. Mucho menos le haría daño a su familia, Dana no es así, ella es… —En esa ocasión fue la reina la que alzó la ceja, retándolo.

—Te recuerdo que tú casi la matas, bueno, no tú, el otro tú. La Dana que conociste, o la Endora, ya no existe. Mi sobrina pensó que era una gran idea congelar su corazón, ahora solo la domina la rabia y su sed de venganza y cada día que pasa es peor. Hay una línea muy difusa entre el bien y el mal, ¿sabes? Por desgracia, tenemos en nuestros genes la magia oscura y cuando la sentimos es como ofrecerle un caramelo a un niño. Solo el amor impide que sucumbamos a sus efectos y ya no queda en ella. De nuevo necesito que la salves, tengo un plan que no puede fallar. Después serán felices para siempre y todas esas cosas que debían pasar antes de que tu hermano decidiera matar a tus padres y culparte a ti.

Jarek intentó asimilar todo lo que la bruja le decía, pero era incapaz de comprender cómo pudieron cambiar las cosas tanto en dos meses. La reina mentía, o se había vuelto loca. Dana era… Un momento, ¿qué es lo que acababa de decir?

—¡¿Sabes la verdad y aún así permitirás que se una a mi hermano?! —increpó—. Déjate de juegos, bruja. Tienes el poder para destruir a Garrick, salva a mi manada y con ello salvarás a Dana. ¡No me necesitas para nada!

—Respuesta incorrecta y solo quedan dos minutos. Salva a Dana y tienes mi promesa de que después te ayudaré a salvar a tu manada.

—No puedo… Yo… No quiero verla. Además, sus promesas no valen nada, ya me mintió una vez y gracias a eso estamos en este problema. —La reina negó con la cabeza y no hizo un solo intento de soltarlo—. ¡Por favor! Pídeme cualquier otra cosa, busca otra forma que no sea encontrándome con ella, pero no deje que me vea así.

—Si tuviera otra forma lo haría, pero no la hay. La oscuridad en ella es demasiado fuerte y no será tan fácil con solo verte una vez. Necesita un contacto prolongado, a ser posible, usa tu hacha con ella. Veo que también tienes una buena herramienta, viene de familia, tu hermano también… No importa, es tarde. —La mujer se alejó unos pasos y de pronto, un humo negro comenzó a rodearlo—. ¡Y la vieja bruja ya llegó! Tan predecible —anunció en tono jocoso y muy orgullosa de sí misma.

Jarek sintió una fuerza oscura envolviéndolo, era un remolino de aire que le trajo el aroma de Dana y lo hizo sentirse vivo por primera vez en dos meses. Su lobo gimió al olerlo y él deseó no haberlo hecho porque, por más que lo aterrara encontrarse con ella, daría su vida por verla una vez más.

Su compañera apareció junto a él y miró a su alrededor sin percatarse de que él estaba en el suelo, justo a su lado.

—¿Te gustan los bosques, vieja bruja? —ronroneó en un tono de burla y miró a su tía—. Hum, ¿por fin te has animado a luchar con…? —Dana se tensó y bajó su rostro para mirarlo. La sonrisa se esfumó de su cara y Jarek apartó la mirada para no ver la expresión de asco. De reojo, observó un destello blanco aparecer de la nada y su compañera maldijo—. ¡¿Qué… qué haces?! —gritó y alzó sus muñecas.

En ella aparecieron dos bandas de plata en las que estaban grabados varios símbolos.

—Entrometerme en la vida de los demás, por supuesto —se jactó la reina y chasqueó los dedos.

Solo fue un segundo. El bosque desapareció a su alrededor y, cuando volvieron a aparecer, estaban en el interior de una cabaña que recordaba muy bien.

CAPÍTULO 17



Su vida había cambiado mucho en esos dos meses, pero no se arrepentía de haber congelado su corazón. Aún así, continuaba sintiendo un vacío que era incapaz de llenar y toda la culpa la tenía su loba.

Tras el sorpresivo viaje con su tía y averiguar que su compañero estaba muerto, ese animal débil y tonto que vivía en su interior no había dejado de lloriquear. ¡Era imposible concentrarse con aquellos gimoteos!

Si bien, la mayoría del tiempo conseguía dejar a un lado esa parte de ella que parecía no querer rendirse al conjuro, era demasiado agotador. Sobre todo, en las noches. Cuando el agotamiento de luchar contra sí misma la vencía, su loba estaba más despierta e incontrolable. Sufría durante horas para conciliar el sueño y, cuando lo lograba, la asediaban las pesadillas.

Esos horribles sueños la obligaban a despertar en mitad de la noche enfurecida y con ganas de acribillarse a sí misma. Era una tortura y todo por culpa de un hombre que nunca la mereció. Revivir los días de agonía tras el ataque de Radolf fue incluso más doloroso que todo lo que ya había vivido. Al dormir, perdía la voluntad para controlar los sentimientos de su loba y despertaba destruida.

No podía perdonarle todo lo que tuvo que hacer para salvar a sus cachorros. Buscó vengarse de su padre estando aún embarazada porque él sería un peligro para sus cachorros si los encontraba. La lucha no fue tal como ella pensó y solo consiguió convertirlo en un parásito mágico, pero el peligro de su presencia continuaba siendo una hoja afilada sobre su cabeza. Sabía que él regresaría, pero no tenía idea de cuándo lo haría.

Después, se marchó a vivir al mundo humano porque nadie buscaría a una bruja poderosa en ese lugar. Para mantenerse allí, su único recurso fue atar con su magia los dones de sus hijos desde que estaban en su vientre. Al nacer, comprendió que si se quedaba con ellos los pondría en peligro. Su padre, parásito o no, no se rendiría hasta que su fuerza vital desapareciera. Para ponerlos a salvo, debía mantenerse alejada por más que eso la destruyera. Los dio en adopción, como si fueran humanos comunes y los observó desde la distancia, siempre cuidándolos.

Cuando los años pasaron, sus hijos se hicieron adultos y su padre no dio señales de vida, pensó que ya era más seguro acercarse de nuevo a sus hijos. Les contó la verdad sobre sus orígenes, pero la odiaron por el abandono y advirtieron a su familia sobre ella.

De esa forma, generación tras generación, los vio temerla y odiarla a partes iguales mientras ella solo intentaba protegerlos. Le tocó ver morir a sus hijos cuando apenas tenían poco más de treinta años por enfermedades que pudo curar y no se lo permitieron. Vio morir a sus nietos y bisnietos mientras la historia de la bruja y su maldición se deformaba según quién la contaba.

Los años, no aminaron el dolor ni la soledad porque su propia sangre la odiaba y sus descendientes se escondían de ella. Culpaba a Radolf de todo su dolor y jamás lo perdonaría. En algún momento, sabía que se encontró con Emma y con Ethan, pero esa parte de su propia historia, estaba demasiado difuminada por tanto dolor.

Dana había aprendido a sacar lo positivo de la situación. Cuanto más sufría su loba, con más rapidez se llenaba de oscuridad. Así que acabó por aceptar la situación y llenarse de odio.

Se negaba a pasar otra vida lamiéndose las heridas. Al final, era un daño que tenía focalizado y sabía bien quién era el culpable. Por ese motivo, y como una tonta venganza, decidió aceptar la visita del gemelo de su compañero. Puede que Jarek no estuviera con vida, pero esperaba que donde sea que estuviera su alma (deseaba que se encontrara ardiendo en el infierno), quería pensar que la vería y se le retorcerían las tripas al enterarse de que pensaba unirse a Garrick. Ese era su único consuelo.

El gemelo de su compañero era un lycan atractivo. No podía decir lo contrario cuando era idéntico a Jarek. Ambos tenían el cabello rojizo y los ojos bicolores. Su complexión física era igual y, si no fuera por la oscuridad que emanaba de él, comprendía la facilidad con la que lograron intercambiarse. Solo el aroma los diferenciaba que ella percibía por ser su compañero, lograba que los diferenciara.

Dana sabía que Garrick no se acercó a ella por interés en su belleza o porque hubiese quedado prendado nada más verla. No era tonta, el hombre ocultaba secretos y tenía ambición. Algo que tenían en común, sobre todo desde que congeló su corazón. Conforme los días pasaban, el poder oscuro se extendía por su cuerpo y ella lo recibía con los brazos abiertos.

Cada vez se sentía menos Dana y más Endora. En su nueva vida estaba igual de sola.

Si Astron la viera, estaría orgulloso. Su verdadero padre, no ese débil de Ethan que pensaba que en la vida solo importaba el honor y la justicia. ¡Imbécil! Si no fuera porque aún necesitaba más poder, ya lo habría silenciado. Ahora más que nunca comprendía a su verdadero padre y su odio hacia los licántropos, ella también se habría sentido muy decepcionada si su hija hubiera sido como su antigua yo.

En ese momento, estaba sola y por eso necesitaba buenas alianzas, pero tiempo al tiempo. Ojalá su padre estuviera con vida para verla cumplir su propósito. Juntos serían imparables.

Como no era así, le tocaba conformarse con Garrick, por el momento, el resto caería por su propio peso. No todos estaban conformes con aquella paz que les habían impuesto y Dana creía que podría sacar provecho. Cuando comprendieran que era mejor estar de su lado que tenerla de enemiga, todos caerían y la muerte de su padre quedaría vengada.

Su tía y Ethan pagarían por haberla dejado huérfana. Al resto, los harías postrarse a sus pies y arrastrase ante ella como los gusanos que eran.

Sus planes marchaban a la perfección, iba a unirse a Garrick, tendría una manada a su disposición, Jarek se revolcaría en su tumba, buscaría nuevos aliados y vencería, todo era perfecto, hasta que el comportamiento de Emma cambió. Sabía que esa maldita bruja tramaba algo y en su arrogancia dejó demasiadas pistas para que ella las siguiera.

¡Cómo fue tan estúpida! La engañó y fue directa a sus redes. En cuanto acabó en el bosque y notó la trampa mágica supo que había cometido un grave error, pero jamás lo demostraría.

Cuando el remolino mágico la soltó y sus pies tocaron el suelo, Dana abrió los ojos y se encontró en Silvershade, más en concreto en el interior de la cabaña que una vez fue suya y que

habían reconstruido. Prefería más la antigua versión, le traía mejores recuerdos.

¿Mejores? ¿Es que acaso estaba loca? Horrendos recuerdos. Todo lo que tuviera que ver con aquella cabaña le erizaba la piel.

A su lado, aterrizó un desnudo y desfigurado Jarek. Intentó contener la respiración para no olerlo, pero aún así su loba aulló con fuerza. La muy desgraciada estaba tan feliz de sentir cerca a su compañero que tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para contenerla en su interior. ¿Es que no había tenido suficiente tortura? ¡Se suponía que estaba muerto!

Lo quería muerto.

Para su desgracia, se alegró de que no fuera así y no podía culpar de esa chispa de sentimiento casi minúsculo a su loba. Era ella la que sentía calentarse esa capa de hielo de su corazón con aquella noticia.

«Es porque así podré matarlo con mis propias manos».

El lycan estaba desnudo, arrodillado y con las manos envolviendo su vientre mientras sufría una arcada.

—Debilucho —masculló entre dientes.

Él no se inmutó por su insulto, continuó buscando oxígeno como si la vida le fuese en ello. Conocía bien la sensación, las primeras veces que se usaba la translocación los efectos en el cuerpo eran devastadores. Sobre todo si se hacían grandes distancias. Con el tiempo, ya no lo sentías, pero las primeras veces eran complicadas.

Llamarlo debilucho había sido una bajeza de su parte, pero estaba furiosa y no solo por su presencia allí. También lo estaba porque no se dignaba a mirarla y darle la cara después de haber fingido su muerte. Era lo menos que se merecía, una explicación.

«No cambiaría nada, lo odiarás igual, es lo único que tienes para dar».

Dana sacudió las manos en un intento de quitarse las argollas que le había colocado su tía en las muñecas, necesitaba recuperar su magia. Cuando no lo consiguió, comenzó a tirar de ellas, pero estaban selladas y sabía bien que la única forma que tendría de liberarse era si su tía lo hacía por ella. Podía notar el peso de la magia blanca de Emma rodeando el ambiente, era inútil que intentara salir de la cabaña, no podría. Esa bruja desgraciada se las pagaría, esto solo era un contratiempo.

En cuanto pensó en la bruja, un destello blanco apareció en el interior de la cabaña y, tras él, su tía. Su primer impulso fue mover sus manos para atacarla, pero las empuñó con rapidez al recordar que estaba sin magia.

Sacar a su loba no era opción, así que, por el momento, estaba indefensa.

—Hola de nuevo —ronroneó, Emma, se notaba que estaba feliz porque su trampa le había salido a la perfección. En algún momento le arrancaría la lengua y se la haría comer. Después, la degollaría o tal vez la descuartizaría y alimentaría a los cuervos con ella. Existían un sinfín de opciones y quería probarlas todas. Tal vez debería aprender necromancia solo para revivirla y matarla una y otra vez. Su tía carraspeó regresando su mente a la cabaña y su sonrisa burlona la hizo gruñir—. Dana, ¿podrías dejar de asesinarme en tu mente y prestarme atención?

Ella se llevó ambas manos al pecho y fingió un falso jadeo.

—No me digas que también has aprendido a leer mentes, querida tía. Espero que las imágenes

sangrientas hayan sido de tu agrado —tras decirlo, se encogió de hombros quitándole importancia—. Morir en mis manos sería todo un honor, no sé por qué te resistes. La vida está sobrevalorada, ya ves, regresamos de la muerte cuando menos lo esperamos. Si fueras una buena tía me darías el gusto.

Estaba muy molesta y bastante rabiosa consigo misma por haber caído en su trampa, pero no permitiría que ella se diera cuenta.

—No necesito leer mentes cuando puedo leer sentimientos, sobrinita y tu sed de venganza se puede sentir desde aquí a Pensilvania.

—Una pena que no te quedaste allí. Me arrepiento tanto de haberte traído hasta aquí. Podrías haber sido más feliz, en tu bosque, sola, sin incordiar a nadie y con un gallinero. Las gallinas habrían sido una perfecta compañía para ti, cacareas como una. —Sintió la mirada de Jarek sobre ella, pero en lugar de corresponderle, le dio la espalda.

Olerlo ya era suficiente tortura, ver sus ojos bicolores puestos en ella provocaría un cataclismo en su interior. Si había alguien que podía echar todos sus planes a perder no era otro que él.

Agradecía su silencio, con su aroma inundando la cabaña era suficiente. Si abría la boca y hablaba con esa voz ronca y masculina su loba se descontrolaría demasiado. Aún no había encontrado la forma de liberarse de esa maldición y la buscó sin descanso. Debía expulsar a ese animal, su loba era su único punto débil.

Como bruja, no sentía, pero como lycan, la atracción hacia su compañero era inevitable.

—¿De verdad seguirás discutiendo? —preguntó, Emma y la miró como si ella fuera un acertijo que no lograba solucionar—. ¿Acaso no sientes nada? Me niego a creer que sea tarde, Dana. Encontré a tu compañero, lo secuestré para ti y no te has dignado a mirarlo. ¿Tan podrido está tu corazón? ¡Deja de luchar contra ello! ¿No ves que te haces daño?

Además de una excelente bruja también era una excelente actriz. Su tía no tenía la menor idea del esfuerzo tan monumental que le suponía mantener su mirada alejada de Jarek. Le hormigueaban las manos por el deseo de tocarlo… Por todas partes. Tocarlo, probarlo, besarlo no importaba qué, su cuerpo exigía a gritos poseerlo y ser poseída, pero la culpa la tenía su loba no ella. La bruja estaba muerta por dentro.

Lo sabía bien, lo había intentado.

Ese era un pequeño efecto secundario de haber congelado su corazón. Un efecto con el que no contaba porque no estaba en sus planes no poder disfrutar de un poco de diversión masculina. Para su mala suerte, su libido estaba tan difunto como su alma o eso había creído. Porque con la cercanía de su compañero notaba ese calor tan característico de la excitación que se arremolinaba en su vientre y sentía los pezones tan endurecidos que incluso le dolían.

Miró las cicatrices en su cuerpo para intentar que eso la desanimara, pero por su mente pasó la imagen de su boca recorriéndolas una a una. Se dijo a sí misma que era normal que no le desgradaran, al final, para tener tantas tuvo que sufrir mucho y saber que le infligieron dolor tendría que gustarle. En cambio, pensar en su compañero sufriendo una tortura la hacía sacar su instinto más homicida. Quería tener en sus manos a los lycans que lo dañaron y hacerlos cenizas.

Garrick dijo que fue desterrado y entregado a las alimañas para morir, pero podía ver marcas de garras. ¿Lo atacarían lobos desterrados?

«No es porque me importe. —Intentó convencerse—. Lo que ocurre es que me da rabia no

haber sido yo quien lo dejó de esa forma». Era eso, nada más, estaba muy segura. Ignoraría a su loba y continuaría fingiendo que tenerlo cerca no le provocaba nada.

Su tía se rendiría y la dejaría salir de allí. Una vez que pusiera distancia, todo volvería a la normalidad y a sus planes de venganza.

—Secuestro, qué bonita palabra, tía. Aunque podrías haber escogido algo mejorcito, ¿no? Si esto es un regalo de cumpleaños atrasado déjame decirte que podrías haberte esmerado más. Tal vez deberías traerme a dos lobos, soy de apetitos insaciables y con uno, y para colmo herido, no tengo mucho que hacer. No me quejaré, me conformo con que hayas sacado tu lado oscuro. Sabía que en el fondo tenías potencial, no se puede pertenecer a nuestra familia sin tener la magia oscura en la sangre. Si decides deshacerte de esa magia tan… blanca, quizá te reclute para mi causa. Por supuesto, bajo mis órdenes.

—¡¿Es lo único que tienes que decir?! —gritó fuera de sí y dirigió su mirada a Jarek—. ¿Y tú? Recuerda el trato que hicimos, callado y escondiéndote no lograrás nada. ¡Haz algo, maldito seas! Si la salvas yo te salvaré a ti.

Sintió la tensión en su compañero como si la sufriera en su propio cuerpo. Jarek no alzó el rostro, se mantenía en el suelo con la cabeza agachada y el cabello largo cubriéndole casi todo el rostro.

Estaba cambiado desde la última vez que lo vio y no solo por las cicatrices de su cuerpo. Él siempre llevaba el cabello con un estilo militar, al igual que Garrick. Algo poco común en los licántropos. El cabello les crecía con tanta rapidez que era tedioso estar cortándoselo todo el tiempo.

Dana no pudo evitar lanzarle una ojeada, deseaba que alzara el rostro y la mirara con aquellos ojos bicolores. Su cabello era hermoso, de un color caoba y ondulado, justo como el de Radolf. De nuevo, el hormigueo en las manos se apoderó de ella y deseo hundir sus dedos en las hebras para comprobar si eran tan suaves como las recordaba.

Gruñó en respuesta a sus propios pensamientos y su tía la miró con curiosidad.

—Ya veo, parece ser que pasarán un buen tiempo aquí ya que ninguno colabora. Será mejor que se pongan cómodos porque la cabaña está hechizada, no podrán salir.

—Me parece bien —pronunció, Jarek y se levantó del suelo. Dana observó su perfil sin poder contenerse y esperó que él sintiera su mirada, pero nada indicó que deseara devolvérsela—. Ya que me has secuestrado, ¿podría tener algo de ropa?

—La ropa está sobrevalorada —dijo sin poder contenerse y en esa ocasión lo observó de forma más exhaustiva—. Los prefiero desnudos —ronroneó sin poder evitarlo.

El sexo no era amor y la diosa sabía que la última vez que tuvo algo de emoción fue en una vida pasada. Nadie podía culparla.

Pudo ver el momento exacto en que su nuez de Adán se movió a través de su cuello al tragar. Su compañero sufría como si le desagradara su comentario y eso la molestó aún más. ¿Qué se creía al despreciarla? Sin poder controlarse, hizo uso de su audición de lycan y escuchó la forma en que se aceleraba su corazón bajo su escrutinio. Jarek empuñó las manos hasta que le salieron garras, como si intentara contenerse, pero hubo un momento en el que echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Le dolía porque la deseaba.

Al darse cuenta de que lo que su compañero sentía no era desprecio, el calor la invadió y tuvo que acallar un gemido al ver como esa parte de su anatomía se alzaba con voluntad propia. Estuvo a punto de salivar y saltar sobre él sin importarle la presencia de su tía, pero se contuvo.

Apartó la vista y miró a Emma antes de sucumbir a las feromonas del alfa. ¡Malditos y atractivos licántropos! Ni las cicatrices que debían horrorizarla provocaban que le asqueara.

«Es sexo, solo sexo», se repitió. Lo que le ocurría era hormonal, nada más. Que no le hubiera pasado con otros hombres era pura coincidencia.

—Dana tiene razón, la ropa está sobrevalorada —murmuró Emma y con un astuto movimiento de su mano usó su magia para dejarla tan desnuda como cuando llegó al mundo.

Escuchó un grito, horrorizado y pronto descubrió que provenía de su propia garganta. Jarek, al escucharla, abandonó su máscara de frialdad y se acercó a ella con tanta rapidez que no pudo apartarse a tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado y ambos se miraron. De pronto, las aletas de su nariz se abrieron y un gruñido bajo escapó de su garganta.

El agarre se afianzó con más fuerza y supo lo que él olía en ella. Estaba muy excitada y era vergonzoso. Luchó contra aquel deseo y contra su loba.

Sentir su piel rozándose con la suya la quemaba, sus fuertes brazos le rodearon la cintura y tuvo que arquearse para contener el dolor que le provocaba no dejar salir a su loba. Sin magia era mucho más complicado.

—¡Suéltame, degenerado! —gritó y comenzó a golpearle el torso con los puños—. ¡No te atrevas a tocarme, monstruo!

Jarek obedeció y dio un paso atrás con rapidez. Cuando sus miradas volvieron a cruzarse sin que el dolor de su tacto la consumiera, pudo ver la enorme cicatriz que desfiguraba su rostro y la forma en que uno de sus ojos estaba cerrado de forma permanente. La bilis le subió por la garganta al intentar controlar las ganas de llorar. ¿Quién le había hecho eso? Le devolvería el daño multiplicado en cuanto lo tuviera de frente.

Llevaba sin llorar dos meses, el odio y la sed de venganza la habían mantenido con vida, pero llegaba él y solo con tocarla ponía su mundo del revés. Alzó el rostro, orgullosa y lo miró con desprecio.

Su compañero enseguida ocultó la cicatriz de su rostro y notó un leve temblor en su cuerpo que quiso ocultar. Algo parecido al remordimiento la recorrió, pero lo desechó enseguida.

Dana miró hacia donde se encontraba su tía para rogarle si era necesario que desistiera de cualquier plan que hubiera trazado, pero no había rastro de la bruja. La odiosa y entrometida mujer estaría celebrando su victoria, pero le demostraría que ella no era tan fácil de vencer.

—Tengo que salir de aquí —siseó, enrabietada como una niña pequeña a la que acababan de castigar—. No puedo quedarme en este lugar y menos contigo cerca.

Agradecía que nunca lograron vincularse, porque de haber recibido los sentimientos que mostraba la expresión de Jarek, se habría derrumbado en el suelo del dolor. Fue solo unos segundos, pero ella logró ver la decepción y la aceptación de lo que fuera que estuviese pensando. Le habría gustado tener el don de la empatía en ese mismo instante para saber qué se le pasaba por la cabeza.

¡Qué más daba! Le traía sin cuidado lo que pensara ese hombre, se quería librar de él.

Enloquecida, comenzó a golpear la puerta.

—¡Sácame de aquí, vieja bruja! Te juro que si lo haces no me vengaré, hazlo por las buenas y no sufrirás mi ira. —Alzó la mano para lanzar su magia y nada salió de sus manos. Con todas sus fuerzas pateó la puerta y se lanzó contra ella tantas veces que acabó por agotarse. Rendida, se deslizó a través de la madera sin importarle que le raspara la espalda desnuda—. ¡Dijiste que me amabas como a una hija, tía! —bramó sin mirar a Jarek, pero era muy consciente de que estaba allí, de pie, con la vista clavada en ella.

—¿Tan malo es compartir el mismo espacio conmigo? —su voz fue un susurro tan roto que le provocó un escalofrío.

Dana se armó de valor y alzó el rostro. Su tía era muy inteligente. Incluso con el corazón congelado, Jarek provocaba en ella indicios de sentimientos que quería evitar. Aquel ya no era el mismo hombre que una vez se declaró su compañero, podía ver en él a un igual. Era fácil reconocer las almas destrozadas cuando las veía, ella era una de ellas y ahora él también.

Con lentitud y sabiendo que el único lugar hacia donde escapar era la habitación, se levantó del suelo y evitó seguir mirándolo.

—Me dejan sin magia y en manos del mismo hombre que ya una vez intentó asesinarme. Compartir el mismo espacio contigo es una sentencia de muerte —murmuró con rendición y se encaminó hacia la habitación para esconderse.

No le importó que él la mirara con sorpresa y que después la vergüenza se instalara en su rostro. Cuando había recorrido toda la distancia hacia la habitación, escuchó su voz de nuevo.

—¿Lo sabes? —preguntó.

Dana no contestó, ya no tenía caso hacerlo.

Entró a la habitación y cerró la puerta tras ella.

CAPÍTULO 18

Jarek permaneció durante varias horas deambulando por la cabaña mientras soportaba las ganas de llamar a la puerta de la habitación donde se había encerrado Dana. Su compañera permanecía en silencio, ni siquiera era capaz de escuchar el sonido de su respiración. Si no fuera porque su olor se esparcía en el aire, habría pensado que consiguió escapar.

Se apartó el cabello y tiró lo suficiente de él para que un leve escozor le recorriera el cráneo. Estaba jodido. Muy jodido.

Ella se horrorizó cuando lo tuvo cerca y lo llamó monstruo. Al verla sufrir no pensó en sus cicatrices, se olvidó de su aspecto y corrió hacia Dana, pero la forma en que lo miró, se le quedaría guardada en la memoria para siempre. A su compañera su aspecto la asqueaba y estaba seguro de que preferiría que estuviera muerto. Para colmo, ni siquiera podía intentar hacerle ver que él era más que su aspecto físico, que quería arreglar las cosas y ser el hombre que ella se merecía, pero sus últimas palabras le hicieron entender que sabía sobre Radolf. ¿Cómo podría hacerle entender que la amaba y que ya no era el mismo hombre que la dañó? Incluso para él, después de recordar, declararle sus sentimientos sin hecho, le parecían vacíos y falsos.

Tendría que estar intentando liberar a Dana del conjuro en lugar de compadecerse de sí mismo, pero lo mejor para ella era que lo rechazara. La reina sabía la verdad de lo ocurrido con su familia, no tenía la menor idea de cómo, pero lo sabía. Supuso que se enteró de la misma forma en que lo encontró tras fingir su propia muerte.

—Deberías estar usando tus dotes de seducción con mi sobrina y no arrastrando tu cuerpo desnudo por la sala de mi cabaña —la voz de la reina lo asustó y le hizo contener la respiración —. Ya sé que mis grimorios son muy interesantes, pero no te traje hasta aquí para que leyeras. Te traje para que le recordaras que aún tiene motivos para luchar en contra de la oscuridad.

Aturdido, miró la estantería. En algún momento, perdido en sus pensamientos, había acabado frente a ella y con un libro en la mano. Lo colocó de nuevo en su lugar y ojeó a la reina que se encontraba sentada en el sofá. Parecía tan cómoda que lo hacía ver una visita social. Tal vez estaba esperando a que le sirvieran alguna bebida y un aperitivo.

—No estaría mirando tus libros si no me hubieras traído hasta aquí en contra de mi voluntad.

La mujer hizo un aspaviento con la mano y movió las piernas en el aire como una niña pequeña.

—Puede que no te gusten mis métodos, pero sí los resultados. Estás encantado teniéndola tan cerca, lo que no comprendo es qué haces aquí, el tiempo corre. Tu manada está en manos de tu gemelo, si fue capaz de hacerle algo así a sus padres, ¿qué no será capaz de hacer con tu gente

que no son nada para él? —Jarek suspiró y se acercó al sofá. Cayó sobre él como un peso muerto y se frotó la cara con las manos.

Le dolía el cuerpo, el traslado mágico lo había dejado agotado y las heridas internas que aún no sanaban le estaban pasando factura. La bruja debió notarlo, Emma alzó una mano con intención de acercarla a sus heridas, pero él se alejó.

—Puedo ayudarte con eso, no es necesario que finjas que no te duele. Si tu manada no es suficiente aliciente para ayudarme, quizá decirte que puedo curarte y borrar las cicatrices te haga pensártelo mejor. —Cuando negó con la cabeza, ella lo miró como si no lo comprendiera. Al parecer ya tenían algo en común, él tampoco llegaba a comprenderse. Le estaba ofreciendo recuperar a su manada, salvar a su gente y con un plus de sanarlo, ¿por qué seguía negándose?—. Mi plan no siempre fue secuestrarte, al principio creí que tu amor por ella sería suficiente.

—Mi amor por Dana es tan grande que prefiero renunciar a ella a dañarla de nuevo. Además, no creo que sea bueno que hablemos de esto ahora mismo, ella puede escucharnos —la interrumpió y miró de reojo la puerta de la habitación.

No deseaba hablar de lo que sentía por Dana con aquella mujer y tampoco con nadie más.

—Tranquilo, está bajo un hechizo de sueño. La dormí para poder hablar contigo, en el bosque no tuvimos demasiado tiempo para explicaciones.

—Al parecer no tengo escapatoria —gruñó, malhumorado y dejó caer la espalda en el respaldo del sofá.

Un cojín apareció sobre su miembro, sobresaltándolo.

—Lo siento, a mi compañero no le hace demasiada gracia que me encuentre encerrada con un lycan desnudo. Dejemos esas partes descubiertas para cuando Dana esté presente. —Sin poder evitarlo, sus garras se incrustaron en el cojín.

Estaba cansado, dolorido y esa mujer se empeñaba en dirigir su vida.

—No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de lo desnudo que me dejaste, ¿podrías ir al grano y decirme de una vez qué ocurrió con Dana y por qué quiere unirse con mi gemelo? —escupió cada palabra con rabia y demostró lo mucho que lo molestaba.

No tenía derecho a estar celoso, se alejó de ella, fingió su muerte, decidió que estaría mejor sin él y no debía entrometerse en sus decisiones por más que no estuviera de acuerdo con ellas.

Garrick no solo era una mala persona, también era un asesino.

—Hasta que demuestras que todavía corre sangre por tus venas —masculló la bruja y se frotó las manos como si quisiera entrar en calor—. Está helado aquí. —Con un chasqueo de sus dedos encendió el fuego de la chimenea—. Esta fue la cabaña de Endora antes de que yo, en un impulso, la destruyera. Asher la mandó a reconstruir, aunque le quitó una de las habitaciones para que tuviera más espacio en la sala. Ahora me alegro de que lo hiciera, los obligará a compartir la misma cama.

—¡Sé quién vivía aquí! —bramó, cada vez más enfadado. La mujer parecía no querer contestarle a ninguna pregunta y no dejaba de cargarlo con información que no era importante—. Yo pasé muchas noches con Endora en este lugar, la vi aprender sobre su magia día a día, ganarse el cariño de mi manada y superar sus miedos. ¡Era mi compañera, llevaba a mis cachorros y yo intenté matarla! —De un salto se levantó del sofá, se dirigió a la ventana y señaló al exterior—. Allí, en ese mismo lugar, fue la última vez que la vi. Estaba herida por mi culpa,

sangraba y el dolor en su mirada jamás lo olvidaré. Después de lo que hice te empeñas en obligarla a convivir conmigo. ¿Acaso estás loca?

Cuando miró a la reina, ella tenía lágrimas en los ojos y una expresión esperanzada que no comprendía.

—Lo sabía, sabía que eras él —jadeó y lo siguió hasta la ventana. Cuando la mujer intentó tocarle el brazo en un gesto de cariño, se apartó. No soportaba que lo tocaran, se sentía sucio, indigno de recibir cualquier afecto—. No quiero hacerte daño, no te traje hasta aquí para torturarte.

—Sabes la verdad sobre mi hermano —siseó—. Aún así, en lugar de hacer lo correcto como reina y ayudar a mi manada, decides callar y chantajearme.

No esperó la bofetada que le propinó la pequeña mujer. Estaba seguro, de que los dedos de la bruja se le quedaron marcados en la mejilla.

—¡No sabes nada! —gritó y se apartó de él como si esperara una represalia por su parte. Al ver que se quedó quieto y apretó los párpados para controlarse, la mujer se calmó—. No pude salvar a tus padres, pero ni mi compañero ni yo permitiríamos que continuaran dañando a gente inocente. ¿Si te prometo que tu manada estará a salvo, ayudarías a mi sobrina? Nuestro beta y varios guardias de confianza se encuentra en tu manada con la excusa de la unión que se celebrará con mi sobrina, tu hermano no hará nada extraño con ellos vigilándolo.

—Tus promesas no valen nada, bruja —murmuró sin mirarla—. Ya una vez me hiciste una y no la cumpliste, ¿lo recuerdas? —La mujer tuvo el descaro de ruborizarse y asentir con la cabeza.

—Solo lo hice porque Dana te había reconocido como compañero y quería que fuese feliz.

Jarek lanzó una carcajada amarga y negó con la cabeza.

—La traicioné como lo hizo Radolf. Si eso no es suficiente, la engañé fingiendo ser mi gemelo y le hice creer que estaba muerto, ¿de verdad piensas que ella puede ser feliz con alguien así?

—Ra… Ra… ¡Maldita sea! —La bruja se llevó ambas manos a la garganta y se apresuró a ir hacia una de las estanterías. Abrió un cajón, comenzó a sacar varios botes de cristal y hierbas secas sin encontrar lo que buscaba hasta que un libro apareció en su mano—. Dana ató mis palabras como yo hice cuando era una niña. El día en que ambos debían unirse, ella me hizo prometer que no volvería hablar de R…R… de ti, pero no dijo nada sobre destruir lo que escribí hace años. ¡Tachan! Aquí está. Tomé la costumbre de documentar mi vida después de leer el grimorio de Endora. Nunca pensé que sería útil hasta ahora.

La mujer se acercó a él como si tuviera un tesoro entre las manos y se lo entregó.

—¿Qué quieres que haga con esto? ¿Golpearme con él en la cabeza hasta perder el sentido?

—¿Podrías dejar de estar tan a la defensiva y leerlo? Si después de hacerlo, todavía te sientes culpable por lo ocurrido y no quieres tomar esta segunda oportunidad que la diosa te dio, te dejaré libre y te ayudaré a recuperar a tu manada.

—No creo que nada de lo que haya escrito aquí pueda cambiar lo ocurrido —susurró.

—Ya lo veremos —dijo y tuvo el descaro de guiñarle un ojo—. Si yo tengo razón y descubres que no eres tan malo como crees, ayúdala. Sé que en alguna parte de ella sigue viviendo la verdadera Dana.

—¿Ella sufre ahora? —Emma dudó al contestar y acabó por negar.

—Si por sufrir te refieres a lo que sientes tú en estos momentos o a lo que siento yo por verla así, no, no sufre, pero vive con el único sentimiento que puede asimilar, la ira. En nuestro linaje familiar hubo un brujo con una magia oscura muy poderosa, por desgracia, como sus descendientes, tenemos cierta afinidad para vernos seducidas por ese tipo de poder. Yo lo estuve y, si no llega a ser por mi hermano, no sé si lo hubiera conseguido. Ella no tuvo a nadie porque no había ningún amor al que aferrarse, perdió sus sentimientos. Cuanto más tiempo pase, menos quedará de la verdadera mujer que es, solo espero que todavía no sea tarde. Si no logramos revertir el hechizo no podré liberarla nunca, será un peligro para todos si lo hago.

Jarek sabía que ese brujo del que hablaba era el padre de Endora. Ojalá hubiera tenido la oportunidad de estar frente a él y desgarrarle la garganta. No era justo que incluso después de generaciones su familia aún pagara por el mal que vivía dentro de él.

—¿Cómo puedo ayudarla yo si tú con tu magia no has podido? —preguntó sin dejar de acariciar el libro que había puesto en sus manos.

—Si no lo abres nunca podrás saber la verdad —dijo y señaló al libro—. Pero, en respuesta a tu pregunta, lo intenté. No puedo deshacer el hechizo, la única forma de hacerlo es que ella desee liberarse, que quiera volver a sentir, ¿comprendes? No tengo otro plan, lo intenté todo, cuando supe que estabas vivo entendí que debía ser una señal. No hay fuerza más poderosa que la del amor y sé que en alguna parte de ella aún te ama.

Oh, sí, él comprendía a la perfección lo que la bruja quería decir, pero dudaba mucho que ese amor del que hablaba existiera, pero eso no significaba que no haría lo que estuviera en su mano para ayudar a su compañera.

—Lo intentaré, aunque ella quiera matarme en el proceso. —Emma sonrió y le tendió la mano para estrechársela.

—Tenemos un trato.

Jarek se quedó con la mano en el aire y estrechándola en el vacío. La bruja desapareció de la misma forma en la que llegó, sin hacer ningún ruido.

◆ ◆ ◆

Dana despertó horas después, ni siquiera sabía en qué momento logró quedarse dormida. Tampoco fue su intención. Cuando se encerró en la habitación lo único que quería era librarse de esa terrible sensación que Jarek le provocaba. En algún momento, mientras intentaba comprender por qué tenía tanta mala suerte, cayó en la inconsciencia y algo le decía que la vieja bruja tenía que ver con eso.

Disgustada, se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta. Sostuvo el pomo, pero no lo giró. Él estaba ahí fuera, lo sabía.

El aroma a comida inundó sus fosas nasales y el estómago comenzó a rugirle.

—No puedes quedarte encerrada todo el tiempo —intentó convencerse a sí misma—. Además, no voy a tenerle miedo a un simple lobo —gruñó sus últimas palabras y dejó caer la frente en la puerta.

Jarek no era un simple lobo, era su maldito compañero que había decidido regresar de la muerte por segunda vez para torturarla. De todos los licántropos que podían haber burlado a la

muerte tuvo que ser él, la única persona que era capaz de provocarle… cosas.

—No, no y no. Lo único que me provoca es ira porque ahora no tengo magia y no puedo matarlo de nuevo, pero en cuanto se dé la vuelta será mejor que cuide su hermosa espalda de mí. —Dana respiró hondo y cerró los ojos para evitar invocar la imagen de su compañero, pero no hizo efecto. Por más que no quería, ahí estaba, grabada en su cerebro.

¿Seguiría desnudo? Por supuesto que lo estaba, esa vieja bruja nunca hacía nada a medias, pero si pensaba que con un poco de carne al descubierto ella iba a caer, estaba muy equivocada. Miró hacia su propio cuerpo y con una suave caricia recorrió su pecho.

—Lo mismo el que cae es él, también tengo lo mío. ¡Nadie caerá! —gritó cuando se dio cuenta del camino que habían tomado sus pensamientos. Parecía bipolar—. ¡Te odio, maldita bruja! ¡No te atrevas a espiarme porque te arrancaré los ojos y se los daré de comer a las pirañas!

—¿Dana? —la voz de Jarek tras la puerta la obligó a callarse—. ¿Estás bien?

Atraída como un imán a su polo opuesto, abrió la puerta y lo encontró de pie, frente a ella, tan desnudo como la última vez que la tocó y sintió que cada parte de su cuerpo quemaba. Intentó mantener su vista al frente sin desviarla ni un poco. Alzó el rostro lo suficiente para centrar la visión en sus ojos.

Se le revolvió el estómago de rabia al ver de nuevo la cicatriz tan horrenda que había desfigurado su hermoso rostro y le quitó la vista de aquel ojo verde que tanto amaba.

Amaba, en pasado, porque ella ya no sentía nada. Eso sí, en cuanto averiguara la forma de recuperar su magia, iría tras el desgraciado que hirió a su compañero y le haría sufrir una lenta tortura.

¡No me importa quién lo haya hecho! Se recriminó de nuevo discutiendo consigo misma. Desde que ese hombre había reaparecido, la diferencia entre su loba y ella era cada vez más notoria. Acabaría por enloquecer si pasaba los días en plena discusión con sus dos mitades.

Miró a Jarek con odio y él se apartó de su camino con una expresión desolada.

—Lo siento, no quise molestarte. Te escuché gritar y me preocupé.

—Me molesta que respires, querido, pero hasta que no recupere mi magia no puedo hacer nada en contra de eso. —Su expresión triste dio paso a una mueca adolorida que le provocó un pellizco en el estómago nada agradable. No quiso pensar demasiado en eso y miró a su alrededor —. Olí comida, estoy muerta de hambre.

—Me gustaría decir que fui yo quién lo preparó, pero la comida apareció de la nada, está sobre la mesa. —Señaló hacia la sala y no le sorprendió ver una cena para dos, con postre, vino e incluso velas. A la vieja bruja le gustaba apostar fuerte y estaba casi segura de que intentaba influir en sus sentimientos con aquel ambiente romántico.

Se equivocaba con ella, su plan no surtiría ningún efecto. De hecho, en cuanto terminara de devorar todo lo que había en el plato, comenzaría a buscar entre los grimorios alguna forma de liberarse de aquellas pulseras que controlaban su magia. Eso haría, nada más, dejaría de pensar en que detrás de ella se encontraba su compañero demasiado desnudo para su precaria salud mental. Además, no era como si los recuerdos que tenía de aquella cabaña le provocaran pensamientos agradables.

Bueno, si obviaba su casi muerte desangrada por las garras de Radolf, en aquel lugar todavía parecían flotar las noches de pasión que vivió con él.

—Me habría gustado que lo prepararas tú, siempre me gustó cuando pasabas horas encerrado aquí para hacerme compañía y te preocupabas cuando me olvidaba de comer por estar practicando mi magia —se escuchó decir a sí misma y miró horrorizada a Jarek para saber si la había escuchado. La forma en que el lycan contuvo la respiración y alzó el rostro con rapidez con una expresión de sorpresa, le dijo que sí habló en voz alta—. Morir envenenada por tu comida es mucho mejor que continuar viviendo en esta situación —rectificó y, cuando su compañero se dirigió a la mesa sin mirarla, de nuevo ese pinchazo desagradable en el estómago la desestabilizó.

—Qué bueno que no haya cocinado yo, a no ser que temas que tu tía quiera envenenarte, estás a salvo —gruñó, malhumorado y se sentó frente a su comida de forma brusca. Él se alejó de ella y se dirigió hacia la mesa, pero ella fue incapaz de apartar la vista de su espalda desnuda y aquellas firmes nalgas. Se sentó en la silla y, al sentir su mirada sobre su cuerpo, Jarek alzó el rostro y cubrió la cicatriz de su mejilla con la mano—. Siento si mis cicatrices te dan asco, pero…

—Asco no es lo que siento —se apresuró a contestar y se tensó por no poder controlar la estupideces que salían de su boca—. Lo que quiero decir es que… No soy ninguna princesita que se espante por unas cuantas cicatrices. Tu cuerpo me es indiferente.

Mientras lo decía, no pudo evitar bajar la mirada a sus anchos hombros desnudos y a la zona superior de su torso que quedaba al descubierto. La mesa era un estorbo, si no estuviera en el medio, ella podría aprovechar aquel momento incómodo para mirar con discreción. O sin discreción, por algún motivo no era capaz de apartar los ojos de aquel cuerpo.

Al final, que no tuviera sentimientos no significaba que no fuese curiosa. La anatomía masculina siempre le causó curiosidad y la de su compañero no iba a ser un excepción. Lo que sentía era eso, curiosidad.

Jarek cortó un pedazo de carne, al parecer comenzaría a comer sin importarle que ella estuviera de pie, desnuda y muy dispuesta. ¿Dispuesta? No, hambrienta, estaba muerta de hambre. Su única disposición era para tragarse el enorme filete y llenar su estómago. Por ese motivo, terminó por sentarse en la silla frente a él, no porque quisiera su compañía.

Su compañero se llevó el tenedor a sus carnosos y bien delineados labios y masticó con calma. Dana se mordió el labio inferior sin poder hacer nada por evitarlo, le faltaba salivar y ya no sabía si era por la carne del plato o por toda esa carne desnuda que tenía frente a ella. Apretó los muslos al sentir un incómodo palpitar entre sus piernas y una repentina humedad. Su respiración se aceleró y se clavó las uñas en los muslos para infringirse dolor. El dolor físico era algo seguro, mucho más seguro que aquella sensación extraña que la invadía, pero cuando miró sus manos, eran garras. Tenía que controlarse o su loba se apropiaría de ella.

Sacudió las manos por debajo de la mesa y enjauló a ese animal lujurioso que no soportaba estar cerca de su compañero sin querer devorarlo. Su loba quería unirse a él y no podía permitirlo. Como tampoco podía seguir pensando en esa boca y en la forma en que se sentían sus besos porque ella ya no sentía nada.

—¿No vas a comer? —preguntó su compañero al notar que su mirada estaba fija en el plato y no hacía nada para alimentarse por culpa de su mente calenturienta.

Dana escuchó que hablaba, pero estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos sobre labios y besos como para prestar atención. Alzó la vista para mirarlo de nuevo y preguntó, aturdida.

—¿Qué? ¿Besarme? ¿Estás loco? Eso no ocurrirá, no necesito que me beses. —El ceño de Jarek se frunció por unos segundos, pero después cerró los ojos y las aletas de sus nariz se abrieron. La estaba olfateando.

Cuando la miró de nuevo, una sonrisa que casi la puso a jadear se mostró en su rostro.

—Te pregunté si no ibas a comer —repitió con un tono ronco que no había tenido momentos antes—, pero estoy a tu disposición si necesitas otra cosa.

Dana se apresuró a apretar más las piernas y se llevó un trozo enorme de carne a la boca. Si luchaba por tragar, quizá su mente dejaría de estar regodeándose en recuerdos que ya nunca se repetirían.

—Y-ya e-estoy comiendo —graznó con la boca llena y sin ser capaz de morder la cantidad de carne que acababa de engullir. Cuando por fin logró tragarlo todo y beberse una copa entera del vino sin respirar, cruzó su mirada con la de su compañero.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos hasta que él lo rompió.

—Mi aspecto… Mis cicatrices, no te asustan —dijo más como una afirmación que como una pregunta.

¿Asustarla? No, le daban una rabia intensa al pensar en lo que sufrió. Pero más allá de eso, lo que sentía cuando lo miraba era un deseo insano y que debía evitar a toda costa. Quería acariciar todas y cada una de ellas. Quizás lamerlas, sí, no iba a negar que esa mente tan activa que tenía decidió pensar que poner su boca sobre esa piel bronceada le agradaría. Después, si tuviera su magia, intentaría curarlo. Tal vez su magia sanadora era débil, pero no quería a su tía poniendo las manos sobre el cuerpo de su compañero.

Ese cuerpo era suyo.

Intentó ahogar un gemido de protesta y se sirvió una nueva copa de vino que se bebió con tanta rapidez como la anterior.

—Dana, te hará daño si sigues bebiendo de esa forma —lo escuchó a través de la neblina que abotargaba sus sentidos y el calor que comenzó a emerger de su cuerpo se duplicó.

Sentía un hilo de sudor caer desde su sien hasta su cuello y el corazón se encontraba a punto de un infarto. ¿Qué le estaba pasando? Conforme el líquido se asentaba en su estómago, su piel le hormigueaba y sus pensamientos lascivos eran más incontrolables.

—Ya nada me puede hacer daño —masculló con los dientes apretados y sintió la presencia de su loba más fuerte que nunca.

Sin necesidad de un espejo, sabía que los ojos le brillaban y que solo la fuerza de voluntad le impedía saltar sobre la mesa y obligar a Jarek a apagar aquel fuego que crecía en su interior.

Dana no supo qué vio su compañero al mirarla, pero se levantó con rapidez y, antes de que pudiera gritarle que se alejara, lo tuvo a su lado. Él le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo. Si la última vez que la acunó entre sus brazos sintió que el cuerpo le quemaba, en ese momento era aún peor. Le dolía, pero no era igual al dolor de sus propias garras clavándose en su carne, era el dolor de una lujuria antinatural. Escuchó que Jarek la llamaba, sus manos le acariciaban el rostro y su voz se escuchaba preocupada.

—E-el v-vino —susurró y se lanzó sobre la mesa tirando todo al suelo—. ¡Esa vieja bruja!

—¡¿Qué ocurre?! —Sintió el calor de su cuerpo tras ella mucho antes de que se acercara.

Cuando sus brazos le rodearon la cintura y su torso desnudo le acarició la espalda, creyó que se moriría si él la soltaba.

Sin fuerza de voluntad, dejó caer su peso sobre él y recostó la cabeza en su hombro. Allí donde su cuerpo la cubría el dolor tan intenso cesaba.

—Esa maldita bruja envenenó el vino —gimió y, sin poder contenerse, movió las caderas contra él para sentir la firme erección que rozaba su trasero.

Su compañero intentó apartarse, pero ella no se lo permitió.

—Por la diosa, tu olor —lo escuchó pronunciar con la voz estrangulada. Dana era muy consciente de que ya no podía ocultar el aroma de su excitación y todo por culpa de ese vino.

Jarek la soltó con un gruñido y, en cuanto puso distancia, la fiebre de su cuerpo comenzó a aumentar. Él se agachó en el suelo, se mojó un dedo con el líquido que se había derramado y se lo llevó a la nariz para olerlo.

—Huele a mandrágora —susurró—, entre otras hierbas. Esa bruja retorcida no deja de entrometerse —escupió con rabia y, si no estuviera sintiendo que se quemaría por dentro si él no la tocaba, se habría carcajeado.

—Por fin pensamos igual —jadeo—. ¿Comprendes por qué quiero destruir…? *Aaaaah*, por la diosa, tócame, Jarek. Te necesito —gimió sus últimas palabras. Esperó que él recibiera su orden como todo un caballero y usara esa enorme erección para apagarle el fuego, pero negó con la cabeza, aturdido—. ¿No? ¿Cómo qué no? Moriré si no lo haces.

Su compañero se frotó el cabello y lo enredó entre sus dedos, se veía muy alterado.

—No voy a tocarte solo porque te hayan drogado. No quiero que mañana te arrepientas de lo que pase entre nosotros. Cuando lo haga, no será bajo los efectos de ninguna ningún vino mágico preparado por tu tía.

Dana recibió su rechazo como si le hubieran dado un rodillazo en el estómago. ¿Qué esperaba? ¿Qué se lanzara a sus pies? Ese hombre nunca la amó. Si la hubiera amado no habría intentando matarla y tampoco se habría ocultado de ella todo ese tiempo.

Aquello no debía dolerle, pero sintió la necesidad de infringirle el mismo golpe. La ira era un sentimiento mucho más seguro.

—Tienes toda la razón —dijo, mientras sacaba toda su fuerza de voluntad para alejarse hacia la habitación. Se encerraría y en algún momento pasaría el efecto, sin continuaba allí perdería la poca dignidad que le quedaba y le rogaría. Se recargó sobre el marco de la puerta y no pudo evitar mirarlo una última vez. Jarek estaba de pie, mirándola con una intensidad que le provocaba un dolor palpitante entre las piernas. Sus músculos estaban engrosados y empuñaba las manos con tanta fuerza que un hilo de sangre resbaló hacia el suelo. Lo maldijo por su autocontrol y lo miró con odio antes de propinar sus golpe final—. Por desgracia, mi tía me encerró contigo y no con Garrick. Esto que me ocurre es por el maldito vino, no porque me atraigas, en ese sentido, tu gemelo es mucho mejor que tú. Al que deseo es a él.

No miró lo que sus palabras provocaron, corrió al interior de la habitación, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Jarek la acorraló.

CAPÍTULO 19



—¿Q-qué estás haciendo? —la escuchó balbucear, nerviosa.

Jarek no tenía la menor idea de lo que hacía. Si tenía que ser sincero consigo mismo su lobo tenía el control de todas sus acciones. No había probado el vino, ni siquiera un sorbo, pero el olor que desprendía su compañera era suficiente para nublar su buen juicio.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho la reina, se prometió a sí mismo que sin importar lo que Dana dijera o hiciera, él no sucumbiría a ella. No pensaba aprovecharse de la situación. ¿Qué clase de hombre pensaba esa bruja que era? Él nunca haría nada sin que ella estuviera en sus cinco sentidos.

La maldita bruja ni siquiera le había dado la oportunidad de intentarlo, de acercarse a ella, de convencerla. Tuvo que meter sus narices en lo que no la llamaban y en ese instante su voluntad se había quebrado.

Con las manos en su cintura, el cuerpo de Dana atrapado entre la madera de la puerta y él, la idea de no tocarla ya no le parecía tan buena. Y menos cuando ella olía de esa forma y lo miraba con los ojos nublados por la lujuria. En el instante en que mencionó a su gemelo, toda su parte racional se marchó.

—Para tu desgracia, no es mi hermano el que está aquí, soy yo. —Jarek la miró con intensidad y gruñó cuando las manos de Dana se colocaron sobre su torso para acariciarlo en lugar de para apartarlo—. Dime que me vaya —jadeó con la voz adolorida.

Su erección rozaba el vértice de su feminidad y podía sentir el calor que emanaba de ella. Los ojos de su compañera estaban vidriosos y respiraba de forma entrecortada mientras luchaba por recuperar el aliento. Su pecho subía y bajaba con cada inhalación y sus pezones erectos se rozaban contra el fino vello de su torso desnudo. Tenía los labios entreabiertos, humedecidos y su lengua rosada los lamió de forma nerviosa. Al verla, nadie podría decir que ella era la bruja sin sentimientos que su tía decía que era.

Sus mejillas estaban sonrojadas y el cabello le caía desordenado por la espalda. Sus ojos verdes cambiaron y se tornaron plateados, su loba tenía el control de la misma forma que el suyo y ambos se reconocían. En ese instante, no había cicatrices, heridas o rencores, ambos podían ver el interior del otro.

—Tu hermano no me hace sentir nada, solo tú lo haces —confesó en un susurro y su expresión se tornó adolorida. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, cuando los abrió, eran de nuevo verdes—. ¡Odio a ese animal que pone palabras en mi boca que no quiero decir! —se quejó y le clavó las uñas en el torso.

A pesar de que lo único que quería era besarla, acariciarla y enterrarse entre sus piernas, no permitiría que la lujuria lo cegara cuando su parte racional continuaba negando la conexión que existía entre ellos.

Cuando deslizó sus manos y soltó su cintura, Dana lo agarró por los hombros y lo atrajo de nuevo hacia su cuerpo desnudo.

Se quedó allí, inmóvil como una estatua, con los ojos clavados en ella y observando cada detalle de su apariencia. Su cuerpo todavía estaba casi oculto detrás de la puerta, pero podía ver lo suficiente para volverse loco de deseo. Sus pechos estaban expuestos, sus pezones erectos y moría por deslizar su lengua por ellos. Regresó sus manos a su cuerpo. En esa ocasión fue más audaz y las colocó en sus caderas, justo en la curva de sus nalgas.

Al hacerlo, Dana se frotó contra su cuerpo y su lobo aulló de aprobación. Ella se lamió los labios, sin apartar los ojos de los de él y dijo con voz entrecortada:

—T-te esperé durante casi dos siglos, no te atrevas a alejarte ahora. Estoy cansada de solo tenerte en sueños.

Tragó saliva con fuerza, tenía la garganta seca. Quería extender la mano y tocarla, estrecharla con más fuerza entre sus brazos y besarla hasta hacerla perder el sentido de la realidad, pero demasiadas cosas lo detenían.

Jarek se acercó más, hasta que ni siquiera el aire lograría interponerse entre ellos. Sin apartar los ojos de su compañera, no pudo evitar preguntar:

—¿Qué has soñado, Dana? ¿Es esto un truco? ¿Estás actuando para hacerme creer que aún después de todo lo que te hice sientes algo por mí? —su voz fue un susurro ronco que evidenciaba el poco control que tenía ya sobre su cuerpo.

Ella sonrió en respuesta. Fue una sonrisa lenta, seductora y cargada de ese toque de maldad que se había convertido en parte de la nueva mujer que tenía enfrente. A pesar de las alertas que aquello envió a su cerebro, el modo en que sus labios se curvaron le provocó un escalofrío en la espalda.

—No te confundas, Jarek —la forma en que su nombre se deslizó entre sus labios fue casi como un gemido—. Lo que siento por ti es solo deseo. La mujer enamorada que habría dado la vida por ti ya no existe, Endora está muerta y lo que ella sintió también lo está, pero el deseo… Eso es otra cosa. —Hizo una pausa y deslizó su mano a través de su torso hasta atrapar su miembro entre sus dedos—. He soñado que me tocabas, que tus manos recorrían mi cuerpo, que explorabas cada centímetro de mí. Aun puedo sentir cómo me despertabas arañándome con tu barba entre mis piernas y tu lengua deslizándose...

—No sigas —rogó, no podía hacer otra cosa. Entre sus palabras y su mano acariciándole la firme erección, todo su sentido del honor se había marchado.

Dana estaba bajo los efectos de aquel vino, no era ella. Si accedía, si se perdía en su cuerpo al día siguiente lo odiaría. Más de lo que ya sabía que lo odiaba.

—¿Por qué debería detenerme? Creí que nos estábamos sincerando. No puedo sentir amor, tú mataste esa parte de mí, pero incluso con mi corazón congelado, no puedo evitar desearte. Hazme recordar lo que se sentía tenerte dentro de mí, llenándome, Radolf.

—Él murió junto con lo que hizo —dijo y un gruñido escapó de su pecho cuando ella apresó su miembro con más fuerza y comenzó a mover su mano desde arriba hacia abajo—. N-no q-quiero

repetir los mismos errores, quiero comenzar de nuevo, contigo. No me importa si no sientes nada, yo puedo sentir por los dos.

Dana intentó protestar, pero extendió la mano, ahuecó su mejilla y se inclinó para capturar sus labios en un beso en el que puso todo lo que sentía. Ella gimió en su boca y salió al encuentro de su lengua. Se besaron como si la vida fuese extinguirse y no tuvieran más tiempo que aquellos minutos robados.

—No me hagas esperar más —murmuró su compañera con la voz ronca de deseo. Jarek la miró al romper el beso y sintió la suave caricia de su mano a lo largo de la cicatriz de su rostro. Intentó apartar la cara, pero ella se lo impidió—. No te ocultes de mí, puede que mis cicatrices estén ocultas, pero en mi interior, estoy tan llena de ellas como lo estás tú.

Esas cicatrices de las que ella hablaba se las había regalado él. Por más que su cuerpo le pedía fundirse con el de su compañera, dio un paso atrás y le apartó las manos de su rostro.

—No seguiré con esto, estás bajo los efectos del afrodisiaco y harías cualquier cosa y dirías cualquier cosa con tal de aliviarte, incluso acostarte con un monstruo como yo. —En cuanto se separó, notó que las facciones de Dana cambiaron. Apretó la mandíbula con fuerza y se notaba que sufría—. ¿Te duele?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando te separas de mí siento que cada parte de mi cuerpo se quema, pero no aceptaré otro rechazo, sal de la habitación y déjame sufrir en paz —gruñó y caminó hacia la cama, se subió en ella y se acostó boca arriba con la mirada fija en el techo.

A Jarek se le secó la boca mientras la miraba, incapaz de apartar la vista de su cuerpo desnudo sobre la cama. Su lobo se rebelaba ante la idea de dejarla sola y, si era sincero consigo mismo, él también.

—Tesoro, por favor, no me hagas sentir como el villano solo porque no quiero aprovecharme de ti —suplicó, con voz tensa—. No quiero que mañana cuando despiertes…

—¡No siento nada! —gritó, sobresaltándolo—. Mañana, seguiré sin sentir nada. ¿Acaso no lo entiendes? Hasta que regresaste de entre los muertos ni siquiera era capaz de sentir algún tipo de deseo por un hombre. ¡Y lo intenté! —El gruñido de Jarek resonó en la habitación y ella alzó la mitad de su cuerpo dejándose caer sobre sus codos—. ¿Celoso?

—Sí —masculló con los dientes apretados y, sin ser consciente de lo que hacía, se dirigió a la cama y se subió en ella.

Dana gimió ante su cercanía y no fue porque le diera pavor mirarlo, su mirada ardía y no vio repulsión ante todas sus cicatrices.

—Me alegro —siseó, con la voz cargada de rabia—. Así sientes un poco de lo que yo sentí cuando intentaste matarme porque habías decidido que querías estar con otra mujer y no conmigo. Lo mínimo que me debes es evitarme este dolor.

El golpe de sus palabras dolieron más que si le hubiera atacado físicamente. Ella aprovechó su consternación para empujarlo y tumbarlo en la cama. Dana se sentó a horcajadas sobre él y encajó su miembro entre sus piernas. Sintió su humedad deslizarse a lo largo de toda su extensión cuando comenzó a moverse sobre él.

Jarek la observó, fascinado, mientras ella se daba placer. No pensaba luchar más en su contra, la deseaba más que a nada en su vida y ya no podía seguir negándolo. Si solo tenía aquella noche

con ella y todo era producto de un hechizo de lujuria, lo tomaría todo y viviría de ese recuerdo.

Dana echó la cabeza hacia atrás sin dejar de mover sus caderas, sus pechos se agitaban al compás de su respiración acelerada y no pudo evitar que sus manos se deslizaran hacia ellos para ahuecarlos. Le pellizcó los pezones y un fuerte gemido escapó de sus labios.

—No sé por qué te ataqué, tesoro —jadeó, quería explicarle por qué la rechazó y la hirió de esa forma, pero no tenía una respuesta concreta.

Dana detuvo su movimiento para mirarlo.

—El tiempo de hablar ya terminó, lobito. Mañana podremos insultarnos un poco más, pero esta noche, te necesito —se quejó, deslizó la mano entre sus cuerpos y agarró su miembro para llevarlo a su entrada.

Antes de que lograra su propósito, Jarek se dio la vuelta y la tumbó en la cama.

Sus brazos quedaron a cada lado de su rostro, sosteniéndose de ellos para no aplastarla. Continuaba entre sus piernas y nada ni nadie lo obligaría a apartarse de allí, pero ella debía escucharlo.

—Nunca comprendí por qué te ataqué, no sé lo que me ocurrió, debes creerme. Nunca la toqué. Cuando te marchaste y comprendí el alcance de lo que había hecho solo quise morir, Isobel nunca fue nada para mí. Siempre fuiste tú.

Dana le clavó las uñas en los brazos y lo miró con odio.

—¿Por eso te uniste a ella? ¿Por eso la hiciste tu Luna? —bramó, encolerizada y alzó la mano para abofetearlo, pero fue más rápido y le sujetó ambos brazos sobre la cabeza—. Tu amor nunca valió nada, ni en ese momento ni ahora. Te reconocí, sabía que eras tú y aún así decidí darte una nueva oportunidad. Y ¿qué hiciste tú? Me humillaste dejándome plantada frente a toda mi familia.

—¡Me estaba muriendo! —gritó y ella lo miró, aturdida—. ¿Por qué crees que tengo estas cicatrices? Cuando llegué a la manada para hablar con mis padres los encontré muertos, el mismo hombre con el que querías unir tu vida los asesinó y me culpó a mí. Me dieron por muerto y si no llega a ser porque me encontraron a tiempo no estaría aquí.

—Lo mataré —gruñó y sus ojos plateados brillaron cargados de furia—. En cuanto recupere mi magia voy a…

—Ese placer es mío, tesoro.

—No me dejarás fuera en esto, tu hermano me engañó, me hizo creer que te desterró y que días después encontraron tu cuerpo. Nadie te daña y vive para contarlo.

Jarek arqueó una ceja y una sonrisa se fue formando en su rostro.

—Pensé que no tenías sentimientos, cualquiera que te escuche diría que te importo.

Dana se tensó y se mordió el labio inferior con tanta fuerza que una gota de sangré se deslizó por su barbilla.

—No te confundas, no me importas, es cuestión de propiedad y respeto. Nadie toca lo que pertenece a una bruja y vive para contarlo.

Le daría esa concesión y no la obligaría a reconocer lo que podía ver en su mirada. Todavía no estaba todo perdido. Oculto, bajo todos esos sentimientos oscuros, estaba Dana y él iba a traerla de vuelta.

—Tienes razón, el tiempo de hablar se terminó. —La atrajo hacia sus brazos y estrelló sus labios sobre los de ella.

Esperó la respuesta apasionada de su compañera y su intento de soltarse las muñecas de su agarre, pero no se lo permitió. Quería sentir sus manos de nuevo sobre su piel, ni la discusión había aminorado el deseo que sentía por ella. Estaba al límite y no quería perder el control.

◆ ◆ ◆

Dana cerró los ojos y se abandonó a las sensaciones cuando él comenzó a besarla de nuevo. No fue como ella imaginó, no la devoraba como el hombre sediento de sexo en el que pensó que se convertiría, la estaba adorando en cada beso como lo hizo la primera vez que se rindió a él. Hacía tanto tiempo que no se sentía de esa forma, los recuerdos que vivía en sueños no le hacían justicia a la realidad.

La besaba lento, profundo y jugaba con sus labios hasta arrancarle suspiros de satisfacción que no podía controlar. No quería sentir, deseaba que él dejara de tocarla de esa forma y se convirtiera en el animal sangriento que la destruyó. Que la tomara sin preámbulos y le diera más razones para odiarlo porque el odio era algo que podía manejar, pero él parecía querer destruir su coraza en cada beso y en cada caricia.

Cuando sus labios se deslizaron por su mandíbula y bajaron a ese punto entre el hombro y el cuello, comenzó a tirar de los brazos para que la soltara. Le hormigueaban los labios y esa sensación se le introdujo en el estómago provocándole deseos de escapar.

—Tranquila —lo escuchó decir junto a su oído y le lamió el lóbulo de la oreja haciéndola estremecer—. No ocurrirá nada que tú no quieras.

Ese era el problema, ella quería, quería todo, pero no podía permitírselo.

—Quiero que ocurra —se atrevió a decir en voz alta y no mentía—, pero lo negaré mañana. Jamás lo admitiré.

Su compañero alzó el rostro y sonrió, aunque no le permitió disfrutar de esa imagen porque antes de que pudiera darse cuenta, regresó a besarla y en esa ocasión no fue tranquilo ni amoroso. Su lengua invadió su boca, hambrienta, frenética y Dana salió a su encuentro con el mismo frenesí. Cuando abandonó sus labios, ya estaba demasiado perdida en las sensaciones para pensar con claridad.

Su miembro erecto presionaba contra su muslo y, si no fuera porque él la mantenía sujeta, intentaría mover las caderas para sentir un poco de fricción en donde más lo necesitaba. La mordió sin llegar a marcarla y ella se tensó.

—Nada de marcas —pidió cada vez más nerviosa—. Sin vínculos, Jarek, o esto se detiene aquí. Es solo sexo, ¿entiendes? No te confundas.

Si a él le molestaron sus palabras, no lo supo porque deslizó su manos entre sus pliegues humedecidos y la hizo emitir un sonido lastimero cuando el roce terminó. Deseaba que la tocara y sus manos parecían querer torturarla. Su compañero le acarició las piernas y, cuando subió por los muslos y se acercó a su ingle, contuvo la respiración, expectante.

En algún momento sus manos quedaron liberadas, pero ella las mantuvo sobre la cabeza. Él se había arrodillado y se encontraba entre sus piernas. La miraba con tanta intensidad que se sintió expuesta, como si pudiera ver más allá de aquella coraza helada que había erigido para mostrar al

mundo.

Su loba estaba enloquecida, contener los colmillos y el deseo de marcarlo estaba siendo una tarea titánica. Él era suyo, lo era como Radolf y como Jarek, su loba lo sabía, pero ella se negaba a aceptarlo.

—Ya te dije, tesoro, no necesito que me ames cuando yo puedo amarte por los dos —ronroneó a la vez que separaba sus piernas y jugueteaba con sus manos por su vientre. Ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior para no suplicarle que la tocara de una vez—. ¿Aceptas eso?

—No lo acepto, nada de amor —jadeó, demasiado afectada—. Esto es…

Jarek comenzó a besarle el interior del muslo, mordisqueó y lamió su piel como si no quisiera alimentarse de otra cosa que no fuese ella. Cuando sintió el cálido aliento sobre su vértice, Dana agarró la manta entre sus dedos, la apretó y cerró los ojos cuando sintió su cálido aliento rozando su sexo. Llevó dos dedos a su hendidura y la acarició provocando que un espasmo recorriera su cuerpo.

Quería más, mucho más, pero aquella invasión fue suficiente para que comenzara a mover las caderas buscando más contacto.

—Abre los ojos, Dana. —Su compañero detuvo el movimiento y la dejó vacía—. Es mi única petición, será sin vínculos, pero quiero que me mires en todo momento. No quiero ser un juguete que mañana deseches, necesito saber que estás consciente de que esto ocurre conmigo.

Gruñó por la desesperación y sintió los colmillos de su loba asomarse entre sus labios. Quería que continuara, si necesitaba que lo mirara, lo haría con gusto porque con cicatrices o sin ellas, era el hombre que deseaba con todas sus fuerzas.

—Lo que quieras, pero continua —rogó y maldijo al ver esa sonrisa que tanto la devastaba.

Su cuerpo desprendía calor y su respiración entrecortada se unía con la de él. Al menos, sabía que Jarek no se encontraba mejor y no era tan humillante estar abierta de piernas mientras la miraba con tanto deseo.

Sin poder contenerse más, sus manos se deslizaron por sus brazos, su torso y su espalda, desesperada por sentirlo hundirse en ella.

—Paciencia —susurró y tomó sus pechos entre sus manos.

Deslizaba los dedos sobre sus pezones que se endurecían y clamaban por atención. Se los llevó a los labios y comenzó a besarlos, lamerlos y mordisquearlos con tanto anhelo que la piel de Dana quedó enrojecida.

—Por favor —rogó a la vez que tiraba de su cabello—. No me tortures más.

Cuando Jarek la miró, ella estaba ruborizada y sus caderas buscaban su erección para rozarse con ella.

—¿Qué necesitas? —preguntó, sin dejar de sonreír y volvió a tomar uno de los pezones con su boca.

Ella intentó de nuevo mover sus caderas contra él para aliviarse, pero solo consiguió que bajara su mano y comenzara a jugar con sus dedos. Los humedeció antes de llevarlos a su interior.

—No quiero tu mano, te quiero a ti. Ha pasado toda una vida —lloriqueó y, al ver que él no tenía intención de hacerlo, lo empujó con todas sus fuerzas y lo dejó caer de espaldas contra el colchón.

Antes de que pudiera tomar el control, se colocó a horcajadas sobre su cuerpo, agarró su miembro erecto, lo llevó a su entrada y se deslizó sobre él de una sola embestida.

Se le saltaron las lágrimas al sentir el dolor punzante. Jarek gimió y ella gritó, pero cualquier dolor era válido si podía tenerlo en su interior. Su compañero le agarró las caderas y la detuvo cuando vio sus intenciones de comenzar a moverse. La abrazó contra su pecho y comenzó a acariciarle la espalda en movimientos circulares para calmarla.

Ese era el hombre del que se enamoró, el mismo que la trataba como su posesión más preciada y un día sin motivos dejó de amarla. No quería sentir, no podía dejarse llevar por más que una parte de ella quisiera perdonar todo.

—Tranquila, tesoro, tranquila —le repitió sin dejar de acariciarla con infinita ternura—. Ya pasó, no volverá a dolerte.

—No me dolió —masculló contra su cuello porque no quería que viera sus lágrimas. Su cuerpo comenzaba a adaptarse a la invasión y aquella humedad que impregnaba sus ojos era debido a la desolación que los recuerdos le provocaban.

Sentía esa coraza helada resquebrajarse exponiendo su corazón al dolor. Por más que deseara terminar lo que había comenzado, el miedo a sufrir otra vez casi pudo con su determinación. Jarek tuvo que notarlo, porque sin salir de ella le dio de nuevo la vuelta y la tumbó en la cama.

Volvió a besarla hasta que sintió que la tensión de su cuerpo disminuía y se olvidaba de todo lo que no fuera el roce de sus cuerpos.

—¿Quieres que continúe?

—Moriré si no lo haces.

Sin dejar pasar un instante más comenzó a moverse con lentitud. Lo sentía abriéndose paso en su interior, tan duro y a la vez tan suave. Respiraba acelerada y lo abrazaba con tanta fuerza que no dejó separación entre sus cuerpos. Enloquecida por las sensaciones apretó sus piernas contra su cintura y salió a su encuentro en cada embestida. Necesitaba más, mucho más.

Como si él leyera sus deseos aceleró sus movimientos, le alzó las caderas y comenzó a tocar ese punto que la hizo enloquecer. La habitación se llenó de gemidos entrecortados que salían de su garganta sin que pudiera contenerlos. Sus dedos se hicieron garras, pero no le importó. Arañó la espalda de Jarek con ellas, pero él no se apartó y menos se quejó, al contrario, bombeó con más fuerza hasta hacerla sentir que su cuerpo dejaba de pertenecerle a ella para ser de él.

—Déjate llevar, tesoro, disfruta, mi amor —le pidió y atacó su boca sin dejar el vaivén en su interior.

Como si sus palabras provocaran la detonación, las paredes internas se contrajeron contra su miembro y liberó su orgasmo. Él no se detuvo, continuó al mismo ritmo hasta que de nuevo, aquella sensación, comenzó a formarse en su vientre. Jarek apretaba la mandíbula como si le costara contenerse por más tiempo.

—Vamos, tesoro, una vez más. Me encanta escucharte. —Su pulgar rozó su clítoris y comenzó a dar movimientos circulares sin dejar de penetrarla.

Con un par de movimientos más ella explotó de nuevo y él se dejó ir. Su compañero cayó sobre ella y enterró el rostro en la curva de su cuello. Ambos estaban sudorosos y sin poder respirar con regularidad.

—No ha estado mal —logró pronunciar con la voz demasiado afectada.

Jarek dejó de ocultarse y la miró.

—¿Solo eso? —Ella se encogió de hombros y él hizo un chasqueó con la lengua—. Entonces habrá que repetirlo para que la próxima vez esté muy bien.

—Puedo sacrificarme para que aprendas a mejorar.

Él gruñó y bajó el rostro hasta su cuello. Sintió los colmillos rozar su piel y el temblor que le provocaba contenerse. Se estaba controlando y, por unos segundos casi le rogó que la mordiera, pero logró callarse.

—Por la diosa, tesoro, vas a tener que sacrificarte tantas veces que cuando acabe esta noche nunca más querrás pertenecer a otro.

Antes de que pudiera contestar, la besó con furia y todas sus reticencias volvieron a desaparecer.

CAPÍTULO 20



Dana despertó sola en la cama. En algún punto de la noche se quedó dormida y entre la duermevela le pareció sentir que Jarek la abrazaba. Quiso quejarse, decirle que se acomodara en su lado de la cama o que durmiera en el sofá, pero por algún motivo en el que no quería pensar, no pudo apartarlo.

No podía negar, que una parte de ella sintió una profunda desilusión al abrir los ojos y encontrarse a solas en la habitación. Acarició el lugar de la cama en el que había estado acostado su compañero y lo encontró frío.

—Es lo mejor —susurró, para sí misma—. Me alegro que haya entendido que lo de anoche solo fue un desliz. No hay motivos para quedarse acurrucados en la cama y repetir.

«Repetir» no entraba en sus planes. Estaba dolorida de una forma agradable. Como para desear ese dolor a diario, pero eso no significaba que se dejaría llevar por aquel extraño impulso de querer estar adherida a su compañero como si fuese una lapa.

Se sentó en la cama y el rugido de su estómago le recordó que, por culpa del vino, la noche anterior casi no había probado bocado, pero salir significaba encontrarse con Jarek y no sabía cómo reaccionar después de lo ocurrido.

—No puedo ser más tonta —se regañó—. Lo ocurrido no ha tenido importancia. Además, no voy a llevarme todo el día aquí encerrada por culpa de ese lobo tonto. Tampoco pienso morir de inanición por ser una cobarde.

Decidida, se puso de pie y recordó que continuaba desnuda. Un escalofrío recorrió su columna al notar las marcas rojizas que se enmarcaban en su piel, un fiel recordatorio de que las manos y la boca de su compañero habían estado allí.

Pensó en arrancar la sábana de la cama y envolverse con ella, pero eso solo le haría pensar que le había afectado lo sucedido y a ella nada le afectaba. Sin pensarlo más, se dirigió hacia la puerta de la habitación y salió.

Deslizó su vista por la sala y lo descubrió sentado en el sofá, tan desnudo e imponente como el día anterior, con los brazos flexionados y con uno de los grimorios de su tía en las manos. Estaba tan concentrado en la lectura que ni siquiera la escuchó hasta que no se acercó a él y le habló.

¿Su compañero se veía acalorado?

—Parece interesante la lectura —murmuró, en parte por curiosidad y también porque quería que la mirara.

Jarek se sorprendió al verla y cerró el libro con rapidez. Si no fuera imposible, creería que ese

tono rojizo que subió a sus mejillas se debía a la vergüenza. Dana arqueó una ceja e intentó robarle el grimorio, pero él fue más rápido y lo ocultó detrás de su espalda.

—Tu tía me dijo que lo leyera —masculló, avergonzado.

—Vaya, al parecer la vieja bruja quiere hacerte el secuestro más ameno, ¡qué encantadora!

—¿Criticándome de nuevo? —la voz de su tía resonó y ambos miraron hacia la puerta.

Emma se encontraba allí y no se veía muy contenta.

—Pero si la aspirante a narcotraficante se dignó a visitarnos —rezongó—. ¿A qué se debe tu inmunda presencia? No me digas, ya lo adivino yo, vienes a asegurarte de que tu vino acabó con mi vida. Siento decirte que sigo respirando y que tus drogas no hicieron efecto.

—La última vez que los espié y eso fue anoche, me pareció que sí lo hizo —ronroneó—. Pero se ve que tienes que volver a repetirlo para quitarte el mal humor.

—¡Nos espiaste! —gritó y su tía se encogió de hombros como si no tuviera la menor importancia que invadiera su intimidad.

—El fin justifica los medios y, si por salvarte tengo que espiar, lo haré con gusto.

De pronto, Jarek se levantó y se colocó a su lado. Su brazo protector la rodeó por la cintura y la acercó a su cuerpo. Se tenso, ardió y se derritió todo en el mismo segundo. Sintió unas ganas gigantescas de escapar y con la misma intensidad deseó restregarse contra él.

—Que nos tengas aquí retenidos no te da derecho a espiarnos y menos a hacerla sentir incómoda —masculló su compañero y eso solo logró que la expresión de su tía se volviera calculadora—. Además, lo que hiciste con el vino fue un truco demasiado rastrero. Si vuelves a intentar dañarla no me importará que seas la reina.

Un pinchazo en su corazón y un fuerte latido fue suficiente para que Dana se apartara de él. Si continuaba así, ni su hechizo sería suficiente para detener el flujo de sentimientos contradictorios que se empeñaban en entrar en ella.

—No necesitas defenderme —se quejó y evitó mirarlo—. Una sola noche conmigo no te da derecho a proclamarte mi protector, ya te lo dije antes de que sucediera, lo que ocurrió fue producto de esa droga que la entrometida de mi tía me dio, pero no volverá a ocurrir. Ahora estoy en mis cinco sentidos y puedo asegurarte que, entre tú y yo, no hay nada.

—Ah, así que me culpas —pronunció Emma y esbozó una expresión parecida a la de un gato que se lamía los bigotes con demasiado placer—. Siento decirte, querida sobrina, que el vino no era ninguna droga que te hiciera perder la razón y menos podrás culparlo por mostrar tus verdaderos deseos. Te tenía por una bruja más experimentada, lo estudiamos… hum, cuando tenías unos veinte años. ¿Ya lo olvidaste? Es un hechizo tuyo, de la antigua tú. De cuando eras una adorable ancianita y no una víbora sin corazón. *Luxury veritas* el hechizo de liberación de las sombras. ¿Recuerdas? Ese que servía para desencadenar los deseos ocultos. Si tu mayor deseo hubiera sido matarlo, el efecto habría sido otro, no es mi culpa que desearas meterlo en tu cama, pequeña bruja novata.

Su tía se desvaneció y solo su carcajada quedó resonando en el aire.

¡Hasta reía como una maldita bruja!

Dana sintió que toda su sangre subía hacia su rostro. No podía mirar a Jarek, no después de la revelación que acababa de hacer su tía.

—Creo… Creo que voy a… ¿Podrías dejar de mirarme de esa forma? —Podía sentir su mirada sin necesidad de tenerlo en frente.

—¿Cómo te miro, tesoro? —su voz fue un ronroneo seductor que hizo que su rostro enrojeciera aún más.

—¡No soy vuestro experimento! —gritó y se alejó con la intención de buscar una piedra y meterse debajo de ella, pero su estómago le recordó que estaba muerta de hambre.

Se dirigió a la cocina con la esperanza de encontrar algún alimento que ella pudiera preparar porque no pensaba comer algo que esa diabólica bruja hubiera enviado. Si no era así, moriría de hambre, le parecía un buen destino con tal de que aquella pesadilla finalizara.

Entró en la cocina y trató de ignorar la presencia de Jarek que la seguía de cerca. Abrió algunas puertas de los muebles y los cerró con fuerza al verlos vacíos. Algunos frascos tintinearon y deseó lanzarle uno a la cabeza de su compañero al notarlo demasiado cerca de su espalda.

—¿Buscas algo para calmar tus deseos ocultos, tesoro?

Iba a matar a su tía de una forma lenta y dolorosa.

Dana se giró con brusquedad y acabó alojada entre sus brazos y el torso firme de su compañero. Se le escapó un jadeo y lo fulminó con la mirada.

—No sabes cómo me arrepiento de haber tirado el vino, ahora lo tomaría completo porque tengo un deseo no tan oculto de silenciarte para siempre.

Jarek acarició su mejilla con el pulgar y odió derretirse con ese contacto.

—No necesitas más vino para silenciarme, tesoro, estaré encantado de ocupar mi boca en otros asuntos —respondió y se apoyó en la encimera con un aire despreocupado.

¡Maldito hombre! Como si no hubiera tenido suficiente con la noche anterior, su cuerpo traicionero quería tomarle la palabra y mantenerlo silenciado… De rodillas, frente a ella, con una de sus piernas colocada sobre su hombro mientras él usaba la lengua para otra cosa que no fuese hablar.

¡Cómo odiaba hablar!

—Te crees muy irresistible —replicó Dana y su estómago hizo un vergonzoso sonido por el hambre—. ¿Por qué no vas a leer tu grimorio de autoayuda? Seguro que tiene un capítulo sobre cómo no ser un incordio, o algún hechizo con el que arrancarte la lengua y metértela por el…

Jarek la agarró de la cintura y antes de que pudiera defenderse, volvió a acorralarla. En esa ocasión, entre su cuerpo y la encimera.

Acababa de descubrir un nuevo odio. No solo odiaba esas conversaciones cada vez más incómodas. También odiaba que aquella situación le recordara demasiado a la noche anterior y su cuerpo reaccionara de la misma forma.

Tenía que calmarse porque en ese momento no podía culpar al vino de aquella fiebre de lujuria que parecía atormentarla.

Culparía a su loba. Por supuesto, si no fuera mitad lycan no se sentiría tan miserable.

¡Desgraciado animal! Ojalá volviera a ser Endora.

—Tesoro, prefiero meter mi lengua en otras partes. ¿No crees que todavía puedo darle buen uso? Anoche no parecías quejarte.

Para acompañar sus palabras, Jarek comenzó a besar su hombro desnudo y dirigió su boca hacia sus pechos. Detenerlo era una opción, puede que no pudiera usar su magia, pero un buen rodillazo entre sus piernas podía tener el mismo efecto.

El inconveniente era que lo único que parecía funcionarle era el cerebro y no demasiado bien, porque su mente, que también era una ingrata, no dejaba de gritar: ¡sí, sí, sí, sigue, pero más abajo!

—Anoche fue... fue —balbuceó cuando el tomó un pezón entre sus dientes con un suave mordisco y lo alivió con su lengua.

—Para mí fue mágico, el mejor momento de mi vida, tesoro.

—Un error —concluyó ella, aunque su voz tembló y, en lugar de apartarse, arqueó su espalda para ofrecerle mayor acceso.

Dana enredó los dedos en el cabello de su compañero y lo atrajo más hacia su cuerpo.

—Un error que no te importaría volver a cometer, al menos eso dio a entender tu tía y, por como reaccionas, no creo equivocarme —contraatacó y su boca se deslizó desde sus pechos hasta su ombligo.

Dana sintió que su corazón bombeaba sin control y cada vez era más difícil negar una verdad que era demasiado evidente. Cuando Jarek se arrodilló frente a ella, comenzó a balbucear sin control.

—Mi tía es una bruja manipuladora. No creería ni una palabra de lo que dice aunque me lo jurara sobre toda su colección de grimorios. Grimorios que la mayoría son míos y ahora me llama bruja novata. ¡Yo le enseñé todo lo que sabe!

—Olvidemos las palabras de tu tía, ¿qué hay de lo que dice tu corazón, tesoro? —cuando Jarek preguntó, su tono cambió de burlón a serio.

Le importaba su respuesta y ella se negaba a decir la verdad. Ese ajado órgano que había recibido demasiados golpes se negaba a morir. Latía cada vez con más furia. Ni toda la magia que invirtió en aquel hechizo era capaz de mantenerlo encerrado por mucho tiempo. En apenas un día, sentía como su conjuro perdía cada vez más fuerza. Su tía había sido muy inteligente, al atar su magia, había debilitado a su mitad bruja y su loba cada vez se imponía más.

Ella era más fuerte que el animal, lo controlaría, tenía que hacerlo porque la otra opción era sufrir y no estaba dispuesta a hacerlo.

—Mi corazón dice que necesito cafeína y carbohidratos antes de lidiar con... esto —respondió y evitó mirarlo, pero eso no impidió que él hiciera justo lo que su mente calenturienta deseaba.

Sin pedir permiso y sin darle otra opción, aunque estaba muy segura de que no habría tenido el poder o las ganas de negarse, alzó una de sus piernas, la colocó sobre su hombro y deslizó la lengua en el centro de su feminidad.

Jarek lanzó un gruñido que atenuó el gemido torturado que escapó de la garganta de ella. Su compañero la agarró de sus caderas y comenzó a devorarla como un muerto de hambre. No pudo evitar enredar su cabello en su mano y presionarlo más contra su centro. Aquello era el cielo y ella no quería volver al infierno. La boca de su compañero sabía cómo hacerla olvidar de cualquier reticencia y, cuando comenzó a sentir que acariciaba el orgasmo, no pudo recordar por qué se negaba aquel placer. Su lengua jugueteó con ella hasta que sus piernas le flaquearon y, cuando estaba a punto de perder el sentido por la intensa sensación, él se separó y se puso de pie

de un salto.

¡Estaba a punto de terminar y él se apartó!

La mirada de odio que Dana le dedicó le hizo soltar una carcajada.

—No puedes… ¡¿Cómo te atreves?! —gritó y él tuvo el descaro de limpiar sus labios con su lengua—. ¡Continúa! —exigió.

—Tesoro, creí escuchar que no podías lidiar con esto antes de tener comida en tu estómago. Solo cumplo tus deseos. —Se acercó a ella tanto que tuvo que retroceder hasta chocar con el mueble, cuando pensó que la besaría, él estiró un brazo hacia la encima que se encontraba a su espalda y destapó un plato que estaba cubierto. El olor a comida invadió sus fosas nasales.

—¿Qué… qué es eso? —susurró y él le acercó el plato.

—Tu tía estuvo aquí antes de que despertaras, le dije que prefería cocinarte yo, ya sabes, por los viejos tiempos. Le pareció una idea muy romántica. Incluso percibí algo de celos, según leí en su grimorio, Asher es un pésimo cocinero.

Dana no pudo evitar que los labios comenzaran a temblarle y una tímida sonrisa se le mostrara en el rostro. No iba a llorar, no pensaba hacerlo, aquella emoción que se agolpaba en su pecho era… El hambre.

No tenía nada que ver con que él hubiera replicado su desayuno preferido cuando vivió siendo Endora. Moras, arándanos, bayas, carne de alce asada y un té. No quería decirle que en la actualidad, sus gustos habían cambiado. Habría preferido un café tan cargado que no lograra dormir en varios días y algo con menor consistencia, pero no pensaba rechazarlo y menos cuando su estómago rugió como si no hubiera comido en años.

En lugar de interrogarlo y preguntarle qué tanto recordaba de su pasado como Radolf, o sí él también había vivido consumido por aquellos recuerdos que tanto la habían marcado a ella, decidió cambiar de tema e irse por una conversación más segura.

Todavía le temblaban las piernas, él estaba demasiado cerca y tenía una tensión sexual no resuelta muy intensa. Hablar sobre su pasado en común la haría hacer una locura como olvidarse de desayunar y comérselo a él.

No quería mirar por debajo de su cintura, pero el autocontrol de su compañero era de admirar. Ella casi no podía contener sus ganas de volver a tocarlo y él estaba frente a ella con aquella enorme erección y sin mostrar algún signo de sufrimiento.

—Asher es terrible en la cocina, en el último embarazo de mi tía, ella se quejó de un malestar en el estómago. Él intentó hacerle una infusión. ¿Cómo es posible que alguien se olvide de que colocó el agua a calentar, evapore el agua y casi queme la cocina? Ese día descubrí que es posible quemar el agua y que un hombre que es capaz de organizar al reino de los lycan puede ser un inútil dentro de una cocina. —Su compañero la miraba mientras hablaba y lo hacía con tanta adoración que no era capaz de verlo a los ojos.

Sintió sus dedos acariciarle la mejilla y apartarle el cabello del rostro.

—Para mi desgracia, conservo mis buenas cualidades culinarias.

—¿Por qué para tu desgracia? Si te molestó hacerme el desayuno puedo hacérmelo yo. No necesito que me cuides —farfulló y colocó el plato sobre la encimera de nuevo.

Su estómago protestó ante la idea de tener que esperar más tiempo para comer.

El ambiente íntimo que se había formado entre ellos pudo malograrse con ese arrebato, pero no sucedió. Jarek no la miró con burla, o con odio, al contrario. Tomó su rostro entre sus manos y la obligó a dirigir su mirada hacia él.

—Cuidarte es lo que más quiero, pero envidio a tu tío. Sus intentos de homicidios involuntarios con su comida son bastante mejor de lo que yo hice contigo, ojalá pudiera cambiar el pasado y haber vivido cada uno de mis años junto a ti, pero si tú me lo permites, quiero que el futuro sea diferente. Solo necesito una oportunidad para demostrártelo. —Su compañero le dio un suave beso en los labios antes de alejarse y dejarla sola en la cocina.

Ella no quería quedarse sola, no quería desprenderse del calor de su cuerpo, de su presencia, sentía que se ahogaba cuando Jarek se alejaba. No tendría que ser así, debería estar feliz de que pusiera distancia, en cambio, agarró el plato con su desayuno y corrió hacia la sala. Lo encontró tomando de nuevo el grimorio de su tía.

No recordaba haberlo visto antes y había pasado mucho tiempo allí estudiando con Emma.

—¿En ese grimorio descubriste el pésimo cocinero que es mi tío? —dijo a la vez que sus piernas la llevaban al mismo sofá en el que él se había sentado y se acomodó a su lado.

Se moría de curiosidad por saber el contenido de aquellas páginas.

Dana cruzó las piernas una debajo de la otra y colocó el plato en su regazo. Sin percatarse de lo que hacía, agarró una de las moras y la llevó hasta los labios de Jarek. Él abrió la boca y la comió sin hacer ningún gesto de sorpresa.

Cada movimiento se hacía tan natural.

—Sí, mira. —Abrió el libro y comenzó a mostrarle. Estaban hombro con hombro y sus rostros se acercaron cuando le mostró el interior del libro—. Tu tía me dijo que si lo leía, aquí encontraría la respuesta, pero nunca pensé que me tocaría leer como la reina se emocionó viendo… Bueno, tengo que reconocer que es un poco incómodo.

—¿Viendo qué? —preguntó cada vez con más curiosidad y, en esa ocasión, fue Jarek el que agarró una de las bayas y la llevó a los labios de ella.

Ambos se miraron a los ojos y sintió que el mundo que conocía se difuminaba a su alrededor. No supo si fue algo que solo le ocurrió a ella, pero él carraspeó, nervioso, hizo un gesto de dolor y se llevó la mano a una de sus cicatrices.

Le dolían y, por primera vez desde que congeló su corazón, deseó tener su magia de vuelta para sanarlo y no para dañar. Su coraza se estaba resquebrajando y, por más extraño que pudiera parecerle, no le importaba.

—Bueno, no creo que quieras ver este aspecto de tus tíos. No sé qué pensaba la reina que iba a encontrar aquí, aunque ha sido una sorpresa, debo reconocerlo, no esperaba tener que enterarme de detalles tan íntimos. Hubiera preferido no conocer estas partes de la reina. ¿Sabías que quemó la cabaña al día siguiente de que ambos… ambos, hum? Hicieran lo que nosotros hicimos anoche —terminó por susurrar.

Dana esbozó una sonrisa torcida y le quitó el libro de las manos.

—Eso suena a mucha información para poder avergonzarla después, yo también escribía sobre nosotros, ya sabes, sobre Radolf y Endora. —Jarek intentó quitárselo de vuelta y ambos comenzaron a luchar por el libro.

En algún momento, hizo el plato a un lado y terminó sentada en su regazo, adueñándose del

grimorio.

—Tendrás que leerlo en voz alta, no pienso quedarme a medias con la historia. Debo descubrir algo en ella, pero hasta ahora, además de enterarme de sus intimidades... Bueno, escribe sobre la maldición que lanzaste sobre nosotros el día en que yo te ataqué —terminó de hablar, avergonzado y colocó de nuevo el desayuno sobre su regazo. Jarek volvió a darle de comer en la boca al ver que ella no contestó—. Al parecer hay algo escrito que habla sobre mí y que me hará cambiar de opinión acerca del pasado, pero hasta ahora, eso no ha ocurrido. Aunque cuando habla de ti y de que eres su familia, hum, ¿tuviste otro compañero? —Él negó con la cabeza como si se respondiera solo—. No, mejor no me digas, si es así me alegro de que fueses feliz después de lo que te hice. Es solo que, por un momento, llegué a creer que Emma podría ser también parte de mí.

Dana cerró los ojos un segundo y tomó una inspiración que le llenó los pulmones. Debería sentirse incómoda, pero de nuevo no era así. Se había sentado muchas veces sobre Radolf, con aquella misma intimidad. Se habían dado de comer uno al otro en demasiadas ocasiones y aquello se sentía natural, pero hablar del pasado la llenaba de rencor y no quería estropearlo.

Deseaba mantener aquella paz. Si los recuerdos del ataque eran dolorosos, los de ver morir uno a uno a su familia mientras ella se mantenía con vida para cumplir su misión de protegerlos, era aún peor. Ella no logró estar con otro hombre que no fuese él, vivió por y para la sus hijos y los hijos de sus hijos. Por más que en muchas ocasiones pensó en rendirse y morir.

Cuidó su legado y lo mantuvo a salvo de Astron, pero decirlo en voz alta la avergonzaba porque él sí hizo su vida con otra mujer. Por el momento, no le confesaría que la vieja bruja era su descendiente.

—Está bien, yo lo leeré en voz alta para que los dos tengamos material para atacar a esa mujer insoportable —comenzó a decir y, la tensión que por un momento se instaló entre ellos, desapareció—, pero antes terminaré de desayunar porque tengo demasiada hambre. Después comenzaremos desde el principio porque quiero tener tanta información como pueda, no es justo que ella sepa más que yo.

Pudo ver que la sonrisa de su compañero fue disminuyendo poco a poco y apartó los brazos que se encontraban alrededor de su cintura como si quisiera dejarla libre. Dana no se movió, dejó caer más la espalda sobre su torso y apoyó la cabeza en su hombro. De forma distraída, agarró un pedazo de carne y se la dio a comer a él. Notó el temblor en su compañero y la forma en que su mano se clavó con fuerza en su muslo desnudo, pero solo fueron unos segundos hasta que reaccionó.

—Toma, tesoro, come y después lo terminamos de leer. —Cuando él volvió a alimentarla fue como si el tiempo retrocediera, justo en el mismo lugar y donde comenzó todo—. Esto me trae tantos recuerdos —susurró junto a su oído y tuvo que contener un gemido al notar su aliento caliente sobre la piel.

Debería estar asustada, no quería repetir la misma historia, pero al menos, por unas horas, olvidaría todo lo que recordaba y se quedaría allí, dónde por primera vez en mucho tiempo, comenzaba a sentirse feliz.

CAPÍTULO 21



Veinticinco años antes…

—Prefiero saber la verdad. Al menos, el poco tiempo que me quede de vida, no será empañado por el dolor de que el hombre que amaba intentó matarme. Quizá debí marcharme después del ataque, puede ser que si lo hubiera hecho él ahora estuviera vivo. O pude ser más inteligente y darme cuenta de que, quien decía ser mi amiga, en realidad envidiaba lo que tenía y lo deseaba para ella. Estaba tan cegada, por primera vez me sentía tan querida en un lugar, que nunca pensé que no era apreciada por todos y que aquí también debía cuidarme. Era muy ingenua, Emma y veo lo mismo en ti, no te dejes engañar de la misma forma que yo. No esperes que tu vida se convierta en arrepentimientos.

—Abuela… —Intentó hablar, pero Endora no se lo permitió.

—Por lo que me contaste, ahora me doy cuenta de que Isobel acudió a mi padre para que la ayudara y él aprovechó para vengarse de mí por haber huido y estropear sus planes. No sé lo que le dio a beber a Radolf para enloquecerlo, tal vez hizo lo mismo contigo, pero ahora comprendo por qué ese día, cuando le conté de mi embarazo y que me iría a vivir con él, se puso furioso. La persona que me recibió no fue el hombre que yo amaba. Sentí que había algo oscuro en él, pero estaba demasiado ocupada intentando proteger mi vientre y tan aturdida por aquel ataque, que no pude pensar con claridad.

»Supongo que nunca sentí que mereciera aquella felicidad y tenía tan asumido que un día se acabaría, que me fue más fácil creer que Radolf me repudiaba porque nunca me había amado. Mi padre me repitió tantas veces que para lo único que servíamos las mujeres del clan era para lograr buenas alianzas y procrear, que nunca creí que un hombre podría amarme de verdad. Darme cuenta de que mi padre estaba detrás de todo y yo no lo vi, duele demasiado, Emma. Pude salvarlo y en lugar de eso hui, encerré a toda la manada y lo dejé morir solo, Emma, lo dejé morir. —Su tatarabuela comenzó a llorar de nuevo y no volvió a hablar hasta que escucharon golpes en la planta de abajo—. Ve a ver qué ocurre, ese lobo tuyo ha debido de volverse loco, yo estaré bien, te lo prometo. Corre a detenerlo antes de que destroce la casa.

◆ ◆ ◆

Dana pasó sus dedos temblorosos sobre las páginas amarillentas del grimorio de su tía. Cada palabra que leía era como un golpe a la barrera de hielo que había construido alrededor de su corazón. La voz se le entrecortó en las últimas líneas y no logró continuar leyendo.

El día había sido maravilloso. Desde el desayuno que él le preparó, hasta cuando comenzaron desde cero a leer el grimorio y Jarek la acompañó haciendo bromas sobre su tía y la forma en que

se expresaba sobre Asher. Cada vez que salía mencionada Endora o Radolf, ambos se tensaban, pero ella continuaba leyendo.

El tiempo pasó como si no fueran conscientes de las horas que llevaban devorando cada página y descubriendo una historia que ella no recordaba y que ayudaba a terminar de encajar las piezas de un rompecabezas incompleto. Cuando su tía hizo aparecer más comida frente a ellos, ni siquiera discutieron si comerla o no, estaban hambrientos de nuevo y ninguno quería apartarse de aquel libro.

En esa ocasión, no hubo ninguna sorpresa mágica escondida en ella. Conforme la historia continuaba, ya no sabía dónde comenzaba el cuerpo de ella o terminaba el de él. Habían cambiado varias veces de postura, pero en todas ellas sus extremidades se entrelazaban de una u otra forma y sus brazos siempre la mantenían sujeta.

No quería que el día terminara, deseaba quedarse así una eternidad, pero cuando llegaron a la parte que su tía quería que Jarek leyera, su cuerpo comenzó a temblar. La verdad se revelaba ante sus ojos y no sabía cómo afrontarla: Radolf nunca había querido lastimarla. Él fue tan víctima como ella, una marioneta en las manos crueles de su propio padre.

De repente, una grieta apareció en la superficie helada de su corazón. Dana sintió un dolor agudo, como si mil agujas se clavaran en su pecho. Sentía el sufrimiento, que tan bien había custodiado, liberando sus emociones.

No luchó, no podía y tampoco sabía si quería continuar evadiendo aquellos sentimientos.

La primera lágrima se formó en el borde de sus ojos, cálida y pesada. Rodó por su mejilla y dejó un rastro húmedo en su piel. Fue como si esa pequeña gota hubiera abierto las compuertas de una presa. Más lágrimas la siguieron sin control. Fluyeron en libertad y se mezclaron con los sollozos entrecortados que sacudían todo su cuerpo.

El dolor era casi imposible de soportar. Mucho peor y más dañino que cuando hizo el hechizo. Dana sentía que se ahogaba en un mar de emociones contradictorias: alivio, tristeza, arrepentimiento, amor. Cada respiración era un esfuerzo, cada latido de su corazón recién descongelado era una agonía.

Jarek tenía la mirada perdida, su expresión no delataba nada, solo la fuerza con la que la mantenía sujeta y el leve tic nervioso en su mandíbula mostraba que estaba tan impresionado como ella.

Era incapaz de hablar y cuando lo escuchó murmurar un: «debí luchar más, debí darme cuenta, debí…». No pudo soportar que continuara culpándose por una traición que no fue de ellos.

En silencio, lo abrazó deteniendo el castigo al que él seguía sometiéndose y se aferró a su compañero como si fuera el ancla que necesitaba para no perderse de nuevo.

De algún modo lo era, sin él ella se perdía en las pesadillas.

La oscuridad en la que había caído esos meses continuaba en su interior y luchaba con su verdadera esencia. Había sido tan estúpida, si hubiera escuchado a su tía cuando se lo advirtió. En cambio, ¿qué hizo? Llevaba meses sin hablar con sus hermanos, trató mal a sus padres, a sus tíos, hizo sufrir a toda su familia y había abandonado a su compañero cuando más la necesitó.

Si no hubiera estado bajo el influjo del hechizo, podría haber investigado más, en lugar de dedicarse a confabular con la misma persona que casi destruyó al hombre que amaba.

—L-lo estropeé como Endora y lo volví a estropear de nuevo —tartamudeó con la voz

entrecortada por las lágrimas—. Soy la culpable.

Jarek la observó con la preocupación marcada en sus facciones. Había comprensión en su mirada. Él entendía muy bien cómo se estaba sintiendo. Sin decir una palabra, le devolvió el abrazo y la aprisionó con fuerza junto a su torso.

—No, tesoro, no podemos seguir viviendo sobre la culpa, no si queremos construir un futuro. —Él le acarició el cabello con suavidad y continuó murmurando junto a su oído—: Estoy aquí, contigo, no voy a marcharte ni permitiré que vuelvas a perderte a ti misma. Llora lo que necesites.

La calidez de Jarek se filtraba a través de la piel y derretía aún más el hielo en su interior. Poco a poco, sus sollozos se fueron calmando, reemplazados por un llanto silencioso y catártico. El dolor seguía ahí, pero ahora estaba mezclado con una sensación de liberación, como si un peso enorme hubiera sido levantado de sus hombros.

Dana alzó la mirada, sus ojos estaban brillantes por las lágrimas y se encontró con la cicatriz que marcaba el rostro de su compañero. La delineó con uno de sus dedos y deseó con todas sus fuerzas poder sanarlo. Cerró los ojos y cedió el control a su loba, su cuerpo comenzó a temblar y agarró con más fuerza a su compañero.

—¿Qué ocurre, Dana? —preguntó, Jarek, preocupado.

Ella negó con la cabeza, si la obligaba a explicar lo que estaba sintiendo no podría. Lo poco que quedaba de su hechizo se rompió y aquella argollas que su tía colocó en sus muñecas comenzaron a calentarse. Quemaban tanto que quería gritar, pero aquel alarido que deseaba escapar estaba enclaustrado en sus pulmones.

En algún momento, sintió que su compañero se la quitaba de encima y la dejaba sobre el sofá. Quiso pedirle que no se marchara, que no la dejara sola. Tenía miedo y se sentía morir. Podía notar la energía en su interior, poderosa y destructiva, pero en lugar de acunarla como había hecho en esos meses, su cuerpo la rechazaba.

Escuchó los gritos de su compañero llamando a su tía y otro alarido desgarrador que fue una mezcla de dolor y una distorsión diabólica. La aterrorizó darse cuenta de que escapó de su garganta. Todo a su alrededor comenzó a temblar, no sabía si era su percepción o era real, pero su cuerpo convulsionaba y los muebles crujían emitiendo un ruido atemorizante.

—¡Ayúdala! —exigió su compañero.

Su voz le llegó lejana y no sabía con quién hablaba porque no era capaz de abrir los ojos, pero notó el miedo de Jarek.

—D-duele —murmuró.

La palabra dolor no describía lo que sentía, era como si cada parte de ella, cada órgano, cada hueso, cada músculo, estuviera siendo absorbido hacia aquellas pulseras que se calentaba más a cada segundo que pasaba.

—No puedo ayudarla —pronunció su tía—. Debe hacerlo ella. Las argollas que le coloqué estaban hechizadas para absorber su oscuridad cuando lograra liberarse, pero tiene demasiada oscuridad en su interior.

—¡¿Qué quieres decir?! ¡Detenlo ahora mismo, la estás dañando! —Un gruñido bestial resonó y después la voz de su tía.

—¡No puedo! No hay otra forma, ella tiene que luchar.

—¿Y si no lo consigue? —la voz de Jarek resonó cavernosa y tan ronca que supo que se había transformado en lobo.

—Lo conseguirá —dijo Emma, pero no se escuchó segura de sus propias palabras—. Tiene que conseguirlo, ella es fuerte, no permitiré que muera.

—¡Claro que no vas a permitirlo! —bramó y en esa ocasión el gruñido fue tan rabioso que supo que su compañero atacaría a su tía. Quiso detenerlo, decirle que estaba bien, pero nada escapó de su boca—. Siempre escuché que el hechizo de una bruja se rompe cuando ella muere, probemos la teoría.

Se oyó otro gruñido, pero en esa ocasión pertenecía a un lobo diferente. Dana supo que era Asher defendiendo a su compañera.

A su alrededor, todo se convirtió en caos, pero en el interior de su cuerpo era aún peor. Sentía las pulseras ardiendo como brasas incandescentes y, cuanto más aumentaba el calor, más notaba la forma en que devoraban cada fragmento de la oscuridad. Sus gritos eran su única resistencia, pero apenas podía sostenerse ante el maremoto de energía de la que se estaba desprendiendo.

El calor se intensificaba, como si estuviera siendo fundida desde el interior. Su mente intentaba aferrarse a cualquier pensamiento, cualquier recuerdo que pudiera darle fuerza, pero todo lo que encontraba era dolor. Un dolor tan profundo que amenazaba con arrancarle el alma.

—¡Dejen de luchar! —se escuchó la orden de su tía—. ¡Malditos lobos cargados de testosterona! Ella lo está consiguiendo.

El sonido de la lucha se detuvo y sintió la caricia de su tía limpiándole el sudor de la frente.

—Por tu bien espero que tengas razón, bruja, porque si ella muere no habrá lugar en el mundo en el que te puedas esconder de mí.

Escuchó el bufido de su tía y un movimiento a su lado.

—Ven a verlo por ti mismo.

Sintió la presencia del lobo de Jarek y con su hocico comenzó a rozarle la mejilla. Le limpiaba las lágrimas.

—Dana, escúchame —la voz de Emma irrumpió en su mente, cortante y determinada—. Pronto terminará, estarás bien, sabes que nunca te haría daño.

—Tesoro, aquí estoy, no me abandones ahora, no otra vez.

La voz de su compañero fue como un eco distante, pero suficiente para anclarla. Tomó esa chispa de fuerza, esa pequeña luz en la oscuridad y la abrazó con todo lo que le quedaba. No volvería a abandonarlo, nunca más lo haría.

Con un esfuerzo titánico, intentó abrir los ojos, pero las imágenes se fragmentaban en sombras y destellos. El mundo real se entrelazaba con el abismo en su mente, pero ella se aferró al amor que sentía por su compañero. Su loba aulló con tanta fuerza que sintió que su garganta se desgarraba.

Sin poder evitarlo, sus huesos comenzaron a romperse y su cuerpo mutó para darle paso a su loba. Cuando el suave pelaje plateado inundó su piel, escuchó el tintineo de las pulseras caer al suelo. Abrió los ojos en el momento en que su tía las atrapaba y comenzaba a destruirlas con su magia.

—Mío —pronunció su loba y frotó su cabeza sobre el cuello del lobo de Jarek.

El dolor había pasado y no había otra cosa que le importara más en ese momento que no fuera estar cerca de su compañero. Ni siquiera era capaz de mirar a su tía, solo tenía ojos para él.

—Todo tuyo —respondió.

Emma carraspeó y ambos la miraron.

—Esto se convirtió en un momento incómodo en el que no estoy dispuesta a quedarme, bastante tuve con lo que me tocó ver anoche por miedo a que intentara matarlo y él no hiciera nada para defenderse.

—Apestan a feromonas, pequeña, creo que será mejor dejarlos solos —dijo Asher y atrapó la mano de Emma para llevarla a su lado—. Creo que ya te has entrometido suficiente, pueden romper la cama solos.

—¿Tú crees que romperán la cama? Espero que no, ahí me echo la siesta. Tendré que cambiar las sábanas y limpiar toda la cabaña. Siento que no van a respetar ningún lugar. ¿Crees que debería llevarme mis grimorios?

—Puedes hacer arder de nuevo la cabaña, pequeña, siempre estás encerrada aquí y cada día me arrepiento de haberla reconstruido.

Si hubiera estado en su forma humana tal vez se habría ruborizado al escucharlos, pero no era una mentira y tampoco pensaba contenerse. Acababa de pasar un infierno y solo deseaba quedar encerrada en esa cabaña con su compañero un par de siglos más.

—Hasta yo que no puedo oler las feromonas, las siento en el aire. Hum, supongo que eso de cumplir mi promesa y ayudarte a recuperar tu manada lo haremos después. ¿Cierto? —Para ese momento, Jarek y ella se miraban y habían olvidado todo a su alrededor—. Espero que la próxima vez mi tatarabuelo tenga un poco más de fe en mí, quiso arrancarme el brazo, me caía mejor cuando solo era el viejo amor al que Endora no dejaba de mencionar. Ahora que lo conozco veo que es demasiado salvaje.

—Lo despellejaré vivo después, pequeña, pero creo que merecen un poco de tiempo para ellos tras pasar por tanto, ¿no estás de acuerdo? O puedo matarlo ahora, lo que mi reina diga. Di que sí, lo estoy deseando.

—Nadie va a matar a nadie —suspiró, cansada—. Vámonos, mi amor. Esta tensión en el ambiente y casi sentir que me descuartizaban provocó que se me antojara que te pusieras a cortar leña.

El gruñido de Asher fue lo último que se escuchó antes de que desaparecieran.

◆ ◆ ◆

En otro momento, Jarek pensaría en que la reina lo acababa de llamar tatarabuelo, pero no sería ese día y menos cuando Dana se exhibía frente a él en su hermosa loba de pelaje tan platinado como el color de sus ojos. Era magnífica, casi tan grande como él, poderosa y toda suya.

Su compañera le dio un lengüetazo en el hocico y le pareció escuchar su risa entre los gruñidos. Cuando la adrenalina de lo ocurrido comenzó a descender, notó el dolor de las nuevas heridas que acababa de hacerse luchando con Asher.

Se había vuelto loco, si Emma no hubiera sido rápida al apartarse, le habría arrancado el brazo. Se curaría antes en su forma de lobo, pero soportaría el dolor si podía volver a tener entre sus brazos a su compañera.

Volvió a tomar su forma humana y Dana lo siguió. Al parecer, ambos deseaban los mismo.

Jarek pasó los dedos por el largo cabello de su compañera y su aroma llenó sus fosas nasales.

—¿Nunca te dije lo mucho que me gusta tu olor? —susurró con la voz enronquecida.

En aquel momento olía a todo lo que el amor significaba y a su redención.

Había estado a punto de perderla de nuevo y la necesidad de tenerla cerca y no soltarla era demasiado apremiante. Se acercó al sofá y se sentó a su lado, aunque lo que de verdad deseaba era volverla a colocar en su regazo y abrazarla, pero no quería atosigarla después de la experiencia tan traumática.

Sin necesidad de pedírselo, su compañera cayó sobre él y le envolvió el cuello con sus brazos.

—¿Y yo te dije alguna vez que nunca dejé de amarte? —El corazón se le aceleró al escucharla y, cuando la miró, ella colocó su palma sobre la cicatriz de su rostro. Vio dolor en sus ojos e intentó ocultarle aquella deformidad—. No lo hagas —pidió—. Déjame hacer esto por ti.

Su compañera cerró los ojos y apretó los párpados. Mantuvo su mano presionada con suavidad contra su cicatriz y sintió sus dedos acariciándola. Una cálida sensación comenzó a emanar de su palma, extendiéndose por su rostro. Jarek contuvo la respiración y sintió un hormigueo agradable donde antes solo había insensibilidad.

—Relájate, no soy tan buena sanando como mi tía y necesito tu colaboración —susurró Dana, con sus ojos aún cerrados—. Deja que la energía fluya —dijo para sí misma, como si intentara darse ánimos para lograrlo.

Poco a poco, bajo su toque, la piel comenzó a suavizarse. El tejido cicatricial se fue desvaneciendo y reveló piel nueva y saludable. Jarek parpadeó asombrado al sentir que su ojo, perdido desde aquel funesto día, comenzaba a regenerarse.

Cuando Dana retiró su mano, se tocó el rostro con incredulidad. La cicatriz había desaparecido. Ya no se sentían los bordes rugosos y su ojo estaba de vuelta en su lugar como si nunca hubiera faltado.

—Esto es... increíble —murmuró—. Tú eres increíble. Te he visto curar tantas heridas, pero jamás una tan grave.

Dana sonrió con suavidad, pero sus ojos brillaban con una felicidad difícil de contener.

—Aún no he terminado. Tienes más heridas que sanar y no pienso permitir que esa vieja bruja toque tu cuerpo. Estará muy enamorada de mi tío, pero la vista siempre dice que no se le niega a nadie. Es igual a mí.

—Ah, vaya, ¿te gusta mirar a otros hombres? Nunca terminaré de conocerte, tesoro. —Su compañera carraspeó y lo miró con falsa inocencia.

—Admiro la belleza, nada más y el cuerpo masculino tiene mucha belleza para mirar, pero si tengo que elegir, me pasaría la vida mirándote solo a ti.

Con ternura, comenzó a recorrer su torso con sus manos y se detuvo en cada cicatriz. Una por una, las marcas de su doloroso pasado fueron desvaneciéndose y la placentera sensación de su tacto le provocó una firme erección que no pasó desapercibida para su compañera. Escuchó su musical risa y estuvo a punto de tumbarla en el sofá.

—Antes debo curarte —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Después soy toda tuya.

—Eso se escucha demasiado bien para ser verdad. ¿De verdad no estoy muerto? Porque esto se parece demasiado a algún paraíso creado por la diosa para engañarme.

Cada caricia de Dana no solo curaba su cuerpo, sino que también iba sanando su alma herida. Por primera vez, desde que recuperó los recuerdos de su anterior vida, se sintió en paz.

En algún momento, su intención de solo curarlo pasó a algo más cuando ella comenzó a mordisquearle de forma juguetona la piel de la garganta. Gruñó en respuesta y apretó el agarre en su cintura para acercarla más a él. Giró el rostro para encontrarse con sus labios y fundirse en un beso, pero ella se apartó con demasiada rapidez.

—Estoy trabajando, deberías saber que no se interrumpe a una bruja cuando usa su magia, puedo ponerme nerviosa y usar mi fuego. —Su expresión era seria cuando lo dijo, pero el brillo en su mirada le dijo mucho más que sus palabras—. O electrocutarte por error y no queremos eso.

Su compañera se deslizó por su cuerpo y acabó arrodillada en el suelo, entre sus piernas. Sus manos comenzaron a recorrer sus muslos y esquivaba su miembro que estaba frente a su rostro, muy erecto.

—Creo que te has debido equivocar, tesoro —susurró y ella alzó la vista para mirarlo con intensidad.

—¿Tú crees? Me parece que he conseguido quitar la mayoría de las cicatrices. —Hizo un mohín con sus labios y recorrió todo su cuerpo con la mirada en la búsqueda de más heridas.

—Oh, sí, todo ha quedado muy bien, el problema es que creo que sí has usado tu fuego porque me estoy quemando. —Una lenta sonrisa se formó en el rostro de su compañera y sus manos se deslizaron a lo largo de sus piernas para terminar muy cerca de su miembro.

Lo tomó entre sus manos y Jarek apretó la mandíbula. Verla arrodillada en el suelo, desnuda, con su mano acariciándolo y su mirada nublada por la pasión era un sueño hecho realidad.

—Creo que esta parte quedó sin mis atenciones —ronroneó y acercó su boca cálida a su miembro.

Su lengua se enroscó alrededor de la cabeza de su pene y lo hizo jadear.

—Dana…

—*Shh*, no digas nada, eres un pésimo paciente, no dejas de quejarte. —Volvió a llevárselo a la boca y lo engulló como si quisiera atragantarse con él.

Echó la cabeza hacia atrás y la dejó tomar el control. Su boca y su lengua lo estaban volviendo loco, pero ella no le daba tregua. Continuaba lamiéndolo y saboreándolo hasta provocar que rasgara el sofá con sus garras. Con un gruñido gutural, la sujetó del cabello para detenerla porque estaba a punto de correrse en su boca.

Dana se quedó con la boca entreabierta y deslizó su lengua fuera de sus labios para llevarse una gota preseminal.

—Parece que todavía recuerdo cómo enloquecerte, lobito. —Jarek le limpió los labios con el pulgar, lo introdujo en su boca y ella lo lamió. Estuvo a punto de terminar con ese gesto.

—Yo diría que lo recuerdas demasiado bien, bruja descarada. —La levantó y ella se sentó a horcajadas sobre él—, pero no voy a terminar en tu boca, no ahora, quiero perderme dentro de ti.

—¿Y a qué esperas para hacerlo? Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Ella se frotó sobre su erección endureciéndolo tanto que le dolía. La escuchó gemir y se empapó de su imagen, desnuda, con los pezones endurecidos. Unas gotas de sudor caían entre sus pechos y el rubor que teñía sus mejillas la hacía verse incluso más hermosa.

Dana curvó una sonrisa y entonó una suave risa.

—¿Ves algo que te guste, lobito?

—No tienes idea de cuánto me gusta lo que veo, tesoro —dijo, atrapando uno de sus pechos y pellizcando el pezón.

—Demuéstramelo —exigió y comenzó a tocarlo.

Le sostuvo las manos y las llevó a su espalda para detenerla. Lo ocurrido la noche anterior no había sido suficiente para aminorar todo el deseo que sentía por ella. Si continuaba torturándolo con sus manos, todo terminaría demasiado pronto.

—Ya tocaste mucho, brujita, ahora es mi turno.

Comenzó a mordisquearle el cuello y ella arqueó su cuerpo dándole un mayor acceso mientras movía las caderas para frotarse contra su centro. La escuchó gemir cuando la base de su miembro acarició su punto más sensible. Su aroma era cada vez más fuerte, más picante, su lobo no dejaba de rugir que esa mujer era suya y quería marcarla.

Sus colmillos se rozaron sobre la piel de su clavícula, pero se detuvo a tiempo. Buscó su mirada y la encontró fija en él. Los colmillos de su compañera sobresalían a través de sus labios y supo que su loba sentía lo mismo.

—Lo quiero todo, quiero ser tuya y que tú seas mío.

Jarek tembló de anticipación cuando ella se arrodilló, buscó su miembro y lo llevó a su entrada. Su compañera se fue deslizando con lentitud, adaptándose poco a poco. Sus manos permanecían con fuerza agarradas a su cadera conteniéndose para no embestirla y llenarla de un solo empujón.

Ella extendió su mano y deslizó los dedos por su cabello antes de atraerlo hacia sí y darle un beso apasionado. Gimió en el interior de su boca cuando su miembro quedó encajado en su totalidad y la sintió apretarlo con sus paredes.

—Te he extrañado tanto —la escuchó susurrar y él comenzó a moverse en su interior. Primero, con lentitud. Necesitaba saborear la sensación de su cuerpo.

—No tanto como yo te extrañé a ti.

No sabía si algún día perdería el miedo a quedarse de nuevo sin ella, pero en ese instante, cada momento que pasaba a su lado, quería vivirlo como si fuese el último, aunque Dana tenía otros planes para él que no eran ir con calma. Su compañera comenzó a moverse sobre él sin restricciones. Subía y bajaba sobre su miembro con tanta fuerza que sus instintos animales se desataron.

Las embestidas se hicieron más duras. Salía casi al completo de ella para volver a llenarla con una necesidad ciega y ella lo recibió como si no tuviera suficiente. En la sala solo se escuchaba el choque de sus cuerpos y el sonido de sus gemidos. Sintió las uñas de Dana clavarse en su espalda hasta hacerlo sangrar, con un gruñido, capturó uno de sus pezones entre sus labios y lo mordisqueó.

Con un grito mitad humano, mitad loba, Dana se hizo añicos a su alrededor. Sus paredes se cerraron sobre su pene como un torno mientras ella se dejaba llevar por las olas de su orgasmo.

—Mío —la escuchó murmurar antes de acercarse a su clavícula y morderlo.

Jarrek se enterró en profundidad en ella y también la mordió para crear el vínculo de emparejamiento.

En el momento en que sus dientes penetraron la piel, fue como un estallido de sensaciones. Todos los recuerdos se arremolinaron en su mente, los suyos y los de ella. La vio con su vientre de embarazada llevando a sus cachorros, protegiéndolos mientras luchaba con su padre. La vio con sus hijos en sus brazos, un par de mellizos hermosos. La sintió romperse al tener que entregarlos mientras lloraba y les prometía que ella que siempre los protegería, aunque no la vieran. Por más que cada imagen que pasaba por su mente dolía como si le cayera lava hirviendo en la piel, se convirtió en un dolor sanador. La ola de calor se transformó en una corriente que recorrió su cuerpo y ambas almas se acariciaron.

Dana jadeó cuando a él lo atravesó el orgasmo y ambos comenzaron a temblar. Ya no había dolor, era la sensación de algo mucho más profundo. Aquel amor, que se tenían que iba mucho más allá del tiempo o de una sola vida, quedó unido y, sin decir una sola palabra, ambos supieron que en esa ocasión nunca más estarían solos.

Cuando se separaron, Jarek acarició la marca en el cuello de Dana. La rozó con su pulgar y trazó el contorno mientras sus ojos se suavizaban.

—Ahora eres mía y yo soy tuyo, para siempre, tesoro —murmuró.

—En la vida y en la muerte, mi amor, siempre te buscaré hasta volver a encontrarte. No importa a dónde vayas.

CAPÍTULO 22



Dana se miró frente al espejo y sintió las manos de Jarek ajustándole los lazos que su vestido tenía en la espalda. Su ceño estaba fruncido y sus ojos bicolores miraban con atención aquellos pedazos de tela, como si en ellos pudiera encontrar todas las respuestas a sus preocupaciones.

—No pareces muy feliz —murmuró, sin dejar de mirar el espejo y observó a detalle cada expresión del rostro de su compañero—. Cualquiera diría que te llevaré ante la diosa a la fuerza, ¿acaso no quieres hacerme tu Luna, lobo tonto?

—No puedo hacerte mi Luna sin una manada y no me gusta este plan tuyo para recuperarla. No quiero que te acerques a él, Dana. Ya lo sabes.

Desde que su tía los encerró en la cabaña y más el tiempo que ellos desearon quedarse recluidos allí por propia voluntad, Garrick había estado intentando comunicarse con ella. El gemelo de su compañero visitó la manada de sus padres e incluso la de sus tíos, pero recibió la misma respuesta en ambos lugares. Ella estaba enferma y cuando se recuperara hablaría con él.

Eso les dio tiempo suficiente para trazar un plan.

Alaric, que fue enviado a la manada de su compañero para vigilar a Garrick, había visto comportamientos extraños y comenzó a interrogar a su gente para conseguir información. El beta, al que también consideraba uno de sus tíos, dijo que lo hizo de forma sutil y que nadie se había percatado de sus intenciones. Él estaba bastante seguro de que la manada lo recibiría con los brazos abiertos. Tenían pruebas suficientes para desenmascarar al gemelo de su compañero y víctimas con vida que habían sobrevivido a sus malos tratos.

Garrick era un alfa detestable y, solo la presencia de Alaric allí, le impedía dar rienda suelta a su maldad. Cuando ella desapareció, su hostilidad creció y todos comenzaban a preocuparse por la integridad del beta. Habían sido egoístas al vivir aquella pequeña luna de miel en la cabaña, pero ¿quién podía culparlos de querer estar juntos después de tanto tiempo separados?

—Recuperarás a tu manada hoy y nos uniremos frente a la diosa, todo de un solo golpe, el plan es perfecto, amor. Deja de rezongar.

—Perfecto sería ir, encerrar a mi hermano en las celdas, llevarlo ante el consejo por todos sus crímenes y ajusticiarlo. Y todo ello sin que tú estuvieras en medio de esta locura.

—Y eso es justo lo que ocurrirá, quizá lo lleves a las celdas una vez que esté bien churruscado y huela a humo, pero será como tú lo quieres —insistió.

Dana había tenido la oportunidad de reunirse con su familia y disculparse por el comportamiento que tuvo, pero todos ignoraron sus disculpas y fingieron que no había pasado

nada. Su padre le dijo que siempre sería su niña sin importar que en algún momento hubiera pensado en destruir a todos. Para después, mirar a su compañero como si quisiera cortarlo a pedacitos y gruñirle que lo mataría si volvía a tocarla antes de que se unieran.

Para dar fe de que su amenaza era real, apostó a dos guardias en la puerta de su habitación y llevaba tres noches sin poder dormir junto a su compañero. Ni siquiera podían estar a solas durante el día porque siempre había alguien vigilándolos.

No pensaba alargar esa situación por más tiempo, necesitaba a su compañero a su lado y él también necesitaba a su manada de vuelta. Hacer todo en el mismo día era lo más lógico, además, disfrutaría la cara de horror de Garrick cuando se percatara de lo que ocurría en realidad.

—Tesoro… —Jarek le dio la vuelta para ponerla frente a él y la sostuvo de la cintura—. No vas a arriesgarte, nada de atacar a mi hermano. Esto es entre mi gemelo y yo. Él ha hecho demasiado daño y la gente a la que hirió merece dar su testimonio para recibir justicia. Tendrá un juicio justo.

—Él no te lo hizo un juicio a ti, ¿por qué deberías tener compasión?

—Porque yo no soy como él y ese es el principal motivo por el que me prefieres a mí. —Jarrek comenzó a besarle el hombro mientras terminaba de atar los lazos.

Garrick no merecía ni respirar el mismo aire que su compañero y no le importaba que su tía dijera que esas ansias de destrozarlo eran secuelas de la oscuridad en su cuerpo. Sentiría las mismas ganas de hacerlo sin importar qué. Le hizo daño a Jarek y él era demasiado honorable como para tratar a su hermano de la misma forma bestial.

En cambio, ella, no tendría ningún escrúpulo en darle lo que se merecía. Cuanto más sabía sobre las atrocidades que hizo, más deseaba destrozarlo con sus propias manos.

—Al menos déjame arrancarle un ojo, es lo menos que se merece y podría ser mi regalo para este día. Prometerás mantenerme contenta frente a la diosa, ¿acaso tan pronto quieres incumplir tus promesas? Me hace feliz cortarle el suministro de oxígeno.

La carcajada de Jarek le hizo latir el corazón y, cuando iba a besarla, entraron a la habitación.

—¿Estás visible, hija? —se escuchó la voz de su padre y su compañero se tensó. Antes de que su padre mostrara su rostro a través de la puerta entreabierta, él ya estaba al otro lado de la habitación fingiendo mirar con atención un cuadro—. Creí haberte dicho que nada de estar a solas hasta que no se unieran.

Jarek se encogió de hombros y le guiñó un ojo antes de dirigirse a Ethan.

—No acostumbro a recibir órdenes de mis descendientes, Ethan —se burló y, sin importarle la presencia de su padre, se acercó a ella y la besó en los labios. El gruñido de su padre resonó en la habitación y su compañero se alejó con una sonrisa pero, antes de salir, volvió a mirarla—. No te alejes demasiado, tesoro. Mantente siempre donde pueda verte.

Ella sabía a qué se refería, no quería que se acercara a Garrick ni que se quedara a solas con él en ningún momento. Asintió con la cabeza para calmarlo y la dejó con su padre.

—Papá, ¿podrías ser un poco más amable con él? Es mi compañero y no ha hecho nada para que lo trates de esa forma. Al contrario, no estaríamos aquí si no fuera por él.

Ethan se miró la punta de las botas y con lentitud subió su mirada hacia ella.

Su padre suspiró y se sentó en una esquina de la cama. Dana lo siguió y se acomodó a su lado.

—Le debo más de lo que podría pagarle nunca. Te trajo de vuelta a nosotros cada vez que te perdiste a ti misma y apruebo esta unión, no como con ese imbécil de Garrick. ¿En qué estabas pensando, hija? —Dana no pudo evitar la vergüenza que le causaban sus acciones y su padre echó un brazo sobre sus hombros y la atrajo a su lado—. Nunca quise creer a mi hermana por más que una parte de mí sabía que decía la verdad. Yo no fui muy amable contigo cuando… Ya sabes, cuando eras Endora. Y nunca te agradecí lo que hiciste por nosotros. Entiendo que me guardaras rencor y por eso decidieras tomar ese camino. Tu madre habló conmigo y me hizo entender que soy demasiado estricto con mis hijos, en especial contigo, pero es porque te vi sufrir durante tanto tiempo que tengo miedo a que te dañen de nuevo. No quiero ser igual a ese ser despreciable que una vez fue tu padre.

Dana le acarició la mejilla y lo besó.

—No fue tu culpa, papá y ya no importa por qué ocurrieron las cosas, lo único importante es cómo finalizan. Me dejé llevar por el dolor de los recuerdos y no me di cuenta de que, reencontrarme y compartir mi vida con los que una vez fueron mis tataranietos, sanaba ese vacío que tenía por la pérdida de las personas que tanto amé. Nunca serías igual a Astron y, para mí, el único padre que tengo y reconozco como tal, eres tú. Te amo, aunque seas tan celoso que quieras descuartizar a mi compañero cada vez que lo ves.

—Y eso que me cae bien, imagínate si lo odiara. —La sonrisa de su padre delató lo mucho que disfrutaba discutir con su compañero.

En realidad, ese hombre adoraba volver locos a todos sus tíos. Discutir con ellos parecía mantenerlo con vida.

—¿Podrás estar en el mismo espacio con él algún día sin que sientas esos deseos de derramar sangre? —La sonrisa se hizo cada vez más grande y supo que aquellas batallas dialécticas continuarían por mucho tiempo.

—Quizá, siempre que deje de proclamarse mi tatarabuelo, puede que llegue a soportarlo. Bastante tengo con saber que tú eres… Bah, no importa. Nunca envejezcas, hija, no podría soportarlo. —Ethan se puso de pie y le tendió la mano—. Ya es hora, vamos a recuperar la manada de Jarek y a celebrar esa ceremonia de emparejamiento.

—Lo estoy deseando, papá.

Se dirigieron hacia la salida, pero antes de abrir la puerta, su padre la miró de nuevo.

—Si te arrepientes en el último momento, solo dímelo y te llevaré de vuelta a casa. Ser solterona no está tan mal visto. Incluso, puedo esperar a que se unan y después matarlo, serás una viuda joven y poderosa. ¿Alguna vez pensaste en hacerte monja? Una monja viuda, suena bien, ¿no crees?

—¡Papá!

—Era solo una idea. No me culpes por ser protector con mi familia.

◆ ◆ ◆

Jarek no podía evitar la tensión en su cuerpo. Por más que el plan parecía muy sencillo, nada que involucrara a su compañera cerca del asesino de sus padres sería fácil para él. ¿Y si su gente no lo creía? ¿Y si dudaban de la visión de la reina? Al final, sería su palabra contra la de su hermano y ser un mal alfa para su gente no lo hacía culpable de asesinato.

Si no fuera porque su conciencia no le permitía dejar a su manada en manos de su gemelo, tomaría a Dana y vivirían en cualquier lugar donde ella quisiera. Lejos de todo si así lo deseaba. En cualquier lugar menos en la manada de su suegro, ese hombre era capaz de ponerle un temporizador junto a la cama para cronometrarle el tiempo que pasaba acostado junto a su hija.

Alaric ya les había informado de que su gemelo no sospechaba nada. Creyó a ciegas que ese día se uniría a Dana y todo estaba preparado para el evento, solo faltaban ellos por llegar. Si todo salía bien, recuperaría a su manada y formaría una nueva familia.

Lo único que lo tenía más preocupado, aparte de ese deseo de Dana por intervenir, era que tendría que ejecutar la sentencia de su hermano y no sabía si estaba preparado para hacerlo.

—¿Estás bien? —escuchó la dulce voz de su compañera traerlo de vuelta—. No sé para qué pregunto si sé que no lo estás, pero todo saldrá perfecto. Te lo prometo. ¿Acaso no confías en mí?

—Con mi vida, tesoro, pero en quien no confío es en mí. ¿Y si le fallo a mi manada? La sentencia por todo los crímenes que ha cometido es la muerte, no aceptarán menos que eso. Nadie se conformará con un destierro y no sé si sea capaz de llevar a cabo la ejecución. Es mi hermano —las palabras salieron a borbotones de su boca, era incapaz de guardarle secretos a ella.

El rostro de su compañera se ensombreció por unos segundos, pero lo enmascaró con rapidez y cambió a una expresión ilegible.

—Confía en mí también para eso, yo seré tu fuerza, solo debes apoyarte en mí. Ahora no perdamos más tiempo, mi familia ya se marchó, les dije que iríamos tras ellos. ¿Preparado para celebrar nuestra unión? —Dana le tendió la mano y él enredó sus dedos con los de ella.

—Para eso nací preparado, tesoro, para desintegrarme y sentir que voy a expulsar mis órganos, nunca lo estaré. ¿Por qué no podemos viajar como todo el mundo?

—Porque tu compañera es bruja, cariño, ya te acostumbrarás.

Antes de hacerse a la idea, Dana expandió su magia y desaparecieron.

Cuando sus cuerpos volvieron a aparecer, lo hicieron en el interior de la casa que perteneció a sus padres. El malestar del viaje no fue tan intenso en esa ocasión y reaccionó con rapidez intentando ocultar a Dana en alguna de las habitaciones.

—Si nos ven aquí se estropeará todo —susurró y ella negó con la cabeza.

—Mi tía me aseguró que la casa estaría vacía, tu hermano está recibiendo a mi familia y ellos no dejarán que se acerque. Te quedarás aquí y, en diez minutos, intégrate con la manada para que puedas intervenir cuando llegue el momento.

—No, prometiste que no te separarías de mí, no voy a dejarte sola. —Su compañera lo silenció con un beso y, cuando se apartó, lo miró con un amor tan grande que se le dificultó hacer lo que ella le pedía—. Estaré bien, nadie se atreverá a atacar cuando los reyes lycan están aquí. Sabes que mi familia nunca permitiría que me hicieran daño y yo no estoy indefensa, cariño, recuerda que vas a unirte a una bruja peligrosa.

—Más peligrosa de lo que es sano para mi corazón. ¿No puedes fingir por unas horas que estás indefensa y dejarme protegerte?

—Amas la adrenalina que te provoco, no serías feliz si yo fuera débil —se burló y tuvo que darle la razón, la amaba con toda su alma y con todo aquel poder que a veces lo asustaba. No

quería verla sucumbir de nuevo a la oscuridad—. Diez minutos, ni un segundo más. Espera ese tiempo y todo saldrá bien.

Esperar el tiempo que Dana le pidió fue tenso y difícil. Se escuchaban las voces de la gente en el exterior y se sentía tentado a salir. Saber que su hermano estaba allí fuera y que ella también, le erizaba el vello y lo ponía en tensión, pero en cuanto el último segundo transcurrió, Jarek se dirigió hacia la puerta que daba a la salida de la casa.

Bajó el rostro, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó entre su gente intentando pasar desapercibido. Todos estaban tan pendientes de la celebración, que nadie le dedicó una sola mirada.

Sintió una presencia demasiado cerca y se tensó cuando alguien lo sujetó del brazo.

—Tranquilo. —El hombre que tenía a su lado no era alguien a quien conociera, pero su rostro le resultaba familiar—. Soy Alaric, el beta de la manada de Silvershade, acompáñame y guarda silencio.

Jarek no estaba acostumbrado a recibir órdenes y todo su cuerpo quiso rebelarse ante su tono de mando, pero Dana estaba en algún lugar de su manada y quería llegar a ella cuanto antes.

Siguió al beta y no se sorprendió cuando lo dirigió al lugar en el que se encontraba toda la familia de su compañera, reunida. Se abrió paso entre ellos y lo cercaron con sus cuerpos haciendo una barrera protectora para ocultarlo.

—¿Dónde se supone que está Dana? —gruñó con demasiada hostilidad, pero cada minuto que pasaba y no la veía, los nervios se acumulaban en su estómago.

¿Y si la perdía de nuevo? No podría soportarlo.

Por más que había decidido dejar el pasado atrás y construir una nueva vida, los errores cometidos y los miedos continuaban estando presentes.

—Mi hija está bien —le respondió Tala—. Está acompañada de su padre y del alfa Asher. Fue a hablar con tu hermano para detener esta farsa.

—Tengo que ir con ella —dijo y, antes de que se moviera, el beta lo sujetó de nuevo del brazo y la reina se interpuso en su camino.

—Confía en nosotros, somos familia y nos protegemos unos a otros. —Emma le colocó su mano sobre el antebrazo y no pudo evitar pensar que esa mujer, en otra vida, fue una parte de sí mismo. Su tataranieta, solo de pensarlo le daba escalofríos—. Ya sé que quieres ir con ella, yo también quiero, pero mi sobrina es testaruda y desea hacer de todo esto un teatro. No le voy a negar ese placer después de todo lo que ha pasado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó y nunca obtuvo respuesta porque sintió la presencia de su compañera y la buscó entre la gente.

Dana estaba preciosa con aquel vestido y caminaba como si se deslizara por el aire acompañada por Asher y Ethan, uno a cada lado. La expresión protectora de ambos alfas le dio un poco de paz, pero aún sí no pudo quedarse tranquilo porque él no estaba a su lado.

La tensión se acrecentó cuando apareció su hermano, con una sonrisa de oreja a oreja no se veía como un hombre al que acabaran de rechazar. El anciano del consejo estaba en su lugar, dispuesto para comenzar la ceremonia de emparejamiento y, tanto Dana como Garrick, se detuvieron frente a él.

Nervioso, buscó explicación el los rostros de los familiares de su compañera, pero todos parecían atentos a cualquier movimiento que quisiera hacer él.

—¿Qué carajos está pasando? —siseó.

Su corazón se aceleró tanto que retumbaba en sus oídos. Cuando el anciano comenzó a oficiar la ceremonia, estuvo a punto de perder el control. El beta intentaba sujetarlo, pero él quería transformarse y enfrentar a su hermano. Solo la mirada de Dana lo contuvo. Ella lo buscó entre la gente y escuchó su voz por el enlace mental. Era la primera vez desde que se vincularon que ella usaba esa forma de comunicación.

«—Confía en mí, solo unos segundos más, mi amor.

—¡¿Por qué todas las brujas que conozco se empeñan en decirme que confíe?!».

La vio esbozar una sonrisa, pero no contestó. En su lugar, alejó la mirada de él y asintió hacia su tía.

Emma confirmó en respuesta y, sin previo aviso, se escuchó la voz de su compañera deteniendo al anciano del consejo.

—¡Un momento! —gritó y todas las miradas se dirigieron hacia ella—. Hoy es el día en que me uniré a mi compañero y seré Luna de esta manada, pero hay un error.

La expresión de su hermano, que momentos antes estaba demasiado sonriente, dio paso a un ceño fruncido y a una mirada asesina. Agarró a Dana del brazo y Ethan y Asher gruñeron provocando que el silencio se hiciera en toda la manada.

La tensión se palpaba en el aire y solo quería correr junto a su compañera, pero el beta no dejaba de susurrarle que todo era parte del plan.

—Y una mierda el plan —murmuró—. Es mi compañera la que está junto a un asesino.

Se soltó del agarre del beta, pero Emma reaccionó y lo dejó anclado al suelo con su magia.

—Cálmate, no dejaremos que nadie le haga daño.

Luchó contra la magia que lo ataba, aunque fue inútil y una pérdida de tiempo. Regresó la atención a su compañera y observó que tanto su padre como Asher mantenían a su hermano alejado de ella.

—¡¿Qué error?! —se quejó, Garrick—. Todo está listo, ya esperé suficiente, bruja. ¡Tenemos un trato!

—Me encanta como usan la palabra bruja en tono despectivo, como si pudiera molestarme. Para tu información, amo ser bruja. Y el error aquí es que tú no eres mi compañero y no pienso unirme a ti, lobo apestoso.

La tierra comenzó a temblar bajo sus pies y al mirar a Emma supo que era obra de la reina. La sonrisa torcida que había en su rostro indicaba lo mucho que disfrutaba lo que estaba haciendo. Tenía razón cuando decía que había algo oscuro en su linaje, ambas disfrutaban demasiado dar rienda suelta a su poder.

El ambiente comenzó a tensarse y su gente buscó respuesta mirándose unos a otros.

—¡¿Qué se supone que es esto?! —ladró, su hermano, parecía un perro rabioso y, por su postura, estaba a punto de transformarse—. ¡Deténgalos! ¡Guardias!

Asher y Ethan se transformaron y sus imponentes lobos cercaron a Dana de forma protectora.

De repente, las lianas brotaron de los árboles cercanos y serpentearon por el suelo como serpientes verdes atando a cualquier lycan que intentó obedecer las órdenes de su hermano. Con un gesto de su mano, Emma dirigió las lianas hacia los guardias de Garrick. Las plantas se enroscaron alrededor de sus tobillos y muñecas impidiéndoles cualquier movimiento.

—¡Antes de que quieran seguir las órdenes de este impostor les recomiendo escucharme! Vuestro alfa asesinó a sus padres —dijo, Dana y no pudo hacer más que enorgullecerse de lo tranquila que se mostraba.

—¡Cállate, bruja!

Los ojos de su compañera brillaron con un fulgor rojizo que jamás le había visto y, con un movimiento fluido de sus brazos, lanzó una llamarada de fuego que se alzó en el aire y rodeó a su hermano.

—Vamos, acércate a mis llamas, perrito —se burló—. No sabes cuánto soñé con esto.

Jarek observó la escena, atónito. Su compañera irradiaba poder, su cabello ondeaba por la energía que emanaba de ella. Chispas de electricidad la envolvían provocando que brillara. La vio avanzar hacia Garrick con una mirada homicida, por donde pasaba, dejaba rastros de un fuego incandescente a sus pies. Todos los que estaban a su alrededor, se apartaron, incluso Ethan y Asher lo hicieron por el fuerte calor que desprendía.

—Te mataré, bruja —gruñó, su hermano.

—No seré yo la que muera hoy. —Miró hacia su gente y alzó la voz—. ¡Escúchenme todos! Su alfa es un asesino, el alfa Jarek no estaba en la manada el día en que asesinaron a sus padres, estaba conmigo y toda mi manada es testigo de ello. ¡Tía, muéstrales al verdadero asesino y lo detestable de sus actos!

—Será un placer, princesa —susurró la reina, pero su compañera la escuchó llamarla por ese apelativo y frunció el ceño.

Emma cerró los ojos y Jarek sintió la invasión de su mente. Mareado, no pudo impedirlo y se percató de que al resto de su manada le ocurría lo mismo. Una escena que conocía en primera persona apareció en su mente, volvió a verse a sí mismo en el pasillo de su casa, cerca de la habitación de sus padres. El mismo día en que fueron asesinados.

Una imagen tras otra se fue revelando y sintió como si lo reviviera de nuevo. Unos brazos femeninos rodearon su cintura y lo devolvieron al presente. Era Tala, la pequeña loba lo miraba con preocupación y sus labios se movían, pero no lograba escucharla. Parecía que intentaba calmarlo.

Cuando la visión cesó, los murmullos se fueron alzando y su gente parecía sedienta de venganza. Un grupo de lobos que conocía bien, se abrió paso entre su gente. Eran los desterrados que lo habían salvado la noche del ataque.

Uno a uno pasaron y comenzaron a relatar lo que habían sufrido en manos de su gemelo. Cuando terminaron de hablar, la mirada de Dana se cruzó con la de él. Estaba preocupada por él, pero Jarek le sonrió con agradecimiento.

—Se acabó, Garrick —declaró su compañera con voz firme—. Tus crímenes han sido expuestos. Es hora de que pagues por el asesinato de tus padres y por el daño que le hiciste a tu manada y a mi compañero.

Su hermano mostró los colmillos y comenzó a carcajearse como si estuviera loco.

—Así que el blando de mi hermanito era tu compañero al final. Matarme no te lo devolverá, está muerto y no sabes cómo disfruté con ello.

Sintió como la magia que Emma ejercía sobre él se apartaba y por fin logró moverse.

Con la vista al frente, caminó entre su gente y se acercó a su compañera. Escuchó los jadeos a su alrededor, pero también sintió la felicidad que su regreso de entre los muertos provocó en su manada.

—Estás mal informado, hermano. Como ves, sigo con vida.

Jarek se detuvo junto a Dana y toda su magia se desvaneció. Le deslizó el brazo alrededor de la cintura y ella se apretó contra su costado como si buscara su protección. Si no la hubiera visto exhibiendo su poder, casi caería en su mentira con aquella mirada de indefensión que le dedicó.

—¡No, tú estás muerto! ¡Yo te maté! —gritó, su hermano e intentó acercarse, pero dio un paso atrás cuando el fuego que aún lo rodeaba lo quemó—. ¡Sigues siendo el mismo cobarde! Te escudas detrás de una bruja. Me gané mi puesto como alfa, ten el valor de luchar conmigo y les demostraré a todos que ni tú ni nuestro padre merecían la manada.

—Cállate y acepta que has sido descubierto —bramó, su compañera y él la acercó más hacia su costado.

Jarek miró a su alrededor antes de dirigirse al consejo que se encontraba presente y siendo testigo de todo lo que se hablaba.

—¿Cuál es la sentencia para mi hermano?

Vio a los miembros del consejo mirarse, bajaron la voz y comenzaron a hablar entre ellos. Cuando terminaron, el portavoz dio un paso al frente.

—Alfa Jarek, en un caso así no podemos ser indulgentes. Muerte por muerte.

Sabía que esa sería la decisión y también sabía que sería él el que debería llevarlo a cabo, pero una parte de sí mismo, no podía olvidar que ese hombre que estaba frente siendo condenado, era su hermano.

Cuando Garrick escuchó la sentencia, enloqueció.

—¡Inútiles viejos! No sirven para nada, debí matarlos a todos cuando tuve oportunidad. Si me matan, estarán en manos de un alfa que los hará unos corderitos de los reyes. ¡Su compañera es la sobrina de la reina! ¡Yo quería más para vosotros! Íbamos a ser la manada más fuerte, todos tendrían que rendir obediencia y jurarnos lealtad, incluso ellos.

—¡Oh, cállate! —exigió, Dana—. Amor, ¿puedo chamuscarlo? —Cuando negó, ella no se rindió—. ¿Electrocutarlo tal vez?

A pesar de la tensión, no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa dirigida a su cumpañera.

—Dices que soy débil, si crees que eres más fuerte que yo, luchemos.

—Ya te demostré que soy más fuerte, llorabas como una niña la última vez. ¿Ya lo has olvidado?

—¡Libéralo, Dana! —ordenó y se preparó para transformarse.

Su compañera obedeció y él la colocó detrás de su cuerpo antes de dar paso a su lobo.

—¡Garrick! —rugió—. ¡Esto termina ahora!

Su gemelo se transformó con la misma rapidez.

—Termina porque esta vez no dejaré que sigas respirando.

Los dos lobos comenzaron a girar en círculos, gruñendo y mostrando sus fauces abiertas. El silencio cayó sobre la manada, era como si todos contuvieran la respiración.

Garrick fue el primero en atacar. Se lanzó hacia Jarek apuntando a su garganta. Anticipando el movimiento, se hizo a un lado en el último segundo. Sus mandíbulas se cerraron sobre el lomo de su gemelo y le arrancó un aullido de dolor.

Los lobos rodaron por el suelo, ambos estaban muy igualados. Se separaron y volvieron a enfrentarse, cuando ambos chocaron en el aire, Jarek logró derribar a su hermano, pero este usó sus patas traseras y aterrizó con agilidad dejando los surcos de sus garras en la tierra.

Los dos lobos se quedaron unos segundos en esa postura. Se evaluaban con ojos brillantes y las respiraciones entrecortadas. Su hermano, con el lomo erizado y los colmillos descubiertos, lanzó un gruñido amenazante. Volvió a lanzarse contra él, pero Jarek se agachó y rodó por debajo de su ataque. Sintió las garras de su gemelo arañando su flanco. Sin darle importancia al dolor, se abalanzó sobre él y le arrancó una oreja de un mordisco.

Un gemido lastimero salió de la garganta de Garrick que quedó aturdido por unos instantes, pero él no le dio tregua, lo tumbó y presionó una de sus patas sobre su cuello.

—Yo perdí un ojo y tú una oreja, ¿estamos a mano o continúo, hermanito? —pronunció con una voz gutural.

Ambos se miraron, el odio vibraba en los ojos de su gemelo, pero en los de él solo podía encontrar lástima. A pesar de todo lo que había hecho Garrick, lo compadecía. Quizá, sí era débil porque no se veía capaz de ejecutar la sentencia.

—Ya fue suficiente —escuchó la voz de Dana—. Quedó demostrado quién es el alfa más fuerte, arrestadlo y llevarlo a las celdas hasta su ejecución. No quiero sangre el día de mi emparejamiento. —Los guardias miraban a su compañera, dudosos. Algunos querían obedecer, pero otros lo observaba a él en busca de confirmación. Estaba a punto de dar la orden cuando ella frunció el ceño—. ¡Soy vuestra futura Luna, obedeced! —gritó y una bola de fuego se mostró en su mano.

—¡Ya escucharon a su Luna! Obedeced.

Los lobos comenzaron a moverse con rapidez y agarraron a su hermano. Asher y Ethan los acompañaron para asegurarse de que no se escapaba.

Su gente desconfiaba de ella porque cuando estuvo allí no dio la mejor imagen. Había sido déspota y malvada, pero sabía que Dana seria una gran Luna y acabaría por ganarse el cariño de la manada.

Dana corrió hacia él y se arrodilló en el suelo cuando volvió a transformarse en humano y vio la sangre en su cuerpo.

—Estás herido —jadeó—. No tenías que luchar, nadie se atrevería a dudar de tu fuerza.

—No es nada de importancia, tesoro. Se curará pronto.

—Por supuesto que se curará, me tienes a mí para sanarte.

Antes de que lograra poner sus manos sobre su herida, Jarek tiró de ella hacia su regazo y la abrazó. No le importó que todos estuvieran pendientes de sus movimientos, en aquel momento, lo único que necesitaba era a su compañera cerca.

En las horas siguientes, Dana no aceptó un no como respuesta, terminó por sanar su herida con magia y se reunieron con la manada. Si alguna vez tuvo dudas de que su gente se negaría aceptarlo como alfa, su preocupación se hizo a un lado al ver la expectación y la alegría con la que celebraron su regreso.

Al anochecer, Dana fue entregada a él por su padre, que no dudó en acercarse a su oído y susurrarle que lo castraría si le volvía a hacer daño. Cuando la ceremonia terminó, toda su manada se arrodilló frente a su compañera y le juraron lealtad a su nueva Luna.

Había necesitado dos vidas para que aquello se cumpliera y, en esa ocasión, pensaba aprovecharlo al máximo. No volvería a perderla.

EPÍLOGO

Diez años después.

Jarek observó a su compañera sin que ella se percatara de ello.

Habían viajado a la manada de Silvershade para celebrar el ritual de la luna de apareamiento. Cada año, abrían la manada para que otros clanes aliados se reunieran allí y que los lycans solteros pudieran encontrar a sus compañeras destinadas.

Ellos se retirarían pronto, no tenían motivos para quedarse, pero desde que su manada se había convertido en una de las más fuertes junto con la de los reyes, debían hacer acto de presencia. Nunca había deseado tanta responsabilidad sobre sus hombros, pero la paz entre los licántropos merecían la pena cada esfuerzo. Amaba a su nueva familia y eso incluía a su suegro.

A pesar de que a ese lobo terco le encantaba molestarlo, lo había escuchado más de una vez presumiendo de su yerno con su manada.

Su compañera miraba las lápidas que se encontraban frente a ella en silencio. El aire helado movía la tela de su vestido dándole un aspecto etéreo. Su cuerpo había cambiado con sus tres embarazos, sus caderas estaban más anchas, su pecho también había crecido y su rostro ya no se veía tan juvenil, pero la madurez la hacía mucho más hermosa.

Sabía bien los pensamientos que pasaban por su mente en ese momento y quería darle intimidad. Por más que la cercanía de la luna de esa noche lo hiciera desear cruzar la poca distancia que los separaba, tomarla en sus brazos y desaparecer de aquel lugar, no quería interrumpirla.

Siempre que Dana visitaba Silvershade, no podía evitar detenerse en las tumbas de Radolf y Endora. Él solo lo hizo una vez, no quería recordar el pasado. Le había costado mucho deshacerse del miedo a perderla como para castigarse más.

Todavía, en algunas ocasiones, no podía creer la suerte que tenía y temía ser castigado de nuevo. A ella, en cambio, le gustaba quedarse allí y hablaba consigo misma. Con su otro yo como solía llamarla. Era su forma de congraciarse con Endora y de superar todos los años que sufrió por aquellos recuerdos.

El cabello de su compañera se movió junto con el viento y su inigualable olor llegó a sus fosas nasales. El mismo olor que se impregnaba en su cama, en su almohada, en sus sábanas y del cual no quería desprenderse nunca.

Durante ese tiempo, Dana había sido la mejor Luna para su manada y para él. Lo demostró la misma noche en que celebraron su unión ante la diosa y lo siguió demostrando día a día. Estaba destinada para ello, para ser su compañera.

El día en que recuperó a su manada, estaba tan atormentado por la ejecución de su hermano, que no podía dormir. En mitad de la noche, la escuchó levantarse de la cama, pero fingió estar dormido. Ya la había preocupado demasiado como para hacerlo más por su insomnio.

Hablaron durante horas sobre ello y ella siempre trató de calmarlo.

La dejó salir de la habitación porque pensó que tendría hambre o sed, pero cuando tardó en regresar, un mal presentimiento se le instaló en el pecho. Notaba la tensión de ella a través del vínculo y salió de la cama para buscarla.

Corrió por toda la casa atraído por su presencia, podía sentirla y sabía muy bien hacia dónde se había dirigido. La pregunta era, ¿por qué?

Jarek se acercó a las celdas donde se encontraba su hermano retenido a la espera de su ejecución al día siguiente. Sigiloso, caminó hacia las voces y se quedó escuchando sin intervenir.

«Confía en mí», repitió en su mente las mismas palabras que ella le volvió a decir antes de fingir quedarse dormido.

Puede que seguirla no fuera la mejor prueba de confianza, pero no podía hacerse a un lado y marcharse, no cuando la mujer que amaba estaba frente a su hermano. Por más que él estuviera en una celda y no pudiera hacerle daño, sabía que sus palabras podían ser muy afiladas.

Quería protegerla de todo, incluso de sí mismo.

Sintió la rabia en su compañera y se acercó más.

—¿Entonces, el débil de mi hermanito te envió a hacer su trabajo sucio? —siseó, Garrick y pudo ver la tensión en el cuerpo de Dana.

—Nadie me envió, lobo estúpido. Y no mereces misericordia, pero no pienso permitir que mi compañero sufra por un ser tan insignificante como tú.

La carcajada de su gemelo resonó como una cacofonía en las celdas.

—¿Y qué propones, brujita? Si quieres, entra en la celda y te demostraré que soy mil veces mejor que mi hermano. ¿O quizás nos quieres a los dos? Oh, sí, eres de esas, pero me gustan algo más jóvenes que tú. Aunque, por molestar al imbécil de tu compañero bien podría hacer el esfuerzo. Incluso lo dejaría mirar mientras te follo, aunque Jarek es demasiado aburrido para eso.

—¡Me das asco! Vine hasta aquí para proponerte el destierro, pero tú nunca cambiarás. Eres un cerdo, un violador y un asesino.

—¡Jamás aceptaré el destierro, bruja! ¡Yo soy el alfa de esta manada! No me detendré hasta que no recupere el puesto que me pertenece. Y ni tú ni el inútil de mi hermano podrán hacer nada para evitarlo. Si creen que mañana moriré, están muy equivocados.

Dana bufó.

Solo podía ver su espalda, pero, por su postura, notó que la tensión en su cuerpo comenzó a desvanecerse. Ella había tomado una decisión que la hacía sentir en paz, aunque no sabía de qué se trataba.

«Confía», volvió a repetirse.

Si aparecía en ese momento, le quitaría autoridad frente a su gemelo y no comenzaría su unión provocándole esa inseguridad. Sabía bien cómo quería dirigir a su manada y ella formaría parte de cada decisión. No haría lo que su padre hizo con su madre, su Luna no sería un accesorio más.

Tal vez, si su padre hubiera escuchado las opiniones de su madre, no habría cometido tantos errores con su hermano.

—Pareces muy seguro de ti mismo. Dime una cosa, Garrick. ¿Cómo pretendes llevar a cabo tu amenaza desde una celda? —dijo y su hermano esbozó una sonrisa siniestra—. Ah, ya sé, confías en que tu amiguito, el beta, otro de tus cómplices de tus atrocidades, te liberaría. Siento decirte que no ocurrirá, que no hubiera estado presente cuando asesinaste a tus padres no lo hace inocente. Hay guardias apostados en su casa y mañana será desterrado. En cambio tú…

Jarek se lanzó contra las rejas de su celda, pero no consiguió que Dana se moviera un solo paso. Ni siquiera la asustó.

—Maldita puta, esos es lo que eres, una puta bruja inservible.

La rabia lo invadió y dio un paso al frente para salir a la luz. Si seguía hablándole así a su compañera, era muy posible que todos sus remordimientos se hicieran a un lado y lo mataría allí mismo.

No le dio tiempo, Dana sintió su presencia y, con el mismo gesto que había hecho la reina para detenerlo en la tarde, lo ató al suelo con su magia.

—Tesoro —pronunció y ella negó con la cabeza—. Suéltame.

—Te dije que confiaras en mí y que no debías preocuparte.

—Hola, hermanito, al parecer no puedes mantener a tu Luna en la cama. Apenas te das la vuelta y ya viene a buscarme. Es una chica lista, ya descubrió cuál es el mejor de los…

Su gemelo no terminó de hablar, el mismo poder que emergió de su compañera en la ceremonia, invadió todo a su alrededor. El viento se arremolinó, abrazándose al cuerpo de Dana y su cabello plateado se tornó tan rojo que parecía estar ardiendo.

Una bola de fuego incandescente apareció en su mano.

—Por todas las mujeres de las que abusaste, por cada lycan al que le robaste sus sueños y su vida, por cada familia que se separó por tu culpa, yo, como tu Luna, ¡te condeno a muerte!

—¡Noooo! —gritó, jarek, pero el fuego abrasador envolvió a su gemelo como si fuera lava.

No escapó un solo alarido de dolor de la garganta de su hermano, su muerte fue instantánea. De su cuerpo, solo quedó una pequeña de montaña de cenizas en el suelo y el olor de la carne carbonizada. Tendría pesadillas con ese olor por mucho tiempo, pero lo que más le aterraba, era la oscuridad que envolvió a su compañera por unos segundos.

Dana lo soltó y él corrió hacia ella.

—¿Por qué? —Su mujer bajó el rostro como si no pudiera mirarlo, pero él le alzó la barbilla con el pulgar.

—No opondré resistencia si decides matarme por lo que acabo de hacer. Ya dejé una carta escrita para que no haya represalias en tu contra, pero no me pidas que me quede mirando mientras te destruyes por la culpa. Te conozco, tú no eres como tu hermano, matarlo te habría perseguido para siempre, en cambio yo… —Dana bajó la voz y miró las cenizas de su gemelo—. He deseado hacerlo desde que vi el daño que te provocó.

Jarek la abrazó y ella jadeó por la sorpresa. Su compañera le colocó ambas palmas abiertas sobre el torso y lo miró como si no comprendiera esa muestra de cariño.

—Nunca vuelvas a decir algo así. Jamás te haré daño, no importa lo que hagas. Mi hermano

merecía morir y la ejecución que recibiría mañana no sería tan misericordiosa como la que tú le diste. Me preocupas tú, lo he visto, lo sentí. Tesoro, ¿qué está pasando?

Dana se humedeció los labios y asintió con la cabeza.

—Lo sé, sé que lo has sentido. Por eso creí que sería mejor que pusieras fin a mi vida. Mi tía sacó la mayor parte de la oscuridad en mí, pero no se ha ido, no del todo, la siento aquí—. Su compañera acarició el lugar en el que su corazón latía acelerado—. Amé matarlo, ¡lo disfruté! —Comenzó a llorar y él la consoló entre sus brazos. Quería sacarla de las celdas, llevarla fuera de ese oscuro lugar y de ese olor nauseabundo a muerte, pero sabía que ella necesitaba hablar—. Soy digna hija de mi padre y no quiero ser igual a él. Ojalá me pareciera más a Endora, ella resistió la oscuridad, mi tía también lo hace, pero yo no puedo. La siento dentro de mí, llamándome, mi magia hace daño, Jarek. Nunca seré como ellas, no soy una sanadora. Solo cuanto tú estás a mi lado me siento en paz.

Sin apartar sus ojos de los de ella, le acarició la mejilla y le dio un suave beso en la frente.

—No necesitas ser como ellas. La mujer que amo está frente a mí y no quiero que te parezca a nadie más que no seas tú. Amo cada parte de ti, incluida tu oscuridad. Nunca te dejaré de nuevo ni voy a permitir que te alejes. Tu padre no es ese ser, tu verdadero padre es un buen hombre y tú llevas su sangre.

Esperaba que su compañera jamás repitiera esas palabras frente a Ethan, de ser así, fingiría demencia.

—Pero ¿cómo puedes continuar queriéndome después de lo que acabo de hacer? Y si…

—No lo harás, no dañarás a nadie más —dijo, respondiendo a su frase inacabada—. Lo que acabas de hacer lo has hecho para protegerme, para proteger a tu manada y a todas las víctimas de mi hermano. No eres el monstruo, tesoro, lo era él y nunca permitiré que te pierdas en la oscuridad porque seré la luz que necesitas para encontrar el camino.

—¿C-confías en mí? —balbuceó con los labios temblorosos y los ojos húmedos por las lágrimas.

De pronto, todas esas ocasiones en las que le pidió que confiara en ella tomaron más sentido. Dana no confiaba en sí misma para controlarse y solo el miedo a defraudarlo le daba las fuerzas para luchar con aquella oscuridad.

—Con mi vida. Eres la mujer más fuerte que he conocido y sé que lo lograrás.

—G-gracias —susurró y sintió sus labios rozar los suyos con una suave caricia—. Si algún día no lo consigo, guarda la carta que escribí. No quiero que mi familia te haga daño por hacer lo correcto.

Un gruñido de rabia escapó de su garganta, alzó a su compañera entre sus brazos y comenzó a caminar lejos de aquel lugar con ella, abrazándolo.

—Quemaré esa maldita carta —siseó—. Escúchame bien, serás la mejor Luna que esta manada haya tenido. Serás justa y yo estaré orgulloso de ti cada día de mi vida, pero si tienes dudas, si en algún momento crees que un día la oscuridad pueda contigo, dímelo. Porque, sin importar nada, yo te seguiré, aunque esa misma oscuridad me destruya. Prefiero una corta vida a tu lado a una existencia sin ti. Ya lo sufrí una vez y no pienso volver a repetirlo.

Jarek quemó la carta esa noche y no volvieron a hablar de lo ocurrido.

El día de la ejecución, dijeron que su hermano había intentado escapar y tuvieron que

detenerlo. Nadie lloró la pérdida. El otro cómplice de su gemelo fue desterrado y pudo sentir que sus padres por fin descansaban en paz.

Un tiempo después, se mudaron a una pequeña casa. No quería vivir bajo el mismo techo en el que se cometieron aquellos atroces asesinatos. Demolieron la vivienda y construyeron una nueva donde fueron felices.

Dana fue una Luna justa y una mejor madre, la manada la respetaba y la buscaba para escuchar sus consejos, sus cachorros la adoraban y él no podía vivir sin ella. Nunca permitió que la oscuridad se adueñara de su compañera y, cuanto más tiempo pasaban juntos, aquel poder que perseguía a cada generación de las brujas de su linaje, se fue desvaneciendo.

Los últimos rastros de la sangre de Astron fue destruido por la lucha constante de la mujer que amaba. Puede que como Endora, no lograra detenerlo, pero como Dana, ella consiguió ponerle fin a la oscuridad para liberar de ese mal a las nuevas generaciones.

Vio a su compañera despedirse de las tumbas y se acercó a él con una sonrisa en el rostro.

—Estás muy pensativo. Si me cuentas qué te tiene tan distraído, desaparecemos ahora mismo y nos olvidamos de la celebración. —Dana le tendió su mano y él la tomó enredando sus dedos con los de ella.

—Es una buena propuesta, pero si regresamos, nuestros cachorros no nos dejarán intimidad y, con esta luna, quiero encerrarme en la habitación contigo y no salir. —Deslizó el brazo por su cintura y con su otra mano acarició la curva de su trasero.

Los ojos de su compañera se tornaron plateados y brillaron por el deseo. Dana le acarició los brazos con lentitud, subió por sus bíceps hasta que llegó a los hombros y lo atrajo hacia a ella.

—Nuestros pequeños revoltosos están con sus abuelos. Mi padre me dijo que lo tomaras como muestra de su buena voluntad para comenzar a llevarse bien contigo. Tenemos todo el fin de semana para nosotros. Además, ya sabes que ama la compañía de sus nietos. Siempre está diciendo que no existe un abuelo más hermoso que él.

Tenían seis hijos, tres pares de gemelos que acabarían por volverlo loco, pero los amaba más a que nada en el mundo. Todos varones y cuatro de ellos alfas, aunque sabía que Dana añoraba tener una pequeña bruja para poder enseñarle todos sus conocimientos.

Sus hijos, no sufrieron el mismo destino que él con Garrick. Ellos eran inseparables. Tanto, que heredarían su manada y la de sus abuelos y lo harían en pareja. ¿Quién iba a decirle a su suegro que pasó de no tener un alfa en quién delegar el poder de su manada y terminó con dos para sucederle? Aún faltaba mucho para eso, sus cachorros eran pequeños y tanto sus suegros como ellos eran lobos jóvenes.

Jarek miró con deseo a la única mujer que amaría por el resto de su vida. No se cansaba de ella y dudaba que eso sucediera alguna vez. Si seguían así y, con esa puntería para tener gemelos, serían una familia demasiado numerosa.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Quizá esta noche logre fabricar esa niña que tanto deseas. —Le acarició el vientre a su compañera y ella comenzó a reírse.

—No sé a qué estamos esperando, puede que sean dos niñas, para continuar con la tradición. Si quieres, podemos encerrarnos en la cabaña, como en los viejos tiempos —ronroneó y miraron por última vez en dirección a dónde los invitados comenzaban a relacionarse.

Observaron a su familia a lo lejos, se veían felices.

Asher bailaba con Emma, mientras ella reía de algo que su compañero le contaba en el oído. Gran parte de su manada también se encontraba allí, disfrutando de la celebración y ninguno parecía notar su falta.

—¿Crees que mis hermanos encuentren a su pareja esta noche? —susurró, Dana—. Desde que mi padre es abuelo está un poco menos posesivo. Incluso los dejó venir sin supervisión.

—Todo es posible, tus padres no están, así que no tendrán a ese alfa celoso queriéndolos mantener vírgenes hasta que cumplan los cincuenta.

Su compañera comenzó a reír y dirigió su mirada hacia la cabaña.

—Conmigo no lo consiguió, dudo mucho que lo consiga con mis hermanos. Entonces, qué me dices… ¿nos vamos?

Estaban por desaparecer, cuando escucharon el ruido de unos pasos acelerados y la voz de una mujer que reconocieron enseguida.

—¡Alaric! Te comportas como un cavernícola. ¡Bájame, quiero bailar! —La pareja ni siquiera los vio cuando pasaron por su lado, Libby se encontraba sobre el hombro del beta y, por su rostro, sus protestas solo iban dirigidas a molestarlo, se notaba que disfrutaba de la rudeza de su compañero.

—¡Ángel, si querías bailar haberlo pensado antes de provocarme! Bailarás, pero en la cama, sobre mí.

La carcajada de Libby resonó en el aire y Dana y él se miraron.

—Eso es más información de la que necesitaba saber sobre mis tíos, ya tuve suficiente con saber las intimidades de Emma y Asher. —Fingió un escalofrío y Jarek deslizó la mano por el contorno de su pecho y frotó el pezón erguido.

El olor de su excitación invadió su olfato y casi no pudo contenerse de tumbarla en el suelo.

—Siempre tan receptiva cuando te toco, mi amor. Yo también quiero bailar, tesoro —susurró junto a su cuello y besó la marca de su vínculo.

Ella jadeó y lo miró con deseo.

—Mientras el baile no incluya ropa, estoy de acuerdo. Vámonos de aquí, ahora mismo —exigió.

—¿A la cabaña?

Su compañera asintió con rapidez, se transformaron en lobos desgarrando su ropa y corrieron entre los árboles para llegar más rápido.

Nunca se cansaría de agradecer a la diosa por aquella nueva oportunidad de vivir junto a ella. No sabía si se lo merecía, pero apreciaría cada instante a su lado.